

SUICIDIOS INDUCIDOS

A person wearing a dark, heavy coat stands on a set of railway tracks that recede into the distance. Two bright spotlights are positioned on either side of the person's head, creating a dramatic silhouette and casting a strong glow. The overall atmosphere is dark and somber.

GEMMA HERRERO VIRTO

Suicidios inducidos

Gemma Herrero Virto

Copyright 2017 Gemma Herrero Virto

Título: Suicidios inducidos
Autora: Gemma Herrero Virto
Revisión: Julen Díaz Llorente
Diseño de cubierta: Gemma Herrero Virto

www.gemmaherrerovirto.es

Facebook: <https://www.facebook.com/gemmaherrerovirto2>

Twitter: @Idaeen

Copyright de la presente edición: © 2017 Gemma Herrero Virto

Fecha de publicación: Enero de 2017

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley.

Si ya lo has descargado ilegalmente de alguna página de Internet, tampoco vamos a llorar. Si te ha gustado, al menos pásate a dejar un comentario por Facebook o Twitter, que eso no paga las facturas, pero me alegra el día ;-)

A todos los que leísteis La red de Caronte y me escribisteis diciendo que os había encantado y que queríais saber más de Carlos, Natalia y Gus.

Sois vosotros los que les habéis dado voz de nuevo.

ÍNDICE

[Antes de empezar...](#)

I. [Atracción](#)

II. [Captación](#)

III. [Conversión](#)

[Obras de la autora](#)

ANTES DE EMPEZAR...

Como muchos sabréis, terminé de escribir La red de Caronte en el año 2004. En aquel momento, firmé con una editorial que me prometió fortuna y gloria y que quería otras cinco novelas con los mismos protagonistas. Cuando, en lugar de distribuir mi novela y promocionarla, se dedicaron a torturarme hasta llevarme al borde de la locura, me juré a mí misma que no escribiría para ellos ni una sola línea de las novelas que me habían pedido. Por suerte, incumplieron tanto el contrato que, a mediados del 2014, tuvieron que liberarme.

Ahí estaba yo, diez años más vieja y habiendo perdido la ilusión de que alguien me leyera alguna vez. Por suerte tengo una pareja que se distingue por su cabezonería infinita y que estuvo insistiendo e insistiendo hasta que comencé mi carrera como autora independiente. Desde ese momento, hace tres años ya, sólo he tenido alegrías y satisfacciones en mi carrera como escritora. Mis obras han sido leídas por miles de personas en más de cincuenta países, he publicado ya seis novelas y he recibido muchísimos mensajes de ánimo y de cariño de lectores a los que les han encantado mis historias.

Os estaréis preguntando por qué os cuento todo esto. Cuando publiqué La red de Caronte a través de una editorial, sólo conseguí vender 111 ejemplares en todo un año. Eso me hizo pensar que la novela era mala y que no tenía ningún sentido continuar esa historia. Sin embargo, desde que la publiqué como escritora independiente, siempre ha sido mi novela más leída. A la gente le encanta y son muchísimos los que me han pedido que volviese a traer a esos personajes a la vida, que crease una nueva historia para “los tres mosqueteros”.

Así que finalmente me he lanzado a ello. Estaba muy preocupada por

no tener el mismo estilo, por no saber conectar de nuevo con los personajes, por no ser capaz de crear una historia a la altura... Decidir si lo he conseguido o no queda ahora en vuestras manos. Lo único que quiero explicaros es un detalle técnico sobre una decisión que tuve que tomar al inicio de la novela.

Como os he dicho, terminé de escribir La red de Caronte en el año 2004. Aunque parezca que no ha pasado tanto tiempo, el mundo ha cambiado muchísimo. En aquella época no sabíamos lo que eran las redes sociales o los smartphones. La forma más innovadora de comunicarse era ICQ, las tarifas planas para conectarse a Internet eran carísimas y sólo podían permitírselas cuatro gatos... Incluso seguíamos pensando en pesetas y no en euros. Cuando te lo planteas, el mundo ha cambiado tanto en estos doce años que resulta casi irreconocible.

Al tener que escribir una nueva aventura para mis personajes doce años después me encontraba con dos opciones:

- Escribir la historia ambientándola en el año 2004: Esta opción no me gustaba en absoluto. Tenía que hablar sobre tecnologías anticuadas y hacerles vivir en un mundo del que, sinceramente, ni siquiera me acuerdo muy bien. ¿O acaso vosotros recordáis qué era lo que hacíais sin Facebook, Twitter o Whatsapp?
- Hacer que hubiesen pasado doce años para los personajes: Esta opción tampoco me gustaba. No me apetecía imaginar qué había pasado con Carlos y Natalia y su relación, saber si se habían casado y eran los flamantes padres de un par de críos o si no habían podido entenderse y se habían dicho adiós para siempre. No quería tener que inventarme si Gus había terminado la carrera, si por fin había encontrado novia, si era el dueño de una empresa tecnológica de éxito o se ganaba la vida repartiendo pizzas... No

quería pensarlo por encima y seguir la historia desde ahí porque quería vivirlo con ellos. Entonces, ¿qué hacer?

Al final opté por una tercera vía, lo que yo llamo la “solución James Bond”. Como todos sabréis, el famoso espía lleva protagonizando películas desde los años sesenta hasta la actualidad. Los enemigos cambian, el entorno geopolítico cambia, la tecnología cambia, incluso el actor que lo interpreta cambia, pero se supone que siempre sigue siendo el mismo James Bond, con la misma edad aproximada y la misma buena planta, como si el tiempo no pasase por él.

Eso es lo que yo he hecho con mi novela. Los personajes son los mismos que aparecían en La red de Caronte, con tan sólo unos meses de diferencia, pero el mundo a su alrededor ha cambiado y corresponde a este 2016 en el que he vivido mientras escribía la novela.

Espero que podáis perdonarme esta licencia. A partir de este momento yo me retiro. Os dejo con Carlos, Natalia y Gus. Que disfrutéis de su nueva historia.

I. ATRACCIÓN

CAPÍTULO UNO

La joven paseaba tranquila por el puente de la Salve. No parecía tener prisa. Caminaba despacio, con la cabeza alta y la mirada soñadora, disfrutando de la vista de las montañas que rodeaban Bilbao y de los brillos de aquel atardecer de septiembre sobre las aguas verdosas de la ría.

Algunos hombres se giraban a mirarla. A pesar de sus ropas pasadas de moda, sus ojos claros y su cara de muñeca llamaban la atención. Su larga cabellera rubia ondeaba en la brisa del atardecer como en un anuncio de champú de la televisión.

De repente, la chica se detuvo y se descolgó la mochila que llevaba a la espalda. Su móvil estaba sonando. Se agachó para dejar la mochila en el suelo y sacó el móvil. Durante un par de segundos se quedó mirando la pantalla, como si no reconociera el número. Cogió la llamada y escuchó, con la mirada perdida y una media sonrisa en la cara.

Sin separar el teléfono de su oreja, se acercó a la barandilla del puente y trepó, pasando al otro lado. Se quedó quieta durante unos segundos, mirando hacia las aguas que la esperaban a más de veinte metros de distancia. Detrás de ella se empezaron a escuchar los primeros gritos que la llamaban y las carreras de la gente que trataba de llegar hasta ella para detenerla. No pareció que les escuchara, ya que ni siquiera se giró. Extendió los brazos hacia los lados, como un atleta experto que se prepara para saltar desde un trampolín, y se lanzó hacia adelante, tranquila, confiada, como si esperara volar.

No gritó, ni agitó los brazos ni las piernas. Cayó con la velocidad de un halcón que se lanza hacia su presa, con la melena revoloteando tras ella y recogiendo los reflejos de los últimos rayos del sol, hasta que las aguas de la ría se abrieron para recibirla.

El lugar era un circo. Ambulancias, bomberos, coches de policía, testigos histéricos, curiosos, periodistas... Carlos dejó su coche estacionado en doble fila y se dirigió hacia la orilla de la ría con las manos en los bolsillos. Cuando estuvo más cerca, tuvo que sacarlas para poder luchar a brazo partido con la gente que se amontonaba ante la cinta de balizamiento que prohibía el paso. Varias personas le empujaron, alguien le pisó y una señora le clavó el codo con insistencia en el estómago, resistiéndose a perder el lugar privilegiado que había conquistado para poder cotillear a gusto. Aquello terminó por agotar su paciencia, así que, retorciéndose como pudo para alcanzar el bolsillo trasero de los vaqueros, consiguió sacar su identificación.

—Soy de la Ertzaintza, señora. Haga el favor de dejar de agredirme.

La señora se disculpó y se apartó para dejarlo pasar, aunque por su expresión Carlos adivinó que no le hacía la más mínima gracia. Con la acreditación en la mano consiguió llegar hasta la cinta. Los dos agentes que la custodiaban le dejaron pasar sin hacer preguntas. Carlos caminó hasta un grupo de personas que rodeaba un bulto en el suelo. Descubrió la figura de Natalia arrodillada al lado de aquel bulto. La miró durante unos segundos. Le gustaba observarla así, tan sería, tan abstraída, tan fría y profesional. Le recordaba a aquella distante reina de las nieves que había conocido tiempo atrás. Ella pareció sentir su mirada, porque se giró y le dirigió una breve sonrisa antes de volver a su trabajo. El se acercó y se puso en cuclillas a su lado.

—¿Ya han conseguido sacarla?

—Sí, los buzos consiguieron rescatar el cuerpo hace unos diez minutos.

—¿Y qué tenemos?

—Todo apunta a un suicidio. Hay un montón de testigos que aseguran que la vieron caminar hasta el centro del puente, pasar al otro lado de la

barandilla y saltar.

—Perfecto, así tardaremos poco. Me apetece ir al cine esta noche.

—¿Cómo puedes ser tan insensible? —le riñó ella—. Estás delante de su cadáver.

—Lo sé, pero ella fue la que eligió morir —Carlos se encogió de hombros—. A mí me preocupa la gente a la que asesinan, no la que se muere porque le da la gana.

—En ocasiones eres más burro... —dijo Natalia, tratando de contener una sonrisa—. Anda, sube al puente a ver si descubres algo más y déjame hacer mi trabajo.

Carlos se levantó y se encaminó hacia las escaleras que, partiendo de la explanada del museo Guggenheim, subían hasta el puente. Se quedó parado un momento, mirando hacia lo alto y acordándose de que, en la margen derecha de la ría, había ascensores. Por desgracia, él se encontraba en la margen izquierda. Trató de subir a buen paso, como si no le costara esfuerzo, pero sus casi cuarenta años y los dos paquetes de tabaco que se fumaba cada día no se lo pusieron fácil. Al llegar arriba, estaba sin resuello, así que se dedicó a pasear por el puente y a mirar hacia abajo, como si estuviera analizando la escena, antes de acercarse a sus compañeros. Cuando consiguió respirar con normalidad, se dirigió hacia un agente que llevaba en la mano una bolsa de pruebas en la que había guardado la mochila de la chica.

—Buenas noches —le saludó Carlos—. ¿Has encontrado algo importante?

—Lo normal. Una cartera con algo de dinero y su documentación, un botellín de agua a medio beber, un libro de bolsillo, algo de maquillaje...

—¿No hay nota de suicidio?

—No —contestó el agente—. No hemos encontrado nada.

—Bueno, quizá la dejó en casa —Carlos sacó una libreta y un bolígrafo

de su bolsillo—. Dame sus datos. Tendré que ponerme en contacto con su familia.

El agente le dictó los datos: Andrea Eguizabal, diecinueve años, residente en Bilbao. Carlos lo apuntó todo, guardó la libreta y se despidió del policía con un gesto de la cabeza.

—Inspector Vega —le llamó el otro—, creo que hay un testigo con el que debería hablar.

—¿Con quién? —preguntó Carlos sin mucho interés. No le apetecía hablar con alguien en pleno ataque de histeria. Además, estaba seguro de que no haría otra cosa más que confirmarle lo que ya sabía.

—Con ese chico de ahí.

El agente le señaló a un joven vestido con camiseta y pantalones de deporte que esperaba a unos metros de distancia, apoyado en la barandilla. Carlos le observó durante unos segundos. Al menos parecía tranquilo. No perdía nada por hablar un rato con él. Se acercó hasta allí y saludó al muchacho.

—Buenas noches —le dijo, tendiéndole la mano—. Soy el inspector Vega.

—Yo soy Iñigo Fernández —el chico le apretó la mano con demasiada fuerza. Quizá sí estaba más nervioso de lo que parecía.

—Me han dicho que usted presenció el suicidio. ¿Podría contarme exactamente lo que vio?

—Sí, yo había salido a correr y la vi desde lejos, paseando por el puente. Se paró de repente, sacó su móvil y se puso a hablar.

—¿Escuchó algo de la conversación? ¿Parecía enfadada o triste?

—Cuando pasé a su lado, no la oí hablar. Tan sólo escuchaba. La rebasé y corrí unos metros más hasta darme cuenta de que se me había soltado un cordón de las zapatillas. Me paré y entonces vi que ella pasaba al otro lado

del puente, aún con el móvil en la oreja. Recuerdo que tuve un pensamiento tonto... Pensé que tenía que ser muy difícil pasar la barandilla usando una sola mano y que habría sido mejor que terminara de hablar primero. Después de pensar en esa bobada, me di cuenta de lo que estaba sucediendo y corrí hacia ella para detenerla, pero no llegué a tiempo. Me estiré todo lo que pude, pero sólo conseguí rozar una de sus piernas... Si hubiera corrido un poco más...

—Tranquilo, no es su culpa —le consoló Carlos—. Entonces, ¿no la escuchó gritar ni llorar en ningún momento?

—No, absolutamente nada —el chico se quedó callado durante unos segundos y se estremeció—. Eso es lo extraño, lo que no comprendo...

—¿El qué? —preguntó Carlos.

—En el momento en que saltó, estaba sonriendo. No era una sonrisa triste, ni una media sonrisa. Sonreía de verdad, como si fuera la persona más feliz del mundo.

CAPÍTULO DOS

Lo primero que vio Gus cuando Natalia abrió la puerta de su casa, fue una enorme bola de pelo que derrapó por el pasillo y se estrelló contra él. Gus consiguió mantener el equilibrio mientras el enorme perrazo le llenaba la cara de babas.

—Joder, cada día está más grande —dijo Gus entre risas—. Por poco voy de culo al suelo.

—Art, abajo, vamos —le ordenó Natalia—. Lo siento. Te habrá puesto perdido.

—Tranquila, estoy bien.

El perro volvió a ponerse a cuatro patas y dejó que Gus entrara en casa, mientras seguía dando saltos de alegría a su lado. Natalia cerró la puerta y les guió hasta la cocina.

—Carlos no está. Llegará enseguida. ¿Me ayudas a terminar de preparar la comida?

—Claro, sin problema, pero te aviso de que no soy muy buen cocinero —contestó Gus, mientras se arremangaba las mangas de su camiseta negra—. ¿Qué quieres que haga?

—¿Sabes algo de ensaladas?

—Lo suficiente para mantenerlas lejos de mí. La comida sana y yo no nos llevamos bien —Gus rió al ver que Natalia se ponía en jarras y fruncía el ceño—. Tranquila, sé lo suficiente como para limpiar y partir una lechuga. Yo me encargo.

Gus comenzó a preparar la ensalada mientras Art le miraba con cara de adoración, esperando a que le cayese algo de comida. El chico se sintió conmovido por sus redondos ojos marrones y le pasó una hoja de lechuga sin que Natalia le viese, pero el perro la escupió en el suelo, la oliscó un par de

veces y después salió de la cocina, con la cola muy erguida, como si se sintiera ofendido por una ofrenda tan miserable.

—Desagradecido —murmuró Gus, mientras recogía la hoja de lechuga—. Oye, Natalia. ¿Dónde está Carlos?

—Ha ido a ultimar unos detalles para poder cerrar un caso. Una chica se suicidó ayer saltando desde el puente de La Salve y ha tenido que ir a hablar con los padres —explicó Natalia—. ¿Y a ti cómo te va la vida? ¿Has empezado las clases de conducir?

—Sí, tuve una el viernes, pero fue un desastre.

—¿Qué pasó?

—No sé, creo que me pusieron con el profesor becario. Yo me monté en el coche pensando que íbamos a dedicar la primera clase a que me explicara los controles, así que iba más o menos tranquilo. Pilla el tío, me explica un poco por encima en cinco minutos y me dice que arranque.

—Es lo que se suele hacer.

—Pues me parece una locura —protestó Gus—. Coge el tío y me dice que tire para Ciérvana, que a esas horas hay poco tráfico. Esa carretera es una mierda y está llena de curvas, pero la verdad es que no lo hice mal. Aún así yo notaba que el tío estaba nervioso. Me decía todo el tiempo que tratara de estar concentrado y de no hablar tanto, que mantuviera las dos manos en el volante...

—Hombre, mantener las dos manos en el volante es lo normal.

—¿Y cómo voy a hablar con las dos manos en el volante? Yo necesito mover las manos para expresarme. Bueno, pues el tío no lo entendió y acabó gritándome que mantuviera las manos en el volante y que estuviera callado. Yo lo intenté, pero, después de pasar Ciérvana, vi que nos venía de frente una cosechadora enorme. ¿Te lo puedes creer? ¡Una cosechadora!

—Sí, a partir de Ciérvana es una zona bastante rural.

—Pues yo no me podía creer mi mala suerte. Aquello era inmenso, ocupaba carril y medio. Se lo dije al profesor y me contestó que no me preocupara y que siguiera adelante, que había sitio de sobra para los dos. Yo le seguí insistiendo en que debíamos apartarnos y dejarle pasar y el tío me grita que me calle y que continúe.

—¿Y qué pasó?

—Que cuando ya la tenía encima me cagué de miedo. Pensé que de verdad no íbamos a caber y que nos arrollaría, así que di un volantazo hacia la derecha y nos caímos a una cuneta.

—¿Y os pasó algo?

—No, tan sólo nos quedamos atascados en el barro. Yo intenté sacar el coche apretando el acelerador como loco y lo único que conseguí fue hundirlo más. Pues en lugar de tomar los mandos y sacar el coche, el profesor me estuvo gritando instrucciones durante media hora hasta que aprendí a sacarlo. No me puse a llorar y a pedirle clemencia de milagro. Cuando conseguimos salir, me dijo que condujera de vuelta a la autoescuela y, cuando llegamos, se bajó del coche y se marchó sin despedirse siquiera.

—Estaría nervioso en ese momento.

—¿En ese momento? Ese tío es un histérico. A la tarde me llamaron de la autoescuela diciéndome que ese profesor tiene problemas de agenda y que no va a poder darme más clases y que me asignaran otro.

—Pobrecillo —Natalia no pudo evitar reírse—. No te agobies. Es el primer día, ya mejorarás.

—Vale, pero no se lo cuentes a Carlos. No tengo ganas de que se pase toda la comida riéndose de mí.

En aquel momento, oyeron los ladridos de Art y le vieron atravesar el pasillo a la carrera. Un segundo después la puerta de la calle se abrió.

—Art, abajo —escucharon gritar a Carlos.

—Estamos en la cocina —le llamó Natalia.

Carlos entró en la cocina, con el perro correteando y saltando al lado de sus piernas. Él se acercó a besar a Natalia y, después, se giró hacia Gus con el ceño fruncido.

—¿Y tú qué haces aquí?

—He venido a comer —contestó Gus, encogiéndose de hombros mientras seguía partiendo lechuga—. Todos los domingos me preguntas lo mismo.

—Ya, y aún así sigues viniendo todos los domingos. ¿No tienes familia con la que comer los días de fiesta?

—Ya como con ellos todos los días. No veo dónde estaría la fiesta en comer con ellos también hoy.

—¿Y dónde está la fiesta en comer con nosotros?

—En verte a ti, no, desde luego —dijo Gus, guiñándole un ojo a Natalia—. Yo vengo a verla a ella.

—¿Vais a repetir la misma escena todas las semanas? —les riñó Natalia, mientras se acercaba a Gus para aliñar la ensalada—. Sentaos, que esto ya está.

Todos se sentaron a la mesa y comenzaron a comer. Art consiguió colarse debajo a esperar a que se cayera algo. Carlos le pasó el pan a Gus con una sonrisa.

—Pareces contento —comentó Gus—. ¿Has conseguido cerrar tu caso?

—Sí, no tenía ningún secreto. Había más de veinte testigos de cómo la chica saltó del puente por propia voluntad.

—¿Entonces para qué has ido a hablar con sus padres?

—Es el procedimiento —contestó Carlos, mientras enredaba en su plato de paella tratando de apartar todo lo que no fuera arroz—. Me contaron lo que todos los padres cuentan de sus hijos: que no lo entendían, que su hija era estupenda, que sacaba muy buenas notas, que era una chica feliz y sociable,

que no tomaba drogas ni se metía en líos...

—¿Entonces no tienen la más mínima idea de por qué ha podido suicidarse? —preguntó Natalia, sorprendida—. ¿No tenía antecedentes psiquiátricos ni estaba deprimida o pasando por una mala racha?

—Según ellos, todo era perfecto —Carlos se encogió de hombros—. Supongo que lo único que podemos deducir de eso es que no sabían una mierda sobre la vida de su hija, como la mayoría de los padres.

—No sé, no me cuadra... Es raro —dijo Natalia, negando con la cabeza mientras clavaba la vista en su plato.

—¿Qué es lo que te parece raro? —preguntó Gus.

—Todo... Una chica joven, muy guapa, con todo el futuro por delante...

—Bueno, eso es lo que se veía desde fuera, pero a saber el infierno que estaba pasando por dentro —Gus dejó el tenedor en el plato y se señaló—. Miradme a mí, por ejemplo. Puedo parecer un tío guay. Voy a la universidad, soy una máquina con los ordenadores, soy majo, inteligente, sociable... La gente podría creer de mí que soy un triunfador, que todo en la vida me va bien y que no tengo de que quejarme. Pero eso puede ser sólo la impresión externa y, aunque no os lo creáis, yo también tengo mis problemas...

—Como que un día alguien no lo soportará más y te estrangulará para que te calles —le interrumpió Carlos.

—O que tengo un amigo borde empeñado en joderme la autoestima —dijo Gus, dirigiéndole una mirada de odio.

—¿Un amigo? ¿Dónde? —bromeó Carlos, mirando alrededor.

—¿Podéis parar los dos? —intervino Natalia—. No hay manera de hablar en serio con vosotros.

—No hay nada de lo que hablar en serio sobre esto, Natalia. Es caso cerrado.

Natalia asintió y volvió a concentrarse en su comida, aunque las cosas

que le había contado Carlos sobre el caso seguían dando vueltas en su cabeza: un botellín de agua a medio beber que, según el resguardo de compra, había comprado apenas cinco minutos antes. Si uno va a suicidarse, puede aguantar la sed cinco minutos más. El libro de relatos que llevaba en su bolso tenía un billete de tren como punto de lectura. Le quedaban tres hojas para acabar uno de los cuentos. Si uno iba a matarse, ¿no terminaría antes lo que estaba leyendo? La única explicación que encontraba era que el libro no le estuviese gustando, pero, entonces, ¿por qué lo había metido en su bolso para aquel último paseo? Y luego estaba lo de esa llamada al móvil. No había colgado, no se había despedido. Había saltado con el móvil aún en su oreja, escuchando a su interlocutor. Los buzos no habían conseguido encontrar el móvil y, si el caso se cerraba, no lo buscarían, pero Natalia creía que era importante saber con quién había estado hablando Andrea en aquellos últimos momentos. Y, por último, quedaba el detalle más inquietante. ¿Por qué estaba sonriendo mientras saltaba? Nada de aquello tenía sentido para ella, pero seguramente Carlos tenía razón y lo mejor sería dejarlo estar. Si seguía insistiendo, Carlos la acusaría de estar buscando misterios donde no los había y, por lo que sabían de aquel caso, en esta ocasión él tendría razón.

CAPÍTULO TRES

Natalia detuvo su coche en el arcén de la autopista y contempló el caos en el que se había convertido aquel tramo de la A-8. Un enorme camión había hecho la tijera, bloqueando por completo los tres carriles que llevaban a Bilbao. Iban a tardar horas en arreglar aquello.

Eran ya las ocho y media de la tarde, la hora en la que todo el mundo trataba de llegar a casa lo más rápido posible, como si poner tierra de por medio fuese a salvarles del recuerdo de sus tediosos trabajos. El atasco que se estaba montando iba a ser de los que hacían historia.

Recogió el maletín con su instrumental del asiento del copiloto y se bajó del coche. Una lluvia intensa la empapó por completo en cuestión de segundos. El viento era tan helado que la hizo desear estar lejos de allí, sentada en el sofá de casa con un café caliente entre las manos y Carlos a su lado, pero todavía le quedaba un rato para eso. Primero tenía que acabar con su trabajo. Según le habían dicho por teléfono, había habido una víctima mortal. Seguramente se trataba del conductor del camión o, quizá, del de algún coche con el que hubiese chocado. Solamente tendría que certificar la muerte y ordenar el levantamiento del cadáver. Lo más probable era que pudiera dejar la autopsia para el día siguiente, cuando ya estuviese resguardada, seca y de mejor humor.

Intentó caminar lo más rápido posible por el asfalto del arcén, pero sus altísimos tacones se lo estaban poniendo bastante difícil. Carlos le había sugerido infinitas veces que debería usar un calzado más cómodo para trabajar, sobre todo cuando tenía que realizar salidas a carreteras, bosques o caminos de cabras, pero ella se resistía. No había conseguido encontrar ni un solo zapato plano que quedase bien con las faldas cortas que le gustaba llevar. Se alegró de que Carlos no estuviese allí. Podía imaginarse

perfectamente su mirada sarcástica al verla tropezar sobre el asfalto mojado mientras se abrazaba a sí misma, tratando de evitar que el viento helado se colase a través de su traje chaqueta de tela fina.

Cuando hubo avanzado unos metros y atravesado el cordón policial, pudo ver de cerca el escenario del accidente. Era aún peor de lo que ella esperaba. El camión había transportado una carga de enormes tubos de acero, que se esparcían por toda la autopista. Varios coches habían colisionado por detrás con el camión, o habían sido alcanzados por alguno de los tubos. En realidad era un milagro que sólo hubiera una víctima mortal.

Se acercó al bulto cubierto por una tela reflectante que brillaba en medio de la calzada. Un par de agentes estaban de pie a su lado, custodiándolo. Al verla, se separaron un par de pasos y fingieron estar muy ocupados mirando hacia otro lugar. Natalia supuso que lo que ocultaba la tela no debía de ser muy agradable de ver y se concentró en enterrar sus sentimientos y dejar el control a su faceta más profesional. Estaba ahí para hacer un trabajo. No debía ver a la víctima como un ser humano con familia, sueños y sentimientos, como una vida truncada, como un tesoro irrecuperable que se había perdido en un solo segundo. Debía concentrarse en ver heridas, laceraciones, golpes, fracturas... Cualquier otra consideración sólo traía dolor.

Sin embargo, a pesar de su concentración, no estaba preparada para la visión de aquel cuerpo. Ni siquiera parecía una persona. Sin poder evitarlo, Natalia se encontró pensando en esas mermeladas de fresa que aún tienen pedazos de la fruta entera. Se enderezó, corrió unos cuantos pasos hasta el arcén de la autopista y vomitó con tanta fuerza que se le saltaron las lágrimas. Uno de los agentes se acercó a su lado y le puso una mano en la espalda para reconfortarla. Cuando consiguió controlarse, Natalia se irguió y le dirigió al agente una sonrisa de disculpa. Se sentía avergonzada. No le gustaba

demostrar sus emociones en público y mucho menos parecer tan débil y poco profesional. Por Dios, era forense. Tendría que estar preparada para ver cualquier cosa.

El agente le devolvió la sonrisa y le tendió un pañuelo de papel para que pudiese limpiarse los labios. Ella lo aceptó agradecida.

—No sé qué me ha pasado —se disculpó.

—No se preocupe. Yo también he vomitado —confesó el hombre—. Si quiere, puede acercarse a alguna de las ambulancias. Le darán algo de agua y podrá descansar un rato hasta que se encuentre preparada.

Natalia iba a declinar la oferta, pero pensó que no era mala idea. Tenía un sabor de boca horrible y algo de agua le vendría bien. Además, aunque no quisiera confesarlo, prefería retrasar al menos unos minutos la desagradable tarea que tenía que hacer. Le dio las gracias al ertzaina y se dirigió hacia la ambulancia más cercana con paso decidido.

Cuando estaba a unos metros de distancia, se dio cuenta de que estaba ocupada. En una camilla tenían a un hombre enorme, con unas espaldas muy anchas y una gran barriga. De las mangas de la camiseta asomaban unos brazos musculados y cubiertos de una manta de pelo negro que hacía juego con su espesa barba. Su imponente aspecto físico contrastaba con su cara cubierta de lágrimas y sus sollozos desesperados.

—No la vi, no pude hacer nada —el hombre intentó levantarse, pero dos enfermeros se lo impidieron—. Paró el coche de repente, salió y empezó a correr hacia mí...

—No pasa nada. Tranquilícese —dijo uno de los enfermeros, mientras le pinchaba un tranquilizante en el brazo.

Natalia se planteó que quizá debería dirigirse hacia otra ambulancia para preguntar si podían darle algo de agua. Parecía que en aquella estaban muy ocupados y no quería molestar. Sin embargo, algo le hizo quedarse donde

estaba. Se limitó a pasear por delante, ignorando la lluvia que caía sin descanso y el viento frío que atravesaba sus ropas.

El camionero fue tranquilizándose y dejó de luchar por levantarse. Sin embargo, continuaba inquieto. Las lágrimas seguían cayendo incesantes, empapando su cara. Cerró los ojos, como si quisiera dejar fuera al mundo, pero aquello no pareció calmarle porque de sus labios brotó otro sollozo ahogado.

—Era como si no viese el camión, como si no oyese el claxon — murmuró con la voz adormilada—. Sólo corría hacia mí mientras hablaba por el móvil... Y sonreía... ¿Por qué sonreía?

Cuando Carlos llegó al lugar del accidente, estaba de un humor de perros. No entendía por qué Natalia le había pedido que fuese hasta allí sin querer comentarle nada por teléfono. Se había pasado la última hora y media en un atasco de mil demonios, tocando el claxon con tanta frecuencia que pensó que la mano se le iba a quedar pegada.

Vio el coche de Natalia y aparcó al lado. Ella estaba sentada dentro y se bajó cuando le vio aparecer, a pesar de que la lluvia había arreciado y caía como una sábana. Carlos se acercó a ella, empapándose de la cabeza a los pies en cuestión de segundos.

—¿Qué es lo que quieres? —le preguntó sin siquiera saludar.

—Necesito tu ayuda con esto —le dijo señalando al lugar en el que el camión continuaba volcado.

—¿Mi ayuda? ¿Con un accidente de tráfico? Soy inspector de homicidios, ¿recuerdas?

—Ya, pero es que creo que no ha sido un accidente de tráfico —trató de explicarle Natalia—. La chica detuvo su coche, se bajó y corrió directamente hacia el camión.

—Natalia, este caso no es mío. Si crees que puede tratarse de un suicidio, ponlo en tu informe y Aguirre se encargará de asignárselo a alguien.

Carlos trató de que su tono sonase calmado, a pesar de que aquella situación estaba poniéndole más furioso a cada momento. Ni siquiera estaba de servicio, pero, en lugar de encontrarse cómodamente tumbado en su sofá, Natalia le había hecho conducir hasta allí para acabar empapado y congelado. Y encima había partido del Athletic.

—Para cuando Aguirre se lo asigne a alguien, las pistas pueden haber desaparecido —insistió Natalia—. ¿Recuerdas el suicidio de hace un par de meses en el Puente de la Salve?

—Sí, claro que me acuerdo —contestó Carlos, tratando de hacer memoria. La verdad era que aquel caso no había ocupado demasiado tiempo de sus pensamientos—. ¿Qué tiene que ver con esto?

—El conductor del camión dice que, justo antes de atropellarla, vio que la chica estaba hablando por el móvil —Natalia esperó unos segundos para que los datos calasen en la mente de Carlos—. Y dice que sonreía.

—¿En serio me has llamado por eso? —dijo Carlos, sintiendo que no podía controlar más su mal genio—. ¿De verdad crees que con la luz que había y a la velocidad a la que sucedió todo al hombre le dio tiempo a fijarse en esos detalles?

—Él está muy convencido de lo que vio. ¿No lo ves? Son demasiadas coincidencias: las dos estaban hablando por teléfono, las dos sonreían...

—A lo mejor sonreían por dejar atrás esta mierda de mundo —Carlos se dio cuenta de que estaba gritando, pero no trató de controlarse—. Yo estaría contento de librarme de este puto clima.

—No me grites —Natalia se cruzó de brazos y le lanzó una mirada airada—. Si te paras a pensarlo un segundo, verás que tengo razón, que no puede ser casualidad...

—¿Qué es lo que tengo que ver? ¿Qué es lo que sugieres? ¿Crees que alguien ha obligado a esas chicas a suicidarse? ¿Ya estás viendo otra vez asesinos en serie por todos lados?

—Bueno, la última vez tuve razón —Natalia bajó la mirada, avergonzada.

—La última vez teníamos niñas asesinadas. Había cuchilladas, hachazos, cosas con las que se podía trabajar —Carlos levantó los brazos, desesperado —. Aquí no hay nada de eso. Es tan solo tu estúpida necesidad de reconocimiento atacando de nuevo.

Carlos esperó a que Natalia le contradijera, pero ella continuó en silencio, con la mirada baja. Carlos resopló y negó con la cabeza, antes de dirigirse de nuevo hacia su coche. Cuando había caminado un par de pasos, se detuvo y se giró de nuevo hacia ella.

—Creo que con un asesino en serie en nuestras carreras tuvimos suficiente, Natalia. Yo no quiero volver a pasar por eso y tú en realidad tampoco —Carlos volvió a ponerse en marcha y abrió la puerta de su coche —. Te dejo tiempo para que te des cuenta de que aquí no tienes nada. Cuando te canses de tus fantasías, vuelve a casa. Tendré la cena lista.

Carlos le guiñó un ojo a modo de disculpa antes de meterse en el coche y arrancar. Natalia se quedó bajo la lluvia, mirando cómo se iba. No entendía por qué Carlos no quería ni siquiera escucharla, por qué se mostraba tan cerrado. Estaba segura de que había una relación entre las dos muertes y, si él le diese la oportunidad de explicarse, también lo vería. Tendría que encontrar la manera de convencerle.

Nada más entrar en casa, Natalia distinguió las notas de Fix you de Coldplay llegando desde el salón. Saludó a Art, que se apretaba contra sus piernas, moviendo la cola y pidiendo mimos, y avanzó por el pasillo, con el perro cruzándose delante de sus piernas.

Carlos estaba terminando de poner la mesa. Cuando ella entró, sonrió, sacó un mechero de su bolsillo y encendió un par de velas. Natalia también sonrió y cruzó los brazos sobre el pecho.

—¿A qué viene todo esto? —le preguntó—. Creía que odiabas a Coldplay.

—Y los odio, pero sé que a ti te gustan, así que me sacrificaré.

—¿Es tu manera de pedirme perdón y de darme la razón?

—Es mi manera de pedirte perdón, pero no de darte la razón —contestó él, dirigiéndole su sonrisa más encantadora—. Sigo pensando que ves fantasmas donde no los hay, pero no debería haberte gritado.

—Pero si me escucharas... —le interrumpió Natalia.

—Por favor, ¿vas a seguir con eso? Vamos a tener la fiesta en paz —la cortó él—. ¿Por qué no vas a la ducha y a cambiarte mientras terminó de preparar la cena?

Carlos se dirigió a la cocina, dejándola con la palabra en la boca. Natalia se sentó a la mesa, enfadada, dispuesta a seguir insistiendo.

—No quiero tener la fiesta en paz. Quiero que me escuches.

Carlos se detuvo en su camino hacia la cocina y se giró hacia ella, resoplando desesperado. Natalia vio una chispa de ira brillando en el fondo de sus ojos. ¿Qué le pasaba con aquel tema? ¿Por qué le enfadaba tanto?

—No estoy diciendo que haya un asesino en serie detrás de esto. No sé lo que hay, pero estoy segura de que hay algo —le dijo, tratando de mostrarse tranquila y razonable—. Son demasiadas coincidencias.

—¿Qué coincidencias, Natalia? —Carlos ya estaba gritando de nuevo. Art se acercó a su lado y saltó, tratando de llamar su atención. Carlos le apartó y se acercó un par de pasos a Natalia—. ¿Una llamada de móvil es demasiada coincidencia? Quizá acababan de darles una noticia horrible, quizá su novio estaba cortando con ellas... ¿A quién le importa?

—A mí me importa.

—Pues a mí no me importa una mierda —Carlos dio un golpe sobre la mesa, haciendo que Natalia se sobresaltara—. Si esas dos chicas decidieron matarse, sin importarles estar tirando su vida y dejar destrozadas a sus familias, ¿por qué iba a importarme a mí? Era su puta responsabilidad y yo no voy a dedicar un solo segundo de mi tiempo a preocuparme por algo que a ellas no les importó.

Sin decir nada más, Carlos salió al pasillo, recogió su abrigo y se marchó de casa dando un portazo. Natalia se quedó paralizada, sin saber cómo reaccionar. Nunca había visto a Carlos comportarse así, ser tan cerrado con respecto a un tema. Durante unos segundos, dudó si debía salir tras él y tratar de detenerle, pero se quedó quieta en la silla, acariciando a Art, que había colocado la cabeza sobre su muslo para consolarla. No le entendía, no sabía qué podía decirle. Lo único que podía hacer era esperar a que se le pasase y regresase a casa.

CAPÍTULO CUATRO

Gus salió de clase con la carpeta bajo el brazo. Eran ya las dos de la tarde y el estómago le rugía por el hambre, así que se apresuró hacia la salida. Todavía tenía que coger el metro y llegar hasta Sestao. Escuchó que su amigo Joseba le llamaba a gritos y redujo el paso para que le alcanzara.

—¿Dónde vas con tanta prisa, tío? —preguntó su amigo—. Ya ni esperas.

—Tengo un hambre que me muero. No sé si voy a llegar a casa sin desmayarme —Gus se quedó unos segundos en silencio—. Oye, ¿qué día es hoy?

—Vives empanado. Es jueves. ¿No ves que acabamos de tener dos horas seguidas de metodología de la programación?

—Joder, qué mierda. Hoy tocan lentejas y pescado.

—¿Y cómo lo sabes?

—Mi madre es una mujer de costumbres fijas —contestó Gus, suspirando—. Ella dice que lo tiene calculado para que comamos de todo a lo largo de la semana y que así tengamos un menú equilibrado y todas esas chorradas de madre, pero yo creo que lo hace para no pensar. No hay quien la mueva de sus menús. Estoy seguro de que, si se acabase el mundo un jueves, ella saldría a la calle a matar zombis con tal de poder poner en la mesa lentejas y pescado...

—Bueno, así no tiene que malgastar tiempo pensando qué poner para comer. Es eficacia pura, como lo de Einstein o Jobs con lo de vestir todos los días igual.

—No creo que lo haga para dedicar su tiempo a mejorar la humanidad. Creo que lo que busca es más tiempo para hacerme la vida imposible...

Mientras hablaban, habían llegado a la salida de la universidad. Gus reconoció el Mercedes plateado aparcado en doble fila en la acera de

enfrente. Se quedó parado y saludó. Natalia abrió la puerta del coche, se bajó y le indicó por señas que se acercara.

—Joder, pedazo de tía —dijo Joseba—. ¿Te está saludando a ti?

—Sí, es una amiga —contestó Gus, haciéndose el interesante—. Creo que vas a tener que ir solo en el metro. Voy a ver si tengo suerte y me invita a comer.

—No flipes, chaval. ¿Cómo te va a invitar a comer una tía así?

—¿Va un paquete de tabaco?

—Claro.

—¡Natalia! —Gus la llamó a voz en grito, poniendo las manos alrededor de la boca para superar el ruido del tráfico—. ¿Me invitas a comer?

Ella asintió, le hizo de nuevo señas para que cruzara y se metió en el coche para esperarle. Gus se giró hacia su amigo con una sonrisa triunfal.

—Nos vemos mañana —le dio un par de palmadas en la espalda para despedirse y le guiñó un ojo—. Y que sea Lucky.

Tras despedirse de Joseba, corrió hacia el coche de Natalia, que ya le esperaba con el motor encendido. El coche arrancó y se perdió entre el tráfico antes de que Joseba consiguiera cerrar la boca.

Natalia paró de comer y se quedó mirando como Gus terminaba de devorar su hamburguesa. Ella no tenía hambre, estaba demasiado preocupada. Gus levantó la vista de su plato ya vacío y miró al de Natalia.

—¿Te vas a comer eso? —cuando Natalia negó con la cabeza, Gus agarró su plato y siguió comiendo—. ¿Y las patatas?

—Tampoco, no tengo hambre —Natalia observó al chico, tan delgado que parecía flotar dentro de su sudadera negra—. En ocasiones me preguntó cómo puedes comer tanto. ¿Has pensado que quizá tengas la solitaria?

—No y tampoco me preocupa. Si la solitaria quiere comerse los

nutrientes, que lo haga. Mientras la comida me la siga comiendo yo... —Gus se encogió de hombros mientras le pegaba un largo trago a su coca-cola—. ¿Vas a seguir mirando cómo como o vas a contarme qué te preocupa? Me estás poniendo nervioso.

—¿Y por qué crees que me preocupa algo? —preguntó ella, tratando de fingir una sonrisa.

—No creo que hayas venido a buscarme porque me echaras de menos y quisieras verme comer. Sé que soy adorable y que, bien mirado, hasta puedo ser guapete, pero, por raro que pueda parecer, sé que no estás loca por mí, sino por el energúmeno ese que tienes por novio. Y hablando de él, ¿por qué no ha venido? ¿Habéis discutido?

—Bueno, algo así —contestó Natalia, fingiendo estar muy interesada en las enormes copas de helado que acababan de servir en la mesa de al lado—. Por cierto, ¿quieres postre?

—Por supuesto que quiero postre, pero no me cambies de tema. ¿Qué ha pasado?

Natalia se quedó unos segundos en silencio, tratando de ordenar sus ideas. A pesar de lo fácil que le resultaba hablar con Gus, le molestaba lo transparente que resultaba para él. Siempre se había considerado una experta escondiendo sus emociones y, sin embargo, aquel chico era capaz de descubrir lo que le pasaba incluso sin dejarle meter una sola palabra en la conversación. Ojalá fuera así de fácil hablar con Carlos...

La noche anterior había pasado horas esperando su vuelta. Le había llamado al móvil decenas de veces, pero él lo había apagado. A las dos de la mañana se había dado por vencida y se había ido a la cama, pero no había conseguido dormirse. Cuando le oyó llegar a las cuatro, aún estaba despierta. Aunque no lo hubiera estado, el follón que montó al entrar la habría despertado. Le llevó varios intentos abrir la puerta, se chocó contra el

paragüero de latón que tenían en la entrada y lanzó un juramento cuando Art estuvo a punto de derribarle al meterse entre sus piernas. Natalia pensó en levantarse, pero decidió que era mejor fingir que estaba dormida. No le gustaba cómo era Carlos cuando bebía y también sabía que a él no le gustaba que le viese en ese estado. Cuando se levantó por la mañana, él ya se había marchado a trabajar. Había pensado varias veces en llamarle durante la mañana, pero su orgullo había acabado imponiéndose. Ella no había hecho nada malo. No había nada que justificase el modo en el que él le había hablado. Si alguien tenía que llamar para disculparse, estaba segura de que no era ella.

—Tierra llamando a Natalia... —la voz de Gus la trajo de vuelta a la realidad—. ¿Estás ahí?

—Sí, perdona. Me he distraído pensando en mis cosas.

Gus se comió la última patata que quedaba en el plato y se reclinó en la silla, esperando a que ella hablase. Natalia suspiró y comenzó a contarle todo: el primer suicidio en el puente de La Salve, la forma en la que Carlos se había negado a investigar nada, el accidente del día anterior, la discusión que habían tenido cuando le hizo ir hasta allí, su negativa a escucharla en casa...

—Joder con Carlos. Tiene aún peor genio en la intimidad —Gus le dirigió una sonrisa comprensiva—. Deberías mandarle a la mierda y buscarte a un tío que te tratase mejor.

—¿Alguien como tú? —cuando Gus asintió, Natalia soltó una carcajada—. Te saco casi diez años.

—¿Y qué? Estás muy bien conservada para lo mayor que eres —Gus esquivó la servilleta de papel que Natalia le lanzó y le guiñó un ojo—. Tranquila, que es broma. Bueno, para que me quede claro... ¿Qué es lo que necesitas de mí? ¿Para qué me cuentas todo esto?

Natalia lo pensó durante unos segundos. La verdad era que no tenía nada

claro lo que quería hacer, ni cómo podría ayudarla Gus, pero sabía que no podía quedarse de brazos cruzados sin hacer nada. Estaba segura de que, dentro de poco tiempo, una nueva chica se suicidaría mientras hablaba por teléfono y que los testigos le hablarían de la sonrisa que adornaba su cara en aquellos últimos segundos.

—Sé que hay algo raro detrás de esas muertes y quiero investigarlo, aunque Carlos no quiera ayudarme y los casos estén cerrados —Natalia le miró fijamente, intentando convencerle—. Necesito que me ayudes.

—¿Yo? Yo no soy investigador, ni forense, ni psicólogo... Sólo soy un estudiante de informática —Gus negó con la cabeza—. No sé cómo podría ayudarte.

—No eres sólo eso y lo sabes. Cuando estuvimos investigando a Caronte, se te ocurrieron muchas líneas de investigación, muchas ideas que nos ayudaron a resolver el caso. Eso es lo que necesito de ti: que hablemos, que pensemos juntos cómo investigar, que compartamos ideas...

—Si lo que estás buscando es alguien que hable, soy tu hombre —bromeó Gus—. Está bien, no tengo ningún problema en ayudarte en esto, aunque estoy seguro de que, si Carlos se entera, nos matará por meternos en cosas que no nos conciernen en absoluto. Oye, por cierto, supongo que, al ser una investigación personal tuya, no tendrás fondos de la Ertzaintza para costearla, pero, si vas a necesitar que le dedique mucho tiempo, algo me tendré que llevar yo, ¿no?

—¿Estás pidiendo que te pague? —preguntó Natalia, sorprendida.

—Mujer, que me pagues no... Alguna subvención para mis gastos. Ten en cuenta que sólo soy un pobre estudiante y que ando todo el día pelado. Ya sabes que estoy sacándome el carné de conducir, que, tal como me va, voy a necesitar muchas clases y que no son baratas. Precisamente andaba pensando en que debería buscarme algún trabajillo para las tardes para tener algo de

pasta. Nada serió, ya sabes: buzonear, trabajar en una hamburguesería, currar de teleoperador...

—Tú no podrías trabajar de teleoperador. Con todo lo que hablas, sólo podrías atender a un cliente por día —Natalia lo pensó unos segundos— ¿En cuánto dinero estás pensando?

—No sé... ¿Trescientos euros a la semana? —aventuró Gus.

—¿Estás loco? ¿De dónde crees que voy a sacar todo ese dinero? Cien.

—Vale, pero me invitas a comer todos los jueves —respondió Gus, mientras miraba a la mesa de al lado—. Y quiero una copa de helado como ésas. De chocolate.

—Trato hecho —Natalia le hizo una seña al camarero para que se acercara.

—Perfecto, y ahora, mientras yo me como el postre, tú ve contándome todas las pistas que tienes sobre nuestro caso.

Gus terminó su helado y se quedó mirando la copa con pena por estar en un sitio público y no poder rebañarla a gusto. Levantó la cabeza y se encontró con la mirada de Natalia, que había terminado de hablar y parecía esperar una respuesta.

—Así que, en resumen, tenemos un botellín de agua recién comprado, un cuento sin acabar de leer, dos llamadas de móvil y unas chicas que sonrían antes de palmarla —Gus se reclinó en su silla y soltó un largo suspiro—. Lamento tener que decirte esto, pero como pistas son una auténtica mierda.

—¿Así que estás de acuerdo con Carlos? —preguntó Natalia, apenada—. ¿Crees que no tenemos nada.

—Tranquila, yo no estaría de acuerdo con Carlos ni en que el sol vaya a salir por el este. Si tú crees que hay que investigarlo, lo haremos —Gus sonrió y le guiñó un ojo—. Además, me pagas para que crea que tenemos

algo. No voy a convencerte para que me despidas el primer día.

—No te pago para que me creas. Te pago para que me ayudes —explicó Natalia—. Si en algún momento piensas que todo esto es una estupidez, te agradecería que me lo dijeras.

—Y lo haré, pero creo que tienes razón en que hay cosas que no cuadran —Gus se levantó de la silla y recogió su chaqueta—. ¿Vamos fuera? Aquí no se puede fumar.

Natalia miró a la calle a través de la cristalera. Había empezado a llover de nuevo y, seguramente, haría frío. Recogió su abrigo, fue a pagar la cuenta y salió detrás de Gus. A ella también le apetecía un cigarrillo. Se detuvieron bajo un balcón y Natalia sacó tabaco para los dos.

—Muchas gracias —Gus encendió su cigarrillo y se quedó unos segundos pensativo, con la mirada perdida en el oscuro cielo—. Bien, veamos por dónde podemos empezar. Creo que lo mejor será enfocar esto desde un punto de vista científico. Si nos centramos en verificar nuestras hipótesis, podemos cegarnos y ver pruebas donde no las hay, así que lo mejor será que tratemos de falsarlas.

—¿Y de dónde sacas tú todo eso? —le preguntó Natalia, asombrada.

—Te sorprendería saber la cantidad de chorradas que nos enseñan en la universidad —Gus se encogió de hombros—. Lo que quiero decir es que deberíamos tratar de comprobar si realmente fueron suicidios. Para ello deberíamos tratar de averiguar si tenían motivos para matarse, si sus familiares o amigos vieron algo extraño en su comportamiento de las últimas semanas... Para eso nos vendría genial tener a alguien como Carlos, pero, después de lo que me has dicho, no creo que vayamos a poder contar con él.

—No, Carlos no debe enterarse de nada de esto, al menos hasta que tengamos alguna prueba sólida con la que convencerle de que tenemos razón.

—Bueno, pues entonces dejaremos los interrogatorios a los familiares

para más adelante —dijo Gus, pensativo—. Creo que lo más importante es saber con quién estaban hablando antes de morir y de qué. Puede que las estuviera dejando su novio, que las estuvieran despidiendo del trabajo de sus sueños, que las avisaran de la muerte de alguien... Eso es lo primero que deberíamos descartar.

—Pues lo vamos a tener difícil, porque el móvil de la primera chica descansa en el fondo de la ría —comentó Natalia—. ¿Qué tal se te da bucear?

—Conmigo no cuentas para eso. No me metería en la ría ni por dinero.

—Pero si está limpia. Hay peces y gente que se baña en ella...

—No me fío. Yo sé cómo estaba esa ría hace pocos años —dijo Gus, negando con la cabeza.

—Tú debías ser un crío cuando estaba sucia. No tendrías ni que acordarte.

—Créeme, ese olor se incrusta en el cerebro y se queda para siempre —Gus le dio una última calada a su cigarrillo y lo arrojó al suelo—. Además, no iba a servir para nada. Ese móvil lleva dos meses a remojo. No creo que pudiéramos sacar ningún dato de él. ¿Qué hay del móvil de la otra chica? ¿Sabes cuál fue el último número que la llamó?

—No, ni idea.

—Pues creo que es por ahí por donde deberíamos empezar. ¿Crees que podrás averiguarlo?

Natalia se quedó unos segundos pensando, tratando de encontrar alguna manera. No podía recurrir a Carlos, así que tendría que buscar a alguien en la central que estuviera dispuesto a ayudarla y fuese discreto. No tuvo que pensar mucho tiempo antes de que un rostro se abriese paso en su cabeza.

—Creo que tengo una manera —Natalia cogió a Gus del brazo y comenzó a andar bajo los aleros—. Vamos a buscar un sitio en el que tomarnos un café y te lo cuento.

CAPÍTULO CINCO

Natalia entró corriendo en la central. Al final había estado demasiado tiempo hablando con Gus y llegaba tarde. Después de fichar, decidió pasarse por el despacho de Carlos, en la sección de homicidios. Según la vio entrar, Carlos se levantó de su mesa y caminó hacia ella con paso decidido.

—Hola, Natalia —le dijo, bajando la cabeza y rascándose la nuca, como si no se atreviera a mirarla a la cara—. ¿Qué tal?

—Bien, gracias —respondió ella, sonriendo sarcástica—. ¿Qué tal tú? ¿Mucha resaca?

—Bastante —se sinceró él.

—Pues me alegro —le dijo ella, cortante.

—Comprendo que estés enfadada, pero no creo que éste sea el sitio indicado para discutirlo. ¿Hablamos luego en casa?

—Claro, no te preocupes.

El teléfono de la mesa de Carlos comenzó a sonar. Éste hizo un gesto de disculpa, lo cogió y habló durante un par de minutos. Después de colgar, se dirigió a Natalia, apenado.

—Es Aguirre. Quiere verme en su despacho.

—¿Qué habrás hecho ahora?

—Al parecer, sigo sin rellenar los informes a su gusto —Carlos se encogió de hombros—. Tengo que ir a que me lo explique de nuevo.

—Intenta prestar atención esta vez. Nos vemos luego.

Carlos salió de su despacho y se dirigió a los ascensores. Natalia esperó a que hubiera desaparecido y llamó a la puerta del despacho de al lado. Después de esperar unos segundos, la puerta se abrió. Natalia sonrió a Adrián, el nuevo compañero de Carlos.

—Hola, Adrián.

—Hola, Natalia. ¿Venías buscando a Carlos?

—No, la verdad es que quería hablar contigo. ¿Puedo pasar?

El chico se apartó y la dejó entrar. Natalia tuvo que reprimir una sonrisa al darse cuenta de que él había enrojecido hasta la raíz del pelo. Él le señaló una silla, se sentó enfrente y, en lugar de mirarla, se dedicó a ordenar los papeles de su mesa. Como no parecía muy decidido a hablar, Natalia decidió tomar las riendas de la conversación

—¿Cómo te va con Carlos de compañero? —le preguntó para romper el hielo.

—Estupendo, estupendo... —contestó él, azorado—. Estoy aprendiendo muchísimo.

—No hace falta que me mientas —Natalia soltó una carcajada ante la cara de estupor del chico—. Conozco a Carlos. Podría creerme un “No me va mal”, incluso un “Bien” no demasiado efusivo, pero no un “Estupendo”.

—Es cierto —Adrián suspiró y se apoyó en el respaldo de su silla—. Tiene un carácter un poco difícil. ¿Es así con todos sus compañeros?

—Sólo los primeros meses, hasta que ve que puede fiarse de ellos —Natalia le guiñó un ojo—. Tranquilo, no echa demasiadas pestes sobre ti cuando vuelve a casa. Creo que lo estás consiguiendo.

—No sabes lo que me alegra oír eso. Para mí es muy importante trabajar con él. Tiene muchísima experiencia y ha resuelto más crímenes que nadie en esta oficina —Adrian hablaba con el entusiasmo con el que un adolescente se referiría a su grupo musical preferido—. Y luego está lo de Caronte. Es una leyenda.

—Si quieres llevarte bien con él, no le digas esas cosas —bromeó Natalia—. Hace que suene a viejo.

—No, no quería ofender —se disculpó Adrián, nervioso de nuevo.

—Tranquilo, era una broma —Natalia se echó hacia delante y apoyó un

codo en la mesa—. Voy a darte un consejo. Relájate un poco. Eres un buen inspector. Aguirre no te habría puesto con Carlos si no lo fueras, así que tómate las cosas con tranquilidad y todo irá bien.

—Muchas gracias —Adrián sonrió, suspicaz—, pero hay algo que no me cuadra. Si Carlos no se queja mucho de mí, ¿por qué has venido a mi despacho a darme consejos de cómo llevarme bien con él?

—¿Ves como eres buen inspector? —Natalia esbozó su sonrisa más inocente y encantadora—. No he venido por eso. Quería pedirte un favor.

—Lo que sea. Dime.

—Ayer estuve en el levantamiento del cadáver del accidente de la A-8. ¿Sabes de qué hablo?

—Sí, lo he visto en las noticias. Aún no se sabe si fue una accidente o un suicidio, ¿verdad?

—Sí, eso es —contestó Natalia—. La cosa es que mi parte del trabajo ya está terminada, pero me he quedado con la curiosidad. Escuché al conductor del camión que la atropelló decir que la chica estaba hablando por el móvil mientras corría hacia él y me gustaría saber con quién.

—La verdad es que es raro —comentó Adrián.

—Sí, no puedo con la curiosidad. Ya sabes cómo somos las mujeres —Natalia volvió a sonreír—. Le he preguntado a Carlos, pero dice que estoy buscando fantasmas y que lo olvide. Me preguntaba si podrías ayudarme tú.

—Bueno, no sé quién llevará la investigación en este momento ni si querrán pasarme ese dato...

—¿Podrías intentarlo por mí? —Natalia extendió el brazo y agarró suavemente la mano de Adrián mientras le dirigía su mirada más encantadora.

—Sí, sí... Claro, por supuesto... —Adrián esquivó su mirada y volvió a enrojecer—. Haré unas llamadas y te avisaré.

—Perfecto, te doy mi número de teléfono. ¿Me das tú el tuyo? —Natalia soltó la mano del chico para sacar su móvil—. Y una última petición. No le digas nada de esto a Carlos, por favor. No le gusta que me meta en las investigaciones. Dice que lo mío es destripar y apuntar. ¿Te lo puedes creer?

—De Carlos, sí —contestó Adrián, sonriendo—. A mí me dice que lo mío es aprender y callar.

—Encantador, como siempre. Entonces, ¿será nuestro secreto? —Natalia le guiñó un ojo.

Adrián no pudo ni contestar. Se limitó a asentir y a clavar la mirada en su móvil mientras apuntaba el número de Natalia. Después de despedirse, Natalia salió del despacho y se dirigió hacia los ascensores. De repente, sintió que el estómago se le encogía. Carlos avanzaba hacia ella con una mirada interrogadora en los ojos.

—¿Todavía por aquí? —le preguntó.

—Sí, he tenido que ir al baño —contestó ella, apresuradamente—. Me voy que llego tarde. Nos vemos luego.

Carlos asintió y la siguió con la mirada hasta que desapareció en uno de los ascensores. ¿A qué estaba jugando? La había visto salir del despacho de Adrián. Se dirigió hacia allí, llamó a la puerta con un par de toques y abrió. Adrián estaba sentado a su mesa, mirando el móvil.

—Hola —saludó Carlos—. ¿Ha pasado algo en mi ausencia?

—Nada, nada —contestó el chico, nervioso—. He estado aquí aburrido, ordenando unos papeles.

—Perfecto. Si necesitas algo, estaré aquí al lado.

Carlos cerró la puerta y volvió a su despacho. Estaba seguro de que los dos mentían, pero no podía imaginarse por qué. Por lo que él sabía, Natalia y Adrián sólo habían compartido un par de saludos educados cuando ella había ido allí a buscarle. ¿Habrían estado hablando de él? ¿Quizá el chico había

estado quejándose a Natalia de cómo le trataba? Carlos lo dejó pasar y volvió al trabajo. Natalia acabaría contárselo antes o después.

Natalia salió de la ducha y miró su móvil. Hacía más de media hora que le había enviado un mensaje a Gus, pero éste seguía sin contestar. Decidió darle algo más de tiempo mientras se vestía y se secaba el pelo, aunque todo el rato siguió con un ojo clavado en la pantalla.

Aún estaba sorprendida de la velocidad con la que Adrián le había conseguido el dato que le había pedido esa misma mañana. Había pensado que se olvidaría y que tendría que insistirle unas cuantas veces, pero parecía que el chico se había puesto a ello nada más salir ella del despacho. Durante unos segundos, se planteó que el interés que él se había tomado por hacerle un favor, sumado al modo en que la miraba y se sonrojaba ante cualquier mínima sonrisa suya, podía significar algo, pero lo descartó de inmediato. No quería pensar que Adrián pudiese estar haciéndose ilusiones o que ella estuviera usando sus “encantos femeninos” para manipularle. Él sabía muy bien que ella estaba con Carlos. Si quería creer que iba a sacar algo de ayudarla, era su problema.

Oyó los ladridos de Art y el ruido de la puerta de la calle al cerrarse. Carlos acababa de llegar a casa. Esperaba que él no quisiera hablar demasiado sobre su discusión de la noche anterior. Ella pensaba decirle que lo había olvidado y que iba a dejar aquel tema aparcado y esperaba que él se lo creyera y no hiciera demasiadas preguntas. Nunca se le había dado demasiado bien mentir y Carlos era inspector de homicidios. Si insistía un poco, toda su mentira se desmontaría y volverían a tener la misma bronca.

Salió del baño para saludarle y, en ese momento, sonó su móvil. Mensaje de Gus. Le dio a Carlos un beso distraído mientras leía el mensaje. “Te espero en mi casa a las ocho y media”. Natalia lo pensó durante unos

segundos. Podría dejar a Gus que lo buscara solo. Después de todo, para eso le iba a pagar, pero la verdad era que le apetecía estar a su lado mientras investigaba, ser parte de aquello, volver a sentir la emoción de estar detrás de algo importante... Quizá Carlos tenía razón y era adicta a la caza de fantasmas.

—¿Con quién hablas? —le preguntó Carlos, curioso.

—Con una amiga —mintió ella, apresuradamente—. Vamos a salir a tomar una copa.

—¿Qué amiga? —preguntó Carlos—. Si siempre te estás quejando de que no tienes...

—Con Marta Santos —Natalia esperó a que Carlos hiciera memoria—. Ya sabes, una de las forenses. Una rubia con el pelo largo, alta y delgada...

—¿La que tiene las paletas un poco separadas? —recordó Carlos—. ¿Y desde cuándo eres amiga suya?

—Bueno, hemos tomado café juntas unas cuantas veces y hoy me ha dicho que podríamos ir a tomar una copa para conocernos más —Natalia frunció el ceño—. ¿Te molesta?

—No, para nada —Carlos negó efusivamente con la cabeza—. Es sólo que había pensado hacer la cena para disculparme por lo de ayer.

—No te preocupes. Está todo perdonado y olvidado —Natalia le dio un beso en la mejilla y cogió su abrigo del perchero de la entrada—. Me voy que llego tarde.

Natalia salió de casa y Carlos se quedó mirando la puerta cerrada por la que ella había desaparecido. ¿Perdonado y olvidado? ¿Iba a dejar pasar que él la hubiera gritado sin razón y que se hubiese marchado a emborracharse? Ésa no era su Natalia. Debían haberla abducido y habían dejado en su lugar a una mucho más comprensiva. O a una a la que él no le importaba una mierda.

Entró en la sala y se derrumbó en el sofá. Art se acercó a él y apoyó el

hocico en una de sus rodillas, mientras le miraba fijamente con sus ojos castaños. Carlos le acarició entre las orejas y le lanzó una sonrisa triste.

—Menos mal que aún te tengo a ti. Tú sí te preocupas por mí, ¿verdad, campeón?

Carlos encendió un cigarrillo, se tiró en el sofá y puso las noticias, tratando de distraerse. Se había pasado todo el día preocupado por lo de la noche anterior, por haberse portado como un cabronazo sin darle a Natalia ninguna explicación de su comportamiento. Después de mucho pensarlo, se había dado cuenta de que debía disculparse y contarle a Natalia la razón por la que se había puesto así, aunque le hiciera daño hablar de ello. Y todo para nada. A Natalia no le importaba.

Durante un segundo, se preguntó si esa salida de Natalia no tendría nada que ver con la visita que le había hecho a Adrián aquella tarde. No, aquello era una gilipollez. Natalia nunca le había dado la más mínima razón para desconfiar de ella ni para que se pusiera celoso. Se forzó a concentrarse en las noticias y dejar de pensar aquellas bobadas. Sólo había sido una discusión tonta y pronto podrían hablar y lo arreglarían. No había razones para pensar que toda su vida iba a desmoronarse.

CAPÍTULO SEIS

Cuando Natalia se bajó de su coche, vio a Gus caminando por la acera de vuelta a su casa, fumándose un cigarrillo. Frunció el ceño y se acercó. Pensaba que él habría estado aprovechando el tiempo que ella tardaba en llegar hasta su casa para ir investigando, pero, por el paso que llevaba, parecía que no tenía ninguna prisa. Cuando la vio, él saludó con la mano y le hizo un gesto para que se acercara.

—Hola, Natalia. ¡Qué rápido has llegado!

—Sí, casi más que tú —comentó Natalia—. ¿Qué hacías? No me contestabas al teléfono y ahora te encuentro en la calle cuando pensaba que ya estarías buscando los datos.

—Mata un poco el nervio. Esos datos no van a ir a ningún lado. Además, que yo sepa no me pagas por horas, sino como asesor. Y tampoco es que me pagues demasiado —Gus sonrió, burlón—. Estaba con mi colega Joseba viendo una peli japonesa: Battle Royale. ¿La has visto? Es como los Juegos del hambre, pero anterior y más brutal. Te la recomiendo. Al principio es un poco difícil distinguir a los personajes, porque además son un montón, todos tratando de matarse los unos a los otros...

—Gus, para —le cortó Natalia—. ¿Podemos centrarnos en lo que tenemos que hacer?

—Sí, claro. Ése es mi portal —Gus abrió la puerta y la invitó a pasar primero—. Sólo trataba de ampliar tus horizontes culturales, pero, si no te interesa, lo dejo.

Cuando llegaron a casa de Gus, éste entró y se dirigió a su habitación. Natalia le siguió sin decir nada por un pasillo oscuro. Era la primera vez que estaba en casa de Gus. Las puertas de todas las habitaciones estaban cerradas, aunque a través de un par de puertas dobles con cristalera llegaba la luz

fluctuante de un televisor.

—Mamá, estoy en casa —anunció Gus a gritos—. Vengo con una amiga y vamos a la habitación. No nos molestes.

En cuanto acabó de pronunciar aquellas palabras, las puertas dobles se abrieron, dejando paso a una mujer con una gastada bata de casa de color rosa y unas zapatillas con forma de conejo.

—¿Una amiga? ¿Qué amiga? ¿Y por qué vais a encerraros en la habitación? —la mujer hablaba tan rápido que ya había terminado aquellas frases para cuando pudo ver a Natalia. Se quedó paralizada durante unos segundos, observando a Natalia, curiosa—. ¿No nos vas a presentar?

—Sí, mamá. Ésta es Natalia, la forense de la Ertzaintza de la que ya te he hablado varias veces.

Natalia tendió la mano para saludar, pero la mujer no le correspondió. Cruzó los brazos con fuerza frente a su abundante pecho, mientras fruncía tanto el ceño que ambas cejas estuvieron a punto de tocarse.

—¿Y para qué ha venido aquí? ¿No estaréis en una investigación otra vez? —antes de que Gus pudiera responder, la mujer se encaró con Natalia—. La última vez estuvieron a punto de matar a mi pobre hijo. No quiero que volváis a enredarlo en algo peligroso. Si me entero de que volvéis a ponerle en peligro haciéndole perseguir asesinos, vais a tener a alguien mucho más peligroso que cualquier criminal que hayáis perseguido nunca detrás vuestro.

—Mamá, tranquila —trató de cortarla Gus.

—Ni tranquila, ni tranquilo... Mientras esta mujer no me asegure que tu vida no va a correr ningún peligro, no va a permanecer un segundo más dentro de mi casa. Y si no estás contento con mis normas, ya sabes lo que tienes que hacer. Coges la puerta y te largas...

—Señora, por favor, tranquilícese —consiguió intervenir Natalia—. Le prometo que su hijo no corre ningún riesgo. Sólo quiero que me ayude a

buscar unos datos en su ordenador. Su vida no va a estar en peligro en ningún momento.

—Sí, mamá. Y, además, van a pagarme. ¿Podemos ir a trabajar ya?

La mujer volvió a clavar su mirada en los ojos de Natalia y, después de resoplar para mostrar que seguía sin estar de acuerdo, se encerró de nuevo en el salón. Natalia contuvo la risa hasta que estuvo dentro de la habitación de Gus y éste hubo cerrado la puerta.

—Vaya, ahora sé de dónde has sacado tu forma de hablar sin parar —le dijo entre risas—. Lo que no sé es cómo conseguís meter baza en esta casa.

—Pedimos turno para hablar —bromeó Gus, mientras trataba de ordenar un poco la habitación, recogiendo la ropa que estaba tirada por el suelo y colocándola sobre un inestable montón de más de medio metro de altura que ocultaba una silla casi por completo.

—Eres un poco desastre —observó Natalia—. ¿Cómo distingues qué ropa está limpia?

—Fácil, por el olor —contestó Gus, encogiéndose de hombros—. Voy a por una silla para que te sientes.

Gus salió de la habitación y la dejó sola. Natalia trató de controlar sus ganas de ponerse a limpiar y a ordenar. Si algún psicólogo quisiera diseñar una habitación para tratar la obsesión por la limpieza, no podría idear nada mejor. Había ceniceros rebosantes de colillas, bolas de papel, libros, revistas y comics en cada rincón... Se forzó a respirar profundamente para tranquilizarse. Gus entró con una silla, la colocó frente al escritorio y la invitó a sentarse.

—Bueno, pues vamos a trabajar —hizo crujir los huesos de sus dedos antes de ponerse al teclado—. ¿Quieres comer o beber algo?

—No, muchas gracias —Natalia trató de poner su mejor sonrisa, aunque en realidad estaba pensando que preferiría que la arrancasen las uñas antes de

ingerir algo en aquel nido de bacterias—. ¿Tienes el número de teléfono que te pase?

—Sí, lo tengo aquí apuntado.

—¿Y cómo vas a averiguar a quién pertenece? —preguntó Natalia.

—Bueno, vamos a intentar primero los métodos fáciles —Gus encendió su monitor y abrió el navegador, mientras le explicaba—. Abrimos Google y escribimos el número.

—¿Crees que va a ser tan fácil?

—Puede ser. Hay gente que pone anuncios en páginas de contactos o para vender alguna cosa e incluye su número de teléfono. A lo mejor tenemos suerte —Gus inspeccionó durante unos segundos los resultados que había obtenido—. Pues no va a ser tan fácil. No pasa nada. Probaremos otra cosa.

—¿El qué?

—Facebook —Gus se giró hacia ella y sonrió—. Hay gente que se registra con su número de móvil en lugar de con una dirección email. También hay veces en las que Facebook te pide el número de móvil para enviarte un código de verificación. Lo que la gente no sabe es que, aunque tu número de teléfono no aparezca en Facebook como público, sólo tienes que ir a la barra del buscador, poner el número y que aparezca —explicó Gus al mismo tiempo que abría Facebook en su ordenador e introducía el número—. Vaya, pues tampoco ha habido suerte.

—¿Y ahora qué? —preguntó Natalia, frustrada.

—No pasa nada. Hay más maneras. Vamos a probar con Whatsapp —Gus sacó su móvil del bolsillo de sus vaqueros—. Me voy a contactos, añado el número a mi agenda y le llamo, por ejemplo, Caronte2.

—No, por favor, no juegues con eso —le pidió Natalia.

—Vale, lo llamo “Prueba” —accedió Gus, poniendo los ojos en blanco—. Qué especialita eres.

—¿Y ahora qué?

—Ahora me voy a Whatsapp, busco en mis contactos y debería salir aquí —Gus fue deslizado el dedo por la pantalla para buscar el número—. Te aviso de que con este método no saldrá su nombre, pero al menos veremos su foto.

—Bueno, no es mucho, pero es un primer paso.

—Nada, tampoco tiene whatsapp. No sé quién será, pero es de lo más antisocial.

—Sospechamos que es alguien que está implicado en la muerte de dos chicas. Ese tipo de gente no suele ser muy sociable.

—Ya, pero hoy en día no tener ni Facebook ni Whatsapp no es ser poco sociable, es ser un ermitaño —protestó Gus.

—Y lo dices tú, que jurabas que nunca ibas a tener móvil para que no te controlasen —se burló Natalia—. Bueno, ¿y ahora qué? ¿No hay nada más que podamos hacer?

—Sí, pero va a ser más difícil —Gus tecleó en Google y abrió una nueva página—. Vamos a consultar al CNMC para saber el operador.

—¿Qué es eso?

—La Comisión Nacional de los Mercados y la Competencia —explicó Gus—. Nos vamos a herramientas y registros, pulsamos en “Consulta de numeración móvil”, escribimos el número y nos dice esto: Es un número de móvil que pertenece a Movistar y que no ha sido portado nunca, es decir, que siempre ha pertenecido a la misma compañía. Eso es raro.

—¿Raro por qué?

—Porque con lo mal que funcionan las compañías telefónicas en España, la gente se cambia continuamente. Así que, o es alguien con una paciencia infinita o es una línea reciente.

—¿Y ahora con esa información qué hacemos?

—Vamos a hacer un poco de ingeniería social. Para ser sinceros, vas a hacerla tú.

—¿Ingeniería social? Yo no sé qué es eso.

—Digamos que es el arte de conseguir información confidencial haciendo que te la dé el propio usuario —Gus cogió un folio y un bolígrafo y empezó a escribir mientras seguía explicando—. Vas a llamar a ese número y a decirle a quién te coja que llamas de Movistar.

—¿Yo? ¿Y por qué no tú? —preguntó Natalia, nerviosa.

—Porque la mayoría de teleoperadoras son mujeres. Quedará mucho más creíble.

—¿Y qué le voy a decir?

—Tranquila, yo te lo explico. Le vas a decir que su número ha sido seleccionado para realizar una encuesta de satisfacción y que, a cambio de su colaboración, recibirá una recarga de cincuenta euros si es de prepago o un descuento en su próxima factura si es de contrato.

—Pero yo no sé nada de móviles ni de hacer encuestas. Se va a dar cuenta.

—Cálmate un poco, por favor —Gus continuaba escribiendo—. Estoy apuntándote aquí todas las preguntas de la encuesta. Será muy fácil: si está satisfecho con la calidad del sonido en las llamadas, si está contento con el servicio técnico... Pijadas de esas. Tú sólo tienes que hacerle la encuesta y, cuando terminé, le dices que tiene que confirmarte sus datos para recibir el premio. Ahí le pides su nombre y dirección y hasta su número de DNI si lo quieres.

—¿Y tú crees que funcionará?

—Incluso a los delincuentes les gustan los regalos. Colará seguro —Gus levantó un momento la vista del papel para sonreír—. Dame unos minutos para que acabe con esto y le tendremos.

Natalia permaneció en silencio, observando como Gus escribía línea tras línea en el folio. Trató de tranquilizarse, tal y como él le había pedido, luchando por controlar su respiración. Después de todo, lo que iba a hacer tampoco era peligroso. Aunque la persona que cogiera el teléfono fuera un criminal, ella no iba a estar a su alcance en ningún momento. Lo único que podría pasar era que no la creyera y colgase el teléfono. Tampoco era una tragedia. Si aquello no funcionaba, seguro que a Gus se le ocurriría alguna otra cosa.

Se repitió aquellos argumentos una y otra vez, pero lo único que consiguió fue ponerse más y más nerviosa. Gus, mientras tanto, continuaba escribiendo. Había rellenado ya dos folios y parecía que no iba a acabar nunca.

—Gus, para ya —le dijo, incapaz de controlarse un minuto más—. Es una encuesta, no una transcripción de la Biblia.

—Es que estoy poniendo también las opciones de respuestas, para que quede más profesional —dijo él sin parar de escribir—. Dame un minuto que ya acabo.

Cuando terminó, levantó la mirada de los folios, le lanzó una sonrisa satisfecha y le pasó las páginas:

—Aquí lo tienes. Léelas un par de veces por si tienes alguna duda y para que suene natural cuando hables con él.

—Está bien, pero esto sigue sin convencerme —protestó ella, comenzando a leer.

—No te convence porque tienes que hacer algo tú. Siempre estáis igual. Da lo mismo si lo que me mandáis hacer a mí es aburrido, difícil o peligroso. Mientras sea Gus el que lo tenga que hacer, no hay ningún problema. Eso sí, como seáis tú o Carlos los que tengáis que doblar el espinazo lo más mínimo,

ahí empiezan las pegas...

—¿En serio crees que puedo leer algo contigo cotorreándome al oído como loco?

—Vale, vale... Me voy a por una coca-cola —Gus se levantó de su silla—. ¿Quieres algo?

Natalia negó con la cabeza y se concentró en la lectura. Gus salió de la habitación. Un par de minutos después, escuchó como discutía de nuevo a gritos con su madre. No consiguió entender lo que se decían, así que no pudo distinguir si la mujer seguía enfadada por su presencia o si era su manera habitual de comunicarse entre madre e hijo. Trató de ignorarlos y siguió leyendo. Gus había hecho un buen trabajo, parecía una encuesta profesional. Si ella hacía bien su papel, podía funcionar.

Cuando Gus regresó, ella ya había terminado de leer la encuesta varias veces. Sonrió al chico y asintió, mientras soltaba un largo resoplido tratando de eliminar toda la tensión. Gus se sentó a su lado, le apretó el hombro para transmitirle ánimos y cogió su teléfono móvil.

—¿Vas a llamar desde tu número? —preguntó ella, preocupada.

—¿Tú te crees que yo he nacido ayer? Tengo una aplicación que se llama Fake Caller y que sirve para que a quien reciba la llamada le salga el número que yo quiera en lugar del mío.

—¿Y por qué no llamamos en oculto directamente?

—Porque ya nadie coge las llamadas de número oculto —Gus abrió la aplicación y empezó a escribir en su móvil—. Aquí ponemos el número al que queremos llamar y en el apartado del número que queremos que le aparezca ponemos el 1004, que es el número de Movistar. Y ya está. Cógelo y dale al botón de llamada.

Natalia cogió el teléfono con la misma aprensión con la que tocaría a una araña peluda. Respiró de nuevo un par de veces y pulsó el botón de llamada.

Cuanto antes lo hiciera, mejor. Seguir pensando en ello tan sólo la pondría más nerviosa. Después de unos interminables segundos de silencio, escuchó una voz grabada:

—El teléfono móvil al que ha llamado no se encuentra disponible en este momento. Por favor, inténtelo de nuevo más tarde.

—Debe de tenerlo apagado —Natalia colgó. Tantos nervios para nada. Dejó el móvil sobre la mesa y se recostó en la silla—. ¿Es que no va a salir nada bien?

—Tranquila, igual estaba ocupado o lo tiene apagado porque está trabajando. Probaremos dentro de un rato. No te preocupes. En algún momento tendrá que encenderlo y ahí estaremos nosotros para cazarlo.

CAPÍTULO SIETE

Natalia apartó la mirada del informe que estaba leyendo y se frotó los ojos, tratando de disipar el cansancio. La noche anterior había estado en casa de Gus hasta las diez de la noche, llamando una y otra vez a aquel número sin obtener respuesta, hasta que el chico le había sugerido que sería mejor dejarlo para el día siguiente. Ella había tenido que darle la razón. Quedaría muy raro que una compañía telefónica estuviera haciendo encuestas a aquellas horas.

Gus había conseguido que ella se marchase a casa después de prometerle que iría probando a ver si el número daba línea entre clase y clase y que la llamaría si conseguía algún resultado. Natalia había llegado a casa más tarde de las once de la noche y se había encontrado a Carlos dormido. Había cenado a toda prisa y se había ido a la cama, pero apenas había logrado pegar ojo en toda la noche, pensando que, aunque Carlos no quisiera verlo, había algo turbio en aquellos aparentes suicidios.

Cerca de la madrugada se había dado la vuelta en la cama para mirar a Carlos a través de la tenue claridad que se filtraba por las rendijas de la persiana. Él había notado sus movimientos y le había pasado el brazo por la cintura. Natalia había acariciado su mejilla sin afeitarse y había rozado con la punta de sus dedos un mechón de pelo, demasiado largo, que le caía sobre la frente. Nunca le había gustado mentirle ni tener secretos con él. Se prometió que, en cuanto consiguiera la más mínima prueba que confirmase sus sospechas, se lo contaría todo y podrían volver a trabajar en equipo, los tres juntos, como habían hecho en el pasado. Tras hacerse esa promesa, se había quedado un poco más tranquila y había conseguido dormirse, pero el despertador la había sacado del sueño tan sólo un par de horas después.

Natalia suspiró y trató de volver a concentrarse en el informe que estaba rellenando. Aquel trabajo tan rutinario no le estaba ayudando a

mantenerse despierta. Decidió salir a por un café cargado. El café de la central era asqueroso, pero no podía negarse que era potente. Tendría que servirle para aguantar la hora de trabajo que le quedaba.

Tras salir de su despacho, vio a Carlos caminando hacia ella. Nada más verla, su rostro se iluminó con una amplia sonrisa. Parecía que estaba de buen humor y que no estaba enfadado porque ella se hubiese marchado la noche anterior.

—¿Escapando del trabajo? —le preguntó él.

—No, sólo iba a por un café —dijo Natalia, devolviéndole la sonrisa—. ¿Quieres uno?

—Sí, claro. Pensaba que el café de aquí te parecía asqueroso —comentó él.

—Y me lo parece, pero he dormido mal —Natalia seleccionó un café solo para Carlos y metió las monedas.

—¿Y eso? ¿Mala conciencia por haberme dejado tirado ayer cuando iba a prepararte la cena y a disculparme? —dijo Carlos, con tono sarcástico.

—No, no es eso. Cosas de trabajo —Natalia le sonrió y le tendió su café—. Aunque mi conciencia debería estar reprochándome haber perdido esa oportunidad. No te disculpas todos los días.

—No tengo costumbre, como no suelo equivocarme... —Carlos le guiñó un ojo—. Y tampoco cocino todos los días.

—No, gracias a Dios —bromeó ella.

—¿Así que me dejaste tirado por miedo a mi forma de cocinar? Debería enfadarme, pero en lugar de eso, te invito a comer por ahí. ¿Qué me dices?

—Perfecto, salgo a las dos. ¿Quedamos en la puerta?

—Sí, ahora me voy, que tengo crímenes por resolver.

Carlos sonrió y se marchó con su café en la mano. Natalia sacó otro para ella y volvió a su despacho. Cuando estaba terminando de rellenar el informe,

le llegó un mensaje al móvil. Era de Gus. Sintió que el estómago se le subía a la garganta por la emoción. ¿Habría conseguido ya el nombre del misterioso titular del teléfono?

Al leer el mensaje, todas sus esperanzas se desvanecieron. “Llevo llamando toda la mañana y sigue apagado. ¿Quieres que siga probando?”. Natalia resopló, sin saber qué contestar. Por supuesto que habría que seguir probando por si en algún momento lo encendía, pero empezaba a pensar que no lo haría nunca. ¿Y si sólo usaba ese móvil para hacer aquellas llamadas que provocaban la muerte y lo tenía apagado el resto del tiempo? Se sintió ridícula. Llamadas que provocaban la muerte. Se estaba dejando llevar por la imaginación. Si Carlos se enterara de las tonterías que se le estaban pasando por la cabeza, se reiría de ella y con razón. Quizá lo mejor sería olvidarse de toda aquella investigación sin sentido que no les estaba llevando a ningún sitio.

El sonido de un nuevo mensaje la devolvió a la realidad. Era Gus de nuevo. “Aunque no nos coja, se me ha ocurrido una nueva manera de saber de quién es. Si te interesa, ven a buscarme a la universidad y trae dinero. Creo que con cien euros bastará”. Natalia se quedó mirando la pantalla de su móvil, indignada. Ese chico era un agujero negro de dinero. ¿Otros cien euros? Estuvo a punto de decirle que lo olvidara, que lo dejaban, pero, cuando fue a escribir el mensaje, sus manos se quedaron paralizadas. No, no podía rendirse porque en un solo día de investigación no hubiesen conseguido nada. Algo dentro de ella le decía que aquellas dos chicas no se habían suicidado, que, aunque nadie lo supiera, eran dos víctimas pidiendo justicia. Y, por alguna extraña razón, ella parecía ser la única persona que había recibido su mensaje. No podía dejarlo pasar.

Contestó a Gus confirmándole que iría. Un rato después, recordó que había quedado con Carlos para comer. ¿Qué podía hacer? Tenía que cancelar

una de las dos citas y no podía decirle a Carlos que había quedado con Marta de nuevo después de haberle prometido que iría a comer con él. Quizá sería mejor preguntarle a Gus si podían aplazar su plan para más adelante. No, no podía hacer eso. No le serviría de nada irse con Carlos mientras seguía obsesionada con aquel tema. Cogió el móvil y le mandó un mensaje a Carlos.

“Tengo mucho lío en el trabajo, así que voy a tener que dejarte colgado, pero, a cambio, te dejo que me invites a cenar”.

Se quedó mirando la pantalla, esperando la respuesta. Un par de minutos después, le llegó el sonido de un nuevo mensaje.

“No pasa nada. Te perdono, pero a cenar invitas tú”.

Natalia contestó un “Trato hecho” y continuó trabajando. Cuando llegó la hora de salir, recogió sus cosas a toda velocidad y salió de la central lo más rápido que pudo. No quería encontrarse con Carlos por los pasillos y tener que mentirle de nuevo. Subió a su coche, arrancó y se dirigió a Deusto a buscar a Gus. Se moría de ganas de saber qué nueva idea se le había ocurrido.

Carlos salió de la central con pasos cansados. Se sentía frustrado por el último plantón de Natalia. Sabía que ella era muy responsable con su trabajo, así que era normal que se hubiera quedado si tenía muchas cosas que hacer, pero últimamente parecía que el mundo se había aliado para impedir que pasaran un rato juntos.

Cuando ya tenía las llaves en la mano y estaba a punto de abrir la puerta de su coche, su instinto le hizo darse la vuelta y mirar el aparcamiento. El coche de Natalia no estaba en su sitio. Ella era muy maniática con eso y siempre que podía lo aparcaba en el mismo lugar. Carlos habría jurado que aquella mañana lo había dejado en su sitio de siempre, en el lado izquierdo del aparcamiento, justo al lado de una farola, pero no estaba allí. Recorrió todo el lugar con la mirada, buscándolo, pero no había rastro de él. ¿Qué

significaba aquello? Sólo se le ocurrían dos posibilidades. La primera era que se lo hubieran robado, pero teniendo en cuenta que estaban en el aparcamiento de la central de la Ertzaintza, eso significaría que tendrían que buscar al ladrón de coches con más huevos de la historia. La otra posibilidad era que Natalia le hubiera mentido, pero no quería ni planteárselo. Le parecía más probable la primera opción.

Se guardó las llaves en el bolsillo y caminó a paso rápido de vuelta a la central. Cogió el ascensor hasta el piso en el que trabajaba Natalia y, casi corriendo, llegó hasta su despacho. La puerta no se abrió, estaba cerrada con llave. Tampoco salía luz por debajo. Se quedó unos segundos allí plantado, sin saber qué hacer ni qué pensar, hasta que vio a un chico avanzar por el pasillo en su dirección.

—Disculpa —gritó, tratando de llamar su atención—. ¿Sabes dónde está Natalia?

—Ni idea —contestó el joven, encogiéndose de hombros—. Su turno ya se ha acabado. Supongo que se habrá marchado a casa.

Carlos iba a murmurar un gracias y a dejarle marchar cuando una idea se abrió paso en su mente. El chico ya había pasado de largo y se dirigía al fondo del pasillo, cuando Carlos volvió a llamarle.

—Perdona. ¿Sabes cuál es el despacho de Marta?

—Sí, el 201 —hizo un gesto con la cabeza, indicándole el pasillo de su derecha—. Creo que ella sí que está.

—Muchas gracias.

Carlos se encaminó hacia allí y, cuando llegó a la puerta indicada, llamó con un par de tímidos golpes. Unos segundos después, una mujer abrió la puerta.

—Eres Marta, ¿verdad? —dijo él, tendiéndole la mano—. Soy Carlos Vega, inspector de homicidios.

—Te conozco —ella le apretó la mano con firmeza—. No hemos trabajado nunca juntos, pero por aquí eres una leyenda. ¿Qué puedo hacer por ti?

—Estaba buscando a Natalia, pero no está en su despacho. ¿Sabes dónde puede estar?

—¿Natalia? No tengo ni idea, lo siento —contestó ella, encogiéndose de hombros—. No tenemos mucha relación.

Carlos asintió y se despidió. No hacía falta ser inspector de homicidios para deducir que no era con Marta con quien Natalia había estado tomando copas la noche anterior. Todo aquello empezaba a tener una pinta espantosa. Podía seguir negándose a sí mismo si quería, pero su relación con Natalia hacía aguas y él no tenía ni idea de cómo solucionarlo.

Gus fumaba un cigarrillo mientras paseaba nervioso por delante de la puerta de la Universidad, tratando de distinguir el coche de Natalia entre el tráfico. Joseba estaba apoyado contra una columna, con cara de aburrido. Miró su reloj por enésima vez en los últimos cinco minutos y se agachó a recoger su mochila del suelo.

—Lo siento, tío, pero yo me piro —dijo, echándose la mochila al hombro—. Tengo un hambre que no veo.

—Espera un poco más. Tiene que estar al llegar —la cara de Gus se iluminó con una amplia sonrisa de alivio—. Ahí llega. Voy a por ella. Espéranos aquí.

Natalia aparcó a unos diez metros y salió del coche. Gus se lanzó a recibirla, impaciente.

—Joder, cómo has tardado.

—Perdona, el tráfico... —intentó disculparse Natalia.

—Eso da igual ahora. Escúchame —la cortó Gus, mientras volvía

andando hacia el lugar en el que esperaba su amigo—. Voy a contarle una trola a Joseba para que nos ayude. Tú sígueme el rollo y trata de mostrarte compungida. Joseba, ésta es Natalia, la amiga de la que te he hablado.

—Hola —Joseba le dio dos besos—. Ya me ha dicho Gus que estás metida en un lío.

—Sí, un lío gordísimo —confirmó Natalia, sin tener ni idea de lo que le estaba hablando.

—Creo que Joseba puede ayudarnos a identificar al guarro ése que te está acosando —intervino Gus.

—Sí, eso... Pues te estaría tremendamente agradecida —Natalia le lanzó a Joseba su sonrisa más desvalida y encantadora—. Es una situación tan desagradable...

—Bueno, no sería yo quien te ayudase, sino una prima que tengo que trabaja de teleoperadora en Movistar —explicó Joseba—. Lo que no entiendo es por qué no acudes a la policía a denunciarlo.

—Ya lo he hecho —mintió Natalia—. Me han dicho que, mientras no me amenace o la cosa pase a mayores, no se puede hacer nada. Por el momento, ese degenerado se limita a gemir y hacer ruidos y a decirme guarradas. La policía dice que eso no es delito, pero, como comprenderás, yo no quiero esperar a que esta situación vaya a más.

—Sí, lo entiendo. Y me encantaría ayudarte, de verdad —Joseba negó con la cabeza—, pero no soy yo el que se estaría jugando el puesto de trabajo. No sé si puedo pedirle eso a mi prima.

—Venga, no te pongas trágico —le cortó Gus, dándole una palmada en el hombro—. A tu prima no le costará más de un minuto meter el número de teléfono en la base de datos y ver a quién pertenece. No se va a enterar nadie.

—¿Y si se enteran? Es ilegal buscar datos de personas sin una razón para ello, y mucho más sacar esos datos de ahí. Si la pillan, la echarán.

—Bueno, tampoco es que sea una alta ejecutiva en una gran multinacional. Es una mierda de curro de teleoperadora.

—Ya, pero es el curro que tiene y no está la situación para andarse con bobadas.

Natalia había asistido al dialogo de los dos amigos sin intervenir, pero le estaba dando la impresión de que Gus ya no tenía la situación bajo control. Avanzó un par de pasos hacia Joseba, le tomó ambas manos y le miró fijamente a los ojos, mientras intentaba que estos se le llenaran de lágrimas.

—Por favor, es muy importante para mí —le suplicó—. No te imaginas lo que es vivir esto, es una pesadilla. Me llama a cualquier hora, no me deja dormir... Cuando voy por la calle, pienso que puede estar siguiéndome, que puedo estar cruzándome con él, que puede que trabaje conmigo o que sea alguno de mis amigos. Tengo miedo a salir, miedo a quedarme a solas con alguien. Me estoy volviendo loca.

—Te entiendo, de verdad —se disculpó Joseba—. Pero no es mi puesto de trabajo el que está en juego.

—Tan sólo pregúntaselo a tu prima. Cuéntale lo que me pasa y que ella decida —Natalia soltó un suspiro, mientras por dentro se regocijaba al darse cuenta de que un par de gruesos lagrimones acababan de deslizarse por sus mejillas. No sabía que era tan buena actriz—. Ella también es una mujer. Estoy segura de que lo entenderá.

—Sí, y además podemos pagarle. ¿Verdad, Natalia? —intervino Gus.

—Sí, dile que le ofrezco cien euros por el trabajo —contestó Natalia.

—Está bien. Voy a llamarla.

Joseba soltó las manos de Natalia, sacó su móvil del bolsillo y se alejó varios metros para llamar. Natalia y Gus se mantuvieron alejados, mirándole, tratando de descubrir por sus gestos como iba la conversación. Natalia se sentía tan inquieta como si un hormiguero estuviera de excursión por debajo

de su piel. Buscó en su bolso el paquete de tabaco y sacó un cigarrillo para Gus y otro para ella.

—No puedo aguantar esta tensión —le confesó a Gus—. ¿Por qué no se ha quedado a hablar aquí mismo?

—Porque no quiere que nos enteremos del trato al que va a llegar con su prima —contestó Gus con una sonrisa burlona—. Te apuesto lo que quieras a que al menos cincuenta euros acaban yendo a parar al bolsillo de Joseba. Eso si no consigue ablandar el corazón de su prima para que te haga el favor gratis y quedárselo él todo.

—Vaya amigos que tienes. ¿Y cómo sabes tú eso?

—Porque yo haría lo mismo —Gus se ríe ante la cara de desconcierto de Natalia—. No me mires así. La vida de estudiante es muy dura. Mira, ya viene.

Joseba ya había terminado de hablar y se acercaba a ellos con una sonrisa radiante en la cara. Levantó dos dedos, haciendo el signo de la victoria.

—Bueno, ha sido duro. No quería hacerlo, pero los cien euros la han convencido —Joseba tendió la mano y esperó a que Natalia sacase el dinero de su cartera—. Tiene turno mañana por la mañana. En cuanto consiga los datos, me llamará para dármelos.

CAPÍTULO OCHO

Natalia estaba a punto de terminar su jornada de trabajo cuando recibió una llamada al móvil. Lo cogió a toda prisa, nerviosa, aunque, según lo que Joseba había dicho, su prima no conseguiría la información que necesitaban hasta el día siguiente. La pantalla del móvil le indicó que era Carlos quien llamaba.

—Hola —le saludó ella—. ¿Has salido ya? Yo estaré ahí en diez minutos.

—No, por eso te llamaba —el tono de Carlos sonaba triste y cansado—. Me ha surgido un caso nuevo y me tengo que quedar. Creo que tendremos que dejar lo de la cena para otro día.

—No te preocupes, no me enfado, pero, como has sido tú el que has anulado la cita esta vez, te tocará pagar a ti —bromeó ella.

—No hay problema —contestó Carlos, serio—. ¿Qué tal el trabajo a mediodía? ¿Mucho lío?

—Sí, no he podido salir del despacho ni un minuto. Estoy sin comer y tengo un hambre...

—Pues ve a casa y come algo.

—No, picaré algo y te esperaré para que cenemos juntos...

—No te molestes —la cortó Carlos—. No sé cuánto tiempo voy a tardar, así que no me esperes para cenar. Y, si ves que tardo mucho, no me esperes despierta.

Natalia iba a protestar y a decirle que no le importaba esperarle, pero algo en la conversación hizo que se quedara callada. Carlos no había hecho ni una sola broma, ni un solo comentario sarcástico. Aquello no era propio de él. O realmente tenía un lío horrible en el trabajo o le pasaba algo.

—Carlos, ¿está todo bien?

—Sí, claro... Perdona, pero me están esperando y te tengo que dejar —se

disculpó él.

—De acuerdo —contestó ella—. Te quiero.

—Hasta luego.

Natalia se quedó con el teléfono en el oído unos segundos, con el silencio como única compañía al otro lado de la línea. Le parecía que Carlos había estado demasiado seco y cortante, pero quizá se debía a que estaba con más gente y no podía ponerse cariñoso. No tenía por qué volverse paranoica. Él no podía sospechar que ella estaba investigando en contra de su opinión. Era sólo su mala conciencia la que le hacía ver fantasmas donde no los había.

Se forzó a aparcarse aquellos pensamientos y a terminar su trabajo, prometiéndose a sí misma que, en el mismo momento en el que obtuvieran una prueba sólida, se lo contaría todo a Carlos. A lo mejor tenían suerte y, al día siguiente, cuando la prima de Joseba les rebelase la identidad de la persona que había realizado aquella última llamada a la chica de la autopista, podría contárselo todo y convencerle de que les ayudase.

Cuando terminó su turno de trabajo, recogió todo y se fue a casa. Art le dio el fantástico recibimiento de todos los días, pero, aún así, le pareció que la casa estaba más triste y solitaria que de costumbre. Dedicó las siguientes horas a ducharse, a cenar un par de sándwiches y a ver la televisión. A medianoche decidió que ya era muy tarde para seguir esperando. Parecía que Carlos no iba a venir y ya se le estaban cerrando los ojos. Se metió en la cama, dispuesta a dormirse, pero, en el momento en el que se cubrió con las mantas y encontró postura, su mente pareció espabilarse y empezó a bombardearla con ideas sobre la investigación: qué sabían, qué podrían descubrir, por dónde continuar... También su conciencia pareció despertarse para torturarla acerca de su relación con Carlos: que no debía de haberle mentado, que, aunque encontrasen pruebas de que ella tenía razón, eso no justificaba su comportamiento, que debería saber cómo decirle las cosas a su

novio en lugar de actuar a sus espaldas, que tendría que haber más confianza entre ellos...

Las horas fueron pasando una tras otra, hasta que Natalia escuchó el ruido de las llaves en la cerradura. Durante unos segundos, se planteó si debería hacerse la dormida para que él no se diese cuenta de que llevaba toda la noche luchando contra su mala conciencia. No, no podía hacer eso. Ya bastaba de chiquilladas. Cuando entrase en la habitación, encendería la luz y le contaría lo que Gus y ella estaban haciendo. Si se lo explicaba con tranquilidad, conseguiría que la escuchara.

Pero Carlos no llegó a entrar en la habitación. Natalia escuchó cómo se tumbaba en el sofá y encendía la televisión con el volumen muy bajo. Un rato después, oyó su respiración acompasada. Intentó convencerse a sí misma de que Carlos no había querido despertarla al entrar en la habitación a aquellas horas de la noche, pero no consiguió engañarse.

Gus giró la cabeza hacia Joseba, pero no se atrevió a preguntarle nada. Llevaba toda la mañana preguntándole si ya había recibido noticias de su prima y al final el chaval había terminado por hartarse y dejar el móvil entre los dos, para que Gus pudiera comprobar por sí mismo si le llegaba o no algún mensaje.

Trató de concentrarse en la explicación del profesor, pero nunca en la vida había sentido menos interés por las bases de datos que en aquel momento. Se inclinó sobre el pupitre y dejó que su mente vagara. No era normal que la prima de Joseba tardase tanto. Según le había dicho él, entraba a trabajar a las nueve de la mañana y ya eran más de las doce y media. Mirar aquel simple dato no debería de haberle llevado más de un par de minutos. ¿A qué estaba esperando? ¿Es qué le había entrado miedo y no iba a hacerlo? O, peor aún, ¿la habrían pillado y echado del trabajo?

Se quedó mirando el móvil fijamente, como si así pudiese hacer que le llegase alguna respuesta, pero fue inútil. Al final, decidió dejarlo por imposible y dedicarse a tomar apuntes. Lo que contaba el profesor seguía sin interesarle, pero así se ahorraría tener que pedirle los apuntes a Joseba, que tenía una letra horrible.

De repente, una lucecita empezó a brillar en la parte superior de la pantalla del móvil de Joseba. Gus le dio un codazo a su compañero y le señaló el móvil con la cabeza. Joseba dejó de tomar apuntes, cogió el móvil, lo puso debajo de la mesa y miró el mensaje que le había llegado con disimulo. Se lo pasó a Gus por debajo de la mesa, mientras le lanzaba una sonrisa de triunfo. Gus cogió el móvil. No se lo podía creer. Ahí estaba: el nombre, la dirección y hasta el número de DNI: Copió todos los datos en el papel donde había estado tomando apuntes, le devolvió el móvil a Joseba y recogió sus cosas. La clase terminaría en diez minutos, pero no se veía capaz de aguantar todo ese tiempo sin hablar con Natalia.

Salió de clase, tratando de no hacer ruido ni llamar la atención. Algunas cabezas se giraron hacia él, pero el profesor continuó con su discurso monótono como si fuera capaz de seguir hablando aunque el edificio empezara a caerse.

En cuanto estuvo fuera de clase, cogió su teléfono y llamó a Natalia. Los segundos que tardó en contestar se le hicieron eternos, pero al fin pudo escuchar su voz al otro lado de la línea.

—Hola, Gus —saludó ella.

—Hola, Natalia. Tenemos el nombre. No te lo vas a creer, pero me parece que, cuando bromeaba acerca de Caronte², no iba tan desencaminado.

—¿Y por qué dices eso?

—Porque es una mujer. ¿Tienes algo para apuntar? —Gus esperó hasta que Natalia estuvo preparada—. Estos son los datos: Carmen Alzola. Vive en

Deusto, aquí al lado. Podría ir a buscarla andando. Está en la calle Lehendakari Aguirre...

—Para, para... No corras tanto —le cortó Natalia—. ¿Estás seguro de esos datos?

—Claro, son los que ha conseguido la prima de Joseba al introducir el número de teléfono en la base de datos. ¿Por qué lo preguntas?

—¿No le habrás pasado por error el número de la chica que recibió la llamada antes de suicidarse?

—Por supuesto que no, Natalia. ¿Por quién me tomas? —preguntó Gus, molesto—. Además, yo ni siquiera tengo ese número. Sólo tengo el que tú me diste, el que estuvimos investigando.

—No puede ser...

—¿Por qué no puede ser? ¿Qué pasa?

—Que Carmen Alzola, de Deusto, es la chica que se suicidó en la autopista. No es posible que se estuviera llamando a sí misma —Natalia se quedó unos segundos en silencio—. Esto nos deja en un callejón sin salida, ¿verdad?

Gus caminó un par de pasos hacia atrás, hasta apoyarse contra una pared. Incluyó la cabeza y se apretó las sienes con una mano, tratando de tranquilizarse y pensar. Tenía que haber alguna manera de continuar investigando aquello, algún hilo del que tirar. Natalia, mientras tanto, esperaba su respuesta al otro lado de la línea.

—Puede parecer un callejón sin salida, pero no lo es —contestó Gus al fin—. Nadie compra una línea de móvil a su nombre y se la regala a un desconocido por la calle. La persona que hizo esa llamada tenía que ser alguien muy cercano a Carmen: un familiar o un novio. Así que solamente tenemos que investigar su entorno para saber quién fue.

—¿Y cómo lo hacemos? —la voz de Natalia sonaba exasperada—. Te

recuerdo que ni tú ni yo somos investigadores.

—¿Sigues pensando que no es buena idea comentárselo a Carlos?

—Sí, al menos mientras no tengamos alguna prueba sólida.

—Pues al menos necesitaríamos conocer algunos datos básicos de las chicas. ¿Crees que podrías volver a convencer al amigo de Carlos de que te ayudara? Si te pasara una copia de los informes de la investigación que se hizo sobre la muerte de las dos chicas, quizá podríamos encontrar algún dato que nos permitiera seguir.

—Lo intentaré, pero no va a ser fácil —Natalia suspiró, agobiada—. Y si no lo consigo, ¿qué hacemos?

—Bueno, al menos sabes sus nombres, ¿verdad? —mientras esperaba a que Natalia asintiera, Gus sacó un cuaderno de notas y un bolígrafo de su mochila—. Dime todos los datos que tengas de ellas. Intentaré encontrar todo lo que pueda en Internet.

Natalia salió del ascensor y se dirigió al despacho de Adrián. Carlos le había comentado esa mañana que iba a aprovechar el descanso del mediodía para llevar su coche al garaje porque el motor hacía un ruido raro. Aquello le daba una oportunidad para poder hablar con Adrián a solas y pedirle que le consiguiera los expedientes de las dos chicas. Y, además, podía ser una ocasión de oro para que Carlos por fin se decidiera a desprenderse de la cafetera que tenía por coche y comprarse uno que mereciese tal nombre.

Tras dar un par de golpes en la puerta del despacho de Adrián, abrió la puerta y entró. El joven estaba inclinado hacia la pantalla de su ordenador mientras tomaba apuntes en un folio, pero, cuando se volvió y vio que era ella la que entraba, se enderezó y se pasó una mano por el pelo, tratando de peinarse.

—Buenos días, Natalia —le dijo, después de carraspear un par de veces

para aclararse la voz—. Carlos no está. ¿Puedo ayudarte yo en algo?

Natalia sonrió y se acercó a la mesa del despacho. No le gustaba comportarse así, pero estaba segura de que le gustaba a Adrián e iba a necesitar todas sus armas para conseguir que él la ayudase. Se sentó en la esquina de la mesa y cruzó las piernas, contenta de haberse puesto ese día una de sus minifaldas más cortas.

—Pues la verdad es que sí puedes ayudarme. Venía buscándote a ti — Natalia le sonrió con dulzura e incluso se permitió pestañear un par de veces.

—Pídeme lo que quieras. Estaré encantado de ayudarte.

—¿Te acuerdas de que hace unos días te pedí el último número de teléfono con el que estuvo hablando la chica que fue atropellada en la A-8?

—Sí, me dijiste que te morías de la curiosidad —contestó Adrián.

—Pues te mentí —Natalia le lanzó una sonrisa pícaro mientras jugueteaba con un mechón de su pelo—. La verdad es que lo quería porque estoy intentando hacer mi tesis doctoral. Estoy intentando demostrar si existe una correlación entre las variables socioeconómicas vividas en la adolescencia en el País Vasco y las ideas suicidas. Para ello, necesito estudiar casos de suicidas jóvenes y, tanto la chica que se suicidó en la A-8 como la que saltó del Puente de La Salve hace un par de meses serían un punto de partida excelentes para mi investigación.

—Sueno muy interesante —dijo Adrián, intentando que no se notara que pasaba más tiempo mirándole a las piernas que a la cara—, pero no entiendo en qué podría ayudarte yo.

—Necesitaría los expedientes de las investigaciones sobre la muerte de esas dos chicas.

—¿Y por qué no se los pides a Carlos o a Aguirre? —preguntó él, suspicaz.

—Me gusta como piensas —Natalia ladeó la cabeza y le miró como si se

hubiera quedado obnubilada ante él, aunque en realidad tan sólo estaba tratando de ganar tiempo para elaborar una mentira creíble—. Carlos no quiere ni oír hablar de mi tesis doctoral. Creo que se ha montado toda una historia en su cabeza en la que, cuando consiga doctorarme, me daré cuenta de que él no me merece y me marcharé lejos, a ocupar un puesto de trabajo mucho mejor. ¿Te puedes creer que sea tan inseguro?

—No da esa impresión, la verdad —contestó Adrián, encogiéndose de hombros—. Siempre me ha parecido muy seguro de sí mismo. Quizá incluso demasiado.

—Eso es sólo una fachada para esconderse de los demás.

Natalia se sintió culpable al pronunciar esas palabras. Lo único que quería era engañar a Adrián para que le consiguiese aquellos expedientes y, aunque decían que las mejores mentiras se construían sobre una base de verdad, estar diciendo esas cosas de Carlos le hacía sentir que le estaba traicionando. Era cierto que Carlos era inseguro, que muchas veces sentía que no valía nada, que su fachada de tío duro, su sarcasmo continuo y sus contestaciones bordes eran una muralla que utilizaba para protegerse de los demás. No estaba bien que le estuviera revelando aquellas cosas a Adrián. Sin embargo, ya no podía echarse atrás.

—Como comprenderás, si se lo pido a Aguirre, Carlos lo sabrá en cinco minutos —Natalia suspiró y clavó sus ojos grises en los de Adrián—. Por eso sólo puedo confiar en ti. ¿Me ayudarás?

—Me encantaría ayudarte, pero no creo que sea buena idea —contestó Adrián—. Si Carlos te quiere de verdad, tendrá que entenderte y dejarte cumplir tus sueños. Si no puede hacerlo, quizá deberías plantearte que no te merece.

Natalia se sintió furiosa, pero trató de disimularlo con una sonrisa triste. ¿Quién se creía que era ese niño para opinar sobre si Carlos la merecía o

no? ¿Es que acaso pensaba que él la merecía más? Se forzó a controlarse. Después de todo, era ella la que le estaba dando alas a Adrián, coqueteando con él y contándole cosas sobre su relación con Carlos.

—Te mereces a alguien que respete tus decisiones, no que ponga trabas en tu camino —seguía diciendo Adrián, ya lanzado.

—Bueno, dejemos eso —le cortó Natalia—. No he venido aquí a hablar de mi relación con Carlos. ¿Podrás conseguirme esos expedientes?

—Como ya te he dicho, no creo que sea una buena idea. Si Carlos se entera de que hago estas cosas a sus espaldas, voy a tener muchos problemas para trabajar con él. Yo no sacaré nada positivo de esto, sólo complicaciones —ahora le tocó el turno a Adrián de esbozar su sonrisa más seductora—. Yo haría cualquier cosa por la mujer con la que estuviera, pero tú estás con Carlos. Compréndelo.

Natalia no podía creerse lo que estaba oyendo. ¿Qué le estaba queriendo decir? ¿Qué no pensaba ayudarla a menos que se liara con él? Se levantó de la mesa, se estiró un par de dedos la minifalda y trató de enterrar en lo más profundo de su interior la rabia que la estaba consumiendo por dentro. Lo último que necesitaba era montar una escena y que se enterará toda la sección de homicidios.

—No pasa nada. Lo comprendo —le tendió la mano por encima de la mesa, tratando de parecer profesional—. Trataré de conseguir la información para mi tesis por otros medios. Gracias por haberme escuchado. Y por tu discreción.

Natalia salió del despacho sin esperar a que Adrián añadiese nada más. Caminó hacia los ascensores hecha una furia, pisando con fuerza sobre sus altos tacones. Se sentía estúpida e insultada, pero, lo peor de todo era que estaba furiosa consigo misma. ¿Quién se había creído que era? ¿Mata Hari? ¿De dónde se había sacado la idea de que sería capaz de manipular a un

hombre con sus encantos femeninos y hacerle comer en su mano si durante toda su vida nunca había sido capaz de relacionarse bien con nadie? Tenía ganas de ir a casa y ponerse a llorar con la cabeza enterrada en la almohada, como un avestruz, pero, en lugar de ello, consiguió llegar hasta el ascensor con la cabeza muy alta.

Estaba tan enfrascada en su rabia y en su vergüenza que no se dio cuenta de que pasó a apenas dos metros de Carlos, que acababa de salir de uno de los despachos del pasillo. Él estuvo a punto de saludarla, pero algo en su expresión le hizo detenerse. Conocía aquella forma de andar, como si pretendiera atravesar los azulejos con la punta de sus tacones, aquella mirada glacial en sus ojos, aquella forma de apretar los labios hasta casi hacerlos desaparecer. Estaba realmente furiosa, pero, ¿por qué? ¿Quién le había hecho ponerse así?

Giró la cabeza y vio a Adrián en la puerta de su despacho, mirando como Natalia se alejaba. En cuanto sus miradas se cruzaron, Adrián bajó la cabeza, retrocedió y cerró la puerta. ¿Habría estado Natalia allí? ¿Para qué? ¿Y qué le había dicho Adrián para que ella se enfadase tanto? Por lo que él sabía, no tenían ningún tipo de relación, aparte de algún saludo educado y algún comentario de cortesía.

Empezaba a tener demasiadas dudas sobre Natalia. Ni siquiera sabía por qué había ido a aquella zona de la central. Él le había comentado aquella mañana que tenía que salir a esa hora, así que no había ido a buscarle. ¿Habría acudido allí precisamente porque él no iba a estar?

Intentó negárselo, pero su mente se empeñó en bombardearle con evidencias: Adrián era un tío guapo, simpático... Y joven, sobre todo joven. Debía tener más o menos la misma edad que Natalia, no como él, que le sacaba más de diez años. Que Natalia estuviera engañándole explicaba que estuviera más distante con él los últimos días, que siempre estuviese ocupada,

que le surgiesen ocupaciones que hacían que nunca pudieran estar juntos...

Carlos sintió ganas de ir hasta el despacho de Adrián, reventar la puerta, entrar y empotrarlo contra una pared hasta que confesase, pero sabía que aquello no le traería más que problemas. Tenía que tranquilizarse, pensar bien las cosas y asegurarse. Era muy probable que todo aquello no fuesen más que paranoias suyas. Decidió salir del edificio para que le diese el aire y fumarse un cigarrillo. Luego acudiría a su cita para arreglar el coche, que había tenido que posponer para ayudar a un compañero a clasificar unos informes. Y después tendría todo el día para tranquilizarse y pensar las cosas con calma antes de volver a encontrarse con ella y tratar de aclarar aquella situación.

CAPÍTULO NUEVE

Gus se preparó un bocadillo, cogió un refresco y, después de avisar a su madre de que cenaría en su cuarto y pedirle que no le molestara porque iba a estudiar, se sentó frente al ordenador. Natalia le había llamado hacía un rato para decirle que no había conseguido los expedientes de la investigación de la muerte de las dos chicas y que iba a ser imposible conseguir información por esa vía. Su tono sonaba tan enfadado que, por una vez, Gus había decidido callarse y no preguntar nada.

Desbloqueó el ordenador, hizo crujir sus nudillos y, después de pegarle un buen mordisco al bocadillo, empezó a buscar. Ahora todo estaba en sus manos. Estaba seguro de que, buceando un poco en la red, podría acabar conociendo al dedillo la vida de aquellas dos chicas. La gente colgaba su vida entera en Internet. No tendría que ser muy difícil encontrar información que les pusiera sobre la pista de algo importante.

Durante las siguientes cuatro horas, estuvo investigando en Facebook, Twitter, LinkedIn, Instagram, Pinterest... Lo primero que le quedó claro es que las dos chicas no eran excesivamente activas en las redes sociales. A pesar de que las dos tenían cuenta en Facebook, no eran las típicas que colgaban cada fiesta a la que iban, modelito que se compraban, peinado que se hacían o plato nuevo que iban a comer. Sus contactos tampoco eran excesivos. Andrea, la primera chica que se había suicidado, sólo contaba con diez contactos, la mayoría de ellos miembros de su familia. Carmen era algo más popular, aunque tampoco era para echar cohetes. Tenía algo más de treinta contactos. Por suerte, las dos eran lo bastante confiadas como para tener configurados sus perfiles como públicos.

Lo primero que hizo fue comprobar los contactos de ambas chicas, por si podían tener alguno en común. Cuando estuvieron buscando a Caronte,

aquello funcionó. Por desgracia, esta vez no tuvo tanta suerte. Después de aquella comprobación, se dedicó a revisar sus publicaciones. Fotos de algún cumpleaños y de las fiestas de navidad, frases motivacionales con fotos cursis de paisajes y mascotas y algo que le sorprendió. Sus perfiles estaban llenos de mensajes religiosos del tipo “Dios te ama”, “Los ángeles te cuidan” o “Agradece al Señor por todo lo que te ha dado”. Aunque había visto ese tipo de mensajes en muchos perfiles, le sorprendió la frecuencia con la que aparecían. Podía ser sólo una coincidencia, pero una especie de cosquilleo en la nuca le sugería que estaba ante algo importante. Aquello no cuadraba. Si ambas chicas eran tan religiosas, ¿cómo era posible que se hubieran suicidado? No es que él fuera muy creyente, de hecho era un ateo de manual, pero había recibido educación religiosa de pequeño y creía recordar que el suicidio estaba considerado como un terrible pecado que se castigaba mandándote al infierno de cabeza. Había algo raro ahí. Tendría que comentarlo con Natalia.

Siguió investigando hasta que encontró otro detalle que hizo que casi saltase en el asiento. A pesar de que la pestaña de información general de Andrea estaba en blanco, en la de Carmen había encontrado que era estudiante de segundo de Derecho en la Universidad de Deusto. Al ir examinando las fotos de Andrea, descubrió una que le resulto muy familiar. Reconoció los arcos de piedra clara y las palmeras creciendo sobre grava blanquecina. Era el claustro del campus de Deusto. ¿Otra coincidencia? Podría ser, había mucha gente que estudiaba en Deusto. Él mismo lo hacía. Sin embargo, le pareció que era un detalle que debía investigar. Guardó la foto en su ordenador y la abrió con un programa de edición de imágenes. Estuvo unos segundos observando la fotografía. Andrea posaba sonriente, aunque no miraba directamente a la cámara, sino que desviaba la mirada tímidamente hacia el suelo. Llevaba un jersey gris flojo y una falda

demasiado larga. Gus pensó que era una pena. Parecía que la tía tenía un cuerpazo, pero con aquellas ropas de novicia del siglo pasado no se podía apreciar bien. Gus amplió la zona del cuello de la chica, tratando de descubrir qué era el objeto que brillaba allí. Lo que había sospechado: un crucifijo de oro. Amplió la zona de la fotografía correspondiente a sus brazos. Llevaba varios libros, firmemente apretados contra el pecho. Trató de ampliar esa zona todo lo que pudo sin perder calidad, pero los libros se tapaban unos a otros y no se podían ver los títulos completos. El primero se veía claramente: Economía básica y contabilidad. Del segundo sólo se leían las palabras “Estructura del mercado” y en el tercero tan sólo la palabra “Recursos”. Siguió repasando fotos para intentar encontrar algo de información acerca de la carrera que estudiaba y el curso en el que estaba, pero no encontró nada.

Cuando terminó de repasar todas las fotografías, abrió Google y buscó la página de la Universidad de Deusto. Tenía que descubrir qué estaba estudiando Andrea, así que tendría que ir leyendo programa tras programa de estudios hasta encontrar uno con unas asignaturas que coincidiesen con los libros que llevaba la chica. Se le estaba ocurriendo un plan con el que conseguir más información sobre ellas, pero para ponerlo en marcha tenía que saber a qué clase había acudido Andrea. En cuanto tuviera ese dato, podría comenzar a investigar.

Por un momento, se planteó si debería comentarle sus avances a Natalia. Decidió que era mejor no decirle nada por el momento. Seguro que se empeñaba en acompañarle en la investigación, pero ella no pintaba nada allí. Aunque nunca tendría el valor de decírselo, ella ya era demasiado mayor para pasar por una estudiante y lo único que haría sería estropearlo todo. Iría él solo y ya le contaría lo que había conseguido.

Carlos salió de la central. Había acabado su turno y era hora de volver a casa.

Echó una mirada a su coche, ya con las llaves en la mano, y volvió a guardarlas en el bolsillo. Por primera vez en muchos meses no tenía ganas de volver a casa. Tenía demasiadas preguntas rondando en su cabeza, demasiadas dudas... ¿Qué era lo que estaba pasando entre Natalia y él? ¿Qué estaba fallando entre ellos? ¿Dónde la había cagado esta vez?

Decidió salir andando del aparcamiento y cruzar la carretera para meterse un rato en el Capri. Se tomaría una copa, sólo una. Lo único que necesitaba era un momento de tranquilidad para ordenar sus ideas y decidir si debía enfrentarse a Natalia y hablar sinceramente sobre lo que estaba pasando o seguir haciéndose el tonto hasta que todo acabara estallando por los aires. Sabía que la opción más adulta era la primera, pero nunca se le habían dado bien aquellas cosas. ¿Qué pasaría si Natalia le confesaba que ya no soportaba más su relación y que quería irse? Le daba tanto miedo perderla...

Nada más abrir la puerta del bar, le recibió la música de Gary Moore. Still got the blues. Lo que le faltaba: una canción depresiva sobre un hombre que ha perdido a una mujer y no sabe vivir sin ella. Le dio la impresión de que no podría mantener la promesa que acababa de hacerse de tomar solamente una copa.

Se sentó a la barra y pidió un vodka. El camarero alzó una ceja, sorprendido, pero se la sirvió sin decir una palabra. En el pasado, Carlos había sido un pozo sin fondo para el vodka, seguramente uno de los mejores clientes del Capri, pero todo aquello había cambiado desde que empezó a vivir con Natalia. Carlos agarró el vaso, clavando su mirada en el líquido transparente, mientras lo hacía girar. Así había sido siempre su vida, una y otra vez volvía a ser atraído por aquel remolino. Quizá no tenía remedio, quizá aquel era su destino: estar solo y sentirse como una mierda. Lo de Natalia sólo había sido un oasis en mitad del desierto, pero tendría que haber visto desde el principio que no podía durar. Ella era demasiado buena para él

y tenía que acabarse dando cuenta de ello tarde o temprano. Apurando el vaso hasta el fondo, Carlos se lamentó por lo poco que ella había tardado. Dejó el vaso sobre la barra con un golpe y le hizo un gesto al camarero para que volviera a llenárselo.

Escuchó unos gritos que llegaban desde el fondo del bar y se giró para ver qué pasaba. En la penumbra del local distinguió a tres de sus compañeros de la central, tomando unas cervezas y jugando a los dardos. En aquel momento celebraban que uno de ellos había hecho diana. Carlos se fijó más y reconoció a Adrián. Maldijo en voz baja y volvió a vaciar de un solo trago el vaso que el camarero había vuelto a llenarle. ¿Es que no había manera de deprimirse tranquilamente? Sacó un billete para pagar al camarero y, cuando ya iba a salir del bar, se dio cuenta de que tenía que ir al baño. No le hacía ninguna gracia pasar al lado de Adrián y sus amigos, pero al final se decidió. No tenía nada de lo que avergonzarse, nada de lo que huir. Se dirigió hacia allí tratando de mantenerse tranquilo, con las manos en los bolsillos de los vaqueros y la cabeza alta. Al ir acercándose, pudo escuchar sus voces. Parecía que ellos ya llevaban un rato en el bar y que se habían bebido unas cuantas cervezas más de la cuenta.

—¿Habéis visto a la nueva de recepción? —preguntaba un tipo gordo al que le empezaba a clarear el pelo. Carlos trató de recordar su nombre sin éxito—. A esa la ponía yo mirando para Cuenca...

—A mí no me gusta, está muy flacucha —contestó uno de sus compañeros—. Prefiero a Ángela, ésa sí que tiene donde agarrar.

—¿La de antidisturbios? Ésa te pega media ostia y te salta todos los dientes —contestó el primer tío—. ¿Y a ti, Adrián? ¿No te gusta ninguna?

Carlos decidió no seguir avanzando hacia ellos. Aquella respuesta le interesaba muchísimo. Se acodó un momento sobre la barra, cogió un periódico deportivo y fingió estar muy interesado en las noticias sobre el

próximo clásico entre Madrid y Barça. Adrián no contestó de inmediato. Carlos giró la cabeza y vio que era su turno de tirar los dardos y que parecía muy concentrado en acertar. Debía de llevar aún más cervezas en el cuerpo que sus compañeros, porque sólo consiguió que uno de los tres dardos diese dentro de la diana.

—Vamos, Adrián —le insistió su compañero—. No te hagas de rogar.

—Vale, vale... Ya voy —Adrián se separó de la diana después de su pésima actuación, recogió su jarra de una mesita cercana y le pegó un largo trago antes de contestar—. A mí la que me parece que está buenísima es Natalia, la forense.

Sus dos compañeros se quedaron en silencio, mirándole como si acabara de confesar que en realidad era un extraterrestre que había sido enviado a la Tierra para acabar con la humanidad. Unos segundos después, se miraron el uno al otro y estallaron en carcajadas.

—¿Qué pasa? —preguntó Adrián, confuso—. ¿No os parece que está buena? ¿Habéis visto las piernas que tiene?

—No, ni nos atreveríamos a mirarlas si queremos conservar las nuestras —Adrián seguía mirándoles con cara de desconcierto, así que su amigo se acercó y le pasó un brazo por los hombros—. Es la novia de Carlos, tu compañero. ¿Es que quieres morir joven?

—Eso no tiene nada que ver —contestó Adrián, encogiéndose de hombros—. Ella no es de su propiedad. Puede irse con el tío que quiera y Carlos es muy mayor para ella.

—En serio, tío, olvídala. No tienes ninguna posibilidad.

—¿Y tú qué sabes? Yo creo que sí que tengo posibilidades —Adrián se deshizo del brazo de su compañero y se irguió, ofendido—. Hemos hablado unas cuantas veces y me ha dado a entender que quiere algo más que amistad conmigo.

Carlos no pudo soportarlo más. Se separó de la barra y se dirigió hacia Adrián como un toro enloquecido. Adrián estaba tan distraído presumiendo de su relación con Natalia que ni siquiera le vio llegar. Carlos se lanzó sobre él y, antes de que sus compañeros pudiesen reaccionar, le pegó un puñetazo en la mandíbula que le hizo caer al suelo. Carlos sintió que no podía contenerse. Su vista estaba nublada, la adrenalina corría por su cuerpo como una corriente eléctrica. Lanzó la pierna hacia atrás para patear a Adrián mientras éste yacía en el suelo, pero, de repente, se vio sujeto por los brazos y salió despedido hacia atrás.

—Carlos, tranquilízate —el gordo se había colocado entre él y Adrián y trataba de hablarle con voz calmada, mientras su compañero le sujetaba los brazos, inmovilizándole—. No pasa nada. El chaval sólo bromeaba.

Carlos forcejeó un par de veces, tratando de soltarse, pero parecía que el tío que le agarraba sabía muy bien lo que se hacía. En unos segundos, el incendio que le había consumido desapareció, dejándole vacío y cansado. Dejó de luchar, se giró hacia el tipo que le sujetaba y asintió, indicándole que podía soltarle.

—Ya me voy —le dijo, tratando de parecer una persona razonable.

—¿De verdad? —preguntó de nuevo el gordo—. ¿Estás seguro de que podemos soltarte? ¿No vas a intentar nada?

—¡Que no, hostias! ¡Soltadme ya! —Carlos volvió a forcejear y, en esta ocasión, pudo soltarse.

Los dos hombres se colocaron delante de él, como si trataran de interponerse para proteger a Adrián, que aún trataba de levantarse con la mirada perdida. La sangre salía a chorros de su nariz, tiñendo de rojo su camiseta blanca. Carlos no sintió pena ni culpa. Le habría reventado si le hubiesen dejado. Si seguía en aquel bar, sabía que volvería a intentarlo, así que, sin decir nada más, se giró hacia la puerta y salió.

Se montó en su coche y arrancó, pero, al cabo de unos minutos, se dio cuenta de que no sabía a dónde ir. No podía ir a casa así y tampoco quería encontrarse con Natalia. Tenía que tranquilizarse y pensar. Condujo hasta una gasolinera, entró en la tienda para comprar una botella de vodka y después tomó la carretera en dirección a Santurce. Pasó el pueblo y el superpuerto y acabó aparcando en la cuneta de la carretera. Se bajó del coche con la botella en la mano y se sentó sobre el capó. El mar estaba tranquilo y parecía tratar de transmitirle lo pequeños e insignificantes que eran los problemas humanos en comparación con su inmensidad y eternidad. Por alguna extraña razón, aquello le hizo sentirse furioso de nuevo. Sus problemas podían ser pequeños, pero eran suyos y dolían. Escocían como una herida abierta. ¿Quién era el puto mar para juzgarle? Abrió la botella y lanzó el tapón hacia las aguas con todas sus fuerzas. El mar se lo tragó sin inmutarse. Carlos volvió a sentarse sobre el capó y pegó el primer trago. El vodka quemó su garganta y ardió durante unos segundos en su estómago, pero pareció calmar un poco la rabia que le inundaba. Miró a la botella, la única compañera que nunca le había traicionado en toda su vida, y le dedicó una triste sonrisa.

CAPÍTULO DIEZ

Gus consiguió librarse de Joseba diciéndole que tenía que pasar por la secretaría de la universidad por un problema con la domiciliación del recibo del último trimestre y continuó recorriendo el campus. Se detuvo frente a la entrada de la facultad de derecho. El edificio imponía tanto que, sin ser muy consciente de ello, se pasó la mano por el pelo para tratar de adecentarlo un poco antes de entrar. Enseguida se dio cuenta de que, por muy peinado que hubiera estado, desentonaría allí como un moscardón en un baile de mariposas. Todo eran monumentales salas oscuras, mármol brillante, enormes columnas y un silencio similar al de una basílica. Incluso había estudiantes que llevaban traje y corbata. Sintió que se ahogaba allí dentro. Si tuviera que pasar en aquella facultad un curso entero, le encontrarían colgando de alguna de las vigas.

Caminó por uno de los pasillos hasta encontrar el letrero de los baños. Entró sintiéndose más relajado. Por un momento había pensado que aquella gente era tan estirada que ni siquiera meaba. Se puso frente al espejo y trató de arreglarse el pelo otra vez y de colocarse bien la ropa. Tendría que haber elegido alguna de las camisas que su madre se empeñaba en comprarle cada Navidad, a pesar de que él no se ponía otra cosa que sus viejas camisetas negras. Abrió su mochila y sacó la credencial falsa que había hecho la noche anterior. Para lo patoso que era con el photoshop, le había quedado de cine. Se la colgó en la camiseta y evaluó su reflejo. Tomó aire un par de veces y salió del baño, fingiendo que se sentía tranquilo y que tenía todo el derecho del mundo a hacer lo que estaba haciendo.

Al cruzarse con un grupo de alumnas, las detuvo y les preguntó por la clase de segundo de derecho. Tuvo que subir un piso y volver a preguntar un par de veces antes de encontrarse ante el aula que buscaba. Por desgracia, la

clase ya había comenzado, así que tendría que esperar hasta que salieran al descanso. Pensó en sentarse en el suelo, pero no le pareció que esa idea fuese a resultar muy acertada en aquel ambiente tan formal, así que buscó un banco cercano, se sentó adoptando la postura más seria que pudo y se pasó los siguientes cincuenta minutos jugando al Candy Crush.

La puerta se abrió por fin y los alumnos salieron de clase. Le parecieron demasiado educados, demasiado calmados. Nunca le habían gustado los abogados y no iban a empezar a gustarle en aquel momento. Se levantó del banco y se acercó a un grupo de tres chicas que esperaban pacientemente su turno para sacar café de una máquina.

—Disculpad. Soy Ernesto Gómez, del periódico de la Universidad —se presentó, señalando la credencial de su pecho.

—¿Tenemos periódico en la Universidad? —preguntó una de ellas, sorprendida. Las demás rieron a coro, como si hubiera hecho el mejor chiste del mundo.

—Sí, claro que tenemos periódico —Gus sacó una libreta y un bolígrafo de su mochila, tratando de parecer serio y profesional—. Me han encargado un artículo en homenaje a Carmen Alzola. Estudiaba en vuestra clase, ¿verdad?

—Sí, estudiaba aquí —contestó la misma chica mientras las otras dos asentían al unísono—. Qué horrible lo que le pasó, ¿no?

Gus levantó la mirada de su libreta y la observó sin decir una palabra. La chica le había caído fatal desde el principio. Encarnaba todo lo que le sacaba de quicio: la ropa de marca, la magnífica melena rubia, los pendientes de perlas, la voz de pija... Seguro que incluso tenía un deportivo aparcado fuera y que no se había montado en metro en toda su vida. Era tan divina que incluso tenía a sus dos amigas para que le hicieran de coristas. Si tenía que soportarla mucho más, acabaría vomitándole los zapatos. Como la chica se

había quedado mirándole sin añadir nada, Gus decidió preguntarle de nuevo.

—¿Podrías contarme algo de ella para el artículo?

—Pues no sé qué decirte —contestó ella, mientras las otras dos negaban con la cabeza—. Era muy reservada y un poco rarita, la verdad.

—¿Rarita? —preguntó Gus.

—Sí, ya sabes... No hablaba con nadie, no se relacionaba. Incluso hay gente que dice que se pasaba los recreos rezando en la capilla de la uni. ¿Te lo puedes creer? —sus dos compañeras pusieron los ojos en blanco al mismo tiempo. Gus empezó a pensar que quizá las tres compartían el mismo cerebro.

—Bueno... Comprenderás que eso no lo puedo poner en el artículo. Se supone que es un homenaje, no puedo empezarlo diciendo que era “rarita” —Gus esperó a que las tres chicas asintieran para insistir—. ¿No sabéis algo de ella, de sus aficiones o de sus proyectos de futuro? —las tres chicas negaron al mismo tiempo—. ¿Y sabéis si tenía algo de relación con alguien? No sé, a alguien le pediría los apuntes los días que no venía...

—No, no hablaba nunca con nadie. La llamábamos “la monja” porque parecía que tenía voto de silencio —las tres chicas rieron, como si para ellas reírse de una compañera muerta fuera lo más normal del mundo—. Bueno, por eso y porque vestía fatal. Ya sabes, la falda a media pierna, la camisa atada hasta arriba...

—Vale, creo que con esto será suficiente. Muchas gracias por vuestra colaboración.

Las tres chicas le lanzaron idénticas sonrisas y volvieron a girarse hacia la máquina de café. Gus guardó su libreta en la mochila y salió de allí lo más rápido que pudo. Sabía que no había conseguido nada y que debería quedarse para preguntar a más compañeros de Carmen para tratar de obtener información, pero sólo pensar en seguir hablando con aquella gente le ponía enfermo. Mientras hablaba con aquellas chicas, no había dejado de recordar

la película de La invasión de los ultracuerpos. Tenía que salir de allí antes de que lo infectaran.

Carlos decidió pasar de largo su despacho y encaminarse directamente hacia la máquina de café. Tenía una resaca de proporciones épicas y en aquel momento se veía incapaz de formar un solo pensamiento coherente. Dentro de su cabeza sólo había sitio para dos conceptos: café e ibuprofeno.

—Carlos, ¿puedes venir un momento a mi despacho?

Se detuvo en seco. Era la voz de Aguirre y su tono no parecía alegre en absoluto. Carlos se giró hacia él e intentó fingir una sonrisa.

—Iba a por un café. ¿Quieres que te traiga uno? —dijo para ganar algo de tiempo.

—No. Quiero que pases a mi despacho —Aguirre se retiró de la puerta para no darle opción a contestar.

Carlos se arrastró hacia allí con la cabeza baja. Antes de entrar, intentó arreglar un poco sus arrugadas ropas. Había dormido en el coche y ni siquiera había pasado por casa para cambiarse y darse una ducha. Su aspecto debía de ser lamentable. ¿Cómo se le había ocurrido presentarse así en el trabajo? Entró en el despacho, cerró la puerta tras de sí y se desmoronó en la primera silla que vio.

—Das pena —le dijo Aguirre, confirmando sus peores temores—. ¿Se puede saber qué te ha pasado?

—Una mala noche. No te preocupes.

—Una mala noche que siguió a una mala tarde, ¿no? —Aguirre se quedó esperando unos segundos a que Carlos contestará. Al ver que éste continuaba sin decir nada, pegó un fuerte golpe en la mesa, haciendo que el cerebro de Carlos retumbase contra su cráneo como una campana—. ¿Se puede saber en qué cojones estabas pensando para agredir a tu compañero?

—Vaya, si que ha tardado poco en correr a contártelo...

—No me lo ha contado él, aunque tendría que haberlo hecho —Aguirre volvió a dar un fuerte golpe, haciendo que Carlos se preguntase qué presupuesto anual se gastarían en la central para sustituir las mesas que debía de cargarse—. Da igual quién me lo haya contado. Quiero una explicación y la quiero ya.

Carlos se quedó unos segundos en silencio, maldiciendo el dolor de cabeza que no le permitía elaborar una mentira coherente. ¿Qué iba a decirle a Aguirre? No podía contarle que su vida era una mierda, que creía que estaba perdiendo a Natalia, que no sabía si se estaba volviendo paranoico o si su novia le estaba poniendo los cuernos con su compañero... Nada de todo aquello era incumbencia de Aguirre, pero no tenía ninguna otra respuesta que darle.

—Ha sido por motivos personales. No puedo explicártelo —contestó al fin.

—¿Cómo que motivos personales? —el golpe sobre la mesa fue aún más fuerte que los anteriores—. Ya te cambié una vez de compañero por motivos personales.

—Bueno, lo de Roberto no fue algo personal. No éramos capaces de trabajar juntos. El tío era un trepa y estuvieron a punto de matarnos a todos por su culpa. Creo que en esa ocasión tuve buenos motivos para solicitar un cambio de compañero.

—Y estuve de acuerdo contigo y por eso te cambié. Lo curioso es que ahora mismo el nuevo compañero de Roberto está encantado con él y trabajan juntos de puta madre —Aguirre se detuvo un segundo para respirar. Estaba rojo hasta el nacimiento del pelo—. Y lo más curioso aún es que Adrián también funcionaba a las mil maravillas con su anterior compañero, así que empiezo a plantearme si el problema no estará en ti.

—Puede ser. Lo siento —Carlos se encogió de hombros, sin ser capaz de encontrar argumentos para rebatir lo que Aguirre le estaba diciendo—. Quizá debería trabajar solo.

—No, no puedes trabajar solo. Si te he asignado un compañero, es porque quiero que trabajes con él —Aguirre se reclinó en su asiento y clavó la mirada en el techo, desesperado—. No sé si te has creído que, por ser nuestro inspector estrella, puedes hacer lo que te da la gana. No vas a vivir siempre de las rentas del pasado.

—No trató de vivir del pasado —le cortó Carlos—. Sabes que trabajo bien.

—No lo haces. Si no sabes trabajar en equipo, no trabajas bien —Aguirre volvió a inclinarse hacia Carlos—. Te he pasado muchas cosas, pero no puedo obviar una agresión a un compañero. Estás suspendido de empleo y sueldo durante quince días. Deja tu placa y la pistola a la salida.

Carlos pensó en protestar, pero decidió que era mejor marcharse. En aquel momento no se veía capaz de hacer que el sargento cambiase de opinión. Lo mejor sería que se fuera a casa, se diera una buena ducha y durmiese unas horas. Cuando estuviese más despejado, podría regresar y tratar de convencer a Aguirre de que sería un buen chico a partir de ese momento. Asintió, se levantó de la silla y salió del despacho sin decir nada más.

Se planteó que, si no conseguía que lo readmitieran, su vida en los siguientes quince días iba a ser un infierno. ¿Qué podría hacer si no tenía que ir a trabajar y tampoco quería ir a casa a enfrentarse a Natalia? Un bar parecía el único lugar en el que podría sentirse a gusto, pero, incluso en el estado de atontamiento en el que se encontraba, estuvo seguro de que aquella no era una buena opción.

Después de más de media hora dando vueltas por la Universidad, Gus consiguió encontrar por fin el aula de primero de Turismo. ¿Quién iba a imaginarse que Turismo se estudiaba en la facultad de Ciencias Sociales y Humanas? ¿Qué tenía que ver el turismo con las ciencias sociales? Deberían inventar una facultad de “Ciencias de la diversión un poco culturales” o algo así.

Al menos los estudiantes de aquella facultad parecían más humanos. Había gente hablando en grupos, se escuchaban risas y los estudiantes iban vestidos de personas normales. Además, había tenido suerte con el horario, porque la mayoría de los estudiantes estaba fuera de clase, tomando café o charlando. Se acercó a un grupo y les saludó, señalando su credencial.

—Buenos días. Soy Ernesto Gómez, del periódico de la universidad. Estoy haciendo un artículo de homenaje a Andrea Eguizabal. Estudiaba en vuestra clase, ¿verdad?

—Sí, estudiaba aquí —contestó uno de los chicos.

—¿La conocíais bien? ¿Podrías contarme algo de ella?

—Bueno, no mucho. Era un poco tímida —intervino una chica pelirroja con pecas y acento extranjero—. Pero ella podrá ayudarte. Se sentaban juntas.

La chica señaló a una estudiante que tomaba café sola, sentada en el suelo con las piernas cruzadas mientras leía un libro. Gus se despidió del grupo con el que había estado hablando, se acercó a la chica y se sentó a su lado. Ella levantó la vista del libro y se le quedó mirando con unos ojos enormes de cervatillo asustado.

—¿Te conozco? —le preguntó con un hilo de voz.

—No, pero tranquila. No soy peligroso —Gus le mostró su credencial y después le tendió la mano, amistoso—. Soy Ernesto Gómez, del periódico de la Universidad. Estoy haciendo un artículo de homenaje sobre Andrea

Eguizabal y me han dicho que erais amigas.

—Sí, lo éramos. Somos del mismo barrio y nuestros padres eran muy amigos, así que siempre estábamos juntas.

—¿Así que la conocías desde que erais pequeñas?

—Sí, fuimos juntas al colegio, a la catequesis, al instituto, al grupo de confirmación. Incluso estábamos juntas en verano en las colonias que organizaba la iglesia del barrio.

Gus la dejó hablar, inclinado sobre la libreta, apuntándolo todo. Le había dado la impresión de que la chica era muy tímida y de que se sentiría más cómoda hablando si él no le miraba a la cara. Escribió en el margen de la libreta las palabras “familia ultracatólica” y las rodeó con un círculo.

—Entonces estabais muy unidas, ¿no? —preguntó Gus al notar que ella se había quedado callada.

—Hasta hace unos meses, sí.

—¿Qué fue lo que pasó? —Gus dejó de mirar la libreta y clavó sus ojos en los de la chica. Parecía que se acercaba a algo importante.

—Nada. Tengo que irme —la chica se levantó del suelo y empezó a recoger sus cosas.

—Por favor, no te vayas —Gus también se levantó y la agarró suavemente por el brazo—. ¿Por qué no quieres contármelo?

—No creo que sea de la incumbencia del periódico de la universidad. A nadie le importa su vida privada ahora que está muerta —Gus notó que los ojos de la chica se llenaban de lágrimas.

—Necesito entenderlo —le susurró Gus—. No puedo comprender qué puede llevar a una chica como ella a acabar con su vida.

—Yo tampoco lo entiendo —las lágrimas empezaron a caer de sus ojos—. No creo que pueda ayudarte.

—Cualquier cosa que puedas contarme puede servirnos a los dos para

comprenderlo. Y creo que tú también lo necesitas —Gus se puso una mano sobre el pecho—. Juro que no escribiré en el periódico nada que tú no quieras que aparezca publicado.

—Está bien —la chica se recostó contra la pared y cruzó los brazos frente al pecho, agarrando sus libros como si fueran una muralla que pudiera protegerla—. Hace unos meses empezó a hacerse preguntas raras todo el tiempo.

—¿Preguntas raras?

—Sí, ya sabes... Cómo era posible que Dios, siendo todopoderoso, dejase que la gente muriera o que hubiera tantas injusticias en el mundo; si se podía considerar que somos libres teniendo en cuenta que Dios lo sabe todo... Esas cosas... Se pasaba el día discutiendo con sus padres, empezó a negarse a ir a la iglesia e incluso decía que llevaba toda la vida viviendo en una mentira.

—Vaya, una crisis de fe de las gordas —Gus sonrió, comprensivo—. ¿Te enfadaste con ella por eso? ¿O tus padres te prohibieron que siguieras viéndola?

—No, yo seguía siendo su amiga. Incluso la aconsejaba que fingiera delante de sus padres para no disgustarles —la chica suspiró antes de continuar hablando—. Yo también me he hecho esas preguntas en ocasiones. Supongo que todos nos las hemos hecho, ¿no?

—Sí, claro, claro... Entonces, ¿qué fue lo que os separó?

—Nuevo Edén —contestó la chica, clavando sus ojos anegados en lágrimas en los de Gus—. Sé que es una locura pensarlo, pero creo que fue esa gente la culpable de su muerte.

II. CAPTACIÓN

CAPÍTULO UNO

La casa estaba oscura y silenciosa cuando Natalia llegó. Se quedó parada en la entrada, con las llaves aún en la mano, preguntándose por qué Art no había salido a recibirla. Unos segundos después, el perro asomó la cabeza por la puerta de la sala, se la quedó mirando con los ojos tristes mientras soltaba un par de gemidos, y volvió a desaparecer. Natalia se preocupó. Aquel comportamiento no era normal. ¿Le habría pasado algo a Carlos?

Llegó a la sala casi a la carrera y se encontró a Carlos sentado en el sofá, con la mirada clavada en la pantalla apagada del televisor. A pesar de que aquel era uno de los pocos días soleados de las últimas semanas, las persianas estaban bajadas y sólo unos tímidos rayos se colaban por las rendijas. Art estaba tumbado en el suelo, con la cabeza apoyada sobre uno de los pies de Carlos. Éste no reaccionó ante su llegada.

A pesar de las sombras, Natalia distinguió la botella que reposaba sobre la mesa. Vodka. También escuchó las notas que, a un volumen muy bajo, salían del reproductor de música. Un blues eterno y depresivo. Algo muy malo había pasado. Estaba segura.

Se acercó, se sentó en el sofá a su lado y le tomó la mano. Carlos pareció reaccionar y se giró un poco hacia ella. Natalia esperaba que él esbozara una de sus sonrisas tristes o que soltara un comentario sarcástico sobre el aspecto lamentable que ofrecía, pero no hizo nada. Su cara era tan inexpresiva como la de un robot.

—Carlos, ¿qué pasa?

—Nada... He tenido bronca con Aguirre —contestó él, sin emoción en la voz.

—Tienes bronca con Aguirre todos los días —trató de bromear ella—. ¿Qué ha pasado esta vez?

—Me ha suspendido de empleo y sueldo durante quince días.

—¿Y eso? ¿Qué has hecho?

—¿Por qué supones directamente que he hecho algo? ¿No vas a darme ni por un segundo el beneficio de la duda? Quizá esté siendo injusto conmigo.

—Carlos, por favor. Aguirre puede ser un gruñón, pero te adora. Jamás te sancionaría sin una buena razón. ¿Qué has hecho?

Carlos liberó la mano que Natalia le agarraba y sacó un cigarrillo del paquete. Ni siquiera le ofreció uno a Natalia. Se limitó a encenderlo y a quedarse mirando como el humo gris se retorció juguetón entre los rayos de luz que entraban por las rendijas de la persiana.

—Carlos, respóndeme —insistió Natalia.

—Tuve una bronca con mi compañero —respondió Carlos al fin.

—¿Una bronca? ¿Qué clase de bronca?

—Le pegué un puñetazo —Carlos se giró hacia ella y la miró a los ojos, desafiante.

—¿Estás loco? Pero si Adrián es un tío estupendo...

—Sí. Adrián es tío estupendo, un tío genial —Carlos se levantó del sofá y se separó un par de pasos—. Es más guapo que yo, más joven que yo, más listo que yo, mejor policía que yo. Es mucho mejor que yo en todo, ¿verdad?

—¿Qué bicho te ha picado?

—No, qué bicho os ha picado a vosotros. Tanto Aguirre como tú asumís directamente que sí he pegado a Adrián es porque estoy medio loco y no os planteáis ni por un segundo que tenga razones para ello.

—Está bien —Natalia trató de mantener un tono de voz calmado—. ¿Qué te ha hecho?

—¿Y tú me lo preguntas? —incluso en la penumbra, Natalia pudo percibir que los ojos de Carlos echaban chispas—. La pregunta es que te ha hecho a ti. ¿Qué hay entre tú y Adrián?

Ante aquellas palabras Natalia se quedó paralizada, sin saber qué contestar. ¿Qué significaba aquello? No había nada entre Adrián y ella. ¿De dónde se sacaba Carlos aquellos celos? Ella no le había dado ninguna razón en absoluto.

—¿No vas a contestar? —preguntó Carlos, furioso.

—Carlos, no te entiendo. No hay nada entre Adrián y yo...

—Llevas semanas mintiéndome —Carlos se inclinó hacia ella y le escupió sus acusaciones a la cara—. Te he visto salir varias veces de su despacho, te pasas el día marchándote de casa con excusas estúpidas...

—¿Qué excusas estúpidas? —Natalia se dio cuenta de que ella también estaba gritando.

—El otro día me dijiste que no podías ir a comer conmigo porque tenías que trabajar, pero no estabas allí. También me contaste que habías quedado con Marta para tomar unas copas, pero ella dice que es mentira.

—¿Me has estado investigando? No me lo puedo creer. ¿Es que no confías en mí?

—Has demostrado que no mereces mi confianza. Y no trates de hacer ver que yo soy el culpable por no confiar en ti. Eres tú la que tienes que dar explicaciones.

Natalia volvió a quedarse en silencio. Carlos no tenía derecho a tratarla así, ella no estaba haciendo nada malo. Era cierto que llevaba un tiempo mintiéndole e inventándose excusas, pero era él quien se lo había buscado por no querer escucharla. Quizá había llegado el momento de contarle la verdad, aunque siguieran sin encontrar nada que demostrara que tenían una verdadera investigación entre manos.

—Está bien. Te lo contaré —Natalia tomó aire antes de hablar—. He estado investigando los suicidios de Andrea Eguizabal y Carmen Alzola.

—¿Pero qué mierda es ésa? Sabes que no hay nada que investigar ahí —

Carlos gritaba como si estuviera desquiciado. Debía haber tomado aún más vodka del que faltaba en la botella—. Deja de inventar chorradas para calmarme. No soy gilipollas.

—Pues en ocasiones lo pareces —Natalia se levantó del sofá, harta de que Carlos se negara a escucharla—. Te estoy contando la verdad.

—No, me estás contando una bola para tenerme tranquilo mientras me pones los cuernos delante de mis narices.

La mano de Natalia salió disparada sin que fuese consciente de lo que estaba haciendo. El bofetón fue tan fuerte que resonó en la habitación. Art se asustó y empezó a ladrar, saltando de uno a otro como si intentara calmarlos. Carlos se llevó la mano a la mejilla y clavó sus ojos verdes en Natalia. Ella no supo interpretar aquella mirada. ¿Era odio? ¿Pena? ¿Rabia? No sabía qué sentía él en ese momento, pero no se veía capaz de quedarse un segundo más en aquella habitación para averiguarlo.

—Eres imbécil, Carlos —le dijo con los ojos arrasados en lágrimas antes de salir corriendo de la sala.

Recogió su abrigo y su bolso y abrió la puerta de casa. Escuchó que Carlos la llamaba, pero no se giró. Ya lo arreglarían a su vuelta, si es que había arreglo posible. Salió de casa y esperó el ascensor. La espera se le hizo interminable. No sabía si quería que él la dejase en paz o que saliera de casa, la abrazase y le pidiese perdón.

Cuando el ascensor llegó, bajó hasta el garaje, se metió en su coche, se inclinó sobre el volante y se puso a llorar. Todo su autocontrol debía de haberse perdido en el camino desde su casa hasta allí, porque lloró como una niña pequeña, con sollozos que salían de lo más profundo de su alma y que parecían ahogarla. Le estaba perdiendo y no sabía cómo ni por qué. Era la única persona en el mundo que la había querido tal y como ella era: orgullosa, perfeccionista, maniática, cerrada... Él había sabido ver lo bueno

que se encerraba dentro de ella y hacerlo salir, le había hecho confiar en otro ser humano y pensar que valía la pena... Ahora todo se había estropeado y no sabía por dónde empezar a arreglarlo.

Le llegó el sonido de su móvil desde dentro de su bolso. Natalia lo abrió con manos temblorosas, pensando que sería Carlos para pedirle que volviera y que hablaran, para demostrarle que podían arreglarlo. Cuando por fin encontró el móvil, vio que el número era el de Gus. Un nuevo sollozo la sacudió. Carlos no la iba a llamar. Era demasiado orgulloso para disculparse. Rechazó la llamada y pasó los siguientes minutos tratando de calmarse.

Cuando consiguió controlarse, cogió de nuevo el móvil, buscó el número de Gus y le devolvió la llamada:

—Gus, soy Natalia. Perdona que no te haya cogido antes. Estaba ocupada.

—No pasa nada. Te llamaba porque creo que he encontrado algo importante sobre nuestra investigación. ¿Podrías venir a mi casa para que te lo enseñe?

Natalia ni siquiera tuvo que pensarlo. En aquel momento no tenía ningún otro sitio al que ir y todo aquello mantendría su mente ocupada hasta que reuniese el valor de regresar a casa y tratar de arreglar las cosas con Carlos.

—Por supuesto. Estaré ahí en media hora. No lo descubras todo sin mí.

La madre de Gus abrió la puerta y, después de anunciar su llegada a gritos, volvió a encerrarse en el salón. Gus contestó también a gritos desde su habitación:

—¡Gracias, mamá! Natalia, estoy en mi habitación. Pasa.

Natalia recorrió el oscuro pasillo, preguntándose si aquel tipo de comportamiento familiar sería normal. En su casa no se habían hablado a gritos en la vida, aunque la relación con su padre, con el que hacía años que

no trataba, tampoco podía considerarse un ejemplo de concordia familiar. Natalia abrió la puerta del cuarto de Gus y, a pesar del caos que seguía reinando allí dentro, consiguió disimular una sonrisa.

—Hola, Natalia. Siéntate aquí —Gus señaló con la cabeza una silla colocada a su lado, frente al ordenador.

—Hola, Gus. Cuéntame. ¿Qué has descubierto?

Él se giró hacia ella para contestar, pero en lugar de hablar, se quedó mirándola con atención. Natalia bajó la cabeza, maldiciéndose por no haber sido capaz de controlar sus sentimientos. Se había pasado el viaje hasta allí llorando, conduciendo detrás de un manto de lágrimas. Ahora tendría que dar explicaciones y no se sentía con fuerzas para ello.

—Tienes los ojos rojos. ¿Te pasa algo?

—No lo sé. Llevo todo el día con los ojos llorosos —mintió ella—. Debe de ser alguna alergia.

—No me extrañaría. Tenéis toda la casa llena de pelos.

—No eres el más indicado para dar consejos sobre limpieza —dijo Natalia, paseando su mirada por la habitación.

—¿Qué pasa? Si he estado ordenando para tu visita...

—Poner toda la ropa en el mismo montón y estirar de mala manera el edredón sobre la cama no es ordenar, Gus —Natalia sonrió—. Pero no te preocupes. Sé cómo eres y ya no me asusto. ¿Qué has descubierto?

—Estuve en la universidad, hablando con los compañeros de Carmen y Andrea para tratar de obtener alguna información sobre sus últimos meses de vida.

—¿Y hablaron contigo?

—Bueno, ellos creían que estaba hablando con un periodista del periódico de la universidad...

—¿Estás loco?

—Tranquila, no he hecho nada peligroso. A lo máximo que me enfrentaría es a una bronca del rector, pero no creo que me descubran —Gus buscó entre los papeles que abarrotaban su escritorio y le tendió su credencial falsa—. Está guapa, ¿verdad?

—La verdad es que es muy profesional— concedió Natalia—. ¿Y qué descubriste?

—De Carmen prácticamente nada, tan sólo una descripción de lo rara que era y lo mal que vestía —contestó Gus—, pero con Andrea tuve más suerte. Me encontré con una chica que fue amiga suya desde la infancia y que me habló de algo que creo que puede ponernos en el camino correcto: Nuevo Edén.

—¿Qué es ese sitio?

—No es un sitio —Gus tecleó en su ordenador y abrió una página web. En la parte superior, al lado del nombre de Nuevo Edén, se veía un logotipo con un sol encerrado dentro de un doble círculo—. Es un grupo religioso y de autoayuda.

—¿Una secta? —preguntó Natalia, inclinándose interesada hacia la pantalla.

—Mujer, no seas tan intolerante. Sólo porque no sigan la religión tradicional, se dediquen a cosas raras como la meditación, la hipnosis y los viajes astrales y se pasen el día comiéndoles el tarro a sus adeptos, no puedes calificarlos de secta —Natalia iba a protestar, pero Gus le guiñó el ojo—. Estoy bromeando. Tiene una pinta de secta que tira para atrás. Su página web está llena de chorradas sobre crecimiento personal, autoestima y desarrollo de las capacidades espirituales, pero creo que esconden mucho más.

—Bueno, si son una secta no iban a decirlo claramente en su página web —comentó Natalia—. ¿Y cómo estás seguro de que esto tiene que ver con los suicidios de las chicas?

—Como ya te he dicho, la amiga de Andrea me comentó que ella había contactado con esta gente y que, desde entonces, había cambiado mucho. Está convencida de que tienen algo que ver con su suicidio. Acompañó a Andrea a un par de reuniones, pero no le gustó nada de lo que vio y dejó de ir —Gus cogió de nuevo el ratón y accedió a una pestaña de la página web de Nuevo Edén—. Pero ahora viene lo mejor. Mira, aquí han colgado fotos de sus charlas y reuniones.

Natalia se inclinó hacia la pantalla y observó las fotos. Se veía a gente asistiendo a conferencias y mesas redondas, sesiones de meditación y dinámicas de grupo. Todos los asistentes parecían interesados y felices.

—¿Qué es lo que quieres que vea? ¿Lo contentos que están? No pienso apuntarme a ese sitio.

—No, tranquila —Gus pulsó sobre una de las fotos para que se ampliase—. Ésta es la foto que quiero que veas.

En la fotografía posaban un grupo de chicas, agarradas unas a otras por la cintura. Todas ellas miraban a la cámara con ojos brillantes y amplias sonrisas.

—Supongo que no la reconocerás porque cuando tú la viste debía de tener mucho peor aspecto —Gus señaló con el puntero a la chica que ocupaba el centro de la fotografía—, pero yo lo he comprobado con las fotos de su perfil de Facebook y estoy seguro. Ésa es Carmen, la chica que se suicidó en la autopista. Ella también estuvo en Nuevo Edén.

Carlos no podía precisar cuánto tiempo llevaba sentado frente al televisor apagado, con la mente perdida. Desde que había escuchado el portazo que había dado Natalia al marcharse, se había quedado paralizado, sin saber qué hacer. Durante unos segundos había pensado en correr detrás de ella para convencerla de que no se fuera, para intentar arreglarlo, pero no había sido

capaz de dar un solo paso hacia la puerta. ¿Cómo iba a convencerla? ¿Qué iba a decirle que no le hubiese dicho ya?

Se inclinó hacia delante y escondió la cabeza entre las manos. Ahora sí que la había cagado. Si ella no estaba enrollada ya con Adrián, aquella escenita de celos que acababa de montarle habría sido el último empujón para arrojarla en sus brazos. Tenía que admitirlo, aunque le doliese como si alguien estuviera tratando de arrancarle el corazón del pecho. Todo se había acabado.

No se veía con fuerzas para continuar allí. Era la casa de Natalia y él no tenía ningún derecho a seguir imponiéndole su presencia. Sería mejor que se marchara por su propia voluntad antes de que ella le echara. Eso le permitiría conservar un mínimo de dignidad. Se levantó del sofá, sacó una mochila de la balda superior del armario y empezó a llenarla con su ropa. No podría llevarse todo de un solo viaje. Ya hablaría con Natalia para recoger el resto de sus cosas.

Al girarse, descubrió a Art, sentado en la puerta, mirándole muy serio con la cabeza inclinada hacia un lado, con cara de no estar entendiendo nada. ¿Qué debería hacer con el perro? Se suponía que era suyo. Natalia se lo había regalado siendo un cachorro, así que lo más lógico sería que se lo llevase. Fue hasta la cocina, cogió una bolsa de plástico y la llenó con un par de kilos de pienso. Después lavó los cuencos del agua y de la comida y los metió en otra bolsa, junto con un par de pelotas y su peluche favorito.

—Vamos, Art. Nos marchamos —le dijo al perro—. Ya no nos quieren aquí.

El perro le siguió, meneando la cola con alegría. Carlos se sintió culpable. El pobre pensaba que iban a dar un paseo, pero seguro que echaría mucho de menos a Natalia. Y ella iba a echarle también mucho de menos. Por un momento, se planteó si en realidad estaba intentando hacerle daño a Natalia

llevándose al perro, si su decisión se debía más al deseo de venganza que a la lógica. Seguramente sí. Quería que Natalia sintiese algo por su marcha y, si sólo se marchaba él, quizá le resultase un alivio. Se sintió aún más miserable mientras salía de casa y cerraba aquella puerta por última vez, con Art saltando alegre a su lado.

Bajó al garaje, metió todas sus cosas en el maletero y ató a Art en el asiento de atrás. Cuando se sentó tras el volante, se dio cuenta de que no sabía adónde ir. Se había marchado de su apartamento alquilado cuando se fue a vivir con Natalia y ahora no tenía ningún sitio al que regresar. Ni siquiera tenía ningún familiar o amigo al que pedirle que le dejase vivir en su casa durante unos días. Sacó el móvil y buscó en Internet hoteles baratos cercanos a Bilbao. Escogió uno al azar y marcó el número.

—Buenas tardes. Estaba interesado en pasar unos días en su hotel. ¿Podría decirme si admiten perros en las habitaciones?

Natalia comprobó varias veces las fotos de Carmen que Gus había encontrado en su perfil de Facebook y las comparó con la foto de la chica de Nuevo Edén. Sí, se trataba de la misma. Por fin habían encontrado un nexo de unión entre las dos jóvenes. No podía ser una casualidad.

—¿Crees que podrás encontrar más información sobre esta gente en Internet?

—Bueno, puedo intentarlo, pero, si se dedican a hacer el mal como sospechamos, no creo que lo tengan publicado en ningún sitio —contestó Gus, mientras jugueteaba con el ratón—. Creo que tenemos que ir ahí.

—¿Estás hablando de infiltrarnos en ese sitio? ¿Estás loco?

—No hablo de infiltrarnos, tan sólo de ir a alguna de sus reuniones —Gus pulsó en otra de las pestañas de la página web y le mostró un cartel que anunciaba una charla sobre los beneficios de la meditación—. Organizan

charlas como ésta continuamente, supongo que para captar más adeptos. La entrada es libre, así que no perderíamos nada por dejarnos caer por allí.

—No, no podemos hacer eso. Puede ser peligroso.

—Quizá sea el momento de contárselo todo a Carlos —sugirió Gus—. Ahora tenemos un indicio que podría convencerle y siempre viene bien tener al chico de la pistola de tu lado.

—No, no podemos contárselo.

—¿Y eso por qué?

Natalia se quedó en silencio y agachó la cabeza, tratando de mantener su autocontrol. No quería ponerse a llorar delante de Gus. El chico se dio cuenta de que algo le pasaba y colocó una mano sobre su espalda para reconfortarla.

—Natalia, ¿pasa algo malo entre Carlos y tú?

Ella negó con la cabeza, pero continuó en silencio. Gus esperó a su lado pacientemente, sin decir nada. Natalia pensó que podría hablar sin ponerse a llorar y levantó la mirada.

—Tengo que pensar en cómo vamos a continuar con esto. Puede ser peligroso seguir investigando solos, pero en este momento no sé si podremos contar con Carlos. He tenido que mentirle varias veces para poder investigar sin que se diera cuenta y nuestra relación se está resintiendo.

—Creo que va siendo hora de que dejes de hacer el tonto y se lo cuentes todo. Ahora tenemos algo de lo que tirar, cosas que él puede investigar. Estoy seguro de que lo verá y querrá ayudarnos.

—Eso espero. Hablaré con él y te llamaré. ¿De acuerdo?

Natalia recogió su bolso y su abrigo y salió de la habitación. Gus la acompañó hasta la puerta y, antes de que ella se marchara, le dio un par de palmadas amistosas en el brazo.

—Carlos lo entenderá. Es un poco burro, pero es buen tío —le dijo antes de cerrar la puerta.

Ella volvió a su coche, deseando que todo fuera tan sencillo como lo veía Gus. Arrancó y condujo de vuelta a casa. Quizá Gus tuviese razón. Si le contaba todo a Carlos, con todos los detalles, él comprendería que ella no le estaba engañando, que tenía coartadas para cada una de las veces en las que él había descubierto que le había mentado, que incluso tenía testigos: Gus, su madre, su amigo Joseba... Se le escapó una sonrisa sarcástica. Coartadas, testigos... Casi parecía que fuese sospechosa de un crimen, pero, si aquella era la manera en la que Carlos veía el mundo, tendría que explicárselo así. Cuanto más pensaba en ello, más segura se sentía de que esa conversación arreglaría todos sus problemas: Carlos se convencería de que lo que estaban investigando no era ninguna tontería y les ayudaría y, además, dejaría de pensar en esa estúpida idea de que ella estaba liada con Adrián. ¿Cómo se le había podido meter en la cabeza aquella locura?

Llegó a casa mucho más animada, pero, nada más abrir la puerta, se dio cuenta de que algo iba mal. La puerta estaba cerrada con tres vueltas de llave y dentro sólo la esperaban la oscuridad y el silencio. Miró en todas las habitaciones, negándose a aceptar la evidencia. Faltaba una mochila y la mayor parte de la ropa de Carlos. Los cuencos de Art no estaban y también faltaban algunos de sus juguetes. Buscó alguna nota que le explicase aquello, pero no había nada. Tan sólo quedaba la botella de vodka que Carlos había estado bebiendo, un vaso vacío y un cenicero rebosante de colillas. Se sentó frente a la botella y se la quedó mirando, absorta, mientras las lágrimas volvían a llenar sus ojos. Se había marchado, sin despedirse, sin darle una sola explicación. Sacó su móvil, esperando encontrar alguna llamada perdida o algún mensaje, pero no había nada.

No podía creerse que le hubiera perdido. Aquello no tenía sentido. Si pudiera hablar con él y explicárselo todo, estaba segura de que la entendería. Buscó su número y llamó, pero sólo escuchó un mensaje que le informaba de

que el teléfono estaba apagado. Seguramente en aquel momento estaba demasiado enfadado, o demasiado borracho, como para hablar con él. Lo mejor sería esperar al día siguiente. Iría a buscarle a su despacho y le obligaría a escucharla.

Entonces recordó que él no iría a la central al día siguiente. Estaba suspendido durante quince días. Se sintió desesperada. No sabía dónde estaría viviendo, ni lo que haría durante los siguientes quince días. ¿Y si no podía encontrarle en todo ese tiempo? ¿Y si, al estar lejos de ella, él acababa dándose cuenta de que su relación no le merecía la pena, de que ella era demasiado complicada?

Su móvil emitió un pitido, avisándole de un nuevo mensaje. Tal como temía, no era de Carlos, sino de Gus.

“¿Has hablado ya con Carlos? ¿Nos ayudará? Necesito saberlo cuanto antes porque hay que apuntarse a la reunión”

Natalia lo pensó durante unos segundos, con el móvil en la mano y la mirada perdida. Aquella investigación había sido el detonante de sus problemas con Carlos. Quizá debería haberle hecho caso desde el principio y haberlo dejado correr. Rechazó ese pensamiento de inmediato. Cada día estaba más segura de que había algo oscuro tras las muertes de aquellas dos jóvenes y, cuanto más investigaban, más se reafirmaba en esa idea. Ya que había perdido a Carlos por aquello, al menos debería hacer que mereciese la pena. Además, aquello le serviría para mantener la mente ocupada hasta que pudiese encontrar a Carlos y hablar con él. Sin pensarlo más, respondió al mensaje de Gus.

“Carlos no va a ayudarnos. Ya te contaré. Apúntanos a los dos. Te llamo ese día para pasar a recogerte”.

Dejó el móvil sobre la mesa, al lado de la botella de vodka. Se levantó del sofá y fue a la habitación. Se quedó parada en la puerta, mirando la cama,

que en aquel momento le parecía enorme. No podría dormir allí notando continuamente su ausencia. Dio unos pasos hacia la cómoda, sobre la que, por mucho que Natalia había insistido, Carlos había continuado amontonando ropa. Buscó una de sus sudaderas, se la puso y regresó al sofá. Se tumbó allí y encendió el televisor, sin importarle el programa que estuvieran dando. Lo único que quería era ahuyentar el silencio, engañarse a sí misma para no darse cuenta de lo sola que estaba. Subió el cuello de la sudadera hasta su nariz y aspiró el aroma de Carlos que había quedado impregnado, una mezcla de loción de afeitar con un sutil olor a tabaco, mientras se preguntaba cómo iba a vivir sin él con lo mucho que ya estaba echándole de menos.

CAPÍTULO DOS

Natalia entró en la sala de reuniones de Nuevo Edén y echó un vistazo a su alrededor. El lugar no era nada especial: una gran sala con las paredes pintadas de blanco y varios posters con frases motivacionales que parecían sacadas de cualquier libro de Paulo Coelho. En el estrado había una mesa barata, también blanca, y un par de sillas plegables. Todo el resto de la sala estaba lleno de sillas similares. Parecía que para decorar el lugar sólo habían tenido que pasarse una tarde en Ikea con un presupuesto bastante limitado. No había nadie en el estrado y la mayoría de las sillas destinadas al público estaban vacías. Natalia consultó su reloj. Todavía quedaba un cuarto de hora para que empezase. Habían llegado demasiado pronto.

Se giró para comentárselo a Gus y se dio cuenta de que el chico no estaba con ella. Volvió a salir de la sala y le encontró a la vuelta de la esquina, con la cabeza gacha y las manos en los bolsillos.

—Gus, ¿qué haces aquí? Tenemos que entrar.

—¿En serio tengo que llevar estas pintas? Me da vergüenza.

Natalia le observó, divertida. Se había pasado por casa de Gus una hora antes para ayudarle a elegir la ropa adecuada para la reunión. Gus no pasaría por un posible adepto ultrarreligioso con sus camisetas negras llenas de símbolos satánicos y su melena despeinada. A pesar de las protestas del chico, había conseguido que acabara poniéndose una camisa blanca, unos pantalones negros y unos zapatos de cordones. Lo que más le había costado era hacer algo con aquel pelo. Después de más de un cuarto de hora de discusión, Gus había permitido que se lo engominara y se lo atara en una coleta baja.

—¿Qué miras? —le preguntó Gus, enfadado—. Como vea media sonrisa en tu cara, me largo para casa.

—Estás muy bien, Gus. Deja de quejarte —Natalia volvió a observarle y negó con la cabeza—. Sigo pensando que tendríamos que haberte cortado el pelo.

—Ni lo sueñes. Mi pelo es sagrado. No hay dinero en el mundo para convencerme de que me lo corte —Gus resopló, desesperado—. ¿De verdad tengo que llevar la camisa por dentro?

—Pero si estás genial —insistió Natalia—. Hasta tu madre te lo ha dicho.

—Sí, los dos besos que me ha dado han sido la prueba definitiva de que parezco un gilipollas.

—Bueno, yo tampoco estoy en mi mejor momento.

Natalia giró sobre sí misma para que él pudiera observarla. Llevaba una falda amplia que llegaba hasta debajo de las rodillas, una camisa blanca con florecitas en color beige y unos zapatos planos. Para completar el look, se había recogido el pelo en una larga trenza que colgaba sobre su hombro izquierdo.

—Tú estás buena con cualquier cosa. Soy yo el que da pena.

—No hemos venido aquí a ligar, sino a trabajar, así que da lo mismo la pinta que tengamos —Natalia le agarró del brazo para obligarle a entrar—. Vamos a sentarnos, a observarlo todo y a fingir que nos entusiasma lo que nos están contando.

Gus la siguió, aunque seguía refunfuñando. Poco a poco la sala se fue llenando. Cuando llegó la hora de la reunión, se abrió una puerta lateral por la que aparecieron un hombre y una mujer. El hombre rondaba los cincuenta años, pero parecía atlético y lleno de energía. Incluso las canas grisáceas de sus sienes le daban un aspecto intelectual, atractivo y profesional. Su aspecto se reforzaba con un traje de color gris oscuro que parecía bastante caro. La mujer era más joven. Rondaría los treinta años y era alta y delgada. Tenía una larga cabellera castaña y rizada y lucía un sencillo vestido de color verde. Los

dos se sentaron y miraron al público con una sonrisa radiante, como si verles les hiciera inmensamente felices.

—Buenas tardes —dijo el hombre—. Yo soy Eliseo y ésta es mi compañera Débora. Queremos daros a todos la bienvenida a Nuevo Edén y agradeceremos vuestra asistencia.

—¿Ya nos dan la bienvenida al grupo? —preguntó Gus en un susurro—. Yo pensaba que sólo veníamos a escuchar una charla. Sí que son rápidos captando gente...

—Cállate, que te van a oír —le regañó Natalia.

—¿En serio pretendes que aguante toda una charla en silencio? Como sea muy aburrida, me voy a quedar dormido.

—Ni se te ocurra. Tú sonrís y asiente a todo lo que digan.

Gus agachó la cabeza para que no le vieran y resopló, hastiado. Natalia decidió ignorarle y escuchar la charla, aunque de vez en cuando miraba a Gus por el rabillo del ojo para asegurarse de que no se había dormido. Al contrario de lo que Gus temía, la charla fue breve y muy interesante. Hablaron durante unos minutos sobre el estrés y las prisas que la sociedad actual imponía en la vida de la gente y después explicaron las ventajas de dedicarse de vez en cuando unos minutos para detenerse, meditar y escucharse a sí mismo. Cuando terminaron de hablar, abrieron un turno de preguntas. Muchas personas alzaron la mano.

—Qué público más colaborador, ¿no? —comentó Gus—. Parece que todo el mundo está deseando intervenir.

—Sí, es raro. Normalmente, cuando se abre un turno de preguntas, nadie se atreve a ser el primero —dijo Natalia, paseando la mirada por la sala—. Esto tiene pinta de estar preparado.

Una tras otra, todas las personas que habían alzado la mano fueron haciendo sus preguntas y comentarios. Eliseo y Débora iban turnándose para

contestar, siempre con una sonrisa amable en la cara.

—¿Hay alguna pregunta más? —Débora se levantó de su asiento—. Parece que no. Bien, entonces damos por terminada la charla, pero eso no quiere decir que nos separemos ya. Hemos preparado algo de comer y beber para agradeceros vuestra asistencia y vuestra infinita paciencia al aguantarnos —un tímido coro de risas se escuchó en la sala—. Os pedimos que todos os quedéis para que podamos conocernos un poco más.

—Es buena idea. Es más fácil comerle el coco a la gente si tiene el estómago lleno y se ha bebido unas copas —susurró Gus, inclinándose hacia el oído de Natalia.

—Ten cuidado de con quién hablas y lo que dices. Recuerda que creemos que tienen infiltrados entre el público —le sugirió Natalia—. Sé que te va a ser difícil seguir este consejo, pero trata de escuchar más de lo que hablas.

Gus le lanzó una mirada enfadada, como si le hubiera ofendido su comentario, pero se levantó y fue tras ella sin decir una palabra hasta las mesas en las que habían colocado la comida. La gente se iba juntando en pequeños corros mientras bebían vino o refrescos y cogían pastelitos. Eliseo y Débora iban de grupo en grupo, cuidando de que no les faltara nada. Natalia se sirvió una copa de vino y probó uno de los pasteles.

—¿Estás loca? —dijo Gus mientras cogía una lata de coca-cola—. A saber qué drogas revientacerebros hay en la bebida o en la comida. Yo no pienso tomar nada que no esté herméticamente cerrado.

—¿Qué hemos hablado de tener cuidado con lo que se dice? —le preguntó Natalia entre dientes mientras fingía una sonrisa—. Compórtate. Se acerca Débora.

La mujer se aproximaba a ellos con una copa en la mano y una sonrisa radiante adornando su cara. Al estar cerca, Natalia pudo observarla con más detalle. Tenía las mejillas redondeadas y unos enormes ojos castaños que

transmitían felicidad y confianza. El que la había seleccionado como reclutadora para la secta, había hecho un trabajo excelente.

—Hola. Soy Débora —la mujer les tendió la mano—. Me alegra mucho ver caras nuevas por aquí.

—Yo soy Natalia y éste es mi hermano, Agustín —Natalia ignoró la mirada de odio profundo que le lanzó Gus—. Ha sido una charla estupenda. Nos ha encantado.

—Muchas gracias. Me hace muy feliz ver que hay personas que se interesan por las charlas. A menudo me pregunto si la gente en realidad viene por los pasteles.

—Pues no sería tan raro —bromeó Natalia—. Son deliciosos.

—Son pastelitos de miel caseros. Los hacemos nosotros mismos y la miel proviene de nuestras propias abejas.

—¿En serio? ¿Tenéis abejas aquí en Bilbao? —preguntó Gus, interesado.

—No, por supuesto que no —la mujer soltó una risita nerviosa—. No creo que sea legal criar abejas en medio de la ciudad.

—¿Y entonces dónde? —insistió Gus.

—Bueno, en una casa propiedad del grupo —la mujer parecía molesta, así que le dio la espalda a Gus y decidió continuar hablando con Natalia—. Me decías que la charla te había parecido interesante. ¿Has practicado la meditación alguna vez?

—La verdad es que no, pero me han entrado muchísimas ganas de probarlo. Estoy pensando en buscar algún sitio en el que enseñen yoga o algo así.

—No es necesario que te gastes dinero en apuntarte a ningún sitio —la cortó Débora—. Nosotros mismos damos cursillos gratuitos para enseñar a la gente. Este mismo fin de semana tenemos programado uno. ¿Quieres que te apunte?

Débora agarró a Natalia con suavidad por el brazo y la llevó hasta un pequeño atril. Había tres personas acompañando a Eliseo, que les ayudaba a rellenar los papeles de inscripción, así que tuvieron que esperar un par de minutos hasta que acabaron. Gus se reunió con ellas y carraspeó para llamar su atención.

—Yo también quiero apuntarme. Si es que estoy invitado, claro...

—Por supuesto —contestó Débora, sonriente—. Todo el mundo es bienvenido. Aquí tenéis las hojas en las que podéis apuntaros. Voy a ver si la gente necesita algo. Volveré en un par de minutos por si tenéis alguna duda.

Débora se marchó para conversar con el resto de los grupos. Natalia cogió uno de los impresos y le echó un vistazo. Después se puso de espaldas a la gente y comenzó a rellenar el suyo.

—No se te ocurra poner tus datos reales —le susurró a Gus cuando éste se inclinó a su lado para rellenar su formulario—. Cópíame, que se supone que somos hermanos.

—¿Ahora nos apellidamos Vega, como Carlos?

—Sí, así no se nos olvidará si nos preguntan algo. Y en la dirección pon la mía con un número más en el portal y un número más en el piso.

—De acuerdo —Gus fue copiando los datos de Natalia—. ¿Qué pongo en el teléfono y en la dirección email?

—Creo que tendremos que poner la verdad por si intentan contactar con nosotros para algo —Natalia dudó unos segundos antes de terminar de rellenar sus datos—. ¿Crees que estamos haciendo bien? ¿No nos estaremos metiendo en la boca del lobo?

—Tranquila, no pasará nada. No estamos cediéndoles todos nuestros bienes ni vendiéndoles nuestra alma inmortal. Por el momento sólo estamos comprometiéndonos para un cursillo de meditación —Gus leyó el último párrafo de la página y palideció—. Dios mío, esto es horrible.

—¿Qué pasa? —preguntó Natalia, asustada.

—El cursillo dura todo el sábado y todo el domingo, desde las diez de la mañana hasta las ocho de la tarde.

—¿Qué susto me habías dado! Pensé que pasaba algo grave.

—¿Y quedarnos sin fin de semana no te parece lo bastante grave? —Gus esperó una respuesta de Natalia, pero sólo consiguió que ella sonriera condescendiente mientras estampaba su firma al final de la hoja—. Pues ya puedes ir ahorrando, guapa. Trabajar en fin de semana son horas extra y no te van a salir baratas.

Después de rellenar los formularios, Gus y Natalia se los entregaron a Débora y, tras despedirse hasta el sábado, salieron de la sala. Débora comprobó que habían rellenado todos los datos y juntó las dos páginas con el resto de impresos que habían conseguido aquella tarde. Eliseo se acercó por detrás, cogió el taco de papeles y les echó un vistazo.

—¿Así que hemos conseguido fichar a la rubia? —preguntó, sonriendo satisfecho—. Me alegro mucho. Creo que puede ser lo que buscamos.

—Sí, yo también lo he pensado, pero no me gusta nada su hermano —durante unas décimas de segundo la expresión afable de Débora desapareció—. Hace demasiadas preguntas.

—Bueno, si hay que convencerle a él también para tenerla a ella, tendremos que hacer el sacrificio —Eliseo se encogió de hombros—. Si sigue preguntando demasiado, ya buscaremos la manera de librarnos de él.

—¿No crees que ella es un poco mayor?

—No, es perfecta. Creo que es exactamente lo que él ha estado buscando durante todo este tiempo.

CAPÍTULO TRES

Carlos buscó un sitio para aparcar y tuvo la suerte de encontrar uno a pocos metros del portal de Natalia, en la acera de enfrente. Apagó el motor y echó un vistazo a su reloj. Había llegado demasiado pronto. No eran ni las nueve y éstas no eran horas decentes para llamar a una casa un sábado por la mañana. Además, le interesaba que Natalia estuviera de buen humor si quería hablar con ella y tratar de arreglar su relación.

Llevaba ya varias noches dándole vueltas a la cabeza. Cuanto más lo pensaba, más ridícula le resultaba la idea de que Natalia estuviera engañándole y más culpable se sentía por haber desconfiado de ella. La noche anterior no había podido pegar ojo ni un solo segundo, pero se había contenido y había conseguido no llamarla. Tumbado en su triste cama de hotel, había aguantado mirando al techo, ensayando una y otra vez su discurso de disculpa. Cuando el sol había comenzado a iluminar la habitación con una luz pálida y enfermiza, se había levantado de un salto, se había duchado y se había puesto la única camisa que le quedaba limpia para ir a verla. Art no había parado de seguirle de un lado a otro, como si él también notase que aquel iba a ser un día importante.

Se giró para mirar al asiento trasero. Art estaba tumbado con la cabeza entre las patas y una cara de aburrimiento mortal. Cuando Carlos le miró, levantó la cabeza y soltó un gemido lastimero.

—Ya te he sacado a hacer pis esta mañana. Tienes que aguantar un poco más —el perro inclinó la cabeza hacia un lado y volvió a soltar un gemido de protesta—. Sé que te aburres y que tienes ganas de ver a Natalia, pero tienes que esperar. Le daremos media hora más para que se despierte y desayune y nos pueda recibir de buen humor. ¿De acuerdo?

Art volvió a apoyar la cabeza sobre sus patas delanteras, como si le

hubiera entendido. Carlos sacó un cigarrillo y abrió la ventanilla del coche. El aire era muy frío, pero eso le ayudaría a despejarse. Encendió el cigarrillo, se apoyó en el respaldo y disfrutó de la soledad y el silencio de la ciudad a esas horas.

En aquel momento, la puerta del garaje del edificio de Natalia se abrió. Carlos se incorporó en el asiento y miró asombrado el coche que salía. Era el coche de Natalia. La vislumbró por un segundo, sentada tras el volante. A su lado había un hombre. Carlos no pudo verle bien, pero estaba casi seguro de que no le conocía. Era un tío flacucho y pequeño, con el pelo engominado, gafas de pasta y una camisa de color azul claro.

El coche de Natalia aceleró en cuanto llegaron a la carretera. Durante un segundo, Carlos se sintió tentado de seguirlos para saber quién era el acompañante de Natalia y a dónde se dirigían, pero al instante siguiente se sintió ridículo por sólo pensarlo. Parecía claro que Natalia ya había pasado página, aunque sólo hubieran transcurrido unos días desde que él se marchó. Si ella salía de casa a esas horas acompañada de un hombre, parecía bastante claro que ese hombre había pasado la noche allí. Aquello era la confirmación de que todo había terminado.

Salió del coche, terminó de fumarse el cigarrillo y después abrió la puerta trasera para dejar salir a Art. El perro salió dando saltos de alegría. Carlos le puso la correa y le acarició detrás de una oreja para calmarle.

—Lo siento, Art. No volvemos a casa —sintió que la garganta se le cerraba y que los ojos le escocían al pronunciar aquellas palabras—. Vamos a aprovechar que ella no está para acabar de recoger nuestras cosas. Ya no somos bienvenidos aquí.

Natalia aparcó, se quitó el cinturón y recogió su bolso para salir del coche, pero se detuvo al ver que Gus seguía quieto, con el cinturón puesto y

mirándola con cara de no entender nada.

—¿Vas a parar aquí? —le preguntó él, confuso—. Estamos como a diez minutos del sitio del seminario.

—Lo sé, pero no quiero que me vean llegar con este coche e intenten convencerme de que lo done a su causa —bromeó Natalia—. Este coche no pega con nuestro disfraz. Venga, no seas vago. Caminar un poco no le hace daño a nadie.

—Yo ya he caminado bastante por hoy —protestó Gus—. He ido desde mi casa hasta el metro y desde la parada hasta tu casa. Además, vamos a llegar tarde.

—Si hubieses venido preparado de casa, nos habría sobrado tiempo.

—Ni de coña me paseo con estas pintas por Sestao —dijo Gus, señalando su camisa azul recién planchada y sus pantalones grises—. ¿Quieres dejarme sin vida social para siempre?

—¿Vas a estar protestando por todo? —Natalia se bajó del coche sin esperar a que él contestara—. Vamos, se hace tarde.

Gus salió y trató de seguirla, aunque le resulto difícil. Al no llevar tacones, Natalia andaba a una velocidad increíble y, además, Gus no estaba acostumbrado a llevar zapatos de vestir. Echaba muchísimo de menos sus zapatillas de deporte, tan viejas que casi parecía que andaban solas.

Cuando llegaron al seminario, se encontraron con que todo el mundo estaba ya sentado. Habían situado las sillas en corro y estaban haciendo juegos para presentarse y contar cosas sobre cada uno. Débora se levantó de su silla nada más verles llegar, se acercó a saludarles con una sonrisa y les indicó dos sillas vacías donde podían sentarse.

Natalia se sentó, preocupada por el juego que estaban haciendo. Tanto Gus como ella habían dado datos falsos y sería muy fácil que, si tenían que hablar demasiado sobre sí mismos, cayesen en alguna contradicción. Sin

embargo, se sorprendió al ver a Gus hablar con una tranquilidad absoluta, contando mentira tras mentira sin dudar ni una sola vez. A ella le costó algo más. Notó que la voz se le quebraba en un par de ocasiones e incluso se quedó callada durante unos segundos cuando le preguntaron de qué trabajaba.

—He estudiado educación infantil —consiguió decir mientras notaba como sus mejillas enrojecían—, pero ahora mismo no tengo trabajo.

—No te avergüences por eso, Natalia —le dijo Eliseo, sonriendo comprensivo—. Hay muchas personas válidas en paro y no es culpa suya, sino de esta sociedad que nos exige más de lo que podemos dar.

Natalia sonrió y bajó la mirada, fingiendo que seguía avergonzada. Parecía que habían tomado sus nervios por timidez. Aquello era bueno. Parecer una chica cohibida y sin muchas habilidades sociales la convertía en una presa ideal para una secta.

Pasaron toda la mañana haciendo juegos y dinámicas de grupo. Después llegó una espléndida comida y una sobremesa de dos horas en la que todos continuaron conociéndose. La gente iba abriéndose cada vez más. Todo el mundo participaba en las conversaciones, contaba chistes o hacía bromas, como si estuvieran en una comida familiar o en una reunión de antiguos amigos.

—Voy a salir a fumar un cigarro —se disculpó Gus, levantándose de la mesa—. ¿Me acompañas, Natalia?

Ella asintió y salió tras él. Cuando llegaron a la calle, Gus se encendió un cigarrillo, se apoyó en la pared y, tras echar el humo, resopló durante varios segundos para demostrar su agobio.

—Joder, que chapa. Y todavía nos queda aguantar esto toda la tarde.

—Pues a mí me está gustando. Es una buena manera de conocerse a uno mismo y a los demás.

—Yo ya me conozco bien a mí mismo y no tengo el menor interés en

conocer a los frikis que hay ahí dentro —contestó Gus—. ¿A qué hora se supone que acaba esta tortura?

—A las nueve, pero tenía que comentarte una cosa —Natalia aprovechó el tiempo que tardaba en sacar y encender su cigarrillo para buscar la manera más adecuada de decírselo—. He estado hablando con Débora y me ha dicho que esta noche los que queramos podemos ir a cenar todos juntos y a tomar unas copas...

—Ni de coña —la cortó Gus—. ¿No ves lo que intentan hacer? Quieren saber quiénes están tan solos y desesperados como para no tener nada mejor que hacer una noche de sábado. Cualquiera que salga con ellos esta noche es carne de secta.

—Lo sé, pero es que a nosotros nos interesa que nos vean así si queremos conseguir más información —intentó convencerle Natalia, sin confesarle que ella era una de esas personas “solas y desesperadas” que no tenían nada que hacer aquella noche—. Te lo pagaré. Además, ¿qué es eso tan importante que tienes que hacer hoy?

—He quedado con un par de amigos para jugar una partida de rol —contestó Gus.

—Una actividad muy sociable y adaptada. Nada friki —dijo Natalia, sarcástica.

—No te cachondees. No puedo dejar a mis amigos tirados. Yo soy el máster —la mirada de Natalia le demostró que no tenía ni idea de qué le estaba hablando—. Soy el director de juego. Sin mí no pueden hacer nada.

—Cien euros —le ofreció Natalia—. Con eso podrás hacerles la partida la semana que viene e invitarles a pizza. ¿Trato hecho?

Gus volvió a recostarse contra la pared y le dio un par de caladas a su cigarrillo mientras consideraba la oferta. Al cabo de unos segundos se encogió de hombros y asintió.

—Está bien. Necesito una nueva tarjeta gráfica para el ordenador. Pero tú pagas las copas y esta noche pienso ir a cubatas.

Pasaron el resto de la tarde practicando ejercicios de respiración y de relajación muscular. Gus tuvo que hacer verdaderos esfuerzos para no quedarse dormido y, cuando terminó la sesión y abrió los ojos, se dio cuenta de que tenía una espantosa jaqueca. Se inclinó hacia delante y escondió la cabeza entre las manos mientras se frotaba las sienes.

—¿Estás bien? —le preguntó una voz a su lado.

Gus levantó la cabeza y se encontró con Eliseo, que le miraba preocupado. Forzó una sonrisa y trató de levantarse. El cambio de postura le hizo marearse. Todo le daba vueltas. Por suerte, Eliseo le agarró por un brazo y le ayudó a sentarse de nuevo.

—Estoy bien. No te preocupes —contestó Gus—. Sólo estoy un poco mareado y me duele la cabeza como si tuviera resaca.

—Le pasa a algunas personas cuando realizan ejercicios de relajación por primera vez —le explicó Eliseo—. Sobre todo a las personas con mucha ansiedad.

—Yo no tengo ansiedad —contestó Gus.

—Ya, claro. Y hablas así de rápido por gusto —Eliseo le dirigió una sonrisa comprensiva—. No te preocupes. Los efectos se pasarán en unos minutos.

—Quizá es que la relajación no es para mí.

—Sí, sí que lo es —Eliseo le dio un par de palmadas amistosas en el hombro—. Esos efectos indican precisamente que se están produciendo cambios en tu interior, pero tu cuerpo está tan acostumbrado a la vida que lleva, aunque sea negativa para ti, que se resiste. Si sigues practicando, pronto te encontrarás mejor.

Gus fingió una sonrisa. Estaba seguro de que Eliseo habría encontrado argumentos para decir que sus reacciones eran positivas incluso si hubiera empezado a vomitar murciélagos. Por suerte, el hombre se marchó a conversar con otras personas y le dejó tranquilo. Algunos de los asistentes estaban recogiendo sus abrigos y despidiéndose hasta el día siguiente, pero la mayoría había decidido apuntarse al plan nocturno. Gus negó con la cabeza, sorprendido de que hubiera tanta gente desesperada sin nada mejor que hacer.

Aprovechando que aquella noche no llovía, decidieron dar un paseo hasta un restaurante chino cercano. El sitio parecía bonito y elegante, con una fachada en mármol negro, cristales tintados y las palabras San Bao impresas en letras plateadas en el toldo. A pesar de que Gus trató de sentarse al lado de Natalia, Débora fue más rápida. Las dos mujeres se pasaron toda la cena hablando sobre los beneficios de la meditación, mientras él se moría de aburrimiento, sentado al lado de un gordo que no hacía otra cosa que preguntarle si iba a terminarse los platos que había pedido.

Cuando salieron de la cena, volvieron a dar un paseo buscando algún bar. Débora iba agarrada del brazo de Natalia, así que Gus se retrasó unos pasos, tratando de disfrutar solo del paseo. Por desgracia, el gordo parecía haberle cogido cariño, ya que se situó a su lado y empezó a hablarle sobre su apasionante trabajo como contable en una empresa de productos de papelería. Gus se limitó a fingir que le interesaba, sonriéndole de vez en cuando, mientras le rezaba a cualquier deidad que le estuviera escuchando para que aquella noche terminara cuanto antes.

Pasaron las siguientes horas de bar en bar, bebiendo y bailando. Eliseo y Débora se deshicieron en atenciones hacia Natalia, invitándola a todo y cuidando de que siempre tuviera una copa en la mano. Gus les observaba intranquilo. No había oído de ninguna secta en la que aprovecharán que la gente estuviera borracha para secuestrarla, pero no le gustaba nada como se

comportaban con Natalia. Se suponía que estaban intentando captarlos a todos, pero no trataban así a nadie más. Gus observó al resto de asistentes: una pareja de mediana edad con cara de perdidos, una chica con acné y el pelo grasiento que, a pesar de sufrir de arritmia crónica, trataba de bailar todas las canciones, un par de chicas jóvenes que no participaban en ninguna conversación y que parecían querer esconderse detrás de sus vasos de gin-tonic y el gordo que llevaba dándole la brasa toda la noche. Comparada con aquel grupo de inadaptados, Natalia parecía brillar con luz propia. Era el premio gordo y no iban a dejar que se les escapase.

Un par de bares más tarde, Gus decidió que ya era momento de marcharse. Los andares de Natalia eran cada vez menos firmes y se abrazaba a Débora como si fueran amigas de toda la vida. Se acercó al grupo y agarró a Natalia del brazo.

—Natalia, creo que es hora de que volvamos a casa.

—¿Por qué? Me lo estoy pasando tan bien... —protestó ella.

—Creo que ya has bebido suficiente y mañana tenemos que levantarnos pronto para seguir haciendo relajación. No querrás meditar con resaca, ¿verdad?

Gus se giró hacia Débora y Eliseo. A pesar de que le sonreían, sus miradas no parecían amistosas. Gus sintió un escalofrío. Parecían dos arañas a las que estuviera tratando de arrebatarles la presa que ya había caído en su tela.

—No te preocupes por eso —le dijo Débora—. Mañana el seminario no empieza hasta las doce. Así os dará tiempo a recuperaros.

—Aún así, creo que es momento de retirarse —insistió Gus—. Natalia siempre ha tenido un beber malísimo. Está a una copa de ponerse a llorar o de montar bronca. Creedme, la conozco.

—Que no, Gus... Me portaré bien —Natalia le abrazó y le plantó un beso

húmedo y torpe en la mejilla—. Un ratito más...

—No, nos vamos ya. Muchas gracias por todo —Gus agarró a Natalia por la cintura y la hizo avanzar hacia la puerta del bar—. Nos vemos mañana.

Débora y Eliseo les despidieron con otra sonrisa falsa. Gus sintió sus miradas clavadas en la espalda hasta que salieron del bar. Estaba seguro de que él no les caía bien y de que no tenían ningún interés en captarle. En aquellos momentos, sólo significaba un obstáculo entre ellos y Natalia. Sintió un nuevo escalofrío al recordar que habían ido allí para investigar la muerte de dos jóvenes. Esperaba que aquella gente no lo considerase tan molesto como para decidir eliminarlo.

Consiguió llegar a la esquina manteniendo a una Natalia que se tambaleaba y parecía querer avanzar cruzando la acera de lado a lado. Sin embargo, en cuanto cambiaron de calle, Natalia se soltó del brazo de Gus y comenzó a caminar erguida.

—¿Pero tú no estabas borracha? —preguntó Gus, asombrado.

—Yo no. Hay más alcohol en el suelo, el baño y las macetas de los bares en los que hemos estado que en mi estómago —Natalia le guiñó un ojo—. Soy buena actriz, ¿verdad?

—Cojonuda, me has engañado por completo —contestó Gus, riendo—. ¿Has descubierto algo?

—Sí, pero vamos hacia mi coche mientras te lo cuento, que estoy congelada —Natalia empezó a avanzar a paso rápido, abrazándose a sí misma—. Han estado toda la noche hablándome de Nuevo Edén, de lo mucho que ayudan a sus miembros, de cómo su estilo de vida hace que la gente se desarrolle como persona, de lo mucho que me beneficiaría estar con ellos...

—Ya me he dado cuenta de que están como locos por captarte —la interrumpió Gus—. Deberían disimular un poco. Nos han dejado de lado a todos los demás.

—Sí, yo también me he dado cuenta. Me pregunto si con Andrea y Carmen harían lo mismo.

—Supongo que sí. Se les llena la boca hablando de la importancia del interior de las personas, pero en realidad lo único que les interesa es pillar tías buenas —Gus sonrío, irónico—. Debería hablar con mis colegas sobre la posibilidad de montar una secta. Va a ser la única manera de que liguemos. ¿Te han contado algo más?

—Me han estado hablando de Nuevo Edén. Además del nombre del grupo, es el nombre de un lugar en el que hacen encuentros y convivencias. He intentado que me dijese dónde está, pero no he conseguido sacarles nada. Sólo me han dicho que está en Vizcaya, en un pequeño pueblo precioso, que está rodeado de bosques y que tiene unas magníficas vistas desde los acantilados y una playa increíble.

—Vamos, que te están intentando convencer de que pases allí tus próximas vacaciones —comentó Gus.

—Peor que eso. Recuerda que les he dicho que estoy en paro. Han intentado convencerme para que me una ya.

—Sabes que no vas a ir a ese sitio, ¿verdad?

—Me lo estoy planteando. No creo que vayamos a sacar mucha información de esta gente por muchas reuniones más a las que vengamos. Son profesionales y lo único que van a contarnos es lo maravilloso que es su grupo y lo bien que estaríamos con ellos. Sin embargo, en ese sitio habrá gente captada por ellos y quizá alguno conoció a Andrea o a Carmen.

—Repito por si no me has entendido bien: “Sabes que no vas a ir a ese sitio, ¿verdad?” —Gus se paró y se cruzó de brazos.

—Pero puede ser la única forma en la que podamos resolver esto...— protestó Natalia.

—Si tenemos razón en lo que pensamos, ese grupo mata gente. No voy a

permitir que te metas en la boca del lobo.

—¿Y qué quieres que hagamos entonces?

—Seguiremos como hasta ahora. Acudiremos a sus reuniones, aunque eso me acabe matando de aburrimiento, y trataremos de conseguir más información. Algo se les escapará.

—¿Y si no conseguimos nada?

—Ya encontraremos alguna solución, pero ir a ese sitio está totalmente descartado —Gus volvió a ponerse en marcha, dando por finalizada la discusión—. Le tengo demasiado aprecio a mi vida.

—Pero si tu vida no está amenazada —le contradijo Natalia—. No han mostrado ningún interés en captarte.

—Ya, pero si Carlos se entera de que te he dejado ir allí sin decirle nada, no tardará ni medio minuto en asesinarme —contestó Gus—. Y creo que, además, tendría toda la razón del mundo para hacerlo.

Natalia le siguió, caminando en silencio. Estaba segura de que a Carlos no le importaba absolutamente nada lo que ella hiciera o dejara de hacer. No había recibido ni una sola llamada ni un mensaje en los días que llevaban separados. Incluso mantenía su teléfono móvil apagado para que ella no pudiera llamarle. Aquel recuerdo la hizo sentirse vacía y sola de nuevo. Era curioso. No había experimentado aquella sensación durante todas las horas que había pasado con el grupo. Debía tener cuidado. Se encontraba muy sola, muy triste y muy pérdida y aquellas personas le habían hecho sentir que era importante, que se preocupaban por ella. En aquel momento se la podría haber considerado una víctima perfecta para caer en sus garras. Por suerte, ella estaba avisada y no se dejaría engañar tan fácilmente.

CAPÍTULO CUATRO

Estefanía miró su reloj y se subió el cuello del abrigo, tratando de ahuyentar el frío de aquel grisáceo amanecer. Todavía quedaban ocho minutos para que llegase el tren y el viento era tan cortante que parecía atravesar con facilidad sus tres capas de ropa para acariciarle la piel con sus dedos helados. Sacó la carpeta de la mochila y extrajo los folios con los resúmenes de los temas más importantes. Tenía examen de biología en dos horas y sabía que, por mucho que leyese aquellas hojas una y otra vez, no estaría más preparada. Al final la había pillado el toro. Había escuchado a sus padres decirle una y otra vez que la universidad no era como el instituto y que no podía dejarlo todo para el último día, pero no les había hecho ni caso. Y así estaba ahora, yendo a hacer un examen para el que sabía que no estaba preparada. Se consoló pensando que el examen era de tipo test y que quizá, con algo de suerte, podría aprobar. Empezó a repasar la primera página. Si estaba concentrada en la lectura, quizá notaría menos el frío.

Escuchó el ruido de las máquinas canceladoras de la estación. Unos segundos después una pareja de mujeres salió al andén. Hablaban sin parar y se reían como gallinas histéricas. Estefanía trató de ignorarlas y concentrarse en sus apuntes, pero tenían ese tipo de risa que se clavaba en el cerebro y no te dejaba pensar en nada más. Se sintió furiosa. ¿Cómo era posible que algunas personas se levantasen de tan buen humor por las mañanas? Ella no era persona hasta el mediodía. De hecho, lo único que le arrancaba una sonrisa a aquellas horas era Laida, su perrita de aguas, cuando venía a lamerle la nariz nada más sonaba el despertador. Recordó que tenía que llamar al veterinario cuando llegase a casa. Ya tocaba ponerle las vacunas.

El sonido del móvil la sacó de sus pensamientos. Lo buscó en el bolsillo exterior de la mochila, mientras maldecía al destino que había

decidido no dejarle repasar una sola línea de sus apuntes aquella mañana. Bueno, al menos tendría una excusa si, tal y como temía, acababa suspendiendo.

Miró el número que reflejaba la pantalla. No le sonaba de nada. Durante un segundo pensó en colgar y olvidarlo. Seguramente se trataba de alguien que se había equivocado o de alguna teleoperadora tratando de venderle algo. Al fin decidió coger la llamada. Eran las siete y media de la mañana. A aquellas horas nadie llamaba por una tontería. Podía ser algo importante.

En cuanto puso el móvil en su oreja, una amplia sonrisa iluminó su cara. Se puso de pie y los papeles de los apuntes se desparramaron sobre el suelo del andén. Sin mirarlos siquiera, pasó sobre ellos, pisándolos sin preocuparse. En el banco del andén dejó abandonada su carpeta y su mochila. Se dirigió andando hacia el final del andén, donde unos estrechos peldaños llevaban hacia las vías. Los bajó despacio, mientras asentía a las palabras que le llegaban a través del móvil. Cruzó las vías que venían de Santurce y se dirigió hacia las del fondo, por las que llegaban los trenes desde Bilbao. A su espalda, las dos mujeres que esperaban en el andén dejaron de hablar entre ellas y comenzaron a señalarla y a gritar para llamar su atención. Estefanía no escuchó sus voces. No había nada más en el universo que aquella voz suave que le susurraba al oído que todo estaba bien, que sólo debía caminar un poco más para que todos sus problemas se esfumaran, que todo sería perfecto cuando llegase a su destino. Se internó por el túnel siguiendo las vías. Al cabo de pocos pasos la luz del exterior desapareció, dejándola en la más completa oscuridad. No redujo el paso, a pesar de que, de vez en cuando, tropezaba con los travesaños de las vías o con las piedras sueltas del suelo. En su mente caminaba por un camino fácil, sin obstáculos. No había nada que pudiese pararla, que pudiese impedirle llegar al lugar prometido.

De repente, el oscuro túnel se iluminó como si acabara de amanecer. Estefanía siguió caminando hacia aquellas luces, sin vacilar un momento. Ni siquiera redujo el paso cuando el tren que llegaba por el túnel pisó los frenos, lanzando un chillido agudo como el grito de un animal agonizante, ni cuando el conductor de la locomotora hizo sonar varias veces la bocina de aviso. Ella continuó su camino, con la cabeza inclinada hacia la derecha y el móvil en su oído, sonriendo hasta que el tren la golpeó.

Gus se ató el cinturón de seguridad, se recostó en el asiento del coche y se apretó las sienes con las manos. Natalia se sentó a su lado y se le quedó mirando, preocupada.

—Gus, ¿estás bien?

—No, estoy hasta los huevos —contestó Gus con la mirada clavada en el techo del coche—. Llevamos días con esto. Hoy nos hemos pasado cuatro horas ahí dentro y no hemos avanzado absolutamente nada. Ya sé que me estás pagando y todo eso, pero, en serio, no creo que vaya a servir de nada lo que estamos haciendo.

—¿Cómo no va a servir de nada? Se han pasado cuatro horas ayudándonos a reforzar nuestra autoestima —bromeó Natalia.

—Yo no necesito que nadie me refuerce la autoestima. Ya sé que soy un tío cojonudo —Gus se giró hacia ella y le guiñó un ojo—. Y aunque no lo supiera, no creo que ese grupo de inadaptados pudiera ayudarme. Natalia, te lo digo en serio. Estás tirando el tiempo y el dinero. Esos tíos son profesionales. Si ocultan algo turbio, no nos lo van a decir.

—Bueno, a mí me parece que cada vez me llevo mejor con Débora —protestó Natalia.

—¿En serio te crees que esa tía es amiga tuya? —se sorprendió Gus—. Eres más ingenua de lo que pareces. Te está captando. Quiere que tú la

consideres su amiga, pero para ella sólo eres una presa. Es como si un gorrión se alegrase de que un gato se acercase cada día un poco más.

—Bueno, quizá no sea sólo eso. Soy simpática e inteligente. ¿Por qué no iba a querer llevarse bien conmigo porque sí?

—Joder, te ha hecho más efecto la charla de autoestima de lo que pensaba —Gus bufó mientras negaba con la cabeza, desesperado—. No quiere ser tu amiga. Es una mentirosa. Se gana la vida engañando a la gente y encima sospechamos que puede estar implicada en la muerte de dos chicas. A ver, si tan amiga tuya es, ¿de qué habéis estado hablando en el descanso?

—De ese sitio que tienen en el que hacen convivencias. Me ha estado contando su modo de vida allí, las actividades que realizan... —Natalia se quedó callada al ver la sonrisa sarcástica de Gus—. Sí, se que está intentando convencerme de que vaya. No soy boba. Pero quizá yo le parezca simpática y pueda ganarme su confianza y se le acabe escapando algo que nos pueda ayudar.

—No va a ser tan fácil. En serio, Natalia, esto no va a servir de nada. Tenemos que intentar otra cosa.

—¿Y qué otra cosa podemos intentar? —preguntó Natalia—. Lo único que se me ocurre es ir a ese sitio del que hablan...

—Eso sigue estando totalmente descartado —Gus tomó aire antes de seguir hablando—. Ya sé que no quieres hacerlo, pero creo que deberías hablar con Carlos de todas nuestras sospechas. Necesitamos a alguien que sepa jugar de verdad a esto, que sepa investigar. Nosotros sólo estamos haciendo el imbécil y arriesgándonos para nada.

Natalia sacó el móvil del bolsillo y lo encendió, mientras negaba con la cabeza. Gus recordó que también tenía que encender el suyo. Los apagaban antes de entrar a las sesiones para no recibir ninguna llamada que pudiera poner en peligro sus coartadas.

—Vaya, tengo cuatro llamadas perdidas de la central —dijo Natalia.

—¿No tenías libre hoy?

—Sí, pero estoy de guardia. Voy a llamar a ver qué quieren. Espero que no fuera urgente.

Natalia llamó a la central y esperó a que la pasaran con la extensión desde la que la habían estado llamando. Gus volvió a recostarse en el asiento, abrió la ventanilla del coche y sacó un cigarrillo para esperar mientras ella hablaba. Se dedicó a mirar a la gente que pasaba por la acera. Aquel día no llovía. De hecho el cielo tenía un color azul casi cegador, sin una sola nube que ocultase un sol que brillaba sin calentar. Hacía un frío espantoso, pero, aún así, la gente paseaba tranquila, parándose frente a los escaparates de las tiendas, que ya lucían los adornos que anunciaban la próxima navidad.

—¿Qué querían? —preguntó Gus cuando Natalia colgó el teléfono.

—Creo que ha vuelto a suceder —la cara de Natalia había perdido todo su color—. Una chica se ha suicidado en la estación de Peñota.

Un ertzaina estaba esperándola cuando llegó con su coche a la estación de Peñota. Natalia se bajó y le siguió, ansiosa por comprobar si sus sospechas eran ciertas. Se sorprendió rogando para que la muerte de aquella chica no hubiese tenido nada que ver con Nuevo Edén, para que se hubiera suicidado por amor o porque padecía una enfermedad mental o por cualquiera de las razones por las que se suicidaba la gente. No quería tener que plantearse que aquella chica podía haber muerto por su incapacidad para demostrar que había algo oscuro en Nuevo Edén, por no haber podido convencer a nadie de que tenía razón, por no haber sido lo bastante valiente como para hacer lo que, desde hacía días, sabía que tenía que hacer.

Antes de entrar en la estación, pasaron al lado de una ambulancia. La parte trasera estaba abierta y, sentadas en ella, Natalia vio a dos mujeres. Una

de ellas lloraba desconsolada mientras la otra trataba de calmarla. Natalia se giró hacia el ertzaina que la acompañaba.

—¿Quiénes son?

—Dos testigos. Vieron como la chica bajaba a las vías del tren y se metía en el túnel.

—Espérame un momento —pidió Natalia, acercándose a las dos mujeres—. Quiero hablar con ellas un segundo.

Las dos mujeres estaban tan enfrascadas en su conversación que no se dieron cuenta de que Natalia se aproximaba hasta que estuvo a dos pasos de ellas. La mujer que lloraba estrujaba un pañuelo ya empapado entre sus manos y negaba una y otra vez con la cabeza, mientras miraba hacia delante sin ver nada. La otra mujer le había pasado un brazo por los hombros y le hablaba en susurros.

—Disculpen. Soy Natalia Egaña, forense de la Ertzaintza —se presentó—. ¿Podría hacerles una pregunta?

La mujer que estaba más tranquila asintió, mientras su compañera continuaba con la mirada perdida. Natalia se acercó aún más y se puso en cuclillas a su lado.

—¿Pudieron ver la cara de la chica? ¿Sonreía?

Aquella pregunta pareció captar la atención de la mujer que lloraba, porque levantó la cabeza y le lanzó una mirada cargada de furia.

—¿Qué mierda de pregunta es ésta? ¿Está usted loca? —le gritó la mujer—. ¿Cómo iba a estar sonriendo?

—Disculpe a mi compañera. Está muy nerviosa —contestó la otra mujer—. La verdad es que no le vimos la cara. Siento no poder ayudarla.

Natalia musitó unas palabras de disculpa y volvió junto al agente que la esperaba. Quizá sí estaba loca, quizá veía fantasmas donde no había nada. De hecho, en aquel momento lo que más deseaba era no tener razón.

Entraron en la estación. Dos agentes trataban de recoger un montón de papeles esparcidos por el andén, antes de que el viento se los llevara, para meterlos en bolsas de pruebas. Uno de ellos voló por la estación, giró un par de vueltas en el aire y fue a posarse a los pies de Natalia. Ella se agachó a mirarlo, pero no se atrevió a tocarlo. No llevaba guantes y no quería estropear una posible prueba. Uno de los agentes se acercó hasta ella, saludó con la cabeza y recogió el papel.

—Disculpa, ¿qué son todos estos papeles?

—Parecen apuntes. Según dicen las testigos, la chica estaba estudiando antes de meterse en el túnel del tren.

Natalia sintió un estremecimiento. Nadie sacaba sus apuntes para ponerse a estudiar justo antes de matarse. No tenía sentido.

—¿Habéis encontrado alguna nota de suicidio?

El ertzaina negó con la cabeza y se separó de ellos para continuar cazando papeles. Natalia y el otro agente se dirigieron a los escalones que bajaban a las vías. En cuanto entraron en el túnel, el ertzaina encendió una potente linterna para guiarla en la oscuridad. Natalia sintió que se estremecía. El lugar era oscuro y olía a humedad. El ruido del tráfico y de las sirenas de la calle se desvaneció en cuanto hubieron avanzado unos metros. El sonido de sus pasos sobre las piedras sueltas se amplificaba y repetía contra las paredes del túnel, dándoles la impresión de que caminaban acompañados. Natalia sintió un escalofrío al pensar en cuánta gente se habría suicidado allí a lo largo de los años, en si serían los pasos de aquellas almas perdidas los que la acompañaban.

Distinguió el brillo de unos focos más adelante. Por suerte ya habían iluminado la escena y no tendría que buscar a ciegas. Un par de agentes custodiaban el lugar, de espaldas a la cinta de balizamiento que protegía el cadáver de la chica. Unos metros detrás, esperaba el tren que la había

atropellado. Ya habían evacuado al conductor y a todos los ocupantes y ahora descansaba ahí, como un enorme monstruo silencioso y expectante.

Natalia saludó a los agentes con un gesto de la cabeza y pasó por debajo de la cinta. Por suerte, el tren no había pasado por encima del cuerpo de la chica. La había golpeado y arrojado varios metros más adelante. Natalia dio gracias al cielo por no tener que enfrentarse con una masa pulposa, aunque el espectáculo no era mucho mejor. La chica yacía en el suelo en una postura antinatural. La mayoría de sus huesos debían estar rotos, porque parecía que tenía muchas más articulaciones de lo normal.

Natalia se colocó de espaldas a los agentes para que no pudieran ver lo que estaba haciendo. La chica llevaba un móvil en su mano derecha. Por suerte, no llevaba muerta el tiempo suficiente para que hubiese empezado a aparecer el rigor mortis y pudo quitárselo con facilidad. Lo encendió, rezando para que el móvil no tuviese un código de desbloqueo. Por suerte, sólo tuvo que deslizar el dedo por la pantalla para poder acceder a él. Buscó a toda prisa la última llamada recibida y sintió que su estómago se encogía al comprobar que la hora se correspondía con el momento de la muerte. Memorizó el número y dejó de nuevo el teléfono en la mano de la chica. Después volvió a pasar por debajo de la cinta.

—Tengo que hacer una llamada. Ahora vuelvo.

Se separó unos metros de los agentes y, cuando estuvo segura de que no podrían oírla, llamó a Gus. El chico respondió al primer tono, como si hubiera estado esperando al lado del teléfono.

—Hola, Gus. Creo que podemos tener otra víctima. Necesito que la prima de Joseba encuentre al titular de otro número de teléfono. Apunta.

La central estaba tranquila a aquella hora. El turno de tarde ya había terminado y gran parte del personal se había marchado a su casa. Sin

embargo, Natalia se dirigió al despacho de Aguirre, segura de que él aún continuaría en su puesto. Dio un par de suaves golpes a la puerta y abrió tras escuchar su voz desde dentro, invitándola a entrar.

—Buenas tardes, señorita Egaña. ¿Necesita algo?

—La verdad es que sí —Natalia se sentó enfrente de Aguirre sin esperar siquiera a que él se lo indicara. Iba a ser una conversación larga—. Acabo de terminar la autopsia de Estefanía Ortega.

—¿La chica que se ha suicidado en las vías del tren?

—Sí, ésa —Natalia tomó aire antes de continuar hablando—, pero no creo que se haya suicidado. Al igual que tampoco creo que lo hicieran Andrea Eguizabal y Carmen Alzola.

—¿Qué le hace pensar así? No estoy muy al corriente de esos casos, pero creo recordar que una de ellas se tiró desde el puente de La Salve y que la otra corrió hacia un camión —Aguirre esperó hasta que Natalia asintió—. En todos los casos había un gran número de testigos que presenciaron la escena y nada hace sospechar que nos hallemos ante otra cosa que no sean suicidios. ¿Qué le hace pensar que haya algo más?

—No hay nota de suicidio en ninguno de los casos, las familias aseguran que las chicas no tenían ninguna razón para suicidarse, eran chicas jóvenes con toda la vida por delante...

—Sé que es muy triste la muerte de alguien tan joven y que muchas veces no podemos explicárnoslo —la interrumpió Aguirre—, pero que no podamos entenderlo no quiere decir que haya algo detrás.

—Espere, hay algo más —Natalia dudó unos segundos. Sabía que revelar los datos de sus investigaciones la metería en problemas, pero necesitaba que Aguirre la creyera—. Las tres chicas recibieron una llamada a su móvil antes de suicidarse.

—¿Y procedían todas del mismo número? —Aguirre parecía interesado.

—No, eran números diferentes.

—Entonces pudo ser alguien dándoles una mala noticia.

—No, cada una de ellas era titular del número que las llamó —contestó Natalia.

—Sería de alguien tan cercano como para que ellas les regalasen un móvil: un familiar, un novio —Aguirre se quedó unos segundos pensativo—. ¿Puedo saber cómo ha descubierto usted esos números de teléfono y los nombres de los titulares de las líneas sin ser una investigadora asignada al caso y sin una orden judicial?

—Bueno, he estado investigando por mi cuenta... —Natalia notó que le temblaba la voz.

—¿Otra vez? —Aguirre golpeó la mesa con la palma de la mano, haciendo que Natalia pegara un bote en su silla—. ¿Cuántas veces tengo que recordarle cuál es su función? ¿Cómo ha descubierto esos datos?

—No puedo revelarles mis fuentes. Lo siento —se disculpó Natalia.

—¿Cómo que no puede revelarme sus fuentes? —Aguirre acompañó sus palabras con un nuevo golpe en la mesa—. ¿Tengo que recordarle que soy su superior?

—Lo sé perfectamente, pero aún así no puedo decirle nada —Natalia agachó la cabeza.

—Pues ya que recuerda perfectamente quién manda aquí, le resultará fácil aceptar mis órdenes. Se va a ir a casa quince días, a hacerle compañía a Carlos, a ver si entre los dos consiguen recordar cómo se trabaja.

—Si pudiera escucharme un momento...

—No, no quiero escucharla más. Váyase —Aguirre le señaló la puerta—. Si en algún momento recapacita y quiere venir a contarme de dónde ha sacado esa información, reconsideraré su sanción.

Natalia se levantó y salió del despacho. Sabía lo que estaba intentando

Aguirre. Para ella el trabajo y su expediente siempre habían sido lo más importante. Aguirre pensaba que ella no soportaría que una sanción manchase su fantástico currículum y que volvería pidiendo perdón en cuanto pasasen unas horas. Quizá habría sido así con la Natalia del pasado, pero en aquella ocasión se equivocaba. Estaba cansada de su trabajo, de que nadie la escuchase, de que a nadie le importasen sus ideas. Sabía que estaba acertada en sospechar sobre aquellas muertes y no iba a dejarlo pasar. Cuando lo descubriese todo, tanto Carlos como Aguirre tendrían que pedirle perdón, así que continuaría adelante y rezaría para estar tomando la decisión correcta. Si lo pensaba con frialdad, la sanción que Aguirre le había impuesto era más una bendición que un castigo. Ahora tendría el tiempo que necesitaba para hacer lo que llevaba días sabiendo que tenía que hacer. La única manera de descubrir lo que estaba pasando era aceptar la invitación de Nuevo Edén.

CAPÍTULO CINCO

El cielo estaba cubierto de nubes negras. La lluvia caía sin descanso, empujada en todas direcciones por un viento frío y cambiante. Natalia se subió el cuello del abrigo y ató los botones. Esperaba que no tardasen mucho en venir a recogerla. A pesar de estar refugiada en un portal, iba a acabar empapada. Una potente luz rasgó el cielo, seguida unos segundos después por el retumbar de un trueno aún lejano. La tormenta arreciaba, como si tratara de convencerla de que volviese a casa.

Un taxi paró en la acera de enfrente. Natalia maldijo entre dientes. Gus se bajó del taxi con una pesada mochila a la espalda y corrió hacia el portal para guarecerse de la lluvia. Cuando se paró a su lado, dejó la mochila en el suelo y se sacudió el pelo agitando la cabeza como haría un perro mojado.

—¿Y esa mochila? —le preguntó Natalia, sin saludarle siquiera.

—Lo mismo podría preguntarte sobre la tuya —contestó Gus, echando un vistazo a la pesada bolsa que descansaba a los pies de Natalia—. Llevo llamándote toda la tarde y tu móvil no funciona. Te vas con los de Nuevo Edén, ¿verdad?

—Sí y no trates de convencerme de lo contrario —Natalia trató de parecer mucho más firme y resuelta de lo que estaba en realidad—. No hay nada más que pueda hacer. Nadie quiere escucharme y, mientras tanto, siguen muriendo chicas. No voy a permitir que esto siga sucediendo.

—Vale, voy contigo —contestó Gus, sacando un cigarrillo—. Y tú tampoco intentes convencerme de lo contrario.

—Es una locura, Gus —le dijo Natalia—. No sabemos si esa gente es peligrosa.

—Eso mismo vale para ti y vas a ir —Gus se escondió en una esquina del portal para conseguir encender su cigarrillo. Cuando lo logró, volvió a

colocarse al lado de Natalia, fumando mientras su mirada seguía el brillo de los relámpagos, cada vez más frecuentes.

—Tú no puedes venir. Tienes que ir a clase.

—Ya hemos acabado los exámenes y en unos días nos darán las vacaciones de Navidad. No creo que vaya a perderme nada importante y, aunque fuera así, Joseba puede pasarme los apuntes.

—¿Y te vas a ir así? ¿Qué va a pensar tu madre?

—Le he dejado una nota diciendo que me voy de vacaciones contigo. Tendré bronca con ella por no habérselo explicado todo, pero se le pasará enseguida.

—Aun así, no es necesario que vengas —insistió Natalia.

—Si Carlos se entera de que te he dejado ir sola, me matará —contestó Gus, encogiéndose de hombros—. Sinceramente, le tengo más miedo a Carlos que a esos pirados de Nuevo Edén.

Natalia suspiró, mientras trataba de controlar las lágrimas que le escocían en los ojos. Había conseguido no contarle la verdad sobre Carlos a Gus durante todos los días que llevaban investigando y aún en aquellos momentos se resistía a hablar sobre ello. Le daba la impresión de que, si lo hacía, el final de su relación se volvería más real, más definitivo. Sin embargo, no podía permitir que Gus la acompañase sin saber toda la verdad.

—Carlos y yo ya no estamos juntos. Seguramente a estas alturas le da igual lo que me pase —Natalia consiguió hablar sin emoción en la voz, como si fuera el mensaje grabado de un contestador.

—Me da igual que no estéis juntos ahora. Carlos volverá a por ti. Eres demasiado buena para que te deje escapar —Gus le guiño un ojo y Natalia le respondió con una sonrisa triste—. Y, aunque no vaya por miedo a Carlos, voy a ir igual. Iré porque eres mi amiga y no voy a dejarte sola.

Natalia sintió que las lágrimas se agolpaban en su garganta. Volvió a

sonreírle, agradecida, y agarró su mano para apretarla con cariño. Después, le soltó para sacar también un cigarrillo y disimular lo emocionada que estaba por sus palabras.

Escucharon el ruido de unas ruedas sobre la carretera mojada. Una furgoneta giró hacia ellos y paró frente al portal. Débora estaba al volante. Eliseo se bajó, tapándose la cabeza con la chaqueta y les indicó por señas que se acercarán, mientras abría las puertas traseras. Gus y Natalia recogieron sus mochilas y corrieron hacia él.

—Vaya tarde de perros —comentó Eliseo—. Natalia, no nos habías dicho que tu hermano también venía.

—¿Hacía falta decirlo? —preguntó Gus—. Siempre vamos juntos a todos los sitios. Supongo que ella pensaría que os imaginarías que yo también iba. Espero que eso no suponga ningún problema. Si no os va bien que vayamos los dos, nos volvemos para casa y cuando tengáis sitio para dos personas, nos avisáis y estaremos encantados de ir.

—No, no... No hay ningún problema —Eliseo terminó de abrir las puertas traseras de la furgoneta y les invitó a entrar.

Gus y Natalia subieron y dejaron las mochilas en el suelo. Eliseo cerró las puertas, dejándoles solos. Se quedaron quietos durante unos segundos, mirando asombrados el interior de la furgoneta. No había ventanillas, pero el interior estaba decorado a todo lujo. El suelo estaba enmoquetado y habían instalado asientos para ocho personas. El lugar estaba muy iluminado e incluso se notaba el calor del aire acondicionado.

—Joder, Natalia. Nos han secuestrado —dijo Gus, sentándose en uno de los asientos.

—¿Y por qué dices eso?

—Este sitio no tiene ventanas. No vamos a poder saber a dónde nos llevan.

—No seas mal pensado. Igual no tenían otro medio de transporte.

—Se han gastado un montón de pasta en acondicionar esta furgoneta. No me vengas con que no tenían dinero para una con ventanillas —Gus bajó la voz—. Puede que haya micrófonos. Habla bajo.

—Te estás poniendo paranoico —Natalia se sentó a su lado y le dirigió una sonrisa nerviosa.

Escucharon el motor y la furgoneta se puso en marcha. Las luces disminuyeron su intensidad y una enorme pantalla de televisión se encendió frente a ellos. Un par de minutos después, Gus se inclinó hacia Natalia y le susurró al oído.

—Ya he visto esta película. Va sobre una tía que es un desastre y decide recorrerse todo Estados Unidos andando para redimirse.

—¿También vas a quejarte de eso? —le riñó Natalia—. Y gracias por reventarme el final.

—Es que no debería darnos tiempo a ver el final. La peli dura unas dos horas y estos tíos nos habían dicho que Nuevo Edén estaba en Vizcaya. No se tarda dos horas en recorrer Vizcaya en coche.

—¿Entonces dónde nos llevan?

—No lo sé. Igual nos llevan muy lejos o igual se pasan dos horas dando vueltas con el coche para despistarnos. Lo único que me queda claro es que no quieren que sepamos a dónde vamos —Gus se reclinó en su asiento y sacó el móvil de su bolsillo—. Esto no me gusta.

Natalia se mantuvo en silencio, mientras Gus toqueteaba su móvil. Por su expresión, parecía que a cada segundo que pasaba se iba poniendo más y más nervioso. Al cabo de un par de minutos, Natalia no pudo soportarlo más.

—¿Qué pasa? ¿Por qué pones esa cara?

—No tenemos cobertura, ni para realizar llamadas ni para recibir datos.

Tampoco funciona la localización GPS.

—Eso no puede ser...

—Claro que no puede ser. Todavía no hemos salido de Bilbao. Todo debería funcionar.

—¿Entonces qué pasa? ¿Crees que la furgoneta está blindada con algo que nos deja incomunicados?

—No lo creo. Apostaría a que están utilizando algún inhibidor de frecuencias. Es más fácil y más barato que aislar una furgoneta.

—¿Y eso es legal?

—Joder, Natalia... Eres tú la que trabajas para la policía. Por supuesto que no es legal. Cuando nos bajemos, se lo comentas, a ver si es que los pobrecillos no se han dado cuenta...

Natalia decidió no decir nada más y se reclinó en su asiento. Gus se levantó y se dedicó a moverse por la furgoneta, con el móvil en alto, tratando de encontrar algún punto en el que el móvil volviese a funcionar. Unos minutos después, se derrumbó en el asiento, con la vista aún clavada en la pantalla y una expresión asustada en el rostro.

—No es posible comunicarse con el exterior ni que nadie detecte nuestra posición. La hemos jodido, Natalia. Estamos solos en esto.

Cuando abrieron las puertas traseras de la furgoneta, Gus bajó de un salto e inspiró con fuerza el gélido aire nocturno. Habían pasado más de tres horas encerrados y, por momentos, había creído que acabaría teniendo un ataque de claustrofobia.

Si lo que pretendían con el viaje era desorientarles, habían tenido éxito. No tenía ni idea de dónde podían estar. Elevó la mirada hacia el cielo. Había cientos de brillantes estrellas. Ni rastro del humo y la contaminación lumínica del Gran Bilbao. No se parecía en nada al cielo amarillento con cuatro

estrellas enfermizas al que estaba acostumbrado. Le pareció ajeno, extraño, como si le hubiesen transportado a otro planeta, a otra galaxia. Se sintió solo y perdido y se arrepintió de haberse dejado llevar por Natalia. Todo aquello les quedaba demasiado grande.

Echó un vistazo a su alrededor. Habían parado en un ancho sendero de gravilla blanca que se extendía sin curvas hasta unos oscuros edificios rodeados de árboles. Se giró para ver por donde habían entrado y se encontró con una valla de más de tres metros de altura. Estupendo, estaban encerrados. La situación iba empeorando por momentos.

El camino estaba flanqueado por pequeñas casitas blancas prefabricadas, cada una colocada en su parcela de césped. El lugar estaba silencioso y tranquilo como un pueblo fantasma. Solamente la primera casa tenía las ventanas iluminadas. La puerta se abrió y una mujer salió al porche, con los hombros cubiertos por una manta.

—¿Qué hacéis ahí parados con este frío? —les gritó desde la puerta—. Entrad antes de que os quedéis congelados.

Gus y Natalia recogieron su equipaje y entraron en la casa, seguidos por Eliseo y Débora. Dejaron las mochilas en la entrada y siguieron a la mujer hasta una pequeña cocina en la que destacaba una cocina de leña que esparcía un agradable aroma a madera quemada. La mujer les señaló una mesa redonda, invitándoles a sentarse.

Mientras se quitaba la chaqueta, Gus observó a la mujer. Tendría unos sesenta años, pero todo en ella transmitía energía y fuerza. Tenía un cuerpo pequeño de hombros anchos y un rostro cuadrado enmarcado por unos cabellos blancos muy cortos. Detrás de sus gafas de montura dorada, brillaban unos ojos oscuros de mirada curiosa. La mujer espero sonriente a que todos se sentaran y comenzó a poner tazas sobre la mesa.

—¿Así que estos son los nuevos reclutas? —bromeó.

—Sí, Sara. Ésta es Natalia y éste su hermano Agustín —les presentó Débora.

—Parecen buenos chicos, pero están muy delgados —la mujer agarró a Gus por un brazo, como si estuviera sopesando su índice de grasa corporal—. Esto habrá que arreglarlo.

La mujer empezó a servir chocolate caliente en las tazas y a colocar platos con galletas, bollos, pasteles... Gus sintió un estremecimiento recorriendo su espalda. Eran Hansel y Gretel y aquella mujer era la bruja de la casita de chocolate. Los cebarían y después se los comerían en una ceremonia satánica. Se sintió estúpido por pensar aquellas tonterías, pero, aún así, decidió que sería mejor no probar nada de lo que aquella mujer les estaba ofreciendo.

—¿No comes, niño? —le preguntó Sara, sentándose frente a él.

—No, lo siento. Creo que el viaje me ha revuelto el estómago —se disculpó él—. No podría comer nada aunque quisiera.

Natalia le dio una patada por debajo de la mesa mientras se comía un pastel. Él le lanzó una mirada airada. Le daba igual la cantidad de patadas que pudiera darle. No le gustaba aquella gente y no pensaba fiarse de ellos.

—Si no quieres comer, podemos empezar con el proceso de reclutamiento —la mujer se levantó de la mesa—. Calculo que la talla pequeña os valdrá a los dos. Ahora vuelvo.

La mujer salió de la cocina y volvió al cabo de unos minutos cargada con un montón de ropa que fue colocando en el respaldo de las sillas que ocupaban Natalia y Gus.

—Aquí tenéis ropa de cama para las literas.

—¿Literas? —preguntó Natalia.

—Sí, los nuevos dormís en los barracones que hay al fondo —contestó Eliseo.

—¿Y para quién son las casitas que hemos visto a la entrada? —dijo Natalia, tras acabar su taza de chocolate.

—Son para los miembros de pleno derecho del grupo. Es un privilegio que hay que ganarse. Tranquilos, ya lo iréis entendiendo todo.

—Y aquí tenéis las túnicas. Como son blancas y se manchan mucho, os doy tres a cada uno.

—¿No podemos llevar nuestra ropa normal? —Gus cogió una de las túnicas y la examinó, incrédulo.

—No, no queremos diferencias ni envidias entre los miembros. Todos debemos vestir igual —contestó Sara, sonriendo comprensiva—. No te preocupes. Te acostumbrarás. Podéis pasar al cuarto de baño y cambiaros. Después, debéis darme vuestra ropa para que la guarde con el resto de vuestros objetos personales.

—¿No nos vais a dejar quedarnos con nada? —se asombró Gus.

—Estás aquí por propia voluntad y podrás marcharte cuando quieras, pero, mientras estés aquí, deberás seguir las normas —la sonrisa había desaparecido del rostro de Sara—. No te preocupes. Nosotros te proporcionaremos todo lo que necesites.

Natalia se levantó y cogió una de las túnicas, dispuesta a dar por finalizada la discusión. Todos esperaron a que saliera, sumidos en un incómodo silencio. Varios minutos después Natalia salió del baño, llevando sus antiguas ropas colgadas del brazo. Sara las recogió y las metió en una bolsa, que depositó al lado de las mochilas que habían dejado en la entrada. Natalia volvió a sentarse y colocó sobre la mesa su tabaco, su cartera y su teléfono móvil.

—Supongo que podré quedarme con estas cosas, ¿verdad?

—Lo sentimos, pero tendrás que darnos la cartera y el teléfono —contestó Sara—. La cartera no te servirá de nada aquí dentro. No hay nada en

lo que gastar dinero.

—¿Y el móvil?

—¿De verdad crees que vas a poder alcanzar la paz si sigues enganchada a la vorágine del mundo exterior? Internet y las redes sociales son sólo distracciones que no nos dejan conectar con nosotros mismos, así que aquí dentro están prohibidos —explicó Débora—. Tranquila, sé que ahora mismo parece horrible, pero, en unos días, ni siquiera lo echarás de menos.

Natalia se rindió y les entregó el teléfono y la cartera. Sara volvió a levantarse para guardarlo todo dentro de la bolsa de la ropa. Después se dirigió a Gus.

—Bueno, ahora le toca el turno a nuestro chico.

—Sí, ya voy —dijo él, levantándose de mala gana—, pero os aviso de que a mí no me va a quedar la túnica ni la mitad de bien que a Natalia.

Gus se encerró en el baño y, después de cambiarse a toda prisa, comenzó a registrar los cajones del lavabo. Después de unos segundos, consiguió encontrar unas tijeras. Tenía que deshacerse de su documentación. Estaba seguro de que esa gente iba a revisar sus carteras y, si descubrían que sus apellidos no coincidían con los de Natalia, toda su coartada se iría al traste. Sacó de la cartera su DNI, el carné de la universidad, su tarjeta de crédito y la tarjeta del médico y empezó a recortarlas en pedazos pequeños, que fue tirando a la taza del wáter. Una vez que tuvo todos los pedazos flotando en el agua, se le ocurrió que quizá no colarían, que se quedarían allí por muchas veces que tirase de la cadena. Sin pensarlo más, hizo correr el agua. Ya buscaría una solución si llegaba a ese punto, aunque tuviese que meter la mano en la taza y sacar los cachos uno por uno. Por suerte, no tuvo que llegar a eso. Los pedazos desaparecieron con el agua, llevándose su identidad. Entonces se le ocurrió que aún tenía algo que hacer. Apagó su teléfono móvil, lo abrió y tiró al wáter su tarjeta SIM y la tarjeta de datos. Quizá se estaba

poniendo demasiado paranoico, pero habían acudido a aquel sitio buscando a un asesino. No se podía dejar nada al azar.

Le habría gustado haber pensado en todo aquello antes, para decirle a Natalia que hiciera lo mismo con sus documentos y su teléfono, pero ya era demasiado tarde. Recogió todas sus cosas y salió del baño. Todos se giraron hacia él cuando apareció por la puerta. Él se encogió de hombros y trató de fingir una sonrisa de disculpa.

—Siento haber tardado tanto. Ya os dije que el viaje me había revuelto las tripas.

Por suerte para él, la gente no solía interesarse por conversaciones escatológicas, así que no le preguntaron nada más. Gus le tendió sus ropas a Sara y dejó su cartera y su móvil sobre la mesa.

—Dijisteis que podíamos quedarnos con el tabaco, ¿verdad? —preguntó.

—Sí, nos gusta que los miembros del grupo se cuiden y lleven una vida sana, pero sabemos que no se pueden pedir cambios tan drásticos de un día para otro, así que está permitido fumar —contestó Eliseo.

—¿Y cuando se me acabe podré ir a algún sitio a comprar más? —preguntó Gus, esperanzado con la idea de tener una excusa para salir del lugar.

—No será necesario. Habla con Diego, nuestro jefe de seguridad —le indicó Débora—. Él suele ir al pueblo todos los días y puede traerte lo que necesites.

—Pero no tengo dinero para pagarle. Os estáis quedando con mi cartera...

—No te preocupes. Ya te hemos dicho que nosotros os proporcionaremos todo lo que necesitéis —Sara se levantó y comenzó a recoger la mesa—. Sé que tenéis muchas preguntas, pero ya es muy tarde. Creo que deberíais acompañar a estos chicos a los barracones. Mañana les espera un día muy

duro.

—Sí, yo les llevaré —se ofreció Eliseo.

Natalia y Gus recogieron las túnicas de repuesto y la ropa de cama que Sara les había proporcionado y siguieron a Eliseo. Dejaron que éste se adelantara unos pasos para poder hablar en susurros.

—¿Qué hacías en el baño? —le preguntó Natalia—. Has tardado muchísimo.

—Estaba deshaciéndome de mi documentación y de las tarjetas del móvil para que no puedan investigar nada sobre mí —contestó Gus—. Como te investiguen a ti y descubran en qué trabajas, vamos a estar en un buen lío.

—¿Con quién crees que estás hablando? ¿Con una principiante? —Natalia enarcó una ceja, haciéndose la ofendida—. Toda mi documentación está en casa, incluida la tarjeta de mi móvil. El que les he entregado lleva una tarjeta de prepago que he comprado esta misma tarde.

—Vaya, ojalá se me hubiera ocurrido a mí. Ahora mismo soy un indocumentado —Gus sonrió, más tranquilo—. ¿Tú crees que saldrá bien?

—Sí, no te preocupes —Natalia puso la mano en su brazo y le dio un suave apretón para tratar de transmitirle ánimos—. No nos pasará nada.

Mientras hablaban, habían llegado a los edificios del final del camino. Eliseo sacó un par de linternas del bolsillo interior de su abrigo y le tendió una a cada uno.

—El barracón de la izquierda es el de los chicos y el de la derecha el de las chicas. La gente ya está dormida, así que usad las linternas para buscar una cama libre y tratad de no montar mucho escándalo —se giró hacia Gus y le guiñó un ojo—. Si necesitas ir al baño, hay uno al fondo del barracón, a la derecha.

Los dos le dieron las gracias y se separaron para dirigirse cada uno a su barracón. Gus se giró justo antes de entrar para echarle una última mirada a

Natalia. No le gustaba nada tener que separarse de ella. Era algo con lo que no había contado al embarcarse en aquel plan absurdo que cada vez le gustaba menos. Natalia ya no estaba, había entrado en su barracón, así que abrió la puerta y entró.

El lugar era una enorme habitación, con literas a ambos lados del pasillo. Gus calculó que debía haber unas cuarenta o cincuenta camas allí dentro. Encendió la linterna y comenzó a andar, tratando de no hacer ningún ruido y de no enfocarle a nadie a los ojos con la luz. Lo último que le apetecía era acabar el día con una bronca. Tras pasar las dos primeras literas, encontró una vacía en la parte de abajo, con una almohada y una manta enrollada colocadas en el centro. Extendió las sábanas como pudo, se quitó la túnica, se metió en la cama y se tapó con la manta hasta la nariz. Aunque jamás lo reconocería en voz alta, estaba muerto de miedo. Estaba rodeado de un montón de hombres a los que no conocía en absoluto, separado de la única persona que podía ayudarle, sin posibilidad de llamar a nadie ni pedir ayuda... Nunca en toda su vida se había sentido tan solo y desvalido. Se puso de medio lado y cerró los ojos, tratando de invocar el sueño, pero los fuertes ronquidos que inundaban el ambiente se lo estaban poniendo muy difícil. Se quedó muy quieto, acosado por inquietantes pensamientos, hasta que, con la primera claridad del alba, notó que los párpados comenzaban a pesarle.

En aquel momento, la puerta de entrada se abrió con tanta fuerza que golpeó contra la pared. Un hombre enorme con el pelo blanco y una túnica roja estaba de pie en el umbral. Gus se sentó en la cama de un salto, sintiendo que el corazón iba a escapársele por la boca. El hombre llevaba una guadaña en la mano y se dirigía directamente hacia su cama.

—Eres Agustín, ¿verdad? —el hombre se quedó a unos pasos y le apuntó con la guadaña—. Sígueme. Hoy te toca trabajar conmigo.

CAPÍTULO SEIS

Carlos salió de la ducha silbando y rebuscó entre el montón de ropa que tenía apilado sobre un sillón, tratando de encontrar una camisa poco arrugada. Tras un par de minutos, lo dejó por imposible. Todo aquello estaba hecho un asco y aquel día quería estar impecable. Abrió el armario, sacó la mochila con la ropa que aún no se había puesto y rebuscó hasta encontrar una camiseta que al menos estuviera limpia.

Cuando encontró una, se la puso y se colocó frente al espejo. Tenía buen aspecto. Una buena ducha y un afeitado podían hacer maravillas. Y llevar tres días sobrio también ayudaba bastante. Además, tenía una luz especial en los ojos. Ya había cumplido su tiempo de sanción y podía volver a la central. Estaba decidido a cambiar su vida, a arreglar todo lo que había estropeado por comportarse como un auténtico gilipollas.

Escuchó un gemido que venía de una esquina de la habitación y se giró. Art estaba tumbado en el suelo, con la cabeza entre las patas y las orejas gachas. Carlos sonrió, se acercó a él y se puso en cuclillas a su lado para acariciarle la cabeza.

—Sí, hoy voy a dejarte solo un rato, pero es por una buena razón. Voy a ver a Natalia, me disculparé con ella y trataré de arreglarlo todo.

Tras decir estas palabras, sintió que el miedo volvía a invadirle. Había estado convenciéndose a sí mismo de que sus sospechas acerca de Adrián y Natalia sólo eran el resultado de su paranoia, de su terror infinito a perderla, a no ser suficiente para ella. Y también había tratado de convencerse de que debía haber una explicación razonable sobre el hombre con el que la había visto salir de casa. Conocía a Natalia, sabía cómo era. Ella era demasiado íntegra para engañarlo, demasiado perfecta incluso para eso. Si ya no le quisiera, se lo habría dicho a la cara, pero no le apuñalaría por la espalda. O

al menos eso era lo que él quería creer, lo único a lo que podía aferrarse.

Art levantó la cabeza del suelo, se estiró hacia Carlos y le plantó un lametón en la mejilla. Carlos sonrió y volvió a acariciarle.

—Supongo que ese beso es para Natalia, ¿verdad? Tranquilo, haré todo lo que pueda para dárselo de tu parte.

Terminó de arreglarse y salió del hotel. Se montó en su coche y condujo hasta la central, sintiéndose más nervioso a cada segundo que pasaba. Los días que había pasado separado de ella sólo le habían servido para darse cuenta de lo que mucho que la echaba de menos, de cuanto la necesitaba, de cuanto la quería y de lo poco que se lo había demostrado. Su mente se empeñaba en decirle que la había cagado sin remedio, que no había marcha atrás, que ella no le perdonaría, pero su corazón le decía que había una posibilidad, que podría arreglarlo.

Al llegar a la central, aparcó de cualquier manera, salió del coche y tuvo que contenerse para no echar a correr. Ella estaba muy cerca, a sólo un par de minutos. Entró en la central y se dirigió al ascensor más cercano. Le pareció que las puertas tardaban una eternidad en abrirse.

—Carlos, espera un momento.

Se giró al escuchar la voz de Aguirre, maldiciendo aquella intromisión. El sargento se acercaba a él con el ceño fruncido. Una bronca del jefe no era la mejor manera de comenzar el día. Sin embargo, cuando Aguirre se colocó a su lado, esbozó una sonrisa y le dio un par de palmadas en el hombro.

—Me alegro de verte de vuelta —el sargento enarcó una ceja y le señaló con su dedo índice—. Supongo que habrás tenido tiempo de reflexionar y que no tendremos más problemas.

—Por supuesto. A partir de hoy seré la persona más obediente y disciplinada de la central.

—Tampoco espero milagros —Aguirre volvió a sonreír. Dos veces en

menos de un minuto. Debía de haberle pillado en su mejor día—. Me bastará con que no te metas en follones. ¿Me acompañas a mi oficina? Tengo un par de casos que quiero asignarte.

—¿Te importaría que me pasase dentro de un rato? Me gustaría hablar un momento con Natalia.

—¿Con Natalia? —se sorprendió Aguirre—. Ella no está. La suspendí ayer durante quince días. ¿No te ha contado nada?

—¿Qué has sancionado a Natalia? ¿A mi Natalia, la perfecta, la obsesiva por el trabajo?

—Sí, a ésa.

—¿Por qué? —Carlos no se habría sorprendido más si Aguirre se hubiera transformado en un extraterrestre ante sus ojos—. ¿Qué ha hecho?

—Sigue obsesionada por unos casos de suicidio y ha estado investigando sin autorización. Ayer se presentó ante mí con datos confidenciales sobre las víctimas y se negó a revelarme sus fuentes, así que le di unos “días libres” para que reflexionara.

—¿Podrías darme unos minutos? —preguntó Carlos—. Necesito hablar con ella por teléfono.

Aguirre asintió y Carlos salió de la central a la carrera. Cuando llegó al aparcamiento, sacó su paquete de tabaco con manos temblorosas. Algo iba mal, algo iba terriblemente mal. Después de darle un par de caladas al cigarrillo para calmarse, sacó el móvil y marcó el número de Natalia. El mensaje que le indicaba que el número estaba fuera de servicio acabó por confirmar sus temores.

Natalia se sentó a una mesa vacía situada junto a las ventanas del comedor. Dejó su bandeja y se dedicó a observar el lugar mientras esperaba a que llegase Gus. El sitio era enorme, una gran estancia de paredes encaladas y

amplios ventanales por los que se filtraba con fuerza la luz del mediodía. Elevó la mirada hacia el techo, adornado con vigas de madera oscura. El sitio era tan grande y el techo estaba tan alto que multitud de gorriones volaban en círculos, esperando a que la gente terminara y se marchase para bajar a darse un festín con las sobras.

Debía de haber unas cien personas en el comedor, repartidos en grupos por las diferentes mesas. Natalia pensó que quizá debería haberse sentado con alguno de los grupos. Así habría podido escucharlos y aprender más cosas del funcionamiento de aquel lugar. Sin embargo, aunque pudiera dar impresión de antisocial, prefirió continuar sola. Quería hablar con Gus sin que nadie les escuchara. Llevaba sin verle desde la noche anterior y empezaba a preocuparse por él.

Al fin le vio, entrando en el comedor con cara de perdido. Llevaba la túnica llena de manchas oscuras de procedencia desconocida. Gus la saludó con la cabeza al pasar a su lado, se dirigió hacia los mostradores donde proporcionaban la comida y volvió un par de minutos después llevando en su bandeja un plato con un poco de ensalada y un pedazo de pan.

—¿Sólo vas a comer eso? —le preguntó Natalia, sin siquiera saludar.

—Ni siquiera voy a comerme esto —contestó Gus en un susurro—. No pienso comer nada que me dé esta gente. No me fío de ellos. Le daré unas vueltas con el tenedor y después lo tiraré a la basura.

—Estás paranoico —Natalia empezó a atacar su plato de sopa caliente—. Te vas a morir de hambre. ¿Cuánto tiempo piensas aguantar sin comer?

—Bueno, dicen que una persona puede sobrevivir hasta dos meses sin comer, pero mi esperanza es que no nos tiremos aquí tanto tiempo —Gus empezó a remover su comida sin interés—. ¿Tú sabes las drogas que pueden estar metiendo en esta comida?

—Pues yo me siento divinamente —contestó Natalia—. He dormido del

tirón y me encuentro más relajada que en toda mi vida.

—¿Ves? Lo que te decía: te están drogando.

—No, lo que te decía yo: estás paranoico —Natalia decidió cambiar de tema. Sabía que Gus era demasiado cabezota como para hacerle cambiar de opinión con argumentos lógicos. Ya comería cuando tuviese hambre—. ¿Qué tal tú? ¿Cómo te ha ido?

—De pena. Entre los nervios y los ronquidos no he pegado ojo en toda la noche. Además, a las seis de la mañana un sádico ha venido a levantarme para llevarme a trabajar a la granja. Mira, ése es —Gus señaló a un hombre que se dirigía hacia la mesa que encabezaba el comedor—. Se llama Jorge y es el encargado de los cultivos y de los animales. Me ha enseñado a limpiar establos, así que me he pasado toda la mañana paleando mierda de vaca y de cerdo. ¿Qué tal tú?

—Yo he estado aprendiendo a hacer jabón —contestó Natalia, sintiéndose un poco culpable.

—Vaya, las comparaciones son odiosas —Gus se inclinó hacia ella para hablar en un tono aún más bajo—. ¿Sabes lo que creo? Que a los tíos nos amargan la vida para que nos larguemos. Así pueden quedarse sólo con las tías buenas.

—No seas ridículo, Gus.

—De ridículo nada. Mira la proporción de hombres y mujeres. Sólo hay un hombre por cada cinco mujeres y la mayoría de ellas son muy guapas.

—Deberías verlo como un paraíso en la Tierra y tratar de conquistar a alguna —bromeó Natalia.

—No, no pienso liarme con ninguna de estas chifladas —la puerta del comedor volvió a abrirse, dejando paso a dos mujeres vestidas con túnicas de color púrpura—. Aunque por esas dos haría una excepción.

Natalia se giró para observar a las recién llegadas. La primera de ellas era

una mujer muy alta y delgada, de piel pálida y fríos ojos grises. Su cabello castaño era tan largo y liso que caía por debajo de su cintura. La seguía una morena imponente de ojos azules y piel dorada.

—¿No se supone que aquí éramos todos iguales? —protestó Natalia—. A mí me han requisado el maquillaje y esas dos van pintadas como puertas.

—Por no hablar de los colores de las túnicas. Se supone que llevamos esta mierda, que pica como un demonio, para que no haya distinciones. La mayoría de la gente lleva túnicas grises, los de la mesa principal van de rojo y ahora aparecen estas dos vistiendo de morado. Sólo los novatos llevamos túnicas blancas y, sinceramente, me ponen muy nervioso. Me siento como una víctima para un sacrificio.

—No seas exagerado. Los colores de las túnicas tienen una razón, sirven para que los miembros quieran implicarse más en la organización —explicó Natalia—. La gente quiere integrarse y ser bien considerado por los demás y haría cualquier cosa por encajar. Ir de blanco significa que aún no encajas, que estás a prueba, que eres un paría y no mereces su consideración. ¿No te das cuenta de que nadie se ha sentado con la gente que va vestida de blanco?

—Me parece ridículo discriminar a la gente por el color de sus túnicas —comentó Gus.

—Y lo dices tú que discriminas a la gente por su nivel en World of Warcraft —contestó Natalia, sarcástica—. Las túnicas no son sólo túnicas. Muestran tu estatus, tu implicación, tu importancia en el grupo.

—Vale, vale... Lo entiendo —Gus miró a su alrededor—. Entonces los de blanco somos los pringados, los de gris son miembros de la comunidad... Y los de rojo, ¿qué son?

—Creo que jefes o encargados. Sara, la mujer que nos atendió anoche, es algo así como la encargada de logística. El hombre alto y fuerte con pinta de matón ucraniano es Diego, el jefe de seguridad. La mujer de pelo gris y cara

de buena es Beatriz, la doctora —Natalia fue señalando con disimulo mientras le explicaba—. Esa mujer tan guapa, la de la melena corta morena, es Irene. Se encarga de las charlas y de los talleres de relajación. También está Jorge, que es el encargado de la granja y Eliseo y Débora, que se ocupan del reclutamiento de nuevos miembros.

—¡Qué enterada estás de todo! —se sorprendió Gus.

—Hacer jabones deja mucho tiempo libre para hablar.

—¿Y las dos macizorras de las túnicas moradas? —preguntó Gus.

—No tengo ni idea, pero el color no es morado, es púrpura —le corrigió Natalia.

—Para los hombres el púrpura no existe —Gus se giró hacia la mesa que tenía detrás y le dio un par de toques en el hombro a una chica—. Disculpa, ¿sabes quiénes son las dos mujeres que acaban de entrar?

—Por supuesto. Son Celina y Lidia, las guardianas de la fe.

Gus le dio las gracias y volvió a girarse hacia Natalia. Miró de nuevo a las dos mujeres, que acababan de sentarse a la mesa principal junto a la gente de las túnicas rojas.

—Guardianas de la fe. Suena a inquisición y quema de brujas. Se me acaba de bajar todo el palo —comentó Gus.

—Mejor, porque no hemos venido aquí a ligar —Natalia bajó aún más el volumen de su voz—. Recuerda que estamos buscando a un asesino. Me apostaría cualquier cosa a que la persona que buscamos está ahora mismo sentada a esa mesa.

Carlos se encerró en su despacho en cuanto llegó la hora del almuerzo. Sacó su móvil y dedicó los siguientes cinco minutos a llamar una y otra vez al teléfono de Natalia. Al fin, se dio por vencido y arrojó el móvil con furia sobre la mesa.

Intentó convencerse a sí mismo de que no tenía por qué estar sucediendo nada malo. Quizá Natalia estaba molesta por la sanción que le había puesto Aguirre y había apagado el móvil porque no le apetecía hablar con nadie. O quizá se le había estropeado. O quizá estaba de vacaciones en alguna playa tropical con el tío de la camisa azul con el que la había visto salir en su coche.

No, todo aquello eran gilipolleces. Estaba seguro de que pasaba algo malo. Sentía un peso que tiraba de sus pulmones hacia abajo y le dificultaba respirar, una opresión oscura que le avisaba de que Natalia estaba en peligro. No tenía ninguna razón lógica para pensar aquello, pero habría apostado su vida a que estaba en lo cierto, al igual que estaba seguro de lo que estaba haciendo Natalia: investigar sobre los suicidios de aquellas chicas. Si para ella había sido tan importante como para arriesgarse a tener problemas con Aguirre, no iba a abandonar.

Se maldijo a sí mismo por no haberla escuchado cuando trató de hablarle sobre aquellas investigaciones. No había querido saber nada y ahora no tenía ningún hilo del que tirar, ninguna pista que investigar. Y todo por ser tan cabezota, tan cerrado, por no querer hablar con Natalia sobre sus verdaderos sentimientos.

Odiaba a los suicidas con toda su alma. Para él, el suicidio era un acto de cobardía y egoísmo supremo. Al suicida ya no le importaba nada, sólo se preocupaba de su propio dolor, sin pensar un segundo en el dolor que dejaría tras de sí, en la gente a la que le importaba, en las personas que le querían. Por eso, cuando se encontraba ante un caso de suicidio, les pagaba con su misma moneda: si a ti no te importan los demás, a mí no me importas tú. Caso cerrado.

Sabía perfectamente de dónde le venía aquel odio. No necesitaba a ningún psicoanalista que se lo dijera. Él había sido una de sus víctimas, una de las personas ignoradas por el suicida. Su propio padre le había abandonado

sin pararse a pensar que dejaba solo a un chaval de quince años que había perdido a su madre por un cáncer apenas seis meses antes. Le daba igual que los investigadores del caso hubiesen dicho que se trataba de un accidente de coche debido al alcohol y al estado de la carretera, le daba igual que sus familiares hubiesen tratado de convencerlo de que su padre le quería mucho... Él había visto la muerte en sus ojos mucho tiempo antes de que se suicidara, había visto cómo se apagaba y se alejaba de él, como todo dejaba de importarle salvo su propio dolor. Le había costado años componerse una coraza, engañarse a sí mismo diciéndose que no le importaba, tratando de reconstruir su destrozada autoestima ladrillo a ladrillo. Cada vez que se enfrentaba a un caso de suicidio, aquella muralla se veía atacada. Volvía a ser aquel chaval de quince años que sentía que no era importante para nadie, que era tan poca cosa como para que su padre lo hubiese abandonado sin plantearse el daño que iba a causarle. Por eso no quería pensar en aquellos casos, no quería profundizar ni investigar sobre sus causas. Para él no había más causas en el suicidio que la cobardía y el egoísmo.

A pesar de todas esas razones, no había sido justo con Natalia. Si se lo hubiera explicado, si hubiera tenido una conversación sincera con ella y le hubiera contado cómo se sentía, no se encontraría ahora en esa situación. No podía perderla por no haber sido capaz de abrirse a ella. Tenía que arreglar aquello como fuera. Tenía que encontrarla.

Recogió su móvil de la mesa y volvió a llamarla. Otra vez el mismo mensaje. Trató de tranquilizarse y de enfocar aquello de forma profesional. Era inspector de policía, tenía que ser capaz de encontrar a una persona desaparecida. Lo primero era llamar a sus familiares y amigos. Aparte de su padre, con el que hacía años que no se hablaba, Natalia no tenía más familiares cercanos. Y en cuanto a los amigos... Natalia era demasiado cerrada e insegura como para hacer amistades. Aparte de Gus, no le conocía

ningún otro amigo.

Buscó en su teléfono el número de Gus y llamó. Recibió exactamente el mismo mensaje. ¿Estaría él también metido en el mismo lío que Natalia? Aquello tenía lógica. Dado que él no había querido escucharla, Natalia habría tenido que acudir a Gus para buscar ayuda. Si los dos estaban incomunicados, se encontraba en un callejón sin salida.

Recordó que tenía el número de teléfono de la casa de Gus, guardado desde aquellos tiempos en los que el chaval se negaba a tener teléfono móvil. Quizá su madre pudiese darle alguna pista.

—¿Diga? —contestó la madre de Gus.

—Señora, soy Carlos Vega, el amigo de Gus. ¿Está él en casa?

—¿Cómo que si está en casa? ¿Es que no está con usted?

—¿Conmigo? ¿Por qué iba a estar conmigo?

—Cuando volví ayer a casa, me encontré una nota en la que decía que se iba de vacaciones con Natalia. Pensé que usted también estaría con ellos. ¿Acaso no es Natalia su novia?

—Sí, sí que lo es —contestó Carlos, pensando que no era el momento para ponerse a dar explicaciones sobre su ruptura—, pero tampoco sé dónde está ella. Por eso llamaba, por si Gus podía darme alguna pista.

—Ay, dios mío... Mi hijo, desaparecido— la voz de la mujer empezó a teñirse de un matiz histérico—. Ya sabía yo que no saldría nada bueno de que se mezclara con ustedes. La última vez casi me lo matan y ahora ha desaparecido.

—Señora, tranquilícese... Que no sepamos dónde está no quiere decir que esté desaparecido...

—No me venga con tonterías ahora... Ya me parecía raro a mí que se pasase el día de aquí para allá con Natalia, vestido con camisa y corbata. Pensé que estaba madurando y que ella le estaba ayudando a convertirse en

un hombre de bien, pero no... A saber en qué cosas raras habrá metido esa mujer a mi hijo...

Carlos la dejó desahogarse un par de minutos, intercalando un sí o un no cada vez que la mujer se lo permitía. Cuando el torrente de palabras disminuyó, Carlos consiguió meter una frase completa en la conversación.

—Disculpe, Gus tenía un vecino que era muy amigo suyo, ¿verdad?

—Sí, Joseba —contestó ella—. Van juntos a clase.

—¿Podría darme su número de teléfono? Quizá Gus le haya contado a dónde pretendían ir.

—Sí, deme un segundo... Aquí está.

—Muchas gracias —Carlos anotó el número—. En cuanto sepa algo de su hijo, la llamaré. No se preocupe, no le sucederá nada malo.

—Más le vale— contestó la madre de Gus antes de colgar el teléfono.

Carlos se quedó unos segundos con el móvil en el oído, incapaz de creerse que aquella mujer, a la que recordaba como una señora bajita y regordeta con una bata de flores, acabase de amenazarle. Debía tener en cuenta esas amenazas. Sólo tener que escuchar sus gritos durante unos minutos ya era un castigo temible. Con la conversación que acababan de tener, ya se le estaba levantando un dolor de cabeza espantoso.

Marcó el número de Joseba y esperó a que le contestara, deseando que esa conversación fuese más sencilla y productiva. Todo aquel asunto tenía muy mala pinta. Estaba seguro de que, estuvieran donde estuvieran, se encontraban en peligro y de que debía encontrarlos lo antes posible.

CAPÍTULO SIETE

Un chaval dio la vuelta a la esquina y se internó en la calle en la que Carlos esperaba sentado dentro de su coche. Le observó durante unos segundos, preguntándose si sería Joseba. No quería equivocarse y lanzarse encima del chico equivocado. Poco más de veinte años, camiseta negra con el emblema de algún grupo heavy, pelo alborotado... Era la versión de Gus con treinta kilos de más. Tenía que ser él.

Carlos salió del coche y se acercó a grandes zancadas al chaval. Sabía que abordarle de aquella manera en mitad de la calle no era la forma adecuada de hacer las cosas, pero el chico no le había dejado otra opción. Le había llamado aquella tarde, pero, nada más decirle que era inspector de la Ertzaintza y que quería hacerle unas preguntas sobre Gus, le había colgado el teléfono. Había insistido un montón de veces, pero Joseba no había vuelto a cogerle el teléfono. Bueno, así lo había querido. Ahora le tenía delante. Ya no podría seguir escabulléndose.

Cuando se situó frente a él, el chico levantó la mirada de su móvil y trató de echarse a un lado para esquivarlo y seguir su camino. Carlos se echó hacia el mismo lado y le puso una mano en el pecho para que se detuviese.

—Eh, tío... ¿Tienes algún problema conmigo? —preguntó el chaval, peleón.

—Sí, que llevas toda la tarde sin cogerme el teléfono —la cara de pánico del chico le confirmó que era el que estaba buscando.

—No sé qué quieres de mí, pero yo no he hecho nada.

—La gente que no ha hecho nada no suele colgar el teléfono a la policía ni evita sus llamadas —Carlos sonrió, sarcástico.

—No tengo nada que hablar contigo, por eso te cuelgo el teléfono. Tengo que ir a casa. ¿Me dejas pasar? —el chico volvió a tratar de esquivar a Carlos

para seguir su camino.

—No, no tan rápido —Carlos le agarró con fuerza por el brazo y apretó un poco, lo justo para hacerle daño—. Podemos pasarnos aquí el día entero hasta que me contestes. No tengo ninguna prisa.

—¿Qué quieres de mí? —Joseba trató de liberar su brazo con un movimiento brusco, pero sólo consiguió que Carlos apretase más.

—Quiero que me digas dónde está Gus.

—No tengo ni idea de dónde está. No soy su niñera. Pregúntale a su madre.

—Su madre tampoco lo sabe y está muy preocupada por él. Ha desaparecido, al igual que Natalia, mi novia. Necesito saber en qué andaban metidos.

—Ya le digo que no tengo ni idea. Gus y yo somos amigos, pero no me lo cuenta todo —Joseba había bajado la mirada para clavarla en la acera, evitando los ojos de Carlos—. Lo siento, pero no puedo ayudarte.

—Estás mintiendo —le acusó Carlos.

—Es la verdad, no sé nada —el chico volvió a forcejear para librarse de la presa de Carlos sobre su brazo—. No tienes nada contra mí, así que o me detienes o me sueltas y me dejas en paz.

Carlos sintió que sus entrañas se incendiaban. Sabía que Joseba le ocultaba algo, era como si lo llevara escrito en la frente con letras fluorescentes. No tenía orden de detención contra él, ni siquiera había un caso abierto por la desaparición de Natalia y Gus, pero sabía que estaban en peligro. Haría cualquier cosa por sacarle la información a aquel chaval, aunque tuviera que torturarlo en mitad de la Gran Vía, aunque Aguirre le expulsase del cuerpo para siempre. Soltó el brazo de Joseba y, antes de que pudiera moverse, le agarró por el cuello de la camiseta y lo empotró contra la pared del edificio más cercano.

—Escucha, gilipollas —le dijo, colocando su cara a escasos centímetros de la de Joseba—. No necesito una orden judicial para pegarte una paliza aquí mismo. Gus y Natalia están en peligro, así que, o me dices todo lo que sabes, o van a tener que recogerte del suelo con pala. ¿Me entiendes?

—Sí, sí, tranquilo... —Joseba había cerrado los ojos para no ver llegar el primer puñetazo, mientras se encogía como si intentara mimetizarse con la pared—. Te lo contaré todo si me prometes que a mi prima no le pasará nada.

—No sé nada de tu prima ni tengo ninguna gana de que le pase nada — Carlos aflojó un poco la presión que ejercía contra el cuerpo del chico—. Lo que me cuentes no saldrá de aquí. Tienes mi palabra.

—Está bien. Suéltame y te lo contaré todo —Carlos le soltó y se retiró un par de pasos—. Gus y Natalia me pidieron ayuda para descubrir a quién pertenecía un número de teléfono. Me contaron una milonga sobre un tío que estaba acosando a Natalia con llamadas guarras. No me creí nada desde el principio. Sé que Natalia trabaja para la policía y que no habría tenido ningún problema para averiguar esos datos si lo que estaban haciendo fuese legal. Pero bueno, me pagaron bien, así que una prima mía que trabaja en Movistar se encargó de buscar el número. Pensé que la cosa se quedaría ahí, pero hace un par de días, volvieron a pedirme que les ayudase a buscar otro número. Hablé con mi prima y les conseguí la información y, desde entonces, no sé nada de ellos. Y encima no me han pagado por ese trabajo y tengo a mi prima dándome la vara todo el día para que le dé su dinero. Yo soy el primer interesado en encontrarlos. No sé nada más. Lo juro.

—Vale, te creo —Carlos sacó una libreta y un bolígrafo del bolsillo interior de su abrigo—. ¿Recuerdas los nombres de los titulares de esos teléfonos?

—Se los mandé a Gus por whatsapp. Dame un segundo —el chico comenzó a trastear con su móvil—. Aquí están: Carmen Alzola y Estefanía

Ortega.

—Muchas gracias —Carlos anotó los dos nombres en la libreta antes de volver a mirar al chico y dirigirle una amplia sonrisa—. ¿Ves como no era tan difícil hablar conmigo?

Joseba no le devolvió la sonrisa. Se limitó a guardarse el móvil en el bolsillo y a marcharse de allí a paso rápido. Carlos cerró la libreta y se dirigió hacia su coche. Debía decidir cuál sería su próximo paso. Aquellos nombres le sonaban. Estaba casi seguro de que eran dos de las chicas que se habían suicidado y que habían obsesionado a Natalia. Necesitaba acceder a los informes policiales de sus casos y para ello tendría que hablar con Aguirre. Sabía que posiblemente metería a Natalia en un lío si le contaba a Aguirre la verdad, pero no veía otra manera de hacerlo. Quizá Natalia le acabaría odiando para siempre por ello, pero en aquel momento le daba igual. Sólo quería encontrarla, saber que estaba bien, dejar de sentir esa opresión en el pecho que le urgía a darse prisa...

Arrancó su coche y se dirigió a la central. Un sol enfermizo comenzaba a ocultarse tras las montañas, luchando contra las nubes bajas por alcanzar la tierra con sus últimos rayos. Carlos miró su reloj. Era ya tarde y Aguirre estaría a punto de marcharse. No quería dejar aquella conversación para el día siguiente, así que aceleró y empezó a adelantar coches por la A-8, saltándose la mitad de las reglas del código de circulación.

Aún había luz en el despacho de Aguirre cuando llegó. Dio un par de golpes en la puerta y entró sin esperar contestación. Aguirre estaba de pie, con el abrigo ya puesto, metiendo unos expedientes en su maletín.

—Hola, Carlos. Ya me marchaba. ¿Necesitas algo?

—Sí, es urgente. ¿Podrías dedicarme cinco minutos?

Aguirre suspiró, se quitó el abrigo y volvió a sentarse tras su mesa, señalándole a Carlos una silla para invitarle a tomar asiento.

—¿Qué es lo que sucede?

—Creo que Natalia está metida en un lío. No está en casa y tiene el móvil apagado —Carlos levantó la mano para pedirle a Aguirre más tiempo para explicarse—. Gus, el chico que nos ayudó con el caso de Caronte, también ha desaparecido. Sé que son dos adultos que se han ido de casa por voluntad propia y que no puedo denunciar su desaparición, pero ambos estaban investigando los casos de las chicas que se suicidaron y creo que pueden estar en peligro.

—¿Qué necesitas?— preguntó Aguirre.

—¿No me vas a poner pegos, ni a decir que no me preocupe?

—No, confié en tu instinto. Si tú crees que pueden estar en peligro, te ayudaré —contestó el sargento—. Además, sé lo cabezota que puede ser Natalia cuando se le mete algo en la cabeza. Cuando el otro día vino a contarme lo de esas chicas, debí haberla escuchado en lugar de sancionarla. Casi podríamos decir que la he empujado a tomar una decisión desesperada, así que me siento responsable.

—Tú no tienes la culpa de nada. La culpa es suya por obsesionarse. Cuando la pille, se va a enterar... —Carlos negó con la cabeza, tratando de apartar aquella línea de pensamiento para centrarse en cuestiones más prácticas—. Necesito los expedientes de las chicas que estaba investigando Natalia. Creo que con eso podré empezar.

—Haré una llamada y los tendrás en tu mesa en cinco minutos.
¿Necesitas algo más?

—¿Sería posible que me localizarán los móviles de Natalia y Gus?

—Por supuesto. Pásame los números y, en cuanto tengamos la información, te avisaré. ¿Alguna otra cosa?

—De momento, no —Carlos se levantó y le dirigió a Aguirre una sonrisa agradecida—. Muchas gracias por haberme escuchado.

—No soy tan ogro como todos creéis —Aguirre le devolvió la sonrisa—. Pídeme toda la ayuda que necesites, pero encuéntralos y tráelos de vuelta.

Carlos asintió y salió del despacho. A pesar de que la conversación con Aguirre había salido mejor de lo que había esperado, la tensión de su estómago no se había reducido. Le parecía que, a cada hora que pasaba, las posibilidades de encontrarlos se reducían. Se dirigió a su despacho para esperar los expedientes. Encontraría algo que le permitiese empezar a tirar del hilo, aunque tuviese que pasarse toda la noche revisando esos casos.

Gus recorrió apresuradamente las filas de gente que llenaban la explanada. Estaban organizados en grupos según el color de sus túnicas. La gran mayoría llevaba túnicas de color gris y estaban colocados en las últimas filas. Los líderes de Nuevo Edén, vestidos de rojo, ocupaban la primera línea, justo frente al estrado. Los nuevos, vestidos de blanco, estaban reunidos en un lateral, separados del resto.

La explanada estaba iluminada con antorchas, cuyo fuego se agitaba de forma alocada ante el frío viento de diciembre. Gus buscó a Natalia con la mirada, mientras rezaba para que aquella ceremonia no durase mucho. Hacía un frío terrible para llevar sólo una túnica. Supuso que sería alguna forma de sacrificio aguantar la chapa de un líder religioso chiflado, pillando una pulmonía en el intento.

Por fin consiguió distinguir a Natalia entre la gente. Se colocó a su lado y miró alrededor. Aún estaban llegando algunos rezagados. Lidia y Celina, impresionantes con sus túnicas de color morado, les lanzaban miradas airadas desde el estrado. Gus contempló la fachada de la iglesia que se levantaba tras ellas. No había grabados en las paredes, ni siquiera una cruz que adornase la entrada. Eso, unido al hecho de que no había visto ni un triste adorno navideño a pesar de estar a menos de una semana para la Nochebuena, le hizo

plantearse que no estaban en una secta de ideología católica. A saber en qué creía aquel grupo de tarados.

Iba a comentarle a Natalia lo horrible que había sido su día cuando la música subió de volumen. Toda la congregación se puso a cantar en un idioma que Gus no pudo reconocer. La gente cantaba alborozada, con una amplia sonrisa en la cara y los ojos brillantes por la emoción clavados en la puerta de la iglesia. Cuando el canto terminó, todo el mundo quedó en silencio. Sólo se escuchaba el sonido del viento entre las ramas de los árboles y el chisporroteo de las antorchas.

Las puertas de la iglesia comenzaron a moverse solas y, cuando estuvieron abiertas de par en par, de la oscuridad surgieron las figuras de un hombre y una mujer. El hombre se adelantó y, nada más poner un pie en el estrado, la plaza se llenó de gritos de entusiasmo, que coreaban una y otra vez el mismo nombre: Gabriel. Incluso Gus se quedó impresionado con su presencia. Era posiblemente el hombre más guapo que había visto en toda su vida. A pesar de que lucía una túnica basta de color marrón, tenía un aspecto imponente que te impedía apartar la vista de él. Era muy alto y de espaldas anchas. Lucía una melena larga de color castaño, que parecía recoger el brillo de las antorchas, y una cuidada barba. Aquel hombre podría haber servido de modelo para los cuadros de Jesucristo de los pintores renacentistas. Gus consiguió apartar la mirada por un segundo para fijarse en Natalia, que le contemplaba con la boca abierta. Parecía que ella también había caído bajo su hechizo.

Unos pasos por detrás de él se acercaba una muchacha de apenas veinte años, también ataviada con una túnica marrón. Era alta y delgada y lucía una larga melena rubia que le caía por la espalda hasta la cintura. La muchacha caminaba con la cabeza baja y pasos tambaleantes. Al avanzar, dio un traspié y estuvo a punto de caer al suelo. Celina se acercó a ella y la agarró por un

brazo para ayudarla a avanzar hasta quedar un par de pasos por detrás del hombre. Cuando se detuvieron, la joven levantó la cabeza y paseó su mirada perdida por la plaza. O estaba borracha como una cuba o la habían drogado. Gus sintió que el estómago se le encogía por el miedo. ¿Qué iban a hacer con aquella chica?

—Hermanos —la voz de Gabriel inundó la plaza—, estamos aquí reunidos para celebrar que nuestro objetivo está más cerca que nunca. Una nueva elegida nos ha sido revelada.

La plaza se llenó de aplausos y de gritos de alegría. Gabriel les dejó demostrar su júbilo durante unos segundos. Cuando levantó las manos pidiendo silencio, toda la multitud quedó de nuevo en silencio.

—Nuestra hermana Leticia ha sido señalada por Dios. Su bondad y pureza de corazón han sido puestas a prueba y ha salido triunfante. En los próximos días comprobaremos si es la señalada para traer al mundo al Dios que camine entre nosotros y nos guie hacia la vida eterna. Regocijaos, pues la salvación está más cerca.

De nuevo volvieron a escucharse gritos de alegría. Todo el mundo aplaudía, saltaba y gritaba mientras seguían contemplando extasiados a Gabriel. Éste dio un par de pasos hacia atrás, hasta quedar situado al lado de la chica. Lidia y Celina se adelantaron, la música volvió a sonar y todo el mundo se unió a su canto. Así continuaron alrededor de una hora, entre himnos y lecturas religiosas. Cuando por fin terminaron, Gabriel y la joven se retiraron hacia la iglesia, seguidos por las dos guardianas de la fe, que cerraron la puerta tras ellos.

La gente comenzó a dispersarse, camino de sus casas o de los barracones. Gus caminó despacio al lado de Natalia para quedarse rezagados y poder hablar sin que nadie los escuchara.

—¿Has entendido algo? ¿En qué idioma estaban cantando?

—Creo que eran salmos en arameo —contestó Natalia.

—¿Y sabes de qué va todo esto? ¿Qué es lo que van a hacer con esa chavala?

—Tengo una ligera idea. He estado hablando con alguna de las chicas nuevas mientras remendábamos sábanas...

—Joder, yo me he pasado toda la tarde podando árboles. No veas qué paliza me he dado. Me duelen músculos que no sabía ni que tenía...

—¿Quieres que te cuente lo que he descubierto o no? —Natalia esperó a que Gus asintiera—. Estamos en un grupo que sigue las enseñanzas del Antiguo Testamento, pero que, al contrario que los cristianos, no creen que Jesús fuese el hijo de Dios prometido en la Biblia. Piensan que, si Jesús hubiese sido el hijo de Dios, el Juicio Final ya debería haberse producido y que todos deberíamos haber sido salvados ya. Consideran que el hecho de que en el mundo haya tanta corrupción, miseria y violencia es una prueba de que el Anticristo ya está entre nosotros y que es el momento para que llegue el Salvador, se enfrente al Maligno y nos guie a la vida eterna.

—Y piensan que es ese tal Gabriel, ¿no?

—No, para nada. Creen que Gabriel ha sido elegido para ser el padre del Mesías.

—¿Una especie de San José?

—No, no esperan la llegada de una paloma que deje embarazada a María. Se supone que será el padre al estilo tradicional.

—Pues entonces tengo que reconocerles que esa parte de su teoría les está quedando más creíble que a los católicos —Gus lanzó una sonrisa sarcástica—. ¿Entonces esa chica que hemos visto es su “virgen María”?

—Podría serlo. Cada cierto tiempo Gabriel elige a una de las jóvenes del grupo y la somete a una prueba que nadie conoce para saber si es la designada. Parece que hasta el momento ninguna de ellas ha tenido éxito. Y

ahora viene lo más importante...

—¿El qué?

—El nombre de las tres candidatas anteriores: Andrea, Carmen y Estefanía.

—¿Las tres chicas que se suicidaron?

—Exacto —Natalia se detuvo y miro en derredor, para asegurarse de que no había nadie en las cercanías—. Si no nos damos prisa en descubrir de qué va todo esto y escapar, Leticia será la siguiente víctima.

CAPÍTULO OCHO

Al abrir la puerta de la casa, Carlos se quedó paralizado en el umbral. Sólo el silencio y la oscuridad habían salido a recibirlo. La ausencia de Natalia le asaltó como una bofetada. Podía oler aún los restos de su aroma impregnando el pasillo, escuchar el eco de sus cantos desafinados y el sonido de su risa rebotando en las paredes. Aquel vacío se le instaló dentro, provocándole ganas de llorar.

Art consiguió romper el hechizo, entrando en la casa como un elefante enloquecido, desterrando el silencio con el golpear de sus patas sobre la tarima y sus ladridos de alegría. Fue corriendo por toda la casa, entrando en todas las habitaciones, buscándola sin éxito. Cuando se dio por vencido, se detuvo en mitad del pasillo, mirándole con la cabeza ladeada, mientras soltaba gemidos de pena.

—No, no está —Carlos entró por fin en la casa y cerró la puerta tras de sí—, pero conseguiremos que vuelva.

Aquellas palabras fueron más una promesa para sí mismo que para el perro. La encontraría, aunque tuviese que poner el mundo patas arriba. Dejó la bolsa con su ropa en la entrada y comenzó a revisar las habitaciones. Todo estaba limpio y ordenado, como siempre. Nadie diría que la casa llevaba ya varios días vacía y que su dueña se había marchado de forma precipitada. Entró en la habitación y revisó el armario. Faltaba una maleta y algo de ropa, pero no mucha. En las perchas seguían colgadas algunas de las prendas favoritas de Natalia. Aunque era imposible saberlo con seguridad por la cantidad de calzado que ella coleccionaba, juraría que todos sus zapatos de tacón estaban ahí.

Al girarse descubrió algo sobre la cómoda. Se acercó y contempló el ordenado montón de tarjetas. Estaban todas allí: sus tarjetas de crédito, la

tarjeta de la seguridad social, el carné de identidad, el de conducir, incluso la tarjeta de su móvil... Natalia nunca se habría dejado todo aquello sin querer. Pasó la mano sobre todos los objetos colocados sobre la cómoda. Ahí estaba todo el pasado de Natalia. No había que ser un gran investigador para darse cuenta de que, dondequiera que hubiese ido, ella trataba de ocultar su identidad.

Recorrió el resto de habitaciones, con el perro pegado a sus talones, buscando alguna otra pista. No encontró nada. No había dejado ninguna carta de despedida, ninguna explicación escrita con prisa, ni siquiera algún papel en el que apareciese anotado a toda prisa el número de reserva de un billete de avión o de autobús...

Carlos sintió que las paredes se le caían encima. Si él no hubiera sido tan gilipollas, Natalia le habría contado sus planes. Él podría haberla ayudado, o haberla disuadido de cometer alguna locura, pero, en lugar de eso, la había dejado tan sola que ni siquiera había dejado una nota de despedida porque no tenía de quien despedirse.

Volvió a ponerle la correa a Art y salió de casa con él. Tras montarse en el coche y arrancar el motor, Carlos contempló el oscuro cielo y echó un vistazo a su reloj. Eran casi las diez de la noche. Quizá era un poco tarde para ir a investigar a casa de Gus. Puso el coche en movimiento sin pensarlo dos veces. Estaba seguro de que la madre de Gus seguiría despierta y que no le importaría dejarle pasar si eso iba a ayudar a encontrar a su hijo.

Tal y como esperaba, la madre de Gus abrió la puerta nada más llamar, como si hubiera estado esperando al otro lado el regreso de su hijo perdido. La mujer ofrecía un aspecto lamentable. Parecía que no se había peinado y tenía los ojos enrojecidos. Carlos le dirigió una tímida sonrisa, tratando de reconfortarla.

—Disculpe que me presente a estas horas, pero me preguntaba si me

dejaría revisar la habitación de Gus.

—Sí, por supuesto —la mujer clavó su mirada en Art, que se había sentado sobre el felpudo, tratando de parecer un perro serio y formal—. ¿Es un perro de la policía?

—Sí, claro —mintió Carlos—. Lo he traído para que capte el aroma de Gus y pueda ayudarnos en la búsqueda.

La mujer asintió y se apartó hacia un lado para dejarles pasar, señalándoles una habitación al final del pasillo. Carlos entró en la habitación y echó un vistazo alrededor. Si la casa de Natalia personificaba el orden absoluto, la habitación de Gus era una representación del caos. Podría tirarse días para revisar todo aquello: papeles, notas escritas en hojitas de colores, cuadernos... No quedaba un solo centímetro cuadrado de superficie sin ocupar. Se sentó en la silla del ordenador de Gus y resopló, desesperado. Estaba seguro de que, si había algo importante, no estaría en aquella vorágine de papeles, sino en el interior del ordenador de Gus. Por desgracia, él seguía siendo un inútil con esos aparatos. Continuaban pareciéndole inventos demoniacos, pero no quería llevar el ordenador de Gus a la central. Era su amigo y no le parecía bien atentar de aquella manera contra su intimidad. Lo haría si continuaba sin pistas, pero prefería agotar primero cualquier otra opción.

Empezó a revisar los papeles que atestaban el escritorio de Gus, mirándolos uno por uno para ir amontonándolos en el suelo. De repente, su corazón dio un vuelco. Había encontrado algo importante. No habría podido asegurar al cien por cien que Gus no perteneciese al periódico de la Universidad de Deusto, pero de lo que no tenía ninguna duda era de que no se llamaba Ernesto Gómez. Gus había falsificado aquella identificación para utilizarla en la Universidad buscando pistas. Ahora sólo tenía que encontrar a las personas con las que hubiese hablado.

Gus trató de centrarse en la suave y cadenciosa voz de Irene, pero no funcionó. Llevaba más de una hora con los ojos cerrados, tratando de sentirse en paz y armonía consigo mismo, intentando acompasar su respiración al ritmo cansino de la música New Age que se colaba por los altavoces, luchando para sentir la luz interior que, según las palabras de Irene, debía ir invadiendo cada uno de sus músculos para sumirle en el trance. Para él todo aquello era imposible. Su cerebro sólo admitía dos estados: o estaba funcionando a toda velocidad o estaba dormido. Por mucho que se esforzase, aquello de la relajación y la hipnosis no era para él.

Para colmo de males, le picaba una oreja y se le estaba durmiendo una pierna. Además, el aroma a incienso que inundaba la habitación le estaba dando un terrible dolor de cabeza. Abrió los ojos y, tratando de no hacer ruido para no molestar al resto de participantes, salió del círculo y apoyó la espalda contra la pared. De inmediato, sintió la mirada airada de Irene sobre él. Trató de disculparse con una tímida sonrisa y de mantenerse lo más quieto posible. Irene continuó hablando sobre un lugar hermoso y seguro en el que no existían peligros ni preocupaciones. Todos los demás la escuchaban, respirando como si estuvieran profundamente dormidos, mientras una sonrisa de felicidad suprema iluminaba sus rostros.

Gus se mantuvo en silencio durante el resto de la sesión. Media hora después, Irene les dio la orden de ir volviendo a la realidad. Uno tras otro, todos fueron abriendo los ojos, levantándose despacio y saliendo de la sala con la mirada brillante. ¿Es que él era el único al que la relajación le sentaba como un culo?

Natalia se levantó del suelo y se acercó a él. También lucía aquella sonrisa embobada en la cara, como si acabara de pasar por la mejor experiencia de su vida. Gus sintió un estremecimiento al pensar que, en

ocasiones como aquella, Natalia parecía disfrutar demasiado del estilo de vida de aquella gente. Había veces en las que casi parecía que se estaba olvidando de qué era lo que habían ido a hacer a aquel sitio.

—Ha sido increíble, ¿verdad? —le preguntó ella, confirmando sus temores—. Nunca en mi vida había experimentado tanta paz.

—Bueno, yo no lo he conseguido. No sé qué me pasa, no consigo entrar en trance.

—Lo que te pasa es que tienes demasiados miedos y resistencias —intervino Irene, acercándose a ellos—. No se puede hipnotizar a una persona que no desea ser hipnotizada.

—Pero yo sí quiero ser hipnotizado —protestó Gus—. Lo he intentado de verdad.

—Quizá lo estés intentando de forma consciente, pero en tu interior hay algún miedo que te lo impide —Irene le sonrió, comprensiva, y le acarició un brazo para demostrarle su apoyo—. Deberías reflexionar sobre esos miedos y luchar contra ellos. No va a pasarte nada malo por ceder el control. Ya has visto que a nadie le ha pasado nada malo. Al contrario de lo que la gente cree, no se puede ordenar a las personas bajo hipnosis que realicen acciones que estén en contra de su naturaleza.

Gus asintió, aunque en su interior sabía que nunca podría confiar en aquella gente y dejar que ellos tomaran el control. Estaban allí para investigar los extraños suicidios de tres chicas y, por mucho que Irene dijera, no terminaba de creerse que se hubiesen arrojado desde un puente o hubieran corrido hacia un camión o un tren en marcha porque era lo que ellas en realidad deseaban.

—Pensaré sobre ello —mintió Gus—. Espero hacerlo mejor la próxima vez.

—Debes abrirte a nosotros o no conseguirás integrarte en la comunidad

—Irene seguía sonriendo, pero había un matiz de amenaza en su voz—. Dentro de dos días es la ceremonia de iniciación y no podrás superarla si sigues dudando.

—¿La ceremonia de iniciación? —intervino Natalia—. ¿En qué consiste?

—Es una prueba de fe y valor para demostrar vuestro compromiso con el grupo. Si la superáis, será como vuestro bautismo en la comunidad, vuestra conversión en miembros de pleno derecho.

—¿Y qué hay que hacer? ¿Tenemos que prepararnos de alguna manera? —preguntó Natalia.

—No te preocupes, es muy sencillo. Estoy segura de que tú la superarás —Irene sonrió a Natalia y salió de la sala.

—Con eso ha querido decir que está segura de que yo no lo haré —se lamentó Gus—. ¿Qué crees que harán con los que no la superen? ¿Nos expulsarán? ¿Nos encerrarán en una oscura mazmorra? ¿Nos quemarán en la plaza como advertencia?

—No seas exagerado —rió Natalia—. No creo que te quemen, pero lo de la expulsión no suena tan descabellado. Espero que te esfuerces y la superes. No puedes dejarme sola aquí.

—Haré todo lo que pueda.

Salieron juntos de la sala. Una campana estaba dando el aviso de que la cena estaría lista en diez minutos para que todos los miembros de la congregación se dirigiesen al comedor. Gus siguió a Natalia, sintiéndose cada vez más nervioso. Él no encajaba allí y estaba seguro de que, por mucho que se estuviera esforzando, se le notaba. Tenían que conseguir las pruebas que buscaban cuanto antes y largarse de allí antes de que fuera demasiado tarde.

Carlos encontró una máquina de café en uno de los pasillos de la universidad y se detuvo a sacar el tercer café de la mañana. Lo necesitaba de verdad. No

había pegado ojo en toda la noche, enfrascado en los expedientes de las tres chicas, buscando pistas, puntos en común... Aparte de descubrir que todas las víctimas eran jóvenes y que estudiaban en la misma universidad, no había conseguido encontrar nada más. Aquello era algo que se le daba muy bien a Natalia, pero ella no estaba allí. Tendría que hablar con el departamento de psicología de la central para ver si podían ayudarle.

Se bebió el ardiente café de tres tragos y se dirigió a la clase que le habían indicado. Justo cuando iba a llamar a la puerta, sonó su móvil. Se separó unos pasos y contestó:

—¿Diga?

—Carlos, soy Aguirre. Te llamo por lo de la localización de los móviles de Natalia y Gus.

—Perfecto. ¿Qué habéis conseguido?

—No te alegres tanto, no son buenas noticias. La última localización de ambos móviles los sitúa en Deusto, en la calle de Natalia. El de ella dejó de emitir sobre las siete de la tarde y el del chico una media hora después.

—Mierda. Seguramente se los han quitado y los han apagado para que no podamos localizarlos. ¿No hay ninguna manera de encontrarlos? ¿Ni siquiera llamando a la compañía telefónica?

—No, ya lo hemos intentando todo. Mientras sigan apagados, no podremos saber dónde están. Nuestra única esperanza es que los enciendan en algún momento. Lamento no poder darte mejores noticias.

—No pasa nada. Gracias por llamar.

Carlos colgó y volvió a acercarse a la puerta de la clase. Llamó con tres fuertes golpes y entró sin esperar a ser invitado. Una mujer de unos cincuenta años, vestida con un traje de color rosa fucsia, le lanzó una mirada envenenada desde la tarima. Carlos no se dejó amilanar. Sacó su placa, se colocó al lado de la mujer y le arrancó el micrófono de las manos.

—Buenos días. Lamento la interrupción, pero estoy aquí por una investigación oficial —los ojos de todos los presentes se clavaron en él, mientras un silencio tenso se adueñaba de la sala. Carlos escondió una sonrisa al plantearse cuánta marihuana se podría incautar en aquella aula si les pidiese a todos que vaciasen los bolsillos—. Estoy investigando la desaparición de un estudiante. Sabemos que estuvo en esta clase, haciendo unas entrevistas para el periódico de la universidad. ¿A alguien le suena algo de esto?

Los estudiantes se relajaron y empezaron a comentar unos con otros. Algunos negaban con la cabeza, otros se encogían de hombros... Carlos se fijó en una chica de la tercera fila que seguía en silencio con la mirada fija en él. Se bajó de un ágil salto de la tarima, mientras sacaba un papel del bolsillo trasero de su pantalón. Lo desdobló frente a la chica para mostrarle una foto de Gus.

—¿Te suena de algo este chico? —ella se limitó a asentir mientras temblaba como una hoja—. Acompáñame fuera, por favor.

Salieron del aula entre los cuchicheos de los demás estudiantes. La chica había enrojecido hasta la raíz del pelo. Carlos cerró la puerta detrás de ellos y se apoyó en la pared, dejando unos pasos de distancia para que se sintiese más cómoda.

—Tranquila, no va a pasarte nada. No eres sospechosa, sólo necesito saber de qué hablaste con él.

—Vino a entrevistarme sobre la muerte de Andrea —contestó la chica, con la mirada clavada en el suelo.

—¿Andrea Eguizabal? ¿La chica que se suicidó? —Carlos esperó a que asintiera—. ¿Y qué le contaste sobre ella?

—Le hablé sobre el sitio ése en el que se metió Andrea: Nuevo Edén. Le dije que creía que esa gente podía estar detrás de su suicidio —la chica abrió

mucho los ojos, asustada—. ¿Cree que ese chico puede haber desaparecido por haberles investigado? No debí haberle contado nada...

—No es tu culpa —Carlos le señaló un banco cercano—. Vamos a sentarnos ahí y me vas a contar todo lo que sepas sobre ese sitio.

El almacén estaba oscuro y silencioso. Gus se coló dentro y empujó la puerta suavemente para que no se cerrase del todo. Lo último que le faltaba era quedarse encerrado allí dentro y tener que dar explicaciones.

Esperó un par de minutos, hasta que sus ojos se acostumbraron a la oscuridad, y se internó entre las filas de estanterías que dividían el local en largos pasillos. Avanzó de puntillas, teniendo cuidado para no tropezar con nada. Se sentía ridículo. Habían entrado en Nuevo Edén para investigar las muertes de unas chicas y él estaba arriesgándolo todo por conseguir algo de comida que no hubiese sido manipulada. Sabía que seguramente sólo se trataba de una paranoia, que era muy improbable que la comida contuviese droga, pero le seguía preocupando la cara de paz y felicidad suprema de todos los integrantes de la secta y lo bien que se estaba adaptando Natalia a la vida allí. Aunque fuese una gilipollez, no pensaba arriesgarse. Se había jurado no comer nada mientras estuviese allí, pero el dolor de tripas era insoportable. La sola idea de la comida hacía que su estómago rugiese. Hacía tanto ruido que Gus se sorprendió de que no le hubiesen pillado ya.

Le pareció escuchar un ruido y se detuvo en seco, notando como los latidos de su corazón se disparaban. Al cabo de unos segundos, divisó varias figuras pasando frente a una de las ventanas, de camino hacia la explanada de delante de la iglesia. Tenían que estar todos allí reunidos en unos quince minutos, así que debía darse prisa.

Miró a su alrededor, buscando algo para comer. Había cajas de leche, paquetes de galletas, pan de molde... Cualquiera de aquellas cosas le serviría

para aplacar su hambre por unas horas y era muy improbable que hubiesen manipulado ya esa comida. Sin embargo, su paranoia volvió a imponerse. ¿Cómo iba a saber en qué momento echaban droga en la comida? ¿Y si lo hacían nada más meterla en el almacén para que luego no se les olvidase? No cogería nada de aquello. Estaba arriesgando el pellejo para conseguir algo de comida “ultrasegura”. No iba a cagarla en el último momento.

Distinguió unos cestos en la pared del fondo del almacén. Sabía lo que había allí. Había visto como unos compañeros cosechaban manzanas mientras él podaba unos árboles en el huerto aquella misma tarde. Habían metido los cestos justo antes de cenar. Era imposible que les hubiese dado tiempo a echarles nada. Se acercó sonriendo y cogió una manzana del cesto. El primer mordisco llenó su boca de un jugo ácido y refrescante. Le pareció lo mejor que había comido en toda su vida. No podía creerse que, hasta aquel momento, hubiera aborrecido la fruta.

De repente, el almacén se llenó de luz. Gus se quedó paralizado, como un conejo ante los focos de un coche. Sara y Jorge aparecieron en la entrada del almacén y se dirigieron hacia donde él se encontraba.

—¿Crees que tenemos manzanas suficientes como para hacer compota o mejor las dejamos todas tal y como están? —preguntó Sara.

—Puedes hacer compota hasta que te aburras. Ya hemos recogido un montón de sacos y ni siquiera hemos terminado con la mitad del huerto. Ahora te lo enseño.

Gus no podía creer en su mala suerte. Se dirigían directamente hacia donde él estaba y no había sitio para esconderse. Pensó en lanzarse hacia cualquier pasillo e intentar recorrerlo a gatas, pero era imposible que no se dieran cuenta de su presencia con tanta luz. Todavía estaba pensando qué hacer cuando le descubrieron.

—Agustín, ¿eres tú? —preguntó Jorge—. ¿Qué hacías aquí con la luz

apagada?

—Yo... Esto... Tenía hambre —Gus les enseñó la manzana a medio comer, sintiéndose tan avergonzado como cuando Dios pilló a Adán in fraganti.

—¿Te has atrevido a colarte aquí a robar? —Sara frunció tanto el ceño que los ojos casi no se le veían.

—Bueno, no es robar exactamente —se disculpó Gus—. Tú misma dijiste que se nos proveería con todo lo que necesitáramos.

—Y así lo hacemos. Os damos cuatro comidas diarias y, en caso de necesitar más, siempre puedes venir a pedírmelo —Sara negó con la cabeza, decepcionada—. No puedo entender por qué te portas así...

—Yo... Lo siento mucho, de verdad.

—No basta con sentirlo —Jorge se acercó a él y le agarró por el brazo con la fuerza de una boa constrictor—. El robo es un gran pecado y tendrás que pagar por ello. Ven conmigo. Lo discutiremos en la asamblea.

Jorge comenzó a andar tirando de él. Gus se dejó llevar. No tenía la fuerza suficiente para luchar contra aquel hombretón y, además, escapar de él no serviría de nada. Estaba prisionero dentro de Nuevo Edén. Trató de tranquilizarse pensando que sólo se trataba de una manzana, que tampoco había cometido un crimen tan terrible, pero la parte puñetera de su mente se empeñaba en recordarle que se encontraba entre un grupo de psicópatas ultrarreligiosos y que acababa de fallar a uno de los mandamientos de la ley de Dios. Era el sexto o el séptimo, no lo recordaba bien, pero estaba seguro de que era uno de los importantes. Sin poder remediarlo, se puso a temblar mientras se acercaban a la explanada.

Carlos se apoyó en el respaldo de su silla, tratando de estirar los músculos de la espalda, y se frotó los ojos. Llevaba horas delante del ordenador,

intentando encontrar algo sobre Nuevo Edén, pero, al menos de momento, la búsqueda no estaba dando los resultados esperados. No había propiedades, inmuebles ni empresas bajo aquel nombre. Seguramente utilizaban los datos de algún integrante de la secta, posiblemente del líder, para registrar sus propiedades y actividades. Por desgracia, él no conocía ese nombre ni a nadie que pudiese facilitárselo. Las únicas personas de las que él sabía que habían estado en contacto con aquella gente estaban muertas.

Lo único que había encontrado era su página de Facebook, pero no parecía que fuese a aportarle ninguna información interesante. En ella había llamamientos periódicos para ir a conocerles en un local del centro de Bilbao, mezclados con frases motivacionales y vídeos de paisajes y música relajante que invitaban al conocimiento y la búsqueda de paz interior. Tendría que darse una vuelta por aquel local, pero, sin tener ninguna prueba de que Gus y Natalia hubiesen estado allí, no creía que le fuese a servir de mucho.

De repente, tuvo una idea. Descolgó el teléfono y marcó una extensión. Unos segundos después, una voz contestó al otro lado. Carlos se esforzó por reconocer al propietario de aquella voz:

—¿Martín? ¿Eres tú? Soy Carlos Vega, de homicidios.

—¿En qué puedo ayudarte? —la voz del hombre sonaba aburrida y adormilada.

—Si te doy una dirección, ¿podrías buscar si tenemos una cámara instalada en las cercanías?

—Claro, sin problema —Carlos le dio la dirección y esperó, mientras escuchaba como Martín tecleaba en su ordenador—. Pues has tenido suerte. Tenemos una cámara en esa calle.

—¿Podría ir a comprobar las imágenes de las últimas semanas?

—Bueno, para eso necesitarías la autorización de Aguirre.

—Tranquilo, eso está hecho. Voy para allá.

Carlos colgó sin despedirse, llamó a Aguirre para comentarle lo que necesitaba y se dirigió a la sala desde la que se controlaban las cámaras de seguridad. Martín estaba esperándole en la puerta.

—Debe de ser urgente —le comentó Martín, guiándole hacia su puesto—. Ya he recibido la llamada de Aguirre indicándome que te ayude en todo lo que necesites. Siéntate a mi lado y dime qué buscas.

Carlos le pidió que le enseñase las imágenes grabadas en las dos últimas semanas. Desde aquella cámara se veía el local, en el que el nombre de Nuevo Edén destacaba en grandes letras verdes. Fueron pasando las imágenes a cámara rápida, hasta que Carlos agarró a Martín por un brazo, pidiéndole que se detuviera.

—¿Podrías aumentar esa imagen? —le pidió, señalando el monitor.

Martín asintió e hizo lo que Carlos pedía. A pesar de su aspecto, Carlos reconoció a Natalia y Gus. Los dos llevaban ropas pasadas de moda y Gus incluso se había peinado.

—¿Sería posible imprimir esa imagen? —Martín asintió y, unos segundos después, Carlos tenía en sus manos la foto de Natalia y Gus entrando en Nuevo Edén—. Gracias, ahora sigue avanzando.

Pasaron cerca de una hora visionando las grabaciones. Natalia y Gus habían acudido varias veces al local, siempre vestidos de forma extraña. Sin embargo, desde hacía unos días, el local aparecía cerrado, como si lo hubieran abandonado. Carlos sintió que una garra atenazaba su estómago. ¿Por qué ya no estaban allí? ¿Se habría esfumado la última pista que tenía hasta el momento?

—Muchísimas gracias por todo —dijo Carlos, levantándose del asiento y tendiéndole la mano a Martín—. Sólo quiero pedirte una cosa más. ¿Podrías echar de vez en cuando un vistazo a ese sitio? Si en algún momento ese local vuelve a abrir, avísame de inmediato. ¿De acuerdo?

Martín asintió y Carlos salió de la sala, con la vista clavada en la imagen que éste había imprimido para él. Al salir al pasillo, se detuvo y, casi sin ser consciente, deslizó uno de sus dedos por la imagen de la cara de Natalia, esperando que, estuviera donde estuviera, pudiese sentir lo mucho que la echaba de menos, que pudiera saber que estaba buscándola y que no se detendría ante nada para recuperarla.

CAPÍTULO NUEVE

Natalia tuvo que contenerse para mantenerse quieta en su sitio al ver entrar a Gus en la explanada. Jorge lo agarraba con fuerza por un brazo y lo llevaba casi en volandas. La cara del hombre estaba roja y fruncía tanto los labios que casi habían desaparecido de su rostro. Parecía furioso. ¿Qué habría hecho Gus? ¿Les habrían descubierto?

Jorge llevó a Gus hasta el estrado y pidió a Lidia y Celina que se acercaran a él. Habló con ellas en susurros durante un par de minutos y, después, a indicación de las dos mujeres, obligó a Gus a subirse al estrado y a quedarse un par de pasos por detrás de ellas.

—Antes de comenzar la reunión, tenemos un desagradable asunto que tratar — dijo Lidia, dirigiéndose a toda la congregación—. Agustín, nuestro nuevo hermano, ha sido descubierto robando comida.

Los murmullos se extendieron por toda la explanada. Natalia sintió ganas de matarlo. ¿Cómo se le había ocurrido hacer una estupidez así? Estaba poniendo en peligro toda la investigación. Sintió algunas miradas posándose sobre ella. Todos allí pensaban que eran hermanos y, de alguna manera, parecía que la conducta de Gus también la salpicaba a ella. Seguramente acabarían expulsándolos a los dos... En el estrado Lidia esperó a que los murmullos se extinguieran antes de continuar hablando.

—Como todos sabéis, el robo es un pecado grave, pero, además, atenta contra la esencia misma de nuestra comunidad. Para poder vivir en paz y armonía, necesitamos confiar los unos en los otros y eso se vuelve imposible si tenemos a un ladrón entre nosotros. ¿Tienes algo que decir en tu defensa?

Gus la miró, asustado, como una liebre miraría a una serpiente. Después de unos segundos, bajó la mirada para clavarla en el suelo y negó con la cabeza. Natalia no podía creérselo. Gus, el tío que no era capaz de

callarse ni debajo del agua, se quedaba sin palabras cuando más falta hacía que hablase. Se prometió a sí misma que lo estrangularía lentamente en cuanto lo tuviese a mano.

—Tu pecado es grave, pero en esta comunidad creemos en la misericordia y el perdón —Natalia se permitió soltar un suspiro de alivio—. Pasarás un día en aislamiento, para que reflexiones sobre lo que has hecho. Jorge, llévatelo, por favor.

Jorge volvió a agarrar a Gus por el brazo y lo guió entre la gente, hasta la salida de la explanada. Todo el mundo se giraba a su paso, lanzándole miradas airadas. El chico levantó la cabeza al pasar cerca de Natalia y sus labios pronunciaron un “lo siento”. Natalia asintió para tranquilizarle. La bronca que tenían pendiente podía esperar y, además, ya era suficiente castigo para él estar solo durante todo un día.

Cuando Gus desapareció de la vista, todo el mundo volvió a centrar su atención en el estrado. La música empezó a sonar y todos comenzaron a cantar. Las puertas de la iglesia se abrieron para dejar paso a Gabriel, que avanzó hasta colocarse al borde de la plataforma. Natalia buscó con la vista a la chica que le había acompañado en la anterior ocasión, pero no pudo verla por ningún lado.

—Buenas noches, hermanos —la voz de Gabriel era profunda y suave y despertaba ecos en el pecho de quienes le escuchaban—. Parece que ésta es la noche de las decepciones. Lamento tener que traeros más malas noticias. Leticia, la joven que designé como elegida, no ha superado la prueba. No era más que otra enviada de Satanás para confundirnos, pero no ha podido engañarme. Por ello ha sido expulsada de nuestra comunidad para no volver.

La plaza se llenó de gritos airados, de puños en alto y miradas encendidas por la furia. Natalia se alegró de que la chica hubiera sido expulsada. Si aquella muchedumbre la tuviera delante en aquel momento, la

habrían descuartizado con sus propias manos. Por otro lado, sintió que la inquietud se instalaba en su pecho. ¿De verdad había sido expulsada sin más consecuencias? ¿Habrían sido expulsadas también Andrea, Carmen y Estefanía? ¿Estaría Leticia en peligro?

—Comprendo vuestra ira, pero ése no es un sentimiento digno para los seguidores de Dios —las palabras de Gabriel provocaron un silencio inmediato en la plaza—. Esto es sólo una nueva prueba para nuestra fe. La superaremos, como hemos superado las anteriores. Os pido que desterréis vuestro odio y que oréis para que podamos encontrar a la mujer que buscamos, la mujer que traerá al mundo a nuestro Mesías, aquel que nos llevará a la victoria, a la salvación y a la vida eterna.

La gente prorrumpió en gritos de alegría. La música volvió a sonar y todos comenzaron a cantar, alborozados, con los ojos brillantes. Natalia se sorprendió por el modo en el que Gabriel los controlaba, por la manera casi mágica que tenía de manipularles y hacerles pasar del odio al éxtasis con sólo cuatro palabras. Sin embargo, lo que más le sorprendió fue darse cuenta de sus propias sensaciones. Su voz la había conmovido y se sentía incapaz de separar la mirada de su rostro. Por un segundo, sintió pena por no creer, por no poder compartir las emociones que sentían los demás, por no poder unirse a su canto y sentirse parte de algo más grande, de un grupo que la aceptaría y haría que nunca más se sintiese sola. Desterró aquellos pensamientos de su mente. Sólo se debían al estrés de las últimas semanas, a haber perdido a Carlos, a sus problemas en el trabajo... Eso, unido a la magia de las antorchas, al embriagador aroma del incienso y la belleza de los cánticos, había conseguido que se emocionase. Una secta no era la respuesta a sus problemas.

Cuando Gabriel se retiró y la gente comenzó a dispersarse, Natalia tomó el camino de su barracón. De repente, escuchó unos pasos y sintió que

alguien la agarraba por el brazo. Temió que fuesen Lidia o Celina para pedirle cuentas por el deshonroso comportamiento de “su hermano”, pero, al girarse, se encontró con la afable sonrisa de Sara.

—Siento mucho lo de tu hermano. Debes de sentirte fatal.

—Me siento decepcionada —confesó Natalia—. No entiendo cómo ha podido comportarse así.

—Supongo que cambiará en cuanto reflexione un poco. Parece un buen chico —Sara la tomó del brazo y la guió hacia su casa—. He pensado que bastante castigo tiene con estar aislado como para encima matarlo de hambre. Voy a prepararle algo y tú misma se lo llevarás. Creo que le alegrará recibir tu visita.

—¿Nos lo permitirán? Lidia ha dicho que tenía que estar aislado.

—No te preocupes. Yo lo arreglo.

Diez minutos después, Sara la guió hasta unos pequeños cobertizos, situados en el límite del terreno, justo al borde del bosque. Eran pequeñas construcciones de madera que parecían haberse hecho de prisa y corriendo. Seguramente su función habitual era guardar leña o útiles de labranza, no mantener encerrada a una persona en una noche tan fría como aquella. Natalia se imaginó a Gus ahí dentro, a oscuras, sintiendo como el gélido viento de diciembre se colaba por las rendijas. Sintió ganas de pedir clemencia por él, pero el frío gesto con el que Diego, el jefe de seguridad, las recibió, selló sus labios de inmediato.

—¿Qué hacéis aquí? —preguntó, enfadado.

—Hemos venido a traerle algo de cenar al chico —contestó Sara, poniendo su mano en el pecho de Diego para apartarle suavemente del camino.

—Está en aislamiento total.

—Y aislado va a seguir, pero eso no quiere decir que le tengamos que

matar de hambre. Anda, sé comprensivo y deja que su hermana entre un momento.

—¿Y si se enteran Lidia o Celina?

—Yo me encargaré de ellas, no te preocupes. Deja pasar a la chica.

Diego lo pensó durante unos segundos. Al final, asintió, aunque su ceño fruncido revelaba que seguía sin estar convencido. Fue hasta uno de los cobertizos, rebuscó entre el manojó de llaves que llevaba a la cintura y abrió el candado. Natalia se acercó con pasos tímidos y la cabeza baja, llevando en las manos una bandeja con un tazón de leche y unas galletas. Diego empujó la puerta para que ella pudiese entrar.

Gus estaba sentado en el suelo, en la esquina más alejada del cobertizo, abrazándose las rodillas con los brazos, como si tratara de protegerse de algo. Natalia se acercó hasta él, dejó la bandeja y se acuclilló a su lado. A su espalda, escuchó como Sara le pedía a Diego que los dejase tranquilos unos minutos. La puerta se cerró suavemente tras ella.

—Te he traído algo para que comas.

—Ya sabes que no como nada de lo que me ofrezca esta gente. ¿Por qué te crees que me han pillado robando manzanas? ¿Por vicio?

—No, por gilipollas —contestó Natalia, sintiendo que la lástima que había sentido por Gus al entrar en el cobertizo se esfumaba para dejar que la furia volviese—. ¿Te das cuenta de la que has liado por tu paranoia? Podrían habernos expulsado a los dos.

—¿Y qué si nos expulsan? Es lo mejor que podría pasarnos ahora mismo. Ya sabemos que todas las chicas estuvieron aquí, que fueron elegidas por el tarado de Gabriel, que no pasaron su prueba, sea lo que sea, y fueron expulsadas. Y que ahora todas están muertas. Tenemos suficiente información para ir a la policía y que esta vez nos hagan caso.

—No, no tenemos nada. Nos dirán que esas chicas se suicidaron porque

estaban deprimidas por haber sido expulsadas. Necesitamos descubrir algo que les involucre en asesinatos, no en suicidios. Además, acaban de anunciarnos que Leticia también ha sido expulsada. Tengo que descubrir si realmente ha salido de aquí sin daño, si alguien sabe qué les sucede a las chicas una vez se van...

—No, lo que tenemos que hacer es marcharnos y buscar a Leticia. Si pasa como con las demás, intentará suicidarse en unos días. Tenemos que salvarla.

—¿Y cómo la vamos a encontrar? Sólo sabemos su nombre, que puede no ser verdadero. Es buscar una aguja en un pajar.

—Sí, pero tenemos que intentarlo. Esa chica podría morir si no hacemos algo. Tenemos que marcharnos de aquí.

—No, Gus. No vamos a marcharnos hasta que encontremos algo más.

—¿Estás segura de que ésa es la razón? ¿No será que quieres quedarte porque estás a gusto aquí?

—Eso es una tontería —contestó Natalia, confusa.

—¿Seguro? ¿Me vas a negar que te gusta esto, que te encanta saber qué es lo que hay que hacer en cada momento, conocer las reglas para encajar, que los demás te acepten como una más? Pareces más feliz aquí que en Bilbao y eso sólo puede tener dos explicaciones —Gus miró hacia la bandeja de comida y la apartó de su lado—: o te están drogando o por fin has encontrado tu lugar en el mundo.

—Deja de decir bobadas. Sabes perfectamente para qué vinimos aquí.

—Sé para qué venimos, pero no estoy tan seguro de por qué quieres quedarte. Espero que tú sí lo tengas claro.

El chirrido de la puerta al volver a abrirse interrumpió la conversación. Natalia se levantó del suelo y salió del cobertizo sin volver la vista atrás. No quería enfrentarse a la mirada de Gus. Sabía que no tenía

razón, que ella estaba allí para desenmascarar unos crímenes y que no estaba implicándose emocionalmente en Nuevo Edén, pero algunas de las frases de Gus habían removido algo dentro de ella. Decidió ignorar las dudas que surgían en su interior y seguir adelante. Sabía que estaban en el buen camino y que, antes o después, conseguirían la pista que les permitiría descubrir al culpable. Sólo entonces se plantearía marcharse de allí.

Carlos detuvo su coche frente a la sede de Nuevo Edén. La persiana estaba abierta, tal y como le había avisado Martín. Se quedó unos minutos en el coche, tratando de descubrir algo más. Las luces estaban encendidas y se veía movimiento dentro, pero la puerta parecía cerrada. No fue capaz de hacerse una idea de cuántas personas habría dentro ni de qué estarían haciendo. Tendría que ir a enfrentarse con aquellos locos en persona. Se tocó el costado para sentir el reconfortante peso de su pistola y abrió la puerta del coche.

Un viento helado le golpeó, como si tratara de convencerlo de que se quedara dentro. Carlos salió del coche, cerró la puerta y, abrazándose con fuerza para que su abrigo no se moviese hacia todos lados, cruzó la carretera. Una vez frente a la lonja de Nuevo Edén, tiró de la manilla para abrir la puerta, pero ésta no se movió. Llamó con un par de golpes con los nudillos en el cristal. El ruido de sillas que se había escuchado hasta aquel momento se interrumpió de inmediato. Al cabo de unos segundos, escuchó el tintineo de unas llaves y la puerta se abrió unos centímetros, mostrándole el rostro de un hombre atractivo con el pelo gris y sonrisa de comercial.

—Lo siento, está cerrado. La reunión es esta tarde a las cinco. Estaba adecentando un poco esto...

—Tranquilo, no vengo a la reunión. Soy Carlos Vega, inspector de la Ertzaintza. ¿Podría atenderme unos minutos?

La puerta se abrió del todo y el hombre le hizo un gesto invitándole a

entrar. Carlos le sonrió, agradecido por poder dejar la lluvia y el viento al otro lado.

—Soy Eliseo Gómez —el hombre le tendió la mano y le dio un apretón fuerte y profesional—. Dígame en qué puedo servirle.

—Estamos buscando a estas dos personas desaparecidas —Carlos sacó un folio del bolsillo de su abrigo, lo extendió y se lo mostró a Eliseo—. Según nuestras informaciones estuvieron aquí varias veces. ¿Los conoce?

—Sí, Natalia y Agustín. Claro que los conozco. Son los dos miembros más recientes de nuestro grupo. No están desaparecidos. Están con nosotros.

Carlos se sorprendió por las palabras del hombre. Había esperado que le negase que ellos hubieran estado allí o que le dijese que no tenía ni idea de dónde se habían metido, así que su sinceridad le dejó descolocado.

—No sabe cómo me alegro de escuchar eso —dijo Carlos, sonriendo—. Sus familiares estaban muy preocupados. ¿Podría decirme dónde están para que pueda hablar con ellos?

—Lo siento. En eso no voy a poder ayudarle— Eliseo le hizo un gesto para que esperase, se dirigió a una mesa situada en un rincón y rebuscó durante unos segundos en un cajón—. Sí, aquí lo tengo.

El hombre sacó dos hojas del cajón y regreso a su lado. Le tendió las dos hojas y le dejó unos segundos para que pudiera leerlas. Carlos se sorprendió al ver que, en lugar de utilizar sus apellidos reales, habían firmado como Natalia y Agustín Vega, pero consiguió disimular.

—Como ve, esos documentos son las autorizaciones firmadas para ingresar en nuestro grupo. Son dos personas mayores de edad que han decidido integrarse en nuestra congregación por propia voluntad.

—Lo comprendo, pero sus familias se quedarían mucho más tranquilas si pudieran verlos.

—Si Natalia y Agustín quisieran que sus familiares supiesen dónde

están, se lo habrían dicho ellos mismos— Eliseo tendió la mano para que Carlos le devolviese las autorizaciones—. Lo lamento, pero tenemos que respetar la voluntad de los miembros de nuestro grupo. Si ellos han decidido venir con nosotros y aislarse del mundo, es porque lo necesitan. Ya hablarán con sus familiares cuando se encuentren preparados.

Eliseo volvió a guardar los papeles en el cajón de la mesa, regresó junto a Carlos y abrió la puerta de la calle, invitándole a marcharse sin perder en ningún momento su encantadora sonrisa.

—¿Podría decirme al menos dónde se encuentra ese lugar? Prometo no decirles nada a las familias, pero necesitaría ese dato para cerrar mi informe.

—No, lo siento. Es confidencial.

—Sabe que podría llevarle detenido para que me lo dijera, ¿verdad?

—Sé que no puede. No hemos cometido ningún delito y no hay nada de lo que pueda acusarme. He sido muy amable con usted contestando a todas sus preguntas. Ahora le ruego que se marche y que, si quiere volver, traiga una orden de registro o una de detención.

Carlos sintió ganas de borrarle la sonrisa de la cara a puñetazos, pero se contuvo. Aquel hombre tenía toda la razón del mundo: en realidad no tenía nada contra él. Se despidió de Eliseo con un gesto de la cabeza y salió a la calle.

Se sentó al volante y se tomó unos minutos para tratar de ordenar sus pensamientos. La visita no había sido una total pérdida de tiempo. Aquellas autorizaciones firmadas con su apellido en realidad no valían nada. Si las cosas se ponían feas, podría alegar que esas firmas eran falsas para obligarles a decir dónde estaban. Sin embargo, era mejor no decir nada de momento. Si le descubría a la gente de Nuevo Edén que Natalia y Gus les habían mentado sobre su identidad, podía ponerles en peligro. Lo mejor sería guardarse ese as en la manga por si lo necesitaba en el futuro.

Decidió volver a la central y pedirle a Martín que siguiera buscando alguna propiedad de Nuevo Edén. Ahora que estaba seguro de que estaban con ellos, sólo era cuestión de cabezonería y tiempo que acabase encontrándolos. De cabezonería iba sobrado. Era el tiempo lo que le preocupaba.

CAPÍTULO DIEZ

El día de la ceremonia de iniciación amaneció gris y nublado. El viento era frío y molesto, pero al menos no llovía. Gus se vistió con una de sus túnicas blancas y salió a la puerta del barracón a esperar instrucciones. Deseó con todas sus fuerzas que la ceremonia de iniciación se realizase en un recinto cerrado. La túnica era muy cómoda y ya casi no le picaba, pero no podía decirse que fuese lo mejor para conservar el calor. Si al menos les hubiesen proporcionado ropa interior térmica... Pero no, había que llevarla a pelo.

La puerta del barracón volvió a abrirse y un chico gordo con unas gafas enormes se colocó a su lado. Gus le saludó con una sonrisa. El otro empezó a dar botecitos mientras se golpeaba los brazos con las manos para entrar en calor.

—Hola, Juan —saludó Gus.

—Buenos días, Agustín. Vaya frío que hace.

—Sí, es lo que pasa cuando te levantas al amanecer. Con lo bien que se estaba en la cama...

—Bueno, no te quejes. Hoy es la prueba de iniciación —los ojos de Juan se iluminaron por la ilusión—. ¿No estás emocionado? Hoy podemos ser miembros de pleno derecho de la comunidad, conseguir que nos acepten como a uno más... Tenía tantas ganas de que llegara este día...

Gus tuvo ganas de contestarle que lo único que le hacía ilusión era que la túnica gris que te identificaba como miembro de la comunidad parecía de tela más gorda que la que llevaban, pero prefirió guardarse su comentario y cambiarlo por un asentimiento con la cabeza y una sonrisa que esperaba que pareciese sincera. No estaba emocionado en absoluto, estaba cagado de miedo. No tenía ni idea de qué tendría que hacer para superar la prueba de iniciación y, lo que era peor, tampoco sabía qué pasaría con los que no la

superaban.

La salida de más gente del barracón interrumpió sus negros pensamientos. Había otro par de chicos vestidos con túnicas blancas que debían superar la prueba ese día. El resto de los ocupantes de la casa, que ya se habían ganado su túnica gris hacía tiempo, trataban de animarlos.

Cuando Jorge y Diego llegaron, les pidieron que los siguieran hasta la plaza central. Allí se encontraron con el grupo de las chicas, encabezado por Sara e Irene. Además de Natalia, otras dos jóvenes con túnicas blancas se presentaban a la prueba. Los dos grupos se unieron y esperaron a que el resto de la congregación fuera llegando. Cuando ya estuvieron todos, Lidia y Celina se colocaron a la cabeza de la marcha y los guiaron hacia la explanada de la iglesia. Gabriel esperaba allí, subido en el estrado, con una sonrisa de paz en el rostro.

Se detuvieron frente al estrado y esperaron a que Gabriel bajase. Éste fue colocándose delante de cada uno de los aspirantes, susurrándoles unas palabras mientras colocaba las manos sobre sus cabezas. Cuando Gus le tuvo delante, bajó la cabeza, incapaz de soportar aquella clara mirada que parecía ver dentro de tu alma.

—Valor y compromiso —le susurró Gabriel.

Gus levantó la cabeza y trató de sonreír sin mucho éxito. No se consideraba valiente y su nivel de compromiso con aquella gente dejaba muchísimo que desear. Por suerte, Gabriel no se detuvo y continuó animando al resto de los aspirantes. Cuando terminó, se colocó al frente y, seguido por Lidia y Celina, guió al grupo a la parte trasera de la iglesia. Había una pequeña puerta en la valla que rodeaba la propiedad y en aquel momento se hallaba abierta. La cruzaron y se internaron en un bosque. Siguieron un estrecho sendero casi oculto por las hojas de eucalipto.

Toda la comitiva estaba en silencio. Sólo se escuchaba el crujir de las

hojas secas bajo sus pies y los cantos de algunos pájaros madrugadores. Las ramas altas de los árboles estaban muy juntas, impidiendo el paso de los primeros rayos de sol. Gus sintió que todo su cuerpo temblaba bajo la ligera túnica, pero no supo si atribuirlo al frío o al miedo que le inundaba y que amenazaba con paralizarlo. ¿Qué se suponía que debían hacer? ¿Tendrían que demostrar su valor en alguna ceremonia que implicase sangre o dolor? Él se mareaba con sólo ver una aguja. Estaba seguro de que no podría soportar algo que doliese realmente. Intentó consolarse a sí mismo pensando que quizá la ceremonia fuese una orgía entre todos los no iniciados. Eso era algo que se llevaba mucho en las sectas. En lugar de sentirse mejor, sintió que el estómago le daba vueltas. Se veía incapaz de desnudarse delante de toda aquella gente. Y, además, con aquel frío mañanero estaba seguro de que su aparato se negaría a funcionar.

Siguió avanzando, sintiéndose más nervioso a cada paso. A pesar del frío, sentía que un sudor pegajoso le cubría el cuerpo. Sus ganas de vomitar iban creciendo según se acercaban a su destino.

Los árboles habían ido espaciándose. En unos minutos se encontraron fuera del bosque. Frente a ellos se extendía un gran prado cubierto de niebla. Más adelante, el paisaje parecía desaparecer en un abismo blanco. Gus escuchó el agudo grito de las gaviotas y el sonido de las olas golpeando contra las rocas. El olor de los eucaliptos fue reemplazado por el aroma salado del mar. Siguieron a Gabriel para cruzar el prado. Una vez llegaron al acantilado, el grupo se dividió en dos. Gabriel guió a los miembros de la congregación por un camino que bajaba hasta la playa, mientras Lidia y Celina se internaban por un estrecho sendero, seguidas por los que tenían que someterse a la ceremonia de iniciación.

Gus empezó a bajar, apoyándose en la pared para no despeñarse. El camino, tan estrecho que apenas cabía una persona, estaba lleno de piedras

sueltas. Gus golpeó sin querer una de ellas y la vio caer durante lo que a él le pareció una eternidad para acabar engullida por una enorme ola. Sintió que la visión se le nublaba y que la cabeza se le iba y tuvo que apoyarse durante unos segundos en la pared, tratando de recuperar la calma. Escuchó quejas a su espalda, pidiéndole que se moviera, pero fue incapaz. Estaba aterrado, no podía dar un paso. Lidia guió a las personas que la seguían hasta una roca ancha en la que se detuvieron y regresó a por él.

—¿Qué sucede, Agustín?— su voz era más dulce y comprensiva de lo que Gus habría pensado nunca. Le cogió de las manos y empezó a avanzar de espaldas—. No mires abajo, céntrate en mis ojos. Yo te ayudaré.

Gus sintió que el bloqueo desaparecía y que era capaz de mover las piernas de nuevo. Se concentró en seguir la mirada gris azulada de Lidia y en escuchar su voz dulce, que iba animándole a cada paso. Su cuerpo seguía temblando y el sudor caía a chorros por su espalda. De vez en cuando tropezaba con alguna piedra suelta y sentía que el corazón se le subía a la garganta y se quedaba allí atascado, amenazando con ahogarle, pero Lidia no le permitía pensar en ello. Volvía a animarle y tiraba suavemente de él, sin dejar que se parase a pensar. De repente, la sonrisa de Lidia se hizo más amplia.

—Ya está. Lo has conseguido —le soltó las manos—. Voy a ayudar a llegar a los demás.

Gus se atrevió a mirar abajo. Estaba en la roca grande en la que esperaban los primeros que habían llegado. Era una especie de explanada, un mirador natural a varios metros sobre el mar. Algunos de sus compañeros se habían aproximado al borde para mirar el paisaje. Gus prefirió sentarse en el suelo, al menos hasta que sus piernas recuperasen la firmeza y pudiesen sostenerlo.

Cuando todo el grupo estuvo sobre la roca, Celina les pidió que se

acercaran. Todos se colocaron en círculo a su alrededor para escuchar sus instrucciones. Ella les miró y les sonrió, orgullosa, como una madre miraría a sus hijos.

—Hoy estáis aquí para convertirlos en miembros de nuestra comunidad. Durante el tiempo que habéis pasado con nosotros, hemos ido conociéndoos y estamos seguros de que todos vosotros merecéis formar parte de esta gran familia. Ya sólo os falta un pequeño paso para ganaros vuestro lugar en el grupo, para demostrar que sois dignos. Todos estamos esperando que lo consigáis para recibirlos con los brazos abiertos —Celina caminó unos pasos hasta situarse al borde de la gran piedra—. Lo único que pedimos es que demostréis vuestro valor y vuestro compromiso con un salto. Tenéis que saltar desde aquí y sumergiros en las aguas. Ése será vuestro bautismo. En estas frías aguas dejaréis vuestro pasado, vuestros pecados y vuestros miedos para renacer renovados. Luego sólo tendréis que nadar hasta la orilla, donde todo el grupo está esperando para daros la bienvenida a esta nueva vida.

Mientras Gus sentía como toda su sangre se le congelaba dentro de las venas, el resto del grupo prorrumpió en gritos de alegría. No se lo podía creer. ¿De verdad toda aquella gente estaba dispuesta a saltar desde aquella altura a un mar helado y encrespado que golpeaba con todas sus fuerzas contra las rocas? ¿Es que estaban todos locos? Él no podría hacerlo ni en mil años. Era imposible que pudiera sobreponerse a su vértigo para cometer aquella locura.

Los otros tres chicos del grupo se acercaron al borde de la explanada y le llamaron desde allí. Gus se acercó, tratando de controlar el temblor de sus piernas. Al pasar al lado de Natalia, le suplicó ayuda con la mirada. Ella era la culpable de que se encontrarán en esa situación. Debería hacer algo para sacarles de ella. Sin embargo, Natalia se limitó a asentir con la cabeza y a sonreír para infundirle ánimos. Gus sintió ganas de pararse frente a ella y

abofetearla para que reaccionara. ¿No había sido siempre ella la razonable, la lógica, la correcta? Saltar desde un acantilado y partirse la crisma no era ni razonable, ni lógico, ni correcto, pero parecía que en aquel momento a ella le parecía una idea genial. Si algún día conseguían salir de allí, iba a tener que escuchar sus reproches durante mucho, mucho, mucho tiempo...

El primero de los chicos se había colocado al borde del acantilado y miraba abajo con expresión decidida mientras tomaba aire con inspiraciones profundas. Lidia y Celina estaban a su lado, dándole las últimas indicaciones. Desde la playa el viento les traía los gritos de ánimo del resto de la congregación. El aspirante asintió, tomó impulso y se lanzó al vacío, tratando de mantener su cuerpo lo más recto posible para entrar con los pies por delante. Cayó a plomo, levantando una alta columna de agua. Sobreponiéndose a su vértigo, Gus se acercó al borde junto a sus compañeros, temiendo que el chico se hubiese matado. Al cabo de un tiempo que le pareció eterno, su cabeza emergió de entre las aguas. Todo el mundo empezó a aplaudir y a vitorearle. El chico sacó los brazos del agua e hizo el signo de la victoria, antes de empezar a nadar con fuertes brazadas hacia la orilla. Gus le siguió con la mirada, mientras se alejaba de ellos, preguntándose si lo conseguiría. La orilla estaba bastante lejos. A pesar de que no era un gran desafío para un nadador experto, él tenía serias dudas sobre si podría llegar hasta allí, suponiendo que se atreviera a saltar desde la roca.

Cuando el chico llegó a la playa, dos personas con túnicas rojas se acercaron a él para ayudarlo a incorporarse. Después le quitaron su túnica de color blanco y le colocaron una de color gris, como llevaban los miembros de pleno derecho de la congregación. La gente comenzó a cantar algo que Gus supuso que sería un canto de bienvenida, mientras el nuevo miembro se acercaba a Gabriel. El joven cayó de rodillas a sus pies. Gabriel se inclinó

hacia él para ayudarlo a levantarse y le dio un fuerte y largo abrazo. Cuando se separaron, el chico se unió al resto del grupo, donde también fue recibido con abrazos y muestras de cariño.

Sus compañeros en la roca contemplaban la escena con los ojos brillantes por la emoción. Estaban a un paso de conseguirlo, de ser admitidos para siempre en el grupo, de ser aceptados y queridos. Gus no compartía aquella emoción. Para él podrían haber puesto la meta en la luna, le resultaría igual de inaccesible. Era imposible que él pudiese saltar desde esa altura y que nadase esa distancia hasta la playa. Incluso si lo consiguiera, no se quedaría desnudo delante de aquella gente ni por todo el dinero del mundo. Gus contempló como otro de sus compañeros saltaba. Ya sólo quedaba Juan por saltar antes de que le llegase su turno. Gus contempló al chico mientras éste le pasaba sus gafas de culo de vaso a Lidia para que se las guardase. No tenía pinta de ser muy valeroso. Si él no saltaba, Gus podría ver qué le sucedía a la gente que no se atrevía a dar el salto antes de que le llegase su turno.

Para su desgracia, Juan no parecía decidido a ayudarlo. Caminó hasta el borde de la roca sin pensarlo dos veces, con una espléndida sonrisa adornando su rostro. Respiró un par de veces, extendió los brazos y saltó sin pensarlo más. En pleno vuelo, encogió el cuerpo y se abrazó las piernas, entrando en el agua en plan bomba, con el culo por delante. El estilo no fue muy elegante y levantó una enorme columna de agua, pero la gente desde la playa le aplaudió como si acabara de ganar el oro olímpico de salto de trampolín.

Lidia y Celina se giraron hacia él. Era su turno, ya no había marcha atrás. Gus también le pasó sus gafas a Lidia y se acercó al borde de la roca. Ir sin gafas tenía la ventaja de que percibía peor la altura a la que estaba, las rocas de debajo y las enormes olas que podrían tragárselo. Daba igual. No

podría saltar desde allí ni aunque le dieran una eternidad para pensárselo. Casi parecía que alguien se había sumergido en su subconsciente para diseñar una prueba que incluyese sus mayores fobias: las alturas, las profundidades, que no eran otra cosa que alturas hacia abajo, y quedarse en pelotas delante de un montón de gente.

Intentó convencerse a sí mismo de que podía saltar. Todos los demás lo estaban haciendo. Nadie se había abierto la cabeza ni se había ahogado. La gente de Nuevo Edén no les pediría a sus miembros que hiciesen una prueba que podía matarlos, así que debía de ser menos peligroso de lo que parecía. Ninguno de aquellos argumentos consiguió desbloquear sus músculos. A pesar del frío de la mañana, Gus sintió el sudor surcándole la espalda y resbalando por su frente. Todo su cuerpo temblaba, como si cada centímetro de su piel estuviese manteniendo una lucha feroz entre la orden de saltar que llegaba desde su mente racional y la orden, procedente de una parte de su cerebro mucho más primitiva y amante de la vida, que le pedía que se apartase de aquel acantilado, que dejase de hacer el gilipollas y que se escondiese en una cueva hasta que se le pasara el mareo.

Notó una mano en su brazo. El contacto le hizo pegar un brinco. ¿Es que iban a empujarle si no se decidía? Dio un par de pasos atrás mientras se giraba hacia la persona que le había agarrado, sin atreverse a abrir la boca para que el corazón, que se le había subido a la garganta, no se escapase. Lidia estaba a su lado, pero su expresión ya no era dulce ni comprensiva.

—¿Vas a saltar?

Gus lo pensó durante un par de segundos y, finalmente, negó con la cabeza mientras fijaba su mirada en el suelo, avergonzado. ¿A quién quería engañar? Era imposible que saltase desde allí, ni aunque le amenazasen con arrancarle la piel a tiras. No sabía cuál sería el castigo por no superar la prueba, pero tendría que afrontarlo. Lidia le devolvió sus gafas y le señaló el

sendero por el que habían llegado hasta allí.

—Regresa a la playa y espera a que terminemos.

Gus asintió y se dispuso a recorrer el camino de vuelta. Por unos segundos pensó en pedirle a Lidia que le acompañase, tal y como había hecho a la ida, pero desistió de la idea. Lidia ya no parecía interesada en ayudarlo. Seguramente le daba igual que él se quedase atascado en medio del camino, paralizado por el terror. Era muy posible que incluso le diese igual que se despeñase y acabase espachurrado sobre las rocas, convertido en papilla para gaviotas. No había superado la prueba y ya no era uno de ellos.

Curiosamente la pena y la vergüenza parecían haber ocupado tanto espacio en su cerebro que ya no había sitio para la fobia a las alturas. A pesar de que volvió a sentirse mareado, consiguió cruzar sin quedarse paralizado y tomar el sendero, más ancho y accesible, que llevaba hasta la playa. Cuando llegó allí, se quedó separado unos metros del resto del grupo, como si no se sintiera digno de colocarse a su lado. Por suerte, Juan le vio y se acercó a consolarlo.

—No pasa nada, Agustín —el chico le pasó un brazo sobre los hombros—. Yo tampoco lo conseguí el mes pasado y mírame ahora. Podrás hacerlo cuando estés preparado.

Gus soltó un largo suspiro, liberando gran parte de la tensión que tenía acumulada. Así que no te expulsaban por no conseguirlo y tampoco te torturaban o te convertían en parte del banquete de bienvenida para los nuevos iniciados. Tan sólo te obligaban a volver a intentarlo al mes siguiente. Gus pensó que tener que volver a aquella roca y plantearse saltar de nuevo ya era un castigo lo bastante horrible para él, pero, por suerte, no pensaba seguir en Nuevo Edén al mes siguiente.

Se colocó con el resto del grupo al lado de Juan, justo detrás de Gabriel y sus ayudantes. Todos los demás lucían ya con orgullo sus túnicas

grises. Sólo él continuaba llevando la túnica blanca que lo definía como el más cobarde y pringado del grupo.

Una chica había saltado ya al agua y nadaba con dificultad, tratando de alcanzar la orilla. El salto se le había dado muy bien, no había vacilado un solo segundo. Sin embargo, nadar no parecía ser su fuerte. Levantaba muchísima agua en cada brazada, haciendo un enorme esfuerzo, pero apenas avanzaba. Toda la gente de la playa se quedó en silencio, observándola con atención.

—¿Qué sucede si no lo consigue? —preguntó en voz baja a Juan.

—Si quiere, puede pedir ayuda, pero entonces la prueba no se considerará superada.

Gus se alegró aún más de no haber saltado. Las posibilidades de que él pudiese nadar aquel trecho sin ayuda eran mínimas. Continuó observando a la chica, que, ayudada por las olas, ya iba aproximándose a la orilla. Cuando por fin hizo pie y consiguió erguirse y caminar tambaleante hasta la playa, todo el mundo prorrumpió en gritos de alegría. Una vez puso el pie en la playa, dos de los ayudantes de Gabriel se acercaron a ella y la despojaron de su túnica mojada. Gus se sorprendió. Sabía que era una tontería, pero había esperado que fuesen más discretos con las chicas. La muchacha estaba totalmente desnuda delante de todos, pero no parecía importarle. Sonreía a todo el mundo, feliz por haberlo conseguido. Cuando le tendieron su nueva túnica, la contempló durante unos segundos con satisfacción, sin darse prisa por cubrirse.

Gus se sintió incómodo. No se consideraba un puritano, pero todo aquello le hacía sentirse incómodo. Dirigió su vista hacia la roca y pudo ver a Natalia, preparándose para saltar. Pensar en ver a Natalia desnuda le hizo sentirse aún peor. Ojalá ella también decidiera no saltar. Podían continuar investigando dentro de Nuevo Edén sin necesidad de pasar aquella prueba.

Esperaba que ella lo supiera.

Natalia se acercó al borde de la roca y saltó con elegancia, entrando en el agua con los brazos por delante, casi sin salpicar agua al zambullirse. Gus pensó con amargura que no era posible que aquella chica lo hiciera todo bien. Sólo le había faltado dar un par de mortales adelante para demostrar que era perfecta. Como no podía ser de otro modo, nadó hacia la playa sin dificultad, demostrando un estilo excelente. Gus se alegró de no tener que acercarse a ella en aquel momento. Le habría gustado escupirla por ser tan genial.

Todo el mundo en la playa había aplaudido su salto y ahora la animaban en su avance. En un par de minutos, Natalia se había puesto de pie y caminaba hacia la playa con la misma elegancia que una modelo en la pasarela. La túnica blanca se le pegaba al cuerpo, dejando muy poco a la imaginación. Gus notó que algo raro pasaba. Todos se habían quedado en silencio, contemplándola. Las nubes se habían abierto lo suficiente para dejar pasar unos rayos de sol, que iluminaban a Natalia mientras le quitaban la túnica. Gus intentó no mirar, pero no pudo separar la vista. Le recordó a un cuadro famoso: el nacimiento de Venus. En aquel momento era una diosa y todos parecían adorarla.

—Creo que es ella —escuchó decir a Gabriel—. Sí, creo que ella es la elegida. Preparadla.

CAPÍTULO ONCE

Carlos llamó con un par de golpes a la puerta antes de abrir y asomarse. Había varias mesas ocupadas con gente que estudiaba expedientes o consultaba datos en su ordenador. Todos ellos apartaron la mirada de lo que estaban haciendo para clavarla en Carlos.

—Disculpad... ¿Está Jokin? —Carlos dio un par de pasos dentro de la oficina—. Soy Carlos Vega. Aguirre me ha dicho que quería verme.

Un joven moreno con rastas en el pelo y una camiseta de rayas se levantó de su mesa, se acercó a Carlos y le tendió la mano. Carlos dudó unos segundos, preguntándose desde cuando la gente con aquellas pintas estaba en la comisaría para trabajar y no como detenida por quemar cajeros.

—Hola, yo soy Jokin —le indicó a Carlos que le siguiera hasta su mesa, cogió una silla vacía y le invitó a sentarse—. Aguirre me habló de la desaparición de tus dos amigos y he estado investigando un poco en mis ratos libres.

El chico abrió un cajón del escritorio y rebuscó entre los papeles hasta encontrar una carpeta de color marrón. De ella fue sacando varias fotografías que colocó ordenadamente sobre la mesa.

—La verdad es que no tengo muchos datos para investigar. Se supone que los casos están catalogados como suicidios y que han sido cerrados, así que Aguirre me ha prohibido que moleste a las familias hasta tener algo firme. Lo único a lo que he podido acceder es a las fotos de los expedientes y a sus perfiles en las redes sociales.

—¿Y has conseguido algo con eso?

—He encontrado algo que, como mínimo, es raro —Jokin señaló las fotografías—. Quizá no sería raro si estuviésemos en Suecia, pero aquí es bastante llamativo.

—No entiendo a qué te refieres.

—Al físico de las tres chicas: todas eran jóvenes, medían más de metro setenta, eran rubias y tenían la piel y los ojos claros. Puede ser una casualidad, pero tampoco es que en el País Vasco sea tan abundante el tipo nórdico de mujer. Y no creo que haya algún virus por ahí que haga que las rubias se suiciden.

—¿Entonces crees que hay posibilidades de que no se trate de suicidios?

—Como te he dicho, se trata de una impresión. No tengo ninguna prueba de ello. Sólo te digo que si me hubieran pasado las fotos de estas tres chicas, diciéndome que habían aparecido muertas, pero sin decir nada sobre suicidios, habría pensado que me hallaba ante las víctimas de un asesino en serie.

Carlos sintió que un escalofrío le recorría la espalda. No podía ser. ¿Cuántos asesinos en serie había habido en Vizcaya en las últimas décadas? ¿Por qué tenían que tocarle todos a él?

—Supongo que sabes cómo funciona lo de los asesinos en serie — siguió comentando Jokin—. Eligen un tipo de víctima y buscan gente que encaje en ese perfil. Así que, si yo conociera a una chica joven y guapa, rubia y de ojos claros, andaría con ojo por si decidiera suicidarse misteriosamente. ¿Te pasa algo? ¿Estás bien?

Carlos sintió que toda su sangre se congelaba en un instante. Él conocía a una chica joven y guapa, rubia y de ojos y piel clara. La conocía tan bien que, hasta hacía unas semanas, había compartido piso con ella. Había ignorado todas sus sospechas hasta alejarla de él y empujarla hacia un grupo en el que podía haber un asesino en serie esperando precisamente una víctima como ella. Se sintió impotente, desesperado y culpable. Tan culpable... Nunca podría perdonárselo si le acababa pasando algo por no haberla

escuchado.

—Sí, estoy bien —contestó para tranquilizar a Jokin—. Muchas gracias por tu información, creo que va a sernos muy útil.

Jokin sonrió y le acompañó hasta la salida. Carlos avanzó por el pasillo, sintiendo que la cabeza le daba vueltas, que el corazón latía desacompasado, que las piernas se negaban a sostenerle, que su conciencia le gritaba hasta desgañitarse que Natalia iba a morir por su culpa. Quería hacer algo, quería correr, luchar y golpear, pero no había objetivo ni enemigo. No sabía qué hacer ni dónde buscar. Lo único que sabía, de una manera cada vez más acuciante, es que el tiempo de Natalia se acababa.

Gus siguió dando vueltas a la comida de su plato, moviéndola de un lado a otro y espachurrándola para que la gente no se diese cuenta de que no comía. Por suerte, nadie más se había sentado a su mesa y, desde su fracaso en la ceremonia de iniciación, ni siquiera le miraban mucho, como si fuera unapestado, así que le resultaría mucho más fácil disimular.

Levantó la cabeza del plato y miró a Natalia, sentada en otra mesa con varias chicas. La habían trasladado desde el barracón a una de las casitas unifamiliares, que compartía con tres compañeras. Se la veía tan integrada y feliz con ellas que casi parecía que se hubiera olvidado de él.

Gus bajó la cabeza hacia el plato de nuevo, para seguir revolviendo la comida. Su estómago se rebeló, lanzando un largo rugido de furia. Se moría de hambre. Llevaba muchos días sin comer nada, aparte de algún mendrugo de pan. Siempre había sido delgado, pero su estado actual era penoso. Se le notaban todas las costillas y los huesos de los hombros y su cara se había vuelto afilada. Además de eso, se sentía débil, deprimido y cansado. No tenía fuerzas para nada y sentía frío todo el tiempo. No iba a poder aguantar mucho más esa situación y, además, empezaba a pensar que tampoco tenía mucho

sentido que aguantase. No estaban consiguiendo información y le daba la impresión de que a Natalia no le importaba, que cada día estaba más lejos de él y más cerca de ellos. Deberían marcharse, pero no sabía cómo convencerla.

Vio que Natalia y sus amigas se levantaban de la mesa, así que las imitó. Tiró el contenido de su plato a un contenedor y las esperó en la puerta. Natalia pasó con sus compañeras, charlando y riendo, sin dedicarle siquiera una mirada. Él la siguió y la sujetó por un brazo.

—Natalia, ¿podríamos hablar unos minutos?

—Claro —se separó de sus amigas unos pasos—. Ahora mismo voy, chicas.

—¿No podemos ir a hablar a un sitio más tranquilo? —preguntó Gus, incómodo.

—No, no tengo mucho tiempo. Tenemos sesión de meditación con Irene en cinco minutos. ¿Qué es lo que querías? ¿Es urgente?

—Sí, sí es urgente —Gus bajó la voz antes de continuar hablando—. Tenemos que marcharnos de aquí. No estamos consiguiendo nada, tenemos que intentar encontrar a Leticia y salvarla antes de que se suicide, me muero de hambre y, además, creo que Gabriel te ha escogido para que seas la siguiente de la lista.

—Sí, eso se rumorea —los ojos de Natalia se iluminaron por la ilusión—. Si me convierto en la siguiente elegida, estaremos muy cerca de conseguir la información que necesitamos.

—No, Natalia. Eso es una locura. Es demasiado arriesgado. Tenemos que irnos...

—Natalia, ¿vienes? —llamó una de las chicas—. Vamos a llegar tarde.

—Sí, ya voy —Natalia le dirigió una sonrisa de disculpa— Ya hablaremos de esto. Tranquilo, sé lo que hago. Y come algo, te vas a poner enfermo.

Natalia se alejó, acompañada de sus amigas, dejando a Gus con la palabra en la boca. Sintió que la ira le invadía. ¿Es que Natalia se había vuelto gilipollas? Estaba a punto de convertirse en una víctima potencial y le hacía ilusión. Sintió ganas de gritar y romper cosas, pero se suponía que tenían que ser discretos, así que simplemente se marchó de allí a grandes zancadas, maldiciendo entre dientes.

Se dirigió hacia la casa principal, donde vivía Gabriel. Jorge le había pedido que se reuniesen allí después de comer para pasarse la tarde recortando los setos del jardín. Cuando llegó, todavía no había aparecido nadie. Los jardines estaban desiertos. Decidió dar una vuelta para mantener el calor. Sus pasos le condujeron hacia la zona de los almacenes. La puerta de uno de ellos estaba abierta. Gus se asomó y llamó a Jorge, pero no recibió respuesta. Parecía que no había nadie dentro. Quizá se habían dejado la puerta abierta por error. Cuando iba a salir, se fijó en una de las baldas. Había docenas de tabletas de chocolate a la taza. Con sólo imaginarse partiendo una de aquellas onzas y llevándosela a la boca para sentir aquel sabor dulce y amargo a la vez, se le hizo la boca agua. Sin pensarlo un segundo, cogió una de las tabletas y salió del almacén a la carrera.

Buscó un sitio tranquilo entre los árboles y se sentó. Tras mirar a todos lados y asegurarse de que estaba solo, quitó parte del envoltorio de la tableta y partió con esfuerzo una onza, sintiendo que las manos le temblaban. Su estómago rugió tan fuerte que temió que pudiesen escucharlo en todo el recinto.

Se metió la onza en la boca y su sabor hizo que casi le entrasen ganas de llorar. Le pareció que el azúcar entraba a chorros en su torrente sanguíneo, haciéndole revivir. No pudo controlarse más y comenzó a devorar la tableta a mordiscos, como un animal.

—Agustín, ¿se puede saber qué estás haciendo? —preguntó una voz a

su espalda.

Gus se quedó paralizado, sin saber qué contestar. Tratar de ocultar el chocolate sería inútil. Seguramente la persona llevaba observándole un rato y, además, sería imposible ocultar las manchas de sus manos y su boca. Se levantó del suelo y se giró hacia la voz, tratando de parecer muy arrepentido. Diego le observaba con el ceño fruncido y los brazos cruzados sobre el pecho.

—Lo siento. Tenía hambre.

—Eso no es excusa para robar. Acabo de verte en el comedor. ¿Por qué no has comido allí?

Gus se quedó en silencio. ¿Qué podía decirle? ¿Que se negaba a comer la comida que preparaban porque sospechaba que los estaban drogando? Se limitó a bajar la mirada y clavarla en el suelo.

—¿No tienes nada que decir? Está bien. Sígueme.

Diego empezó a andar a paso rápido, seguido de Gus. Enseguida descubrió hacia donde se dirigían: a la zona de los cobertizos donde le habían encerrado la otra vez que le pillaron robando. Gus se sintió más tranquilo. Si tan sólo iban a encerrarle de nuevo otro día para que reflexionase, su situación tampoco era tan grave.

Diego buscó la llave de uno de los cobertizos en su llavero, abrió la puerta y le indicó a Gus que entrara. Éste obedeció, sin atreverse a levantar la mirada. Entró en el cobertizo, buscó un sitio libre entre las cajas y herramientas que llenaban el lugar y se sentó en el suelo.

—Te quedarás aquí hasta la reunión de la noche —dijo Diego, antes de cerrar la puerta—. Sólo eres un cobarde y un ladrón. No mereces estar entre nosotros. Gabriel decidirá qué debemos hacer contigo.

CAPÍTULO DOCE

—El dormitorio estaba sumido en completo silencio y, si se hubiera hallado menos agobiado por las preocupaciones, Harry se habría dado cuenta de que la ausencia de los habituales ronquidos de Neville indicaba que alguien más tampoco lograba conciliar el sueño —Leticia cerró el libro y lo dejó sobre la mesilla—. Esto es todo por hoy. Mañana más.

—¡No, otro capítulo! —protestó María, sentándose en la cama.

—No, ya es muy tarde.

—Pero quiero saber qué pasa con Harry...

—Si quieres saber más, puedes leerlo tú sola. Ya eres mayorcita.

—Pero me gusta que me lo leas tú— a pesar de que ya tenía diez años, María se puso a hacer pucheros como si fuera un bebé—. Te he echado mucho de menos.

—Tienes la cara muy dura— Leticia se ríe, empujó suavemente a María para que volviera a tumbarse y la arropó, subiendo las mantas hasta la altura de sus orejas—. No me vas a convencer. Mañana es día de cole. Que descanses.

Antes de que María pudiese protestar de nuevo, le dio un beso en la frente y salió de la habitación. Mientras recorría a oscuras el pasillo, tropezó con algo y estuvo a punto de caer al suelo. Se agachó para recoger a Misty, su enorme gata gris, que se empeñaba en frotarse contra sus piernas mientras ella andaba.

—Madre mía, cómo pesas. No sé si debería darte más de comer.

La gata le clavó sus ojos redondos y soltó un maullido lastimero que hizo que Leticia se riera. Abrazó a la gata, la llevó hasta la cocina y relleno su cuenco de comida. Se quedó observándola unos minutos, pensando en lo mucho que había echado de menos a su hermana María, a sus padres e

incluso a su gata, aunque sólo le hiciera caso a la hora de comer. El problema era que, ahora que volvía a estar con ellos, echaba muchísimo de menos a Gabriel.

Se recostó en el sofá y pasó los siguientes minutos haciendo zapping. Nada le interesaba. Se sentía extraña desde que había vuelto de Nuevo Edén. Era como si nada del mundo la emocionase, como si estuviera muerta por dentro. Era capaz de sentir tristeza y alegría, pero no parecían emociones reales. No podía explicarlo bien, pero era como si sus emociones estuvieran envueltas en algodón, amortiguadas... La única emoción real y genuina, que parecía ocupar el centro de sus pensamientos y brillar como un faro, era lo mucho que añoraba a Gabriel, las ganas que tenía de estar a su lado. Por desgracia, aún quedaba tiempo para eso. Para demostrar que le amaba de verdad y que le merecía, debía superar aquella última prueba: volver a su entorno real durante un tiempo y esperar a que la reclamasen; demostrar que su fidelidad al grupo y a Gabriel era mayor que el amor por su familia, sus amigos y sus proyectos de futuro; recuperar su vida y estar dispuesta a renunciar de nuevo a todo por estar con él.

Odiaba aquella prueba, le parecía una tortura demasiado grande. Pasaba el tiempo con su familia y amigos pensando que podía ser la última vez que besase a su madre, la última vez que arrojase a su hermana, la última vez que abrazase a su padre... Ya había decidido que quería estar con Gabriel y sabía que, cuando por fin la llamasen para preguntarle su decisión, volvería a elegir lo mismo. Hacerle pasar por eso le parecía cruel y gratuito, pero no le quedaba otra salida que esperar a que volvieran a llamarla y le permitiesen regresar.

De repente escuchó el sonido de su móvil. Corrió hacia él para cogerlo antes de que sus padres o su hermana se despertasen. Miró la pantalla un segundo antes de descolgar. El número no le sonaba de nada y era muy

tarde para que fuese una llamada comercial. Descolgó y se llevó el teléfono a la oreja.

—Diga.

—Salamandra. Azul. París —contestó una voz al otro lado del teléfono.

La luz de los ojos de Leticia se apagó. Su postura cambió, volviéndose más relajada. Siguiendo las instrucciones que le daban por teléfono, avanzó torpemente a través del salón, cruzó el hall y abrió la puerta de la casa. La escalera estaba oscura, pero Leticia ni siquiera se paró a pulsar el interruptor. En su mente no existía esa oscuridad, ni esas escaleras, ni las paredes que la rodeaban. Estaba subiendo una montaña en un día soleado. Escuchaba el canto de los pájaros, sentía una brisa fresca en la cara, notaba el calor de los rayos del sol acariciando su piel... La subida era larga, pero no se encontraba cansada. Sentía que podría seguir subiendo para siempre si fuese necesario, porque al final del camino estaría él. Por fin iba a poder reunirse con Gabriel. Sólo quería mirarle, contemplar sus ojos claros, sus labios perfectos, descansar entre sus brazos y apoyar la cabeza en su pecho para escuchar su corazón... Aceleró sus pasos, sintiéndose cada vez más ansiosa por llegar a su destino.

Llegó al último piso y subió las escaleras que llevaban a la azotea. Abrió la puerta del casetón y se encontró bajo un oscuro cielo casi desprovisto de estrellas. Nada de aquello existía para ella, ni las antenas, ni los edificios a sus pies, ni el ulular triste y lejano de una sirena que rasgaba la noche, ni el viento helado que agitaba su pelo y sus ropas. A sus ojos, el sol brillaba con fuerza en un cielo azul, calentando su cuerpo. Estaba en el acantilado en el que se realizaba la prueba de iniciación, en la enorme roca desde la que había que saltar. Se acercó al borde y observó la playa que tenía enfrente. A pesar de estar bastante lejos, distinguió perfectamente la alta figura que la esperaba allí. Era Gabriel. Sólo tenía que saltar y nadar hacia él

para poder abrazarlo y tocarlo, para que él besase su pelo y le dijese que podrían estar juntos para siempre. Durante unos segundos, se quedó quieta, pensando en sus padres, en sus amigos, en su gata y, sobre todo, en su hermana María. No sabía si podría volver a verla y ni siquiera había terminado de leerle el libro. Iba a echarles mucho de menos a todos y a sentirse muy culpable por haberles hecho daño. La voz del teléfono le insistió. Si no saltaba ya, si no demostraba que estaba segura, Gabriel se marcharía para siempre. Observó que, en la otra orilla, la alta figura se daba la vuelta y empezaba a alejarse. Tenía que saltar. Ya encontraría la manera de explicarle a su familia su decisión, de hacerles comprender que había tenido que marcharse, pero no podía perder a Gabriel. Sin pensarlo más, avanzó un par de pasos y se lanzó al vacío.

Diego guiaba a Gus agarrándole con fuerza por un brazo. Apretaba tanto que le hacía daño. Gus sentía ganas de decirle que no era necesario que le agarrase tan fuerte, que no pensaba escaparse, pero la ira que encendía los ojos del jefe de seguridad le convenció de que sería mejor mantenerse en silencio. Su situación ya era lo bastante comprometida como para empeorarla más. Sólo debía permanecer callado, decir que estaba muy arrepentido y aceptar su castigo. Aquello no era importante. Lo importante era poder hablar con Natalia de nuevo y convencerla de que estaban en peligro y de que había llegado el momento de largarse.

La explanada estaba repleta de gente que fue girándose a su paso mientras Diego le conducía al estrado. Algunos le lanzaron miradas furiosas, pero la mayoría agachó la cabeza, como si estuvieran demasiado defraudados con lo que había hecho como para mirarle a la cara. Gus sintió ganas de pararse y de gritarles que sólo había robado una puñetera tableta de chocolate, que no había matado a nadie, que tenían el cerebro comido por

aquella gente y no eran capaces de pensar por sí mismos. Sin embargo, lo único que hizo fue agachar la cabeza para parecer arrepentido y seguir caminando.

Diego le hizo subir las escaleras y le situó en medio del estrado. Gabriel se acercó a él. Gus le miró, esperando encontrarse con su mirada de rechazo, pero sólo halló tristeza y comprensión en aquellos ojos. No sabía qué tenía aquel hombre, qué poder escondía su mirada, pero, por primera vez en aquel día, se sintió avergonzado por lo que había hecho y por haberle defraudado.

—Diego, por favor, cuéntale a la congregación lo que ha sucedido —pidió Gabriel.

—Esta tarde he descubierto a Agustín robando comida de nuevo. La única explicación que ha sabido darme es que tenía hambre, pero acababa de salir del comedor. Ya es la segunda vez que roba. Parece ser que el castigo que le impusimos la otra vez no sirvió de nada. Creo que deberíamos ser más firmes con él. Como jefe de seguridad, no puedo hacer bien mi trabajo si tengo que estar preocupado de los delitos que puedan cometer los propios miembros de Nuevo Edén.

—Te comprendo, Diego. No hay sitio para ladrones entre nosotros. Además, Agustín ni siquiera fue capaz de superar la prueba de iniciación, así que ni siquiera es uno de los nuestros —Gabriel se acercó a Gus y le puso una mano sobre el hombro—. Lo siento mucho, pero tenemos que pedirte que abandones nuestra comunidad. ¿Tienes algo que decir en tu defensa?

Gus levantó la cabeza y miró a Gabriel. No tenía palabras ante aquellos ojos que parecían transmitirle toda la comprensión y la pena del mundo. Parecía que a Gabriel le dolía de verdad tomar aquella decisión y aquello hizo que todas las excusas que pudiera haberse inventado murieran en su pecho sin llegar a ser pronunciadas. Volvió a bajar la mirada,

avergonzado. No podía hablar si seguía enfrentándose a aquellos ojos.

—Acepto mi castigo —contestó al fin—. Lo único que os pido es que me dejéis despedirme de mi hermana.

—Tranquilo, podrás hacerlo —Gabriel le soltó y se volvió hacia Diego—. Por favor, llévatelo y que se prepare para marcharse. Cuando termine la reunión, podrá hablar con Natalia.

Diego volvió a agarrar a Gus del brazo como si temiera que intentase escapar y le hizo bajar de la tarima. Mientras volvían a cruzar aquel mar de miradas de decepción, Gus buscó a Natalia entre la gente. La encontró en un lateral de la plaza, en las primeras filas. Le miraba furiosa, con el ceño fruncido y los labios apretados. ¿Es que encima iba a echarle una bronca? Había acudido allí por ella, se había puesto en peligro por no dejarla sola, llevaba un montón de días trabajando como un mulo y pasando hambre y frío por no abandonarla... No era justo que se enfadara con él.

Diego le guió hasta la casa de Sara. La mujer ya les estaba esperando allí, con todas las pertenencias de Gus preparadas. Le devolvieron su mochila, su cartera y su móvil y le indicaron que pasase al cuarto de baño para quitarse la túnica y ponerse sus ropas. Después de vestirse, se contempló en el espejo. Seguía sin ser él. Echaba mucho de menos ponerse sus vaqueros gastados y sus camisetas negras. En un último gesto de rebeldía, se soltó el pelo y se lo alborotó con los dedos. Estaba harto de aquella coleta. Volvió a mirarse en el espejo. Seguía sin ser él. Estaba pálido y demacrado, enfermizo. Siempre había sido un tío delgado, pero debía haber perdido mucho peso estando allí, porque los huesos de sus pómulos se marcaban bajo su piel como si pretendieran rasgarla y salir al exterior. Además, sus ojos estaban rodeados por unas profundas bolsas de color morado. Era una pena que Halloween hubiese pasado ya. Habría tenido el disfraz de muerto perfecto sin gastar un duro en maquillaje. Cuando estuvo preparado, salió del baño y

recogió su mochila.

—Puedes esperar fuera —le indicó Sara, señalándole la puerta—. Natalia llegará enseguida para despedirse de ti y después vendrá un coche para llevarte a casa.

Gus asintió y salió de la casa sin despedirse. Se sentó a unos metros de la fachada, en un pequeño y frío banco de piedra, y encendió un cigarrillo para esperar a Natalia.

Unos minutos después la vio acercarse por el camino. Gus se levantó y se dirigió hacia ella. Quería que estuviesen lo más lejos posible de la casa de Sara para hablar sin ser escuchados. Cuando estuvo más cerca, se dio cuenta de que Natalia seguía furiosa. Sus labios continuaban fruncidos y su mirada parecía capaz de congelar mares.

—¿Cómo puedes ser tan estúpido? —le dijo ella, a modo de saludo—. Has estado a punto de estropearlo todo. ¿Qué habríamos hecho si nos hubiesen expulsado a los dos?

—Marcharnos juntos, tal y como debemos hacer ahora —contestó Gus—. Ya no tenemos nada que hacer aquí.

—¿Cómo que no tenemos nada que hacer? Estoy consiguiendo datos sobre su financiación y sobre el funcionamiento del grupo. Además, dicen que voy a convertirme en la siguiente elegida. Sabré de primera mano qué es lo que sucede.

—¿Es que estás loca? Por si no lo recuerdas, las elegidas mueren. Es por eso por lo que estamos aquí. No puedes arriesgarte de esa manera. Diles que, ya que me han expulsado, no quieres quedarte aquí sin mí y vente conmigo —Gus le agarró la mano con fuerza, tratando de convencerla—. No puedes quedarte aquí sola. Larguémonos y busquemos a Leticia. Ella podrá contarnos todo lo que les sucede a las elegidas sin que tú tengas que arriesgarte.

—No, me quedo. No voy a arriesgarme a que esa chica no quiera contarnos nada. Estoy muy cerca de saber la verdad.

—Sabes que no es eso... Te gusta estar aquí, encajar entre esta gente y estar a punto de convertirte en la protagonista. Natalia, nada de esto es real. Toda esta gente está loca, viven en una fantasía que no existe.

Natalia volvió a lanzarle una mirada furiosa y liberó su mano de un tirón. En aquel momento escucharon el ruido de un motor que se acercaba. Gus sintió que su estómago se encogía por el miedo. Ya venían a por él, le quedaba muy poco tiempo y no podía dejar a Natalia allí.

—Natalia, por favor. Piensa en Carlos, en lo mucho que te estará echando de menos, en lo loco que estará buscándote por todas partes...

—A Carlos no le importo nada. Seguro que ni siquiera se ha dado cuenta de que me he marchado.

—Pues piensa en cómo se sentirá cuando le avisen de que una chica se ha suicidado y tenga que ir a recoger tu cadáver.

Le pareció vislumbrar una chispa de emoción en los ojos de Natalia. Quizá miedo, quizá tristeza. En aquel momento, una furgoneta apareció por el camino y frenó frente a ellos. La puerta del conductor se abrió y Diego se bajó y abrió la puerta trasera.

—Vamos, Agustín. Nos marchamos.

Gus y Natalia se levantaron. Gus atrajo a Natalia contra su pecho y le dio un largo abrazo.

—Natalia, por favor. Ven conmigo. No puedo dejarte aquí.

Ella se separó y negó con la cabeza. Gus creyó distinguir el brillo de las lágrimas en sus ojos, pero, antes de que pudiera insistir más, se giró y salió corriendo por el camino. Diego carraspeó a su espalda, sujetando la puerta trasera de la furgoneta. Gus recogió su mochila y entró. Parecía la misma furgoneta en la que habían llegado a Nuevo Edén. No tenía ventanillas

traseras, así que el viaje de vuelta tampoco le serviría para saber dónde había estado.

Tres horas después la furgoneta paró y la puerta trasera se abrió. Diego le indicó con un gesto que podía bajar. Gus se colgó la mochila a la espalda y bajó de un salto. Reconoció la calle de inmediato. Estaban frente a la sede de Nuevo Edén en Bilbao. Diego se despidió con un gesto de la cabeza, volvió a entrar en la furgoneta y se marchó, dejándole solo en medio de la ciudad.

Era ya muy tarde y todos los comercios estaban cerrados. Ni siquiera había tráfico, sólo se veía pasar algún coche cada varios minutos. Gus sacó su móvil de la mochila y trató de encenderlo. Imposible, la batería debía de haberse agotado hacía días y, además, ni siquiera tenía tarjeta SIM porque la había tirado por el wáter la noche que llegó a Nuevo Edén.

Escuchó el sonido de un motor acercándose y su rostro se encendió de alegría. Sin pensarlo un segundo, saltó a la carretera poniéndose en su camino, agitando los brazos como un loco. El coche frenó a unos metros y él se acercó a la ventanilla del copiloto con las manos levantadas.

—Buenas noches —saludó a los agentes que le miraban desde el interior del coche—. Necesito que me pongan en contacto con el inspector de homicidios Carlos Vega. Es urgente.

III. CONVERSIÓN

CAPÍTULO UNO

Natalia se quedó de pie en el camino, observando como la furgoneta atravesaba las altas vallas de Nuevo Edén y desaparecía, engullida por la oscuridad de la noche. En cuanto la perdió de vista, se hizo consciente de lo sola que estaba. Ya no tenía a nadie a quien acudir ni a quien pedir consejo. Trató de encerrar aquellos miedos en lo más profundo de su mente. Daba igual que se hubiese quedado sola, que Carlos nunca hubiera querido confiar en ella y que Gus la hubiese abandonado. Sabía que estaba en el camino correcto y que, si aguantaba un poco más, conseguiría probar que alguien en Nuevo Edén estaba asesinando a aquellas chicas. En aquel momento ella era su única esperanza de que consiguieran justicia.

El sonido de unos pasos sobre la gravilla del camino le hizo girarse. Lidia y Celina se aproximaban. Natalia consiguió esconder el desagrado que aquellas dos mujeres le producían detrás de una falsa sonrisa.

—¿Ya se ha marchado? —preguntó Celina.

—Sí, ya está —Natalia agachó la cabeza y desvió su mirada hacia el suelo—. Lamento mucho las molestias que mi hermano os ha causado.

—Tú no tienes la culpa de eso —Lidia se colocó a su lado y le pasó un brazo por la espalda, tratando de animarla—. No todo el mundo encaja aquí. Es mejor para todos que se haya ido.

—Puede que tengáis razón, pero voy a echarle mucho de menos — Natalia se apartó un par de pasos de Lidia, esperando que no se notara que rechazaba su contacto—. Voy a irme a dormir. Supongo que mañana por la mañana lo veré todo más claro.

—No vas a poder irte a dormir todavía —la interrumpió Celina—. Gabriel quiere verte.

—¿Ahora?

Celina asintió y, sin dar más explicaciones, se puso en camino hacia la casa de Gabriel, confiando en que Lidia y Natalia la seguirían. Las dos mujeres lo hicieron. Por suerte, tras unos metros en silencio, Lidia dejó de caminar al lado de Natalia y aceleró su paso para colocarse a la par de Celina. Siguió caminando tras las dos mujeres, sintiéndose más nerviosa a cada paso que daban. ¿Qué quería Gabriel de ella que no pudiese esperar hasta la mañana siguiente? ¿Por qué había esperado a que Gus, su único aliado y compañero en aquel lugar, se hubiera marchado para llamarla? ¿Habrían descubierto algo sobre su verdadera identidad?

El camino hasta la casa se le hizo muy corto. Trató de serenarse mientras Celina abría la enorme puerta de entrada. No podía enfrentarse a Gabriel en aquel estado. Las piernas le temblaban tanto que amenazaban con dejar de sostenerla, su corazón latía tan fuerte que parecía retumbar en su pecho como un tambor, las manos le sudaban a pesar del frío de la noche...

En cuanto entraron, las dos mujeres la guiaron hasta una enorme biblioteca y la dejaron allí sola, indicándole que Gabriel acudiría en unos minutos. Cuando cerraron la puerta tras ella, Natalia trató de tranquilizarse, realizando los ejercicios de relajación que había practicado tantas veces en las clases de Irene. Según iba respirando de forma lenta y acompasada, intentó alejar sus pensamientos negativos fijándose en los detalles del lugar en el que estaba. La estancia se encontraba tenuemente iluminada por una lámpara de pie y la luz que salía de la chimenea. Frente a ésta se encontraban dos mullidos sillones de piel, perfectos para disfrutar de un buen libro al calor del fuego o de una agradable conversación. Natalia se sentó en uno de ellos, extendió las manos y dejó que el fuego la calentase, mientras se distraía con el movimiento de las llamas. Poco a poco se fue relajando e incluso sintió que, con aquella tranquilidad y el calor del fuego, podría llegar a quedarse dormida. El ruido de una puerta al cerrarse a su espalda la asustó, haciendo

que se girase de un salto.

Gabriel estaba en la puerta. Ya no llevaba su habitual túnica, sino unos vaqueros desgastados y una camiseta blanca. Se acercó a ella con una sonrisa.

—Siento haberte asustado —se disculpó, sentándose en el otro sillón—. He tratado de no hacer ruido con la puerta, pero en estas casas antiguas siempre hay corrientes de aire.

—No te preocupes. Estoy bien. Me han dicho que querías verme.

—Sí, quería hablar contigo de un par de cosas —Gabriel le señaló el mueble-bar—. ¿Quieres tomar una copa?

—No, gracias. Estaba a punto de irme a dormir. Ha sido un día muy largo.

—Lo imagino. Siento muchísimo que hayas tenido que pasar por todo esto —Gabriel se inclinó hacia ella y tomó sus manos—. Espero que el hecho de que hayamos tenido que expulsar a tu hermano no haya cambiado tu deseo de ser uno de nosotros.

—No. Comprendo que no os ha quedado otra opción. Mi hermano siempre ha sido un poco rebelde y alocado. Pensé que la influencia de este lugar le cambiaría y le ayudaría a centrarse, pero veo que no ha sido así. Soy yo la que lamenta las molestias que os hemos causado y espero que me permitáis continuar aquí.

—Por supuesto, Natalia —él acarició el dorso de su mano distraídamente. Natalia se sintió incómoda, pero no se atrevió a soltarse—. Todos queremos que te quedes y yo más que nadie.

—¿Tú? ¿Por qué?

—Como ya sabrás, fui escogido por Dios para ser el padre de su Mesías en la Tierra. Para lograrlo, debo encontrar a una mujer digna de tal empresa. Cuando esa mujer se halle frente a mí, Dios me lo hará saber. Hasta el

momento no he sido capaz de hallarla. Todas las candidatas que he elegido han fallado la prueba. No sé si es mi culpa, si me dejo engañar, si no soy capaz de distinguir las o si el maligno pone trampas en mi camino para que no pueda encontrarla. Por suerte, ninguna de las falsas elegidas ha pasado la prueba y he podido darme cuenta de su falsedad antes de que fuera tarde.

Natalia le observaba con la boca abierta, asintiendo a sus palabras. Le parecía increíble que un hombre como Gabriel, que a primera vista parecía culto, educado y centrado, estuviese tan desquiciado. Seguramente padecía algún tipo de paranoia con delirio de grandeza. Aquello tenía sentido desde un punto de vista clínico. Los paranoicos podían estar totalmente integrados en su entorno y ser personas razonables y equilibradas salvo si se tocaba el tema de su delirio. Lo que no era tan normal era que un paranoico lograra rodearse de tantas personas que creyeran en su delirio y lo reforzaran. ¿Es que toda la gente de Nuevo Edén creía de verdad que aquel hombre tenía una misión de Dios? Ella reconocía que la voz de Gabriel tenía algo especial que parecía hipnotizarte, que su mirada tenía un brillo diferente, que su presencia hacía que tuvieras ganas de seguirle... Podía ser difícil resistirse a su encanto cuando le tenías enfrente, pero no podía entender cómo todas aquellas personas no se planteaban, cuando estaban a solas por la noche en sus cuartos, que estaban viviendo una locura.

—Por suerte, creo que esta vez será diferente —seguía diciendo Gabriel, sin soltar su mano—. Siento en lo más profundo de mi alma que esta vez sí he acertado con mi elección, que he encontrado a la persona correcta. ¿Qué crees tú?

—¿Qué creo sobre qué? —preguntó Natalia, confundida.

—Sobre la posibilidad de que tú seas la elegida —Gabriel le lanzó una sonrisa que pareció iluminar la habitación—. ¿Quieres intentarlo?

Natalia se quedó en silencio unos segundos, sin saber qué contestar.

Las palabras de Gus acudieron a su mente: *Las elegidas mueren. Piensa en cómo se sentirá Carlos cuando le avisen de que una chica se ha suicidado y tenga que ir a recoger tu cadáver.* Aquello podía ser muy arriesgado, pero no se le ocurría otra manera de conocer la verdad que se ocultaba en aquel lugar. Llevaba días tratando de sacar el tema entre sus compañeras y nadie había sido capaz de decirle qué sucedía con las chicas que eran elegidas, en qué consistía su prueba, por qué eran expulsadas... Sólo podría descubrirlo poniéndose en su lugar, viviendo lo mismo que ellas habían vivido, por muy peligroso que fuese.

—Sí, claro que quiero intentarlo —Natalia desvió su mirada hacia el suelo para ocultar el miedo que sentía, esperando que Gabriel lo interpretara como timidez—. Haré lo que sea necesario para ser digna.

Gabriel se levantó del sillón, tiró de las manos de Natalia para ayudarla a incorporarse y la atrajo hacia su cuerpo para abrazarla con fuerza. Natalia trató de no resistirse, pero notó que todos sus músculos se tensaban al contacto, que todo su cuerpo rechazaba aquel abrazo. Pensó que aquella situación era realmente irónica. El noventa por ciento de las mujeres de Nuevo Edén darían cualquier cosa por estar entre los brazos de Gabriel, mirarle a los ojos y suspirar enamoradas, mientras que ella, que lo había conseguido, no podía pensar en otra cosa que en liberarse de su presa y huir muy lejos, a refugiarse en otros brazos y perderse en otros ojos. La situación le resultó tan surrealista que no pudo contener una risita nerviosa.

—A partir de ahora vivirás aquí —le anunció él, exultante como un adolescente enamorado—. Celina y Lidia te mostrarán tu habitación y estarán atentas a complacer tus más mínimos deseos.

—Me siento muy honrada. No sé si merezco todo esto...

—No es un regalo. Tendrás que trabajar muy duro para merecerlo. A partir de mañana tendrás sesiones intensivas de meditación y relajación con

Irene. Tu alma debe estar en perfecto equilibrio para poder superar la prueba —Gabriel volvió a abrazarla y hundió el rostro en su pelo, aspirando su perfume—. No te preocupes. Creo que lo harás muy bien y que por fin cumpliremos nuestro destino. Vamos a ser tan felices... Juntos para siempre...

Carlos se paseaba por el aparcamiento de la central como un animal enjaulado. Cada vez que escuchaba el motor de un coche acercándose por la carretera, todo su cuerpo se tensaba. Esperaba que llegasen pronto o su corazón no lo resistiría. Gus no había querido darle muchos detalles por teléfono. Sólo le había dicho que había conseguido salir de Nuevo Edén, que iba hacia la central en un coche de la Ertzaintza y que Natalia no estaba con él.

Escuchó el ruido de otro motor y vio la luz de unos faros dirigiéndose hacia la entrada. Se encaminó hacia allí, rogando para que por fin fuesen ellos. Cuando el coche aparcó y Gus salió de la parte trasera, Carlos corrió hacia él, sin tener muy claro si quería abrazarle o darle un puñetazo. Gus le sacó de dudas, lanzándose a sus brazos y dándole un par de fuertes golpes en la espalda a modo de saludo.

—Joder, Carlos. No te imaginas lo que me alegro de verte.

—¿Dónde está Natalia?

—Muy bonito. Nada de “cuánto me alegro de que estés bien” ni de “te he echado de menos”. Ya veo que lo que a mí me pase no te importa una mierda. Lo tendré en cuenta de cara al futuro...

—Gus, no me jodas —le cortó Carlos—. ¿Dónde está Natalia? ¿Está bien?

—Sí, está bien, al menos de momento, pero se ha quedado en Nuevo Edén.

—¿Te has marchado de allí sin ella?

—Sí, pero puedo explicártelo. ¿Podríamos ir dentro? Hace un frío de muerte y tengo tanta hambre que creo que podría desmayarme aquí mismo.

—Está bien, sígueme —Carlos se puso en marcha, pero, unos pasos después, se paró y volvió a girarse hacia Gus—. Si te consigo comida y un sitio caliente, ¿me contarás toda la verdad de forma breve?

—Por supuesto, Carlos. ¿Acaso no lo hago siempre?

Carlos resopló y volvió a ponerse en marcha. Al menos sabía que Natalia seguía viva y que estaba bien, aunque aquel “al menos de momento” que había contestado Gus no le había tranquilizado en absoluto. Esperaba poder cortar el inagotable torrente de palabras que solía salir de la boca de Gus y conseguir los datos que necesitaba para encontrarla aquella misma noche. Se moría de ganas de abrazarla.

—Y entonces me volvieron a pillar robando y me expulsaron de su mierda de comunidad. No sé si esperaban que les rogase perdón o qué, pero la verdad es que no te puedes imaginar el favor que me han hecho al echarme —Gus le dio otro mordisco al bollo que se estaba comiendo y continuó hablando con la boca llena—. Creo que la única razón por la que no me he muerto allí dentro ha sido que mi cuerpo no fue capaz de decidirse entre morir de hambre o de aburrimiento. ¡Qué coñazo de sitio, de verdad!

—Vale, eso ya me ha quedado claro. Lo habrás dicho unas mil veces. Lo que sigo sin entender es por qué Natalia no ha venido contigo. ¿Cómo se te ha ocurrido dejarla abandonada allí?

—¿Que cómo se me ha ocurrido a mí? Tío, parece que no conoces a tu novia...

—Ya no es mi novia —le cortó Carlos.

—Chorradas, si no sabéis vivir el uno sin el otro —Gus se metió el

último trozo de bollo en la boca y miró apenado el paquete vacío—. ¿Tenéis más comida?

Carlos se sacó un billete de diez euros del bolsillo y se lo pasó a un compañero, pidiéndole que hiciera un nuevo viaje a la máquina de chucherías. El hombre recogió el dinero con gesto cansado. Ya era la tercera vez que tenía que levantarse en lo que llevaban de noche.

—Tráeme una palmera de chocolate de las grandes, por favor —le gritó Gus antes de que saliera por la puerta—. Y un café con leche con extra de azúcar. Y estaría guapo que me trajeras tabaco.

—Tío, ¿es que tú no tienes fondo? —Carlos extendió las manos frente a Gus para detener sus explicaciones—. Sí, ya lo sé. Has pasado muchísima hambre. Ahora te lo traen, aunque aquí dentro no vas a poder fumar.

—Joder, tío... Sois la policía. ¿Quién nos va a decir nada por echar unas caladillas?

—¡Que no, hostias! ¿Quieres centrarte de una vez? ¿Por qué no ha venido Natalia contigo?

—Porque dice que, ahora que ella puede llegar a ser la siguiente elegida, va a conseguir toda la información que necesita para demostrar que esa gente es una pandilla de asesinos.

—¿La elegida? —le interrumpió Carlos—. ¿La elegida para qué?

—¿No te lo he contado ya?

—No, básicamente lo único que has hecho en la última hora ha sido comer y contarnos lo mal que lo has pasado. ¿La elegida para qué?

—Bueno, según esa gente, Jesucristo no fue el verdadero hijo de Dios, ni fue el Mesías ni nada, porque, si lo hubiera sido, ya tendría que haber llegado el fin del mundo y el juicio final y todas esas paranoias. Gabriel, el líder de la secta, dice que es un enviado de Dios destinado a ser el padre del verdadero Mesías y lo que están haciendo es buscar a la madre. Cuando

nosotros llegamos, había una elegida, pero falló las pruebas y fue expulsada, así que ahora se rumorea que Natalia va a ser la nueva elegida y, si supera la prueba, será la nueva virgen María.

—¿Cómo que la nueva virgen María?

—Bueno, es una manera de hablar. Me da la impresión de que Gabriel no tiene pensado usar una paloma para la fecundación, sino una manera más tradicional.

—¡Estás hablando de mi novia! —Carlos dio un golpe sobre la mesa.

—Bueno, hace un momento has dicho que no lo era. De todos modos, no me culpes a mí. Yo no la he postulado para ser la elegida del mes ni la he obligado a quedarse allí.

—Es que me tiene hasta los cojones —Carlos resopló, desesperado—. No podía pasar desapercibida e investigar sin llamar la atención, ¿verdad? Siempre tiene que ser la número uno en todo, hasta para ser la siguiente en una lista de posibles víctimas de asesinato.

—Tranquilo, la encontraremos antes de que le pase nada. Lo primero que tenemos que hacer es encontrar a la elegida anterior. La expulsaron de Nuevo Edén hace unos días, así que tenemos que dar con ella antes de que le entren ganas de suicidarse.

—Dame su nombre y comenzaremos a buscarla ahora mismo.

—Leticia —contestó Gus.

—¿Leticia qué más?

—No sé, sólo Leticia. Tampoco es un nombre tan común, ¿no?

—Ni idea, no soy experto en estadística. ¿Crees que podrías describirla para que hicieran un retrato robot?

—No lo creo. Sólo la vi una vez, de lejos y de noche. Sé que es rubia y alta y seguramente estaría buena. Gabriel tiene buen gusto para las tías.

—Pues sólo con esos datos no creo que podamos encontrarla.

Gus se quedó unos segundos pensativo, tratando de encontrar alguna solución. Estaba seguro de que, por mucho que costase, Carlos acabaría encontrando a la chica, pero el problema era que no tenían tiempo. No tenía ni idea de cuánto tardaría Leticia en tratar de suicidarse, pero podía ser esa misma noche. Tenían que darse prisa.

—Creo que podría hacer algo para encontrarla. ¿Podría usar un ordenador?

Carlos asintió, salió de la sala de interrogatorios y volvió un par de minutos después con un portátil. Gus lo encendió, se conectó a Facebook con su cuenta y buscó la página de Nuevo Edén.

—Creo que esto funcionará. Es muy probable que Leticia tenga cuenta de Facebook y, si es así, será miembro de la página de Nuevo Edén. Ahora sólo hay que buscar cuántos de sus miembros se llaman Leticia y... Aquí está: Leticia Gómez. Ahora busquemos su perfil, a ver si hay suerte y podemos sacar algo de información.

Carlos se levantó de la silla sin decir una palabra y se colocó de pie, detrás de Gus, para ver lo que éste hacía. En la pantalla aparecía la página de perfil de la chica. Sintió un escalofrío al observar su foto. Pelo rubio, ojos y piel clara... Podría pasar perfectamente por una hermana de Natalia.

—Esto es lo que tenemos: Diecinueve años, vive en Bilbao, en la zona de Deusto, y estudia primero de magisterio en Leioa.

—¿Nada más?

—Bueno, por las fotos parece que tiene una hermana pequeña y un gato, pero no creo que eso te sirva de mucho.

—Voy un momento a archivos a pasarles esos datos para ver si pueden encontrar la dirección de la chica. Tú quédate aquí buscando por si encuentras algo más que nos pueda ayudar...

—Joder, quería salir a fumar un cigarro.

—Te acompañaré en cuanto vuelva.

Carlos salió de la sala de interrogatorios, fue hasta la sala de archivos y le dio los datos que habían conseguido a un chico con cara de dormido. En tan sólo unos segundos el chico consiguió lo que necesitaban.

—Tengo su dirección. ¿Quieres que te la imprima?

—Sí, claro. ¿Podrías imprimirme también una foto de la chica?

—Aquí no tenemos fotos. Sólo están los datos básicos: nombre, dirección, nombres del padre y de la madre...

—¿Tienes acceso a Facebook?

—Sí, claro, aunque no nos dejan usarlo en el trabajo.

—Tranquilo, no habrá problema.

Carlos esperó a que el chico abriese Facebook, buscase a la chica e imprimiese su foto de perfil. Con esos datos en la mano, se dirigió a la oficina de Aguirre. Prefería avisarle de que iba a acudir a casa de Leticia para que no hubiese problemas. Después de todo, la desaparición de Natalia no era un caso oficial y aquella chica no había cometido ningún delito por el que la policía pudiese presentarse en su casa para hacerle unas preguntas.

La puerta del despacho de Aguirre estaba cerrada. Marta, la forense, estaba al lado, apoyada en la pared, esperando para entrar. Carlos se acercó y la saludó:

—Hola, Marta. ¿Está Aguirre?

—Sí, pero está ocupado. Tengo que hablar con él para ver si puedo tomarme libre el martes que viene. ¿Lo tuyo es urgente?

—Tranquila, puedo esperar —contestó Carlos, enseñándole la foto que llevaba en la mano—. Sólo necesito su permiso para buscar a esta chica.

—¿Me dejas ver la foto? —Marta extendió la mano para que Carlos se la pasase—: Creo que puedo ayudarte con esto.

—¿En serio? ¿La conoces?

—Bueno, no en el sentido habitual de la palabra. Acabo de estar trabajando con ella en la sala de autopsias —Marta le devolvió la foto—. Lamento decírtelo, pero esa chica saltó desde la azotea de su edificio hace unas horas.

CAPÍTULO DOS

Natalia salió de su habitación precedida por Lidia. Era muy temprano para levantarse, demasiado hasta para el ritmo que llevaban en Nuevo Edén. Se frotó los ojos con disimulo, mientras trataba de despejarse. Ahora que vivía en la casa grande tendría que acostumbrarse a los nuevos horarios.

Pensó que se dirigirían al comedor para desayunar, pero, tras bajar la escalera, Lidia giró hacia la biblioteca. Tras dar un par de golpes en la puerta, la abrió y le indicó a Natalia que pasase.

Irene estaba esperándola allí. Las cortinas estaban cerradas, lo que, unido al hecho de que todavía estaba amaneciendo, hacía que la estancia se mantuviese en penumbras. El único punto de luz era la chimenea recién encendida, donde chisporroteaban unos gruesos troncos.

Irene había colocado dos sillones delante de la chimenea, enfrentados uno a otro. Se sentó en el de la izquierda, indicándole que ocupase el otro. Natalia se sentó, agradecida por el calor que desprendía la chimenea.

—Buenos días, Natalia. ¿Has dormido bien?

—Sí, muchas gracias. Mi habitación es fantástica y la cama es enorme.

—Me alegro de que te guste y de que hayas descansado bien, porque hoy tenemos mucho trabajo que hacer —Irene sacó un elegante reloj de su bolsillo y empezó a jugar con él, haciéndolo girar colgado de su cadena—. Como ya sabes, Gabriel cree que puedes ser la elegida que está esperando. Para que puedas pasar la prueba, tu cuerpo, tu alma y tu mente deben estar muy preparados. Por ello, vas a pasar unos cuantos días en esta casa, sometida a una estricta dieta y dedicada a la meditación y a buscar tu paz interior.

Natalia asintió, aunque todo aquello estaba poniéndola muy nerviosa. ¿Qué era lo que tendría que hacer para superar la prueba? ¿En qué

consistiría? ¿Sería capaz de seguir manteniendo en secreto sus verdaderos motivos para estar allí?

—Mi trabajo consiste en ayudarte a alcanzar estados de meditación más profundos. Para ello, utilizaremos técnicas de respiración, de relajación, de visualización... Y también utilizaremos la hipnosis. Como es muy costoso conseguir el estado de relajación necesario para que caigas hipnotizada, facilitaremos el proceso con el uso de palabras clave. No te preocupes. Es mucho más sencillo de lo que parece.

Natalia volvió a asentir, tratando de parecer confiada. Siguiendo las instrucciones de Irene, trató de olvidar sus miedos y concentrarse en sentirse relajada y a gusto. No tenía por qué tener miedo. Sabía perfectamente que, incluso estando en trance, la persona hipnotizada no quedaba totalmente a merced del hipnotizador. No se podía obligar a nadie a hacer cosas que pudiesen dañarle, ni obligarle a hacer nada en contra de su verdadera naturaleza. Si el hipnotizador trataba de forzar al hipnotizado, éste salía del trance y se despertaba. No tenía nada que temer.

Fue sintiéndose cada vez más a gusto al dejarse llevar por el suave tono de Irene. Tenía una voz dulce y calmada, que conseguía que te sintieras tranquilo y te dejarás llevar. Poco a poco, dejó de sentir su cuerpo, el sillón en el que estaba sentada, el calor de la chimenea... Estaba paseando por una playa. Sentía la brisa marina, cargada de olor a sal. Escuchaba los chillidos de las gaviotas y el rumor de las olas al deslizarse sobre la arena. Podía sentir los rayos del sol acariciando su piel.

—Te sientes en paz, feliz, tranquila... No hay nada que te moleste, nada que te perturbe. Te sientas sobre la arena, con la mirada clavada en el horizonte, observando como el sol va descendiendo poco a poco y tiñendo de tonos rojizos la línea del horizonte. La brisa te refresca y te llena de fuerza, haciéndote sentir viva. Miras hacia la derecha y ves la silueta de un hombre

que se acerca a ti. Sabes de inmediato quién es y sonrías, feliz de que haya venido a buscarte. Tienes ganas de levantarte e ir corriendo hacia él para abrazarlo, pero consigues contenerte y disfrutar viendo como se acerca, como te mira, como te sonrío... Él se sienta a tu lado en la arena y te da la mano. Tú te giras hacia él y piensas que nunca en la vida has estado tan enamorada de alguien como lo estás de Gabriel. Te acercas aún más y le besas...

—No, no puedo besarle. Estoy enamorada de Carlos.

Los pensamientos de Natalia se dispararon, sacándola de inmediato del trance, como si un tornado la hubiese atrapado y lanzado por los aires. ¿Qué era lo que había dicho? Abrió los ojos asustada y se encontró con la mirada suspicaz de Irene.

—¿Quién es Carlos?

Carlos aparcó el coche y salió, seguido de Gus. Se paró ante la puerta del portal y, antes de llamar, se giró hacia el chico para advertirle:

—Bueno, esto ya se lo avisé a Natalia la primera vez que fuimos juntos a un interrogatorio, pero creo que contigo el aviso es aún más importante. Quien habla soy yo, quien pregunta soy yo y quien manda soy yo. Tú estás calladito y observas, pero no se te ocurra abrir la boca y joderlo todo.

—Joder, ¿y para qué me traes?

—Para que hagas una copia del ordenador de Leticia. ¿Te han dado el chisme ése en comisaria? —Carlos llamó al portero y la puerta se abrió con un fuerte pitido. Los dos juntos entraron al portal y se metieron en el ascensor.

—Sí, aquí lo tengo —Gus abrió su mochila y se lo enseñó—. No se llama chisme. Se llama disco duro portátil.

—Me da igual. ¿Crees que funcionará? ¿No sería mejor que nos llevásemos los ordenadores enteros?

—Tranquilo, funcionará. Sólo tengo que clonar los discos duros de las chicas. Cuando lo enchufemos a otro ordenador, será como tener el de ellas delante. Por cierto, ¿dónde los vamos a llevar luego?

—A casa. Puedes usar el ordenador que Natalia ha puesto en su despacho.

—¿Tiene despacho propio dentro de casa?

—Sí, dice que necesita un lugar tranquilo en el que poder trabajar a gusto y ordenar sus pensamientos. Y luego a mí no me deja comprarme una PS4 para ponerla en el salón. ¿Te lo puedes creer? No confíes nunca en una mujer cuando te diga que puedes ir a vivir a su piso y que será de los dos. Siempre serás un invitado...

—Bueno, técnicamente tú ni siquiera eres un invitado. Recuerda que la dejaste y te marchaste, así que ahora eres un okupa.

—Sé que Art sigue estando invitado y yo soy su cuidador, así que no hay problema. Y ahora calla, que ya hemos llegado.

La puerta de la casa estaba entreabierta. Cuando salieron del ascensor y se acercaron, se abrió del todo, revelando a una mujer de unos cincuenta años. Iba bien vestida, con traje y zapatos de tacón. Se notaba que había tratado de maquillarse aquella mañana, pero en ese momento había más rímel en el pañuelo que llevaba en la mano del que quedaba alrededor de sus ojos hinchados.

—¿Es usted la madre de Leticia?

—No, soy su tía. Sus padres están en el tanatorio y me han pedido que les atienda yo.

—No hay ningún problema. Lo comprendemos —contestó Carlos—. Tan sólo necesitamos revisar su habitación y su ordenador por si hay alguna pista. Si necesitamos hablar con sus padres personalmente, les llamaremos para concertar una cita.

La mujer asintió, se sonó la nariz en el pañuelo y les indicó con un gesto que pasaran y la siguieran. Les guió por un pasillo estrecho y oscuro. Todas las persianas de la casa estaban bajadas y sólo había un par de luces encendidas, como si la misma casa estuviera de luto. Llegaron hasta una habitación al fondo del pasillo y la tía de Leticia abrió la puerta. La mujer se quedó paralizada en el umbral y se llevó el pañuelo a la cara.

—Lo siento. Yo no puedo entrar... Hoy no...

Carlos la tranquilizó y la acompañó hasta el salón, mientras Gus pasaba dentro de la habitación. Encendió el ordenador y, mientras esperaba a que arrancara, se sentó en la misma silla que Leticia había ocupado hasta el día anterior, observó los libros que ella había leído, los tacos de apuntes que había estudiado, las fotos de las vacaciones que había vivido... Casi le pareció un sacrilegio estar allí. Tenía ganas de salir, de no seguir en ese cuarto tan cargado de vivencias interrumpidas, pero si quería conseguir justicia para aquellas chicas, quedarse allí y hacer su trabajo era la única manera.

Carlos regresó un par de minutos después. Estuvo en silencio mientras Gus trabajaba, recogiendo una agenda, algunas notas, unas cartas... Cuando Gus terminó, apagó de nuevo el ordenador, metió el disco duro portátil en la mochila y se la colgó a la espalda.

—Ya he acabado aquí. ¿Nos vamos?

—Sí, claro.

—¿A dónde vamos ahora?

—La gente de la central ha avisado también al resto de las familias. No sé lo que se habrán inventado, ya que se supone que se suicidaron y que los casos están cerrados, pero han conseguido que nos dejen entrar en las habitaciones de las chicas a investigar.

—¿Y cuándo tengamos las copias de todos los ordenadores?

—Tendrás que hacer un trabajo que seguro que te suena muy familiar: quiero que revises sus emails, sus chats, sus redes sociales... Cualquier información que pueda aportarnos una pista...

—No, joder... Otra vez no —a pesar de sus súplicas, Carlos se limitó a sonreír y encogerse de hombros—. Supongo que al menos me pagaréis.

—Estoy hablando con Aguirre para que te consiga un contrato como asesor.

—Más os vale, porque tengo que pagar las clases prácticas de la autoescuela y no tengo un euro.

—No sé si es ético financiar desde la Ertzaintza a un conductor que va a ser un futuro peligro público, pero lo intentaremos.

—Oye, ¿y no podríais hablar con los examinadores para que me aprueben directamente?

—No juegues con tu suerte. Sé lo loco que estás. Si yo pudiera hablar con tu examinador, le diría que no te aprobase en la vida. Venga, ahora deja de protestar y sigamos trabajando. Tenemos mucho que hacer para encontrar a Natalia.

CAPÍTULO TRES

—Dime, Natalia —insistió Irene—. ¿Quién es Carlos?

Natalia continuó en silencio, frotándose las sienes. Haber salido del trance de una manera tan brusca la había dejado confusa y con un dolor de cabeza tan espantoso que no se veía capaz de hilar dos ideas. Cerró por un momento los ojos, apretándose el puente de la nariz con dos dedos, tratando de conseguir la lucidez suficiente para responder.

—Carlos es... era mi novio. Rompimos hace algunas semanas. Ya no es importante.

—Acabas de decir que sigues enamorada de él.

—Yo... No sé... Estoy confundida.

—Sí, sí que lo estás —Irene se levantó de su sillón y se puso en cuclillas frente a Natalia. La agarró con firmeza por la barbilla y la obligó a mirarla a los ojos—. ¿Qué te has creído que es este sitio? ¿Crees que es un refugio en el que esconderte hasta que decidas si quieres volver con tu novio? ¿Crees que es un lugar en el que relajarte y ordenar tus ideas? Esto no es un balneario. Estamos aquí con una misión y no podemos perder el tiempo con chiquilladas.

Irene no había levantado la voz ni un solo segundo. Le susurró todo el tiempo con una voz calmada y eso hizo que Natalia sintiese aún más miedo. En aquel momento se dio cuenta de que la gente de Nuevo Edén creía de verdad que estaban realizando una misión de Dios, que conseguirían engendrar al verdadero Mesías y estar preparados para el fin del mundo. El terror creció en su interior como un vacío pesado en el centro de su vientre y, por primera vez, se sintió sola y asustada.

—No estoy jugando —consiguió balbucear, a pesar de que Irene seguía sujetándole con fuerza la barbilla—. Estoy comprometida con la misión del

grupo. Haré todo lo que esté en mi mano para ayudar a Gabriel.

—¿Cómo vas a ser su esposa, la mujer que traerá al mundo a su sagrado hijo, si ni siquiera le amas? Las otras elegidas antes que tú le amaban, adoraban el suelo que pisaba, se morían por cada palabra suya... Y, aún así, fallaron. ¿Cómo vas a poder triunfar tú si estás enamorada de otro?

—Ya no significa nada para mí. Aprenderé a amar a Gabriel. Sólo necesito tiempo.

—Basta. No quiero seguir escuchándote. Ve a tu habitación y reflexiona. Hablaremos mañana.

Irene se levantó, se alejó de ella y se colocó de espaldas, dando por terminada la conversación. Natalia se puso en pie con cuidado, temiendo que las piernas no la sostuvieran. A pesar de que se sentía asustada, encontró el valor para seguir hablando.

—¿Qué pasó con las otras chicas, las que fallaron la prueba?

Irene se giró y la miró, asombrada, como si no supiera a qué se refería. Al cabo de unos segundos, negó con la cabeza y se encogió de hombros.

—Fueron expulsadas y regresaron a sus casas. No sabemos lo que habrá sido de ellas ni nos importa. Demostraron que no eran dignas de Gabriel.

—¿Nada más? ¿No les pasó nada malo?

—¿Qué les iba a pasar? —Irene volvió a acercarse a ella. Natalia pensó en dar un par de pasos atrás, pero vio que el rostro de la mujer era más dulce, como si se preocupara por ella. Irene levantó su brazo y le acarició con ternura una mejilla—. No estarás asustada por eso, ¿verdad? No va a pasarte nada si no eres la indicada. Simplemente regresarás a tu casa, con tu familia y con ese Carlos, si eso es lo que deseas. Creo que deberías ir a tu habitación y reflexionar en profundidad sobre cuál es tu razón para estar aquí, si crees que

éste es realmente tu lugar... Hablaremos mañana por la mañana. Si me dices que prefieres marcharte, hablaré con Gabriel y se lo explicaré todo. Mientras tanto, no le diré nada.

Natalia asintió y salió del salón. Nada más cruzar la puerta, se apoyó en la pared, tratando de calmar su ansiedad. Quizá debería aceptar el consejo de Irene y marcharse de aquel sitio. Se sentía sola, tenía miedo y empezaba a pensar que no conseguiría más información aunque se quedase allí.

Subió a su habitación, cerró la puerta tras de sí y se arrojó sobre la cama, hundiendo la cabeza en la almohada para aislarse de cualquier luz, de cualquier ruido... Sólo quería estar sola y tranquilizarse, volver a pensar con lógica, como siempre había hecho. No estaba acostumbrada a no tener el control de la situación. Sentirse confusa y desvalida la aterraba.

Su respiración ya casi había vuelto a su ritmo normal cuando dos golpes en la puerta hicieron que el corazón se le volviera a desbocar. La puerta se abrió y Lidia entró sonriente, llevando una bandeja en las manos. La depositó en una mesa y abrió las persianas, dejando que el sol entrase en la habitación.

—Es hora de desayunar —dijo, apartando una silla para que Natalia tomase asiento.

—No tengo hambre —contestó Natalia, sentándose aún así a la mesa.

—Tienes que mantenerte fuerte. Los próximos días serán duros.

—No creo que esta comida me vaya a mantener muy fuerte...

—Es leche, miel y fruta. Es todo lo que vas a poder comer hasta la prueba. La elegida debe mantenerse pura y, para ello, no puede tomar ningún alimento que haya significado la muerte de otro ser vivo.

—¿Ni siquiera unas galletas?

—¿Es que acaso el trigo no muere para que pueda fabricarse la harina?

Lidia le habló con el tono con el que alguien le explicaría algo a una

niña pequeña. Después le dedicó una amplia sonrisa y se marchó, dejándola sola. Natalia apoyó los codos en la mesa y escondió su rostro entre las manos. Gus tenía razón. Estaban todos como cabras. ¿Cómo no lo había visto antes?

A pesar de que sentía el estómago encogido por los nervios, se forzó a comer. Lidia tenía razón en que los próximos días podían ser duros. Cuando terminase de comer, haría exactamente lo que Irene le había pedido: reflexionar sobre las razones por las que estaba allí y tomar una decisión. Podía quedarse allí y seguir intentando descubrir algo o volver a casa y tratar de conseguir un abrazo de Carlos. Ambas opciones parecían muy difíciles, pero, al menos en aquel momento, tenía muy claro cuál de ellas quería intentar con todas sus fuerzas. Cerró los ojos y trató de recordar el sonido de su voz y el verde de sus ojos. Sólo consiguió sentirse más sola y que fuese aún más difícil contener las lágrimas.

Gus entró en la casa seguido por Carlos y depositó la mochila en el suelo al ver a Art saltar ladrando hacia él. Ni siquiera tuvo que agacharse para permitir que el perro le llenase la cara de lametones.

—Joder, este bicho sigue creciendo. ¿Cuánto pesa ya?

—Treinta y cinco kilos de pelo y babas.

—Y de amor —Gus se agachó para acariciar al perro y éste se tumbó tripa arriba, dejando que su lengua colgase hacia un lado—. ¿Has visto lo que dice de ti Carlos, Artie? Cualquiera día te voy a secuestrar y a llevarte a mi casa.

—Por encima de mi cadáver. No dejes la mochila tirada en medio de la sala, que nos vamos a matar. Sígueme, te enseñaré tu habitación.

—Vale, pero sigo sin entender por qué tengo que vivir aquí. Podría trabajar igual desde mi casa. Tengo una vida y familia y unos amigos a los que me gustaría ver y una carrera abandonada...

—Te quedarás aquí porque quiero tenerte vigilado. Igual se te cruza un cable y vuelves a desaparecer otra vez. Además, alguien tiene que sacar a Art mientras yo esté en comisaría.

—Vaya cara más dura que tienes.

Carlos se giró hacia Gus. No sonreía ni parecía tener ganas de bromear. Por un momento, Gus se planteó si habría dicho algo que le hubiera molestado. Carlos tomó aire, como si tratara de controlarse, mientras Art seguía saltando junto a sus piernas, tratando de llamar su atención.

—Necesito encontrarla, Gus. Sé que me has dicho que está bien y que Natalia es una mujer fuerte e inteligente y capaz de cuidar de sí misma, pero... No sé... Siento que el tiempo se nos acaba.

—No pasa nada. La encontraremos.

Carlos asintió y desvió la mirada. Abrió una de las puertas del pasillo y le mostró un elegante despacho pintado en tonos azules y con muebles de madera blanca.

—Éste es el despacho de Natalia, donde vas a trabajar. No rompas, manches ni desordenes nada —Gus enarcó una ceja, tan escéptico como si Carlos acabara de pedirle que volase —. Bueno, al menos inténtalo. Y justo enfrente tienes la habitación de invitados.

Carlos abrió otra puerta y le mostró una habitación decorada en tonos lila con una amplia cama de matrimonio. Gus entró y dejó la mochila sobre la cama.

—Un poco femenino, ¿no?

—Bueno, es algo temporal.

—Eso espero. Si esto nos lleva más de una semana, me traeré mis posters y pintaré las paredes de negro.

—Tardaremos menos. Tenemos que tardar menos... Bueno, ¿pido una pizza y unas cervezas para cenar?

—Mejor pedimos unas coca-colas —contestó Gus, guiñándole un ojo
—. Esta noche tenemos que trabajar.

CAPÍTULO CUATRO

Celina guió a Natalia hasta la biblioteca a la mañana siguiente. Natalia la siguió en silencio. Aquella mujer tan fría y altiva le producía escalofríos, así que se limitó a caminar detrás de ella, con la cabeza alta, intentando enterrar el miedo que invadía todo su cuerpo desde el día anterior.

Había pasado la noche en vela, tratando de encontrar alguna manera de salir de aquella situación y de conseguir la información que había ido a buscar. Después de mucho reflexionar, se había dado cuenta de que no conseguiría nada hablando con la gente de Nuevo Edén. Todos estaban convencidos de que se hallaban en una misión de Dios, de que Gabriel era un santo o un enviado y, lo que era peor para su investigación, de que las chicas que habían sido expulsadas, habían regresado a sus casas para continuar tranquilamente con sus vidas. Si quería respuestas, tendría que buscar en la parte superior de la pirámide. Tenía que conseguir que la dejaran hablar con Gabriel.

Cuando Celina abrió la puerta, vio a Irene esperándola, sentada en el mismo sillón que había ocupado el día anterior. Ni siquiera levantó la cabeza al escucharla entrar. Se limitó a seguir con la mirada clavada en el baile de las llamas de la chimenea, mientras jugueteaba con su reloj de bolsillo. Celina cerró la puerta a sus espaldas y Natalia se sentó en el otro sillón y se inclinó hacia Irene, tratando de llamar su atención.

—Tengo que hablar con Gabriel —le dijo sin más preámbulos.

—¿Con Gabriel? ¿Para qué?

Natalia se había pasado toda la noche buscando razonamientos coherentes para que le permitiesen verlo. La realidad era que ella pensaba que Gabriel debía padecer algún trastorno psiquiátrico: un trastorno narcisista de la personalidad o una esquizofrenia paranoide con delirio de grandeza. Las

personas que padecían aquel tipo de enfermedades, a pesar de parecer totalmente normales en casi todas las facetas de su vida, se mostraban totalmente irracionales cuando se tocaba el tema de su delirio, resultando imposible convencerles de que estaban equivocados.

Si Gabriel deliraba acerca de ser un enviado de Dios, si pensaba que todo lo que había hecho estaba justificado con tal de cumplir con su misión divina, no tendría ningún problema para confesar que había matado a aquellas chicas. Para él sería algo totalmente lícito, algo necesario que no tenía por qué esconder y por lo que no tenía que estar arrepentido. Estaba segura de que, si conseguía hablar con él a solas y llevar la conversación hacia aquel tema, acabaría consiguiendo que confesara. El problema era cómo conseguir llegar hasta él sin la interposición de todas las arpías que le rodeaban.

—Bueno, tú ayer me acusaste de no amar a Gabriel, de no merecerle porque no estaba enamorada de él —Natalia contestó mientras observaba el fuego, esperando que Irene no se diese cuenta de que trataba de esquivar su mirada mientras mentía—. He estado pensando toda la noche en ello y creo que el problema es que no puedo estar enamorada de alguien a quien no conozco. Apenas he intercambiado unas frases con él. No hemos estado a solas más que unos minutos. Creo que necesito tratar más con él para poder enamorarme.

—¿Tú te estás escuchando? —Irene se puso en pie de un salto. Sus ojos echaban chispas y su rostro estaba crispado por la ira—. ¿Acaso no has visto su pureza, su santidad, la gloria que desprende? ¿Necesitas más que eso para querer seguirle a cualquier sitio, para desear entregarle todo hasta tu último aliento?

—Yo... Lo siento... No quería molestarte.

—Estás insultando a Gabriel e insultando a todos los que le seguimos

con esas exigencias ridículas. No entiendo qué ha visto Gabriel en ti —Irene se giró, enterró durante unos segundos el rostro entre sus manos y respiró profundamente, tratando de calmarse—. Los caminos del Señor son inescrutables. Si has sido elegida por Gabriel es porque hay algo en ti que los demás no podemos ver. Por eso no voy a permitir que le hagas sufrir o que perturbes su paz transmitiéndole tus ridículas exigencias.

—No son exigencias...

—¡Calla! Creo que lo mejor será que vuelvas a recluirte en tu habitación y que te dediques a meditar sobre tu orgullo. Espero que Gabriel haya elegido bien y que tú misma te des cuenta de lo equivocada que estás. Y espero que lo hagas pronto. La prueba será dentro de tres días.

Gus se giró en la cama y se arropó hasta las orejas. Llevaba mucho tiempo tratando de dormirse, pero era imposible. No era sólo que la cama le resultase extraña. En realidad era mucho más cómoda y amplia que la que tenía en casa. Tampoco tenía frío ni le molestaba nada. El único problema era que, por mucho que tratara de engañarse a sí mismo diciéndose que estaba muy a gusto y muy calentito y que se dormiría enseguida, su cerebro no paraba de funcionar a mil revoluciones por minuto.

Se sentó en la cama y encendió la luz de la mesilla, dándose por vencido. Quizá sólo fueran las puñeteras corazonadas de Carlos, que insistía en que debían darse prisa porque se les acababa el tiempo, pero sentía una ansiedad incontrolable. Tenía que hacer algo, no podía pararse a descansar. Si a Natalia le pasaba algo, si no conseguían salvarla, se sentiría culpable el resto de su vida.

Se levantó de la cama y empezó a vestirse, mientras la parte más lógica y racional de su mente le decía que volviera a acostarse, que no iba a conseguir nada. Ya llevaba dos días investigando en los ordenadores de

aquellas chicas y no había encontrado nada. ¿Por qué iba a encontrarlo a las dos de la mañana, medio dormido, agotado y con los ojos rojos y reseco por la cantidad de horas que llevaba mirando la pantalla?

Decidió ignorar aquella parte de su mente, fue a la cocina y sacó una coca-cola de la nevera. Aquello le despejaría lo suficiente como para trabajar dos o tres horas más. Después entró en el despacho de Natalia y encendió una pequeña luz sobre el escritorio. La débil iluminación bastó para desvelar los destrozos que había causado en apenas dos días. Había ceniza por todo el escritorio, colillas fuera del cenicero... Incluso descubrió una pequeña quemadura sobre la superficie que, hasta que él llegó, había lucido blanca e impoluta. La tapó con un folio y encendió el ordenador.

Cuando estuvo encendido, revisó los apuntes que había ido tomando, tratando de decidir por dónde seguir buscando. Cuando estuvo investigando a Caronte, le había parecido que leer los emails y chats de sus víctimas había supuesto un trabajo enorme, pero, en muy poco tiempo, la información que la gente dejaba en Internet se había multiplicado por mil. Emails, chats, tweets, posts en Facebook, fotos en Instagram... Toda la vida de aquellas chicas estaba expuesta en la red. Aunque ellas no habían sido demasiado activas en Internet, a lo largo del tiempo habían acabado colgando tanta información que se sentía atrapado en un laberinto interminable.

Se decidió por volver a revisar la información de Carmen, la estudiante de derecho. Durante un par de horas revisó su perfil de Facebook, sus comentarios, los posts a los que había dado “Me gusta”, sus vídeos, sus fotos... Y entonces lo vio. Había visto aquella foto decenas de veces ya, pero nunca se había fijado. La descargó y llamó a Carlos a gritos.

—¡Carlos, ven! Creo que tenemos algo.

Desde la habitación de Carlos se escucharon los muelles de la cama, como si se hubiera levantado de un salto. Después se escuchó un ladrido

lastimero, a alguien tropezando en la oscuridad, una serie de juramentos y el sonido de algo metálico cayendo al suelo. Unos segundos después, Carlos apareció en la puerta, vestido sólo con unos bóxers, con Art saltando a su alrededor.

—¿Estás bien? —le preguntó Gus.

—Sí, al levantarme le he pisado la cola a Art y al esquivarle me he tropezado con la mesilla y me he cargado la lámpara. No pasa nada. ¿Tienes algo?

—Creo que sí, pero, ¿no podrías taparte un poco? Vaya espectáculo.

—Ya te gustaría a ti llegar a mi edad con este cuerpo —Gus enarcó una ceja, expresando su escepticismo, y Carlos salió del despacho murmurando entre dientes y volvió arropado con una manta—. ¿Es adecuado ahora para la moral del señor?

—Lo siento, pero es muy incómodo hablar con un tío medio en bolas a tu espalda. A saber si se te van a ocurrir malas ideas.

—Tú sigue soñando... Bueno, ¿me has despertado sólo para tocarme los cojones o tienes algo?

—Que sí, siéntate —Gus abrió la foto que había descargado y la puso a pantalla completa—. Mira, esto es un selfi de Carmen, la chica que se suicidó en la autopista.

—Sí, sé quién es. ¿Y qué?

—La foto está tomada en una calle cercana a la sede de Nuevo Edén, en Bilbao. La he reconocido por el restaurante chino que se ve calle abajo.

—¿Crees que el restaurante chino tiene algo que ver?

—No, coño... Calla un poco. Luego me dices que soy yo el que hablo mucho— Gus esperó hasta que Carlos cerró con fuerza los labios y asintió—. Así mejor, ya sigo. Si te fijas en la fila de coches que están aparcados detrás de ella, ¿qué es lo que nos encontramos? Una furgoneta negra sin ningún

distintivo y sin ventanillas posteriores.

—¿Crees que es la que usaron para llevaros a Nuevo Edén?

—Estoy casi seguro. No creo que haya muchas furgonetas así por Bilbao y menos a apenas veinte metros del local en el que se reúnen. Y ahora viene lo mejor... —Gus recortó un trozo de la foto, lo pegó en un documento nuevo, lo amplió y aumentó el contraste—. ¿Qué tenemos aquí? La matrícula.

—Eres un puto genio. Imprime eso mientras me visto. Nos vamos a la central.

CAPÍTULO CINCO

Carlos y Gus estaban sentados al lado de la máquina de café, con la mirada clavada en la pared. Gus daba golpecitos con el dedo a su lata de coca-cola, mientras seguía con el pie el ritmo de alguna canción.

—¿Puedes dejar de hacer eso? Me estás poniendo nervioso —pidió Carlos.

—Es que me aburro... Llevamos aquí una eternidad.

—Llevamos media hora. Eso es una eternidad muy corta.

—Pues yo no aguanto más. ¿Por qué no entras a preguntarles cómo van?

—Porque me van a mandar a la mierda. Déjales trabajar en paz, a ver si hay suerte.

—¿Tú crees que encontrarán algo?

—No lo sé. Con la dirección del local que tienen en Bilbao no consiguieron nada. Parece ser que estaba a nombre de una empresa llamada Nuevo Edén, S.L., que no tenía absolutamente ninguna otra propiedad a su nombre. Puede que con la furgoneta nos pase lo mismo.

—Yo no lo creo. Después de todo, es normal que intentasen esconder los datos del local. Es un sitio público al que va mucha gente... Cualquiera habría podido ponerse a investigar. Sin embargo, la furgoneta no suelen enseñarla. Quizá pensaron que nadie encontraría la matrícula.

—Pues mira que es raro que nadie pillase la matrícula, teniendo en cuenta que a esa furgoneta se ha subido un tío que quería investigarles porque pensaba que eran una banda de asesinos en serie... No sé, cualquier investigador, incluso uno mediocre, habría tratado de quedarse con ese dato

—Carlos le lanzó una de sus sonrisas sarcásticas.

—Joder, que yo no soy investigador. Vosotros me metéis en estos

embolados cada dos por tres, pero nunca habrás oído salir de mi boca que yo estoy capacitado para investigar nada.

—Esta vez yo no he sido. Ha sido Natalia, otra a la que le gusta meter las narices donde no la llama nadie.

—Pues no me habrás metido tú, pero tampoco me sacas. Aquí estoy, a las cuatro de la mañana en la central de la Ertzaintza, cobrando un sueldo como asesor para la policía.

—Te dije que eso se estaba estudiando. Todavía no es seguro.

—Vamos, Carlos. No me jodas. Sabes que necesito el dinero para las clases de conducir.

Carlos miró su reloj, se levantó de la silla y se abrochó el abrigo. Después fue hasta recepción e intercambió unas palabras con el hombre que estaba de guardia. Cuando volvió a acercarse a Gus, le hizo un gesto con la cabeza para que le siguiera a la calle.

—¿Dónde vamos? —preguntó Gus.

—A dar una clase de conducir. Ya que no sé si vamos a poder pagártelas, te la daré yo gratis. Ya he avisado para que me llamen al móvil si encuentran algo.

Nada más salir de la central, un fuerte viento cargado de lluvia les golpeó el rostro. Gus agachó la cabeza y siguió a Carlos, mientras pensaba en cómo convencerle de que aquello no era una buena idea.

—¿Tú crees que es buen momento para enseñarme esto? Es de noche y está lloviendo y la carretera está mojada...

—Va a ser de noche la mitad del tiempo de tu vida. Y viviendo en el País Vasco, la otra mitad del tiempo estará lloviendo. ¿Es qué sólo piensas conducir los tres días al año que hace bueno? —Carlos metió la mano en el bolsillo del abrigo, sacó su llavero y se lo lanzó por encima del coche—. Venga, entra, que me congeló.

Gus cogió las llaves, sintiéndose más inseguro a cada momento. Abrió la puerta, se sentó en el asiento del conductor y esperó a que Carlos entrase. Éste se quedó fuera durante unos segundos, antes de golpear con los nudillos en el cristal de la ventanilla y señalarle el pestillo de la puerta. Gus lo levantó y esperó a que Carlos estuviera sentado.

—Joder, Carlos... No te ofendas, pero no eres precisamente famoso por tu paciencia y tu buen carácter. Además, esto no debe de ser legal. ¿Crees que es buena idea?

—Tranquilo, prometo no enfadarme. Y no te preocupes por la legalidad. Estás con un ertzaina. Muy mal lo tendrías que hacer para que nos detuvieran— Carlos esperó un par de segundos para ver si Gus tenía más objeciones—. Bien, vamos allá. ¿Qué es lo primero que tienes que hacer?

—No sé... ¿Poner música?

—Ni loco voy a permitir que pongas tu mierda de música en mi coche. Venga, ajusta el asiento a tu altura con esa palanca de ahí y pon los espejos a tu gusto.

—¿Dónde está el botón para mover el espejo izquierdo?

—¿Qué botón? Baja la ventanilla y muévelo con la mano.

—¿Y dónde está el botón para abrir la ventanilla?

—Se llama manivela y está ahí, en la puerta.

—Carlos, tío... ¿De dónde has sacado este coche? ¿Del pleistoceno? Menuda antigualla.

—No es una antigualla. Es vintage.

—Los cojones es vintage. Seguro que no te deshaces de esta mierda porque no lo quieren ni en los desguaces.

—No vas a conseguir enfadarme y que lo dejemos —Carlos se recostó en el asiento y miró al frente, como si quisiera demostrar que tenía todo el tiempo del mundo, mientras Gus bajaba la ventanilla y colocaba el retrovisor

—. Bien, ya lo tienes. ¿Quieres que te mueva el de mi lado?

—No hace falta. No lo miro nunca. No tengo reflejos para mirar a tantos sitios al mismo tiempo.

—Como quieras. ¿Qué es lo que tienes que hacer ahora?

—¿Seguro que no puedo poner música?

—Que no, tienes que estar concentrado. Ponte el cinturón de seguridad, quita el freno de mano y arranca.

—Joder, no hemos empezado y ya estoy sudando. ¿No podrías sacar tú el coche? Lo has aparcado en un sitio muy estrecho.

—No, tienes que sacarlo tú. No te preocupes, no tenemos prisa— contestó Carlos mientras se encendía un cigarrillo.

—¿Me darías uno?

—No, las dos manos al volante. Venga, tira y da un par de vueltas al aparcamiento para que yo vea como te manejas.

Gus consiguió sacar el coche y empezó a circular, con los nervios en tensión. Notaba la mirada de Carlos clavada en él y las manos sudadas resbalando en el volante. Aquello no iba a salir bien. Carlos se limitó a permanecer en silencio, recostado en su asiento mientras se terminaba su cigarrillo, sin decirle nada más. Al cabo de unos minutos, Gus fue sintiéndose más relajado. Parecía que iba controlando aquello y que no iba a pasar nada malo. De vez en cuando, miraba de reojo a Carlos, esperando que terminara de fumar y le pidiera que aparcara, dando por finalizado el experimento.

—Cuando termines esta vuelta, sal del aparcamiento y sigue la carretera.

—¿Estás loco? ¿Vamos a salir ahí a mezclarnos con el tráfico?

—¿Qué tráfico? Son las cuatro de la mañana, no hay ni Dios. Anda, hazme caso y tira. Vamos a dar una vuelta.

Gus respiró hondo y agarró el volante aún con más fuerza. Notaba que

los dedos se le agarrotaban por la tensión, que empezaba a dolerle la espalda y que su estómago se había vuelto del tamaño de una canica. Sin embargo, hizo caso a las instrucciones de Carlos y salió del aparcamiento.

Circularon durante unos minutos sin cruzarse con ningún coche. La carretera era amplia y estaba bien iluminada y, a pesar de la lluvia, no parecía resbaladiza. Gus miró el rostro de Carlos por el espejo retrovisor y le sorprendió ver que parecía a gusto y relajado en el asiento. Aquello le animó. A lo mejor no conducía tan mal como él temía. Quizá era sólo que el profesor de la autoescuela le ponía nervioso. Más animado, metió tercera y aceleró un poco más. Unos metros más adelante, divisó una rotonda. Respiró despacio, tratando de calmarse. Sólo era una rotonda vacía. No había ningún peligro, todo iba a salir bien.

—¿Y el ceda?

—¿Qué ceda?

—El ceda el paso que te has saltado al entrar en la rotonda.

—Pero si no hay nadie a quien cedérselo. Estamos solos.

—Da igual. Has entrado como un toro, sin mirar y sin marcar con el intermitente a dónde vas.

—Pero es que no sé a dónde vamos. No me lo has dicho.

—Joder, si no te digo nada, quiere decir que tienes que seguir recto. Anda, sal por la primera a la derecha.

Gus miró a la carretera y vio que ya tenía encima la salida que Carlos le había indicado. A la velocidad a la que iba, no le iba a dar tiempo a girar, así que pisó a fondo el pedal del freno. Inexplicablemente, el coche no sólo no frenó, sino que aumentó la velocidad, resbaló sobre el suelo mojado y se dirigió recto contra una farola. Gus sólo pudo contemplar como la farola se hacía más y más grande en su campo de visión. No sabía cómo reaccionar, así que hizo lo que le indicó su instinto: soltó el volante y se tapó la cara con

los brazos.

Sintió el cuerpo de Carlos abalanzarse hacia su asiento para dar un volantazo y como una de sus piernas se colaba para apartar su pie y pisar a fondo el pedal de freno. Volvió a escuchar el quejido de las ruedas al derrapar sobre el asfalto húmedo y, después de un tiempo que le pareció eterno, notó que el coche se paraba. Se atrevió a quitarse los brazos de delante de la cara para encontrarse con el rostro furioso de Carlos.

—¿Estás loco? ¿Es que quieres matarnos?

—Lo siento, me he puesto nervioso. Me diste la orden de girar demasiado tarde y me confundí de pedal.

—Sal del coche.

Gus salió y se quedó esperando bajo la lluvia hasta que Carlos dio la vuelta y ocupó el lugar del conductor. Éste le indicó con un gesto impaciente que se moviera y entrase en el coche. Cuando lo hubo hecho, Carlos arrancó, dio la vuelta a la rotonda y enfiló de nuevo hacia la central.

—Lo siento —susurró Gus.

—No pasa nada. Estamos todos bien —Carlos esperó unos segundos antes de seguir hablando—. Mira, no sé qué te enseñan en esa mierda de autoescuela a la que vas, pero te voy a dar una lección que no debes olvidar nunca, en ninguna circunstancia: lo último que debes hacer mientras conduces es pisar el acelerador como si no hubiera un mañana, taparte los ojos y lanzarte en plan kamikaze contra un obstáculo. ¿Lo tienes claro? Júramelo.

—Sí, por supuesto. Te juro que no volveré a hacer algo así nunca.

En aquel momento les llegó un pitido desde el bolsillo del abrigo de Carlos. Éste soltó una mano del volante, sacó su móvil y leyó el mensaje.

—Eso que estás haciendo es ilegal.

—Cállate... La sola idea de que tú conduzcas debería ser ilegal y yo no

digo nada. Es de la central, parece que han encontrado algo.

Carlos aceleró y se concentró en conducir, mientras Gus se recostaba en el asiento, aún tratando de recuperarse del susto. Al cabo de un rato, se giró hacia Carlos, sintiéndose ya más seguro para hablar.

—¿Entonces qué opinas? Tampoco conduzco tan mal, ¿no?

—Has estado a punto de matarnos a los dos —Carlos apartó durante unos segundos la vista de la carretera para lanzarle una mirada de desconcierto—. ¿Cómo puedes decir que no conduces tan mal?

—Bueno, han sido fallos tontos: lo del ceda, lo del intermitente... Y luego me has puesto nervioso, pero hasta ahí iba muy bien. Lo que quiero decir es que no sé circular, pero ya sé conducir.

—¿Y de qué te sirve eso?

—Si mañana hay un apocalipsis zombi, podré robar un furgón blindado y moverme por el mundo.

—Si mañana hay un apocalipsis zombi, espero por el bien de los supervivientes que te muerdan pronto —contestó Carlos, mientras entraban en el aparcamiento de la central.

—¿Quieres que trate de aparcarlo yo?

—Mira, Gus, me caes muy bien y todo eso, pero que te quede clara una cosa: ni siquiera en un apocalipsis zombi voy a volver a dejarte que toques mi coche.

CAPÍTULO SEIS

En cuanto entraron en la central, les informaron de que debían dirigirse al despacho de Aguirre. Gus y Carlos montaron en el ascensor y subieron hasta el tercer piso. A pesar de que trataban de aparentar tranquilidad, tuvieron que controlarse para no correr los últimos metros que llevaban hasta allí. Carlos llamó un par de veces y, en cuanto oyó la voz de Aguirre invitándoles a entrar, abrió la puerta.

El sargento no estaba solo. Había dos hombres sentados frente a él. Uno de ellos rondaría los cuarenta años, era muy delgado y lucía una larga cabellera rizada de color negro y un fino bigote adornando su labio superior. Llevaba un jersey de cuello vuelto y una chaqueta de pana. Daba la impresión de haberle hecho la promesa a alguna Virgen de seguir toda la vida con aquel look de los años ochenta. El otro hombre tenía un aspecto más normal. Era más joven, alto y atlético e iba perfectamente uniformado.

—Buenas noches, Carlos. Estábamos esperándoos para comenzar. Éste es el inspector Ruiz —dijo señalando al hombre moreno de los rizos— y éste es el inspector Garay. Pertenecen al grupo de investigación de delitos económicos.

—Nos hemos cruzado por los pasillos alguna vez —contestó Carlos—. Encantado.

—Parece ser que los inspectores han encontrado mucha información interesante gracias al número de matrícula que aportasteis. ¿Pueden explicarlo, por favor?

El inspector Garay se levantó de su asiento, abrió una carpeta y fue repartiendo un taco de folios grapados a cada uno. Carlos les echó un vistazo por encima. Estaban llenos de números de cuenta, números de identificación fiscal, nombres de empresas... Cuando terminó de repartir los informes,

Garay volvió a sentarse y comenzó a hablar.

—La furgoneta a la que pertenece la matrícula que nos distéis está a nombre de una empresa llamada New Paradise. Sí, lo sé. No son muy originales. Parece que han ido utilizando todas las variantes posibles del nombre de Nuevo Edén en todos los idiomas conocidos. Acabamos de empezar a investigar, pero todo esto huele fatal. Tenemos ya más de diez sociedades pantalla afincadas en Gibraltar y a nombre de personas sin ninguna formación empresarial ni bienes conocidos.

—¿Qué quiere decir eso? —preguntó Gus.

—Que esas personas son testaferros: muñecos de paja que cobran a cambio de prestar su nombre para actividades poco lícitas. Además de esas sociedades, hemos encontrado multitud de propiedades inmobiliarias por todo el norte del país.

—¿Con eso ya podríamos detenerles?

—Bueno, como os hemos dicho, acabamos de empezar la investigación —intervino Ruiz—. Nos queda mucho camino por recorrer. Por el momento, sabemos que tienen sociedades que huelen bastante mal en paraísos fiscales y que han recibido multitud de donaciones que se les ha olvidado declarar a Hacienda. Necesitamos tiempo para conseguir más información.

—No tenemos tiempo —protestó Carlos—. Natalia está atrapada allí dentro. ¿No podríamos conseguir una orden de registro con los datos que tenemos?

—Se podría, pero sería ponerles sobre aviso. Podrían destruir pruebas y documentación, mover su dinero... Es mejor que esperemos —contestó Garay, lanzándole una mirada a Aguirre para buscar su aprobación.

—Lo entiendo y no quiero joderos el caso, pero tenemos que sacar a Natalia de ahí. ¿Qué opinas, Aguirre?

El sargento paseó su mirada entre todos los ocupantes de la sala,

mientras golpeaba su mesa con un bolígrafo. Carlos sintió ganas de gritar, de arrodillarse y suplicar... Consiguió controlarse y mantenerle la mirada, tratando de expresarle lo importante que era aquello para él. Finalmente, Aguirre asintió.

—Vamos a rescatar a Natalia. Es una compañera y puede estar metida en un lío muy gordo —antes de que Garay y Ruiz pudieran protestar, extendió las manos para pedirle que le dejasen terminar—. En cuanto la hayamos sacado, os prometo que tendréis todos los recursos que necesitéis para investigar este caso y que no habrá más intromisiones.

Garay se reclinó hacia atrás en la silla y clavó la mirada en el techo, maldiciendo entre dientes, pero no protestó. Ruiz, por el contrario, se levantó de la silla y se inclinó hacia adelante, como si tratara de intimidar a Aguirre.

—Esa tía ha querido meterse allí por propia voluntad. ¿Por qué vamos a joder nuestro caso por salvarle el culo?

—Porque es el culo de una compañera —Aguirre también se levantó del asiento y se inclinó hacia él, haciendo que retrocediese un par de pasos—. Y porque lo mando yo. ¿Alguna otra pregunta?

—Sí, yo tengo una —contestó Gus, tímidamente—. ¿Sabemos ya dónde está Natalia? Habláis de pedirle a un juez una orden de registro y no sabemos dónde hay que ir a registrar.

—Como ya hemos dicho, poseen cientos de propiedades inmobiliarias en la zona norte —explicó Garay—. Tiene que ser una de ellas, pero no sabemos cuál.

—¿Tenéis una lista de esas propiedades?

—Sí, claro —Garay volvió a abrir la carpeta, rebuscó entre sus papeles y le tendió a Gus un taco de folios lleno de direcciones.

—¿Tienes alguna idea de cómo encontrar el sitio?

—Sí, se me ha ocurrido algo que podría funcionar. Me pasé un montón

de días dentro de Nuevo Edén, así que conozco la distribución de los edificios. Si me prestáis un ordenador con acceso a Internet, podré ir buscando estas direcciones con Google Earth para ver si alguna de ellas coincide.

Carlos y Gus se levantaron, se despidieron y salieron del despacho de Aguirre en busca de un ordenador. Gus caminaba distraído, mirando el enorme listado de direcciones.

—Pareces preocupado.

—Sí, bueno... Estoy seguro de que al final encontraré el sitio, pero no sé lo que tardaré.

—Intenta tardar poco. Tengo un dolor de estómago terrible.

—¿Y qué tiene que ver eso? —preguntó Gus, confuso.

—Es el modo en el que se manifiestan mis corazonadas, con retortijones de tripas. Hazme caso. Se nos acaba el tiempo.

Irene dudó antes de llamar a la puerta de Gabriel. Sabía que él se levantaba temprano, pero ni siquiera había amanecido. Además, él estaría nervioso por la prueba y no quería molestarlo, pero se había pasado toda la noche en vela, dando vueltas a sus pensamientos. Sabía que Natalia no estaba preparada. Gabriel no podía acudir a la prueba sin conocer sus temores.

Dio un par de golpes en la puerta y abrió. Gabriel ya estaba levantado y vestido para el ritual con una túnica blanca con ribetes dorados. Estaba de espaldas, mirando por la ventana. Antes sus ojos la luz iba cobrando fuerza, revelando el bosque en sombras de detrás de la casa. Al oírla entrar, se giró, sonrió y caminó hacia ella con los brazos abiertos. Irene se dejó abrazar, apoyando la cabeza en su pecho, mientras el depositaba un casto beso en sus cabellos.

—Creo que hoy va a ser un gran día, Irene. Tengo muy buenas

sensaciones.

—De eso quería hablarte precisamente —Gabriel la soltó y retrocedió un paso para dejar que se explicara—. Quería comentarte algo sobre Natalia.

—¿Le ha pasado algo? ¿Está bien?

—Está bien, no es eso... Como ya sabes, he estado trabajando con ella estos últimos días, tratando de que se encontrara en armonía consigo misma y que acudiera al ritual con el espíritu en paz. Lamento decirte que creo que no lo he conseguido.

—¿Qué es lo que ha pasado? ¿No has logrado hipnotizarla?

—Sí. De hecho es un buen sujeto para la hipnosis. El problema es que, como ya sabes, ni siquiera bajo hipnosis se puede obligar a alguien a hacer cosas que vayan en contra de su naturaleza...

—¿Y crees que no va a querer pasar la prueba conmigo? ¿Piensas que puede rechazarme?

Irene apartó la mirada y la clavó en el suelo, mientras se frotaba las manos con ansiedad. No quería disgustar a Gabriel y sabía que se sentiría defraudado con lo que iba a contarle. Tras unos segundos de duda, volvió a levantar la cabeza, dispuesta a hablar. Sería mejor que se llevara la decepción en aquel momento que durante la prueba.

—Natalia no te ama, no está enamorada de ti. Sigue enamorada de otra persona, un novio que tenía antes de entrar en Nuevo Edén.

—Tampoco es necesario que me ame. Si está convencida de la necesidad y grandeza de nuestra misión, seguirá adelante con ella.

—Lo sé, pero tampoco estoy segura de que esté convencida de eso. Es mayor que las demás candidatas, tiene más vida, más experiencias... Puede que sea por eso por lo que no resulta tan manipulable.

—¿Manipulable? Aquí no manipulamos a nadie, Irene —Gabriel seguía manteniendo su gesto tranquilo y su voz calmada, pero en sus ojos se veía

una chispa de ira—. Todas las elegidas han venido a mí por voluntad del Señor.

—Lo sé. Natalia también dice que quiere realizar la prueba y que sólo es cuestión de tiempo que se enamore de ti, pero no sé... No creo que vaya a salir bien. Quizá deberíamos retrasar la prueba o quizá te hayas equivocado al elegirla a ella...

—¿Equivocarme? ¿Cómo podría equivocarme en algo que me ha sido señalado por el mismo Dios? ¿No ves la blasfemia que contienen tus palabras? —Gabriel esperó a que Irene asintiese—. Si Natalia está dispuesta a seguir adelante con la prueba, lo haremos. De todos modos, creo que deberías ir a la enfermería a hablar con Beatriz. Seguro que puede darte algo que ayude a Natalia a estar más tranquila y colaboradora.

—Por supuesto, Gabriel. Se hará como ordenes.

—Perfecto. Y ahora dime las palabras.

—Escorpión. Rojo. Estambul.

Carlos entró en el despacho, se acercó hasta la mesa y depositó una lata de coca-cola al lado del portátil con el que Gus estaba trabajando. Éste desvió la mirada de la pantalla, abrió la lata y le dio un largo trago.

—Sabes que el efecto de la coca-cola tiene un límite, ¿verdad? No me acuerdo de cuantas me he bebido ya, pero estoy seguro de que, si me agitasen, empezaría a echar espuma por las orejas.

—Joder, si has sido tú el que me has pedido que te trajese una...

—Ya, pero no sé si va a funcionar. Llevamos en pie toda la noche y se me caen los ojos. Y todavía me quedan un montón de sitios que mirar.

—¿Puedo ayudarte de alguna manera?

—Sí, claro —Gus cogió unos cuantos folios llenos de direcciones y se los pasó—. Ve tachando las direcciones que correspondan a pueblos que no estén al lado del mar. Así iremos más rápido.

—¿Y cómo hago eso?

—Busca otro portátil, te metes en Google Maps y vas metiendo los nombres de los pueblos. Elimina todos los que estén a más de uno o dos kilómetros del mar. ¿Crees que podrás hacerlo?

—La duda ofende. He avanzado mucho con esto de Internet desde que estuvimos investigando a Caronte. Ahora vuelvo.

Gus volvió a darle un trago a su refresco y siguió con su trabajo. Un rato después, Carlos regresó, llevando un portátil debajo del brazo. Gus le miró de reojo, viendo cómo tardaba un par de minutos en encontrar el botón de encendido. Pensó en levantarse y ayudarle, pero decidió que sería mejor dejarle sufrir un poco, a cambio de lo poco que él le había ayudado con el coche un rato antes.

Durante un largo rato, lo único que se escuchó en el despacho fue el susurro del bolígrafo sobre el papel cada vez que Carlos tachaba un nombre y

el sonido de las teclas de los portátiles. Gus buscó una nueva dirección de forma mecánica. Empezaba a preocuparle estar tan cansado como para poder pasarse Nuevo Edén sin reconocerlo, pero, en cuanto miró la vista terrestre de la nueva dirección, sus temores se desvanecieron. Ahí estaba, lo había encontrado.

—Tío, tío, tío... Lo tengo.

Carlos dejó los folios en los que estaba trabajando, saltó de su silla y se colocó detrás de Gus, mirando la pantalla de su portátil por encima del hombro del chico. En la pantalla se veía una gran propiedad con muchos edificios, huertos y jardines, rodeada por un frondoso bosque.

—¿Estás seguro de que es ahí?

—Por supuesto que estoy seguro. He pasado días en ese infierno. Estos son los barracones, estos, los almacenes, ésta es la plaza en la que hacen sus ceremonias y ésta es la casa grande en la que vive Gabriel. Seguramente Natalia está ahí ahora.

—Dime dónde es. Tenemos un juez esperando, con la orden de registro preparada esperando a poner una dirección en ella.

Gus garabateó la dirección, pero, en lugar de pasársela, se quedó con el papel en la mano y un gesto de determinación en el rostro.

—Que quede claro que yo también voy.

—¿Cómo que vienes? ¿Para qué?

—He currado un montón en esto. Me lo merezco. Además, quiero comprobar que Natalia está bien. Y quiero ver la cara de esos desgraciados cuando llegue con la policía como un colaborador, cuando se den cuenta de que no soy el bobo al que podían putear todo lo que quisieran, sino que en realidad estaba investigando para pillarles.

—Es que en realidad eras un bobo al que podían putear todo lo que quisieran. En aquella época no estabas trabajando para la policía.

—Ya, pero eso ellos no lo saben. Vamos, Carlos, por favor...

—Hablaré con Aguirre a ver qué se puede hacer. Tú espérame en el coche.

CAPÍTULO SIETE

Celina y Lidia terminaron de prepararla y la llevaron frente a un enorme espejo de pie para que pudiera contemplar su obra. Natalia se quedó parada contemplándose. Le habían rizado el pelo, la habían maquillado y la habían vestido con una túnica blanca de seda con ribetes dorados. La túnica era semitransparente y se pegaba a su cuerpo, dejando muy poco a la imaginación. Natalia cruzó los brazos sobre su pecho, tratando de mitigar la vergüenza y el frío, que parecía habérselo metido dentro.

En el reflejo del espejo vio que Celina y Lidia sonreían a su espalda, satisfechas de su trabajo. Natalia se planteó por enésima vez que todavía podía echarse atrás, que aún no era tarde para decir que no estaba preparada. Miró el reflejo aterrado de sus ojos y trató de convencerse de que no le pasaría nada malo. A ninguna de las elegidas anteriores, a pesar de no superar la prueba, les había sucedido nada malo estando en Nuevo Edén. Simplemente habían sido expulsadas y, en aquel momento, aquello le parecía más un premio que un castigo. No había nada que le hiciera pensar que no iba a suceder lo mismo en aquella ocasión. Se enfrentaría a la prueba, fuese lo que fuese, fracasaría como todas y regresaría a su casa. Lo único de lo que debería preocuparse a partir de aquel momento sería de no volver a coger una llamada de móvil en lo que le quedase de vida.

La puerta se abrió e Irene entró en la habitación, llevando con las dos manos un cáliz plateado. Lidia y Celina se apartaron para dejarle paso. Natalia se giró y esperó a que Irene se colocase frente a ella.

—Bebe esto —le pidió Irene, tendiéndole el cáliz—. Te relajará.

—Ya estoy relajada. Gracias.

—Es parte de la ceremonia. Bébelo.

El tono de Irene le indicó que no aceptaría un no como respuesta.

Natalia tomó el cáliz de manos de Irene y lo observó. Era un líquido blanco, pero estaba segura de que Irene no le había traído un tazón de leche caliente para que se sintiera reconfortada. Le vinieron a la mente todas las paranoias de Gus, que se negaba a comer o beber cualquier cosa por miedo a que le estuvieran drogando. En aquel momento estaba segura de que no era una paranoia, que aquel líquido contenía algún fármaco que anularía su voluntad. Miró a las tres mujeres, que la contemplaban expectantes. Ya había llegado demasiado lejos, tenía que seguir adelante. De un solo trago se bebió todo el contenido del cáliz. Le sorprendió no encontrar ningún sabor extraño. Parecía que era sólo leche con un poco de azúcar.

—Muy bien, Natalia —Irene le quitó el cáliz de las manos y lo dejó sobre una mesa—. Ahora acompáñanos. La ceremonia va a comenzar.

Carlos se acercó al coche llevando un paquete en la mano derecha. Dio un par de golpes en la ventanilla del copiloto y le indicó a Gus que saliera. Cuando el chico estuvo fuera, le pasó el paquete y rodeó el coche para entrar en el asiento del conductor.

—¿Qué es esto? —preguntó Gus.

—Un chaleco antibalas. O te lo pones o no vienes.

—Joder, Carlos... No vi ni una sola arma mientras estuve allí. ¿Tú crees que esto es necesario?

—Sí. No voy a ceder en esto. Quítate la ropa y pónitelo sobre la camiseta.

—¿Pretendes que me quede medio en bolas aquí? Carlos, que estamos en diciembre.

—También puedes volver a la central, buscar un baño, ponértelo, comprobar en el espejo si te queda bien... El problema es que para entonces nos habremos ido sin ti.

Gus dejó de protestar, se quitó la chaqueta y la sudadera y las dejó sobre el capó del coche. Carlos volvió junto a él y le ayudó a ajustarse el chaleco. Gus volvió a vestirse a toda prisa y se metió en el coche, aún sin creerse del todo que fueran a dejar que les acompañara.

—¿Ha sido muy difícil convencer a Aguirre?

—No, lo que ha sido difícil ha sido convencer a Ruiz y Garay. Ni siquiera querían dejarme ir a mí. Dicen que es un caso de delitos económicos, que yo no pinto nada ahí, que lo vamos a estropear todo... Mira, ahí vienen.

Ruiz y Garay salieron de la central, seguidos por otros cuatro ertzainas uniformados. Se dividieron por parejas y se encaminaron hacia sus coches. Cuando pasaron frente a ellos, Carlos agitó una mano a modo de saludo. Ellos miraron hacia otro lado, fingiendo que no le habían visto.

—Serán gilipollas —Carlos suspiró y puso en marcha el motor de su coche—. Última oportunidad para echarte atrás. ¿De verdad quieres venir?

—No me lo perdería por nada del mundo.

—Está bien, pero si la cosa se pone fea, te escondes en cualquier sitio y no te mueves hasta que yo vaya a buscarte. ¿De acuerdo?

—De acuerdo. No te preocupes por mí.

—Pues esto está en marcha. Allá vamos.

Natalia caminó por los amplios pasillos de la casa, seguida por Irene, Lidia y Celina, que entonaban cánticos en susurros. Tuvo que controlarse para no girarse y pedirles que se callaran porque la estaban sacando de quicio. Por fin, llegaron ante una habitación cerrada por dos enormes puertas de madera oscura. Lidia se adelantó, sacó una llave y abrió, invitando a Natalia a entrar.

La habitación era un inmenso dormitorio, dominado por una cama con dosel. Las tres mujeres empezaron a moverse por la habitación para prepararlo todo. Cerraron las cortinas de terciopelo, dejando la habitación en

penumbras, y comenzaron a encender velas y quemadores de esencias. Irene se acercó a un reproductor de música y, en unos segundos, una suave melodía inundó la estancia. Natalia sintió que el estómago se le subía a la garganta. No estaban dejando muchas dudas acerca de lo que iba a pasar en aquella habitación. Sólo faltaban el champán y las fresas. Se sintió muy estúpida. Debía de haber imaginado en qué iba a consistir la prueba hacía mucho tiempo. Se suponía que el cometido de la elegida era engendrar un hijo junto con Gabriel. ¿Cómo esperaba que lo hicieran? ¿Por inseminación artificial? ¿Por un milagro divino?

En aquel momento se decidió a abandonar. Le daba igual que la expulsaran y no poder conseguir más datos sobre los asesinatos de las chicas. Ya los encontraría de otra manera, pero no iba a permitir que Gabriel le pusiera una mano encima. A pesar de ello, continuó en silencio, plantada en mitad de la habitación. Le comunicaría su decisión directamente a Gabriel. Le parecía una persona mucho más comprensiva que aquellas tres brujas.

Irene se acercó a ella y le tomó la mano. Natalia fue a seguirla, pero notó que sus piernas no le respondían bien. Se dio cuenta de que la imagen borrosa de la habitación no se debía sólo a la falta de luz. Aquello confirmaba sus peores temores: la habían drogado. Espero poder mantenerse lo bastante lúcida para poder hablar con Gabriel cuando llegara y pedirle que detuviera todo aquello.

—¿Qué pasa, Natalia? ¿No te encuentras bien? —le preguntó Irene—. Celina, ayúdame a llevarla a la cama.

Natalia quiso decirles que la cama era el último lugar al que quería ir en aquel momento, pero sus labios no la obedecieron. Las dos mujeres la agarraron, una por cada brazo, y la guiaron hasta la cama. La ayudaron a tumbarse y después pasaron unos minutos recolocando su vestido y esparciendo sus rizos sobre la almohada, preparándola como a una bella

durmiente que esperara a su príncipe.

Sintió que el miedo la invadía. Se sentía confusa y paralizada y ni siquiera era capaz de pensar con claridad. Además, iba sintiéndose cada vez más somnolienta. Le parecía que todo su cuerpo pesaba y que se hundía en el colchón, como si éste tratará de tragársela. Tuvo que hacer un gran esfuerzo para que sus párpados no se cerrasen.

Las tres mujeres terminaron su trabajo y salieron de la habitación, cerrando la puerta con dos vueltas de llave. Natalia pensó que era una precaución innecesaria. Tal como se encontraba en aquel momento, aquella puerta era tan inaccesible para ella como la superficie de la luna.

Escuchó el sonido de otra puerta abriéndose en el lateral del dormitorio. Gabriel entró, llevando también una túnica blanca con ribetes dorados. Al mirarla, una amplia sonrisa inundó su rostro. Natalia observó como él se acercaba a la cama, poco a poco, contemplándola con la adoración con la que se contempla una obra de arte. Sintió ganas de gritarle que se detuviera, pero de su garganta no brotó ningún sonido.

La comitiva de coches había dejado atrás la autopista y se había ido internando por carreteras cada vez más estrechas y peor conservadas. En aquel momento Carlos y Gus avanzaban por una comarcal repleta de baches y rodeada de árboles, pequeños prados, huertas y caseríos. Iban cerrando la marcha, detrás del coche de Ruiz y Garay y de los dos coches patrulla que les acompañaban. Carlos se giró durante un segundo y observó a Gus. Llevaba varios minutos en silencio y, como eso era muy raro en él, había pensado que se habría quedado dormido. Sin embargo, el chico tenía los ojos abiertos y la mirada perdida en el paisaje.

—Estás muy callado. ¿Qué estás pensando?

—Estoy preocupado por Natalia. ¿Y si no nos dejan entrar?

—Llevamos una orden de registro firmada por un juez. Si se ponen tontos, podemos tirar la verja abajo.

—¿Y has pensado en lo que le dirás a Natalia cuando la veas?

—Le diré que venga con nosotros. ¿Qué otra cosa quieres que le diga?

—¿Y si no quiere? Ya sabes lo cabezota que es.

—Me da igual. Si no quiere venir voluntariamente, le diré a la gente de Nuevo Edén que ella trabaja para la Ertzaintza y ellos mismos la pondrán de patitas en la calle.

—¿En serio harías eso? —Gus esperó a que Carlos asintiera—. Sabes que te va a odiar, ¿verdad?

—Lo sé y me da igual. Si no quiere, puede no volver a hablarme en toda su vida, pero yo voy a hacer todo lo que esté en mi mano para que sea una vida muy larga.

Gabriel se sentó en la cama y acarició con dulzura uno de los rizos de Natalia. Después deslizó una de sus manos por la mejilla de la chica y secó una lágrima que había escapado de sus ojos.

—¿Qué es esto, Natalia? ¿Estás llorando? Comprendo que puedes estar nerviosa por nuestra unión carnal, pero no tienes de qué preocuparte. Yo te cuidaré y me encargaré de que todo vaya bien —Gabriel sonrió, tratando de tranquilizarla—. Te contaré un secreto. Yo también estoy nervioso. Puede que no lo creas, pero para mí sería la primera vez.

Natalia se sorprendió ante aquellas palabras. Era imposible que un hombre de más de treinta años se mantuviera virgen. Y menos un hombre tan atractivo como Gabriel. Casi todas las mujeres de Nuevo Edén estaban locas por él. Debía de haberle entendido mal.

—Mi cuerpo nunca ha funcionado como el de los demás hombres. Eso me supuso un gran dolor en el pasado. Pensaba que no era normal, que Dios

me había castigado... Hasta que un día lo comprendí. Dios, en su infinita sabiduría, me había reservado para la misión más grande. Por eso nunca fui como los demás. Mi simiente no debe derramarse en cualquier mujer, pues está destinada a traer al mundo al verdadero Mesías. Solamente cuando esté en presencia de la mujer adecuada, aquella llamada a ser la madre de Nuestro Señor en la Tierra, podré yacer con ella y procrear.

Natalia no podía creerse lo que estaba oyendo. Gabriel estaba mucho más loco de lo que había supuesto. Su mente enferma había conseguido convertir una disfunción eréctil en la base de una religión. Lo peor de todo no era que él tuviese aquellos delirios religiosos sobre su problema, sino que un montón de locos estuviesen dispuestos a seguirle.

—Creo que mi espera al fin ha dado fruto, que por fin he encontrado a la que estaba destinada a ser mi compañera —seguía hablando Gabriel, ajeno a los pensamientos de Natalia—. Desde el primer momento en el que te vi, sentí algo diferente. Hay algo que me quema por dentro cada vez que te veo. Me descubro pensando en ti a cada momento, soñando contigo en mis noches solitarias. Creo que, después de todos estos años, he podido descubrir contigo lo que es desear a una mujer.

Gabriel se inclinó hacia Natalia para besarla. Ella reunió toda su fuerza de voluntad y consiguió que los músculos del cuello le respondieran para apartar la cabeza hacia un lado. Él no pareció molestarse. Simplemente la sujetó con delicadeza por la barbilla para obligarla a mirarle y se inclinó hacia ella para susurrarle tres palabras:

—Escorpión. Rojo. Estambul.

Los coches se detuvieron frente a la verja de Nuevo Edén y, en cuestión de segundos, los habitantes del interior empezaron a acercarse, curiosos. Carlos y Gus se bajaron del coche y se acercaron a la verja. Antes de llegar, Ruiz y

Garay les alcanzaron.

—Dejadnos hablar a nosotros— ordenó Ruiz—. El caso es nuestro y somos los que llevamos la orden de detención.

—Sin problemas, siempre que recuerdes que el objetivo principal de esta misión es sacar a Natalia de ahí. Si veo que haces algo que pueda ponerla en peligro, intervendré.

Ruiz le lanzó una mirada de desprecio, pero prefirió dejar de discutir. Se acercó a la verja, con su compañero al lado, y desplegó la orden de registro para que pudiera verla el hombre que esperaba al otro lado.

—Ése de la túnica roja es Diego— le susurró Gus a Carlos—. Es como el jefe de seguridad de este sitio. Ten cuidado, creo que está mal de la cabeza y que se cree de la mafia ucraniana o algo así.

Carlos asintió y se colocó justo detrás de Ruiz y Garay, que ya estaban hablando con Diego.

—Buenos días. Pertenece al grupo de investigación de delitos económicos de la Ertzaintza. Traemos una orden de registro —estaba explicando Garay.

—Buenos días. ¿Me permiten unos minutos para que vaya a avisar al dueño del lugar? Creo que será mejor que hablen con él.

Garay asintió y Diego fue a retirarse de la puerta, pero, justo antes de girarse, su mirada se topó con Gus. Le observó durante unos segundos, como si no acabará de recordar quién era. Gus le dirigió una sonrisa divertida mientras agitaba los dedos de una mano a modo de saludo. Diego frunció el ceño y salió disparado hacia la casa grande, dejando a dos hombres al cuidado de la puerta.

—No sé si ha sido buena idea que vinieras. Ahora están sobre aviso de que estamos buscando a Natalia —susurró Carlos.

—No pasará nada. ¿Qué van a hacer? ¿Matarla con nosotros aquí en la

puerta? Le dirán que vaya haciendo la maleta porque su hermano ha venido a buscarla.

—Si tú lo dices...

—Que sí, hombre... Además, ha merecido la pena. ¿Tú has visto la cara que ha puesto? Tranquilo, que en cinco minutos estarás abrazando a Natalia.

Diego entró en la casa a la carrera y subió las imponentes escaleras de madera oscura, despertando ecos con cada uno de sus pasos. Celina se asomó para ver a qué venía tanto escándalo.

—¿Pasa algo, Diego?

—Sí, la policía está fuera con una orden de registro —Diego llegó a la parte alta de la escalera y se inclinó hacia delante un par de segundos, agarrándose el costado y tratando de recuperar la respiración.

—¿La policía? ¿Para qué? —preguntó Lidia, acercándose.

—Dicen que son del grupo de delitos económicos. Esto pinta feo. Les he dicho que yo no podía abrirles y que venía a buscar a Gabriel.

—No se puede molestar a Gabriel en este momento. Está realizando la prueba.

Diego se irguió y contempló las puertas cerradas tras las que estaba Gabriel. Sabía lo importante que era aquella prueba para toda la comunidad, pero no iba a poder mantener a la policía fuera mucho más tiempo. Tendría que enfrentarse a su ira, pero aquello era realmente importante. Habría que posponer la prueba para otro momento.

—Abre las puertas. Yo asumo toda la responsabilidad.

Lidia asintió, se acercó a la habitación con la llave en la mano y abrió las puertas de par en par, permitiendo que Diego pasara. Gabriel estaba desnudo al lado de la cama, junto al cuerpo inerte de Natalia. Al escuchar

como las puertas se abrían, Gabriel miró hacia allí. Su expresión de sorpresa se convirtió en un segundo en la rabia más profunda.

—¿Qué estás haciendo? ¿Acaso no sabes que no se me puede molestar durante las pruebas?

—Lo siento, señor. La policía está fuera y tienen una orden de registro. Les he dicho que esperasen para venir a buscarle.

—Que esperen lo que haga falta. O atiéndeles tú mismo, me da igual. ¡Y ahora largo de aquí!

—Disculpe, señor, pero hay algo más que debe saber. Agustín, el hermano de la chica, está fuera con la policía. Creo que viene a llevársela.

Gabriel abrió mucho los ojos, recogió su túnica del suelo y se la puso, mientras negaba con la cabeza una y otra vez. Cuando estuvo vestido, hizo un gesto a Diego y a las tres mujeres, que esperaban en silencio unos pasos más atrás, para que entrasen en la habitación.

—No pueden llevársela, ni encontrarla en este estado. Irene, recoge todas sus cosas y llévalas al todoterreno. Asegúrate de que no queda nada de ella en esta casa. Tiene que parecer que nunca ha estado aquí —Irene asintió y salió de la habitación—. Lidia y Celina, coged a Natalia y llevadla al todoterreno.

Lidia y Celina corrieron hacia la cama y trataron de despertar a la joven. Seguía muy confusa y torpe. Iba a ser difícil hacer que bajase las escaleras. Diego se acercó a la cama para tratar de ayudarlas, pero Gabriel le llamó.

—No, Diego. Tú quédate conmigo —Diego asintió y los dos esperaron en silencio hasta que Lidia y Celina sacaron a Natalia de la habitación y cerraron la puerta tras de sí—. Quiero que Irene y tú la llevéis a la casa de la playa y os quedéis allí custodiándola hasta que yo regrese. Nadie más debe saber dónde está, ni debéis permitir que ella tenga ningún contacto con el

exterior.

—De acuerdo, señor. Se hará como indicas, pero ¿no sería mejor entregarla? Saben que ha estado aquí y harán muchas preguntas.

—No, no pueden llevársela— Gabriel se acercó a Diego, le puso ambas manos en los hombros y sonrió, eufórico—. Es ella, Diego. Ahora estoy seguro. Si no me hubierais interrumpido, habría podido consumir nuestra unión. Por fin he encontrado a la elegida por Dios para plantar mi simiente.

—Entiendo. La protegeré con mi propia vida.

—Confío en ti.

Diego salió de la habitación para cumplir su misión, seguido por Gabriel, que salió de la casa con paso tranquilo para dirigirse hacia la verja. Por el camino se paró un par de veces para calmar a algunas personas, que le transmitieron su preocupación por la presencia de la policía. No tenía ninguna prisa. Debía proporcionarles a Diego e Irene el tiempo suficiente para escapar.

CAPÍTULO OCHO

Carlos observó la figura de Gabriel acercándose a la verja con paso majestuoso. Incluso el sol brilló durante unos segundos con más fuerza, haciendo resplandecer su túnica blanca. Sintió la aguda mordedura de los celos al verlo. Incluso él tenía que reconocer que era el tío más guapo y con más presencia que había visto en toda su vida. Si Natalia tenía que elegir entre aquel tipo y él, no tendría la más mínima posibilidad.

Mientras Gabriel llegaba hasta la verja, se planteó qué pasaría si Natalia le decía que quería quedarse, que se había enamorado del jefe de aquel sitio y que no tenía ninguna gana de regresar a casa con un tipo del montón como él. ¿Se atrevería a delatarla y ponerla en peligro si ella decidía quedarse? Y, si la delatara, ¿hasta qué punto podría convencerse de que lo hacía por ella y no por celos?

Decidió aparcar aquellos pensamientos para cuando llegara el momento. Tenía que tranquilizarse. Seguramente los tíos de ese estilo no eran del tipo de Natalia. Sólo así se explicaba que estuviera con él, que le sacaba casi veinte años, se peinaba poco y sólo se afeitaba si estaba muy aburrido y no tenía nada mejor que hacer.

Gabriel llegó hasta la puerta y le pidió a los dos hombres que habían estado custodiándola que se apartasen. Después miró directamente a Garay, que había vuelto a extender la orden de registro, con una sonrisa que parecía indicar que no había nada en el mundo que le hiciera más feliz que aquella visita.

—¿En qué puedo ayudarles, caballeros?

—Buenos días. Somos del grupo de investigación de delitos económicos de la Ertzaintza y tenemos una orden de registro para esta propiedad.

—¿Podrían indicarme de qué se nos acusa?

—De un montón de cargos: falsedad documental, fraude, impago de impuestos... —intervino Ruiz, dando un paso adelante para agarrarse a la valla, impaciente—. Ya le informaremos de todo más adelante. Ahora abranos.

Gabriel asintió, se retiró de la puerta y dejó que los dos hombres que le acompañaban abriesen la alta verja. Después les hizo un gesto con la mano, invitándoles a entrar.

—Si me dicen qué es lo que quieren ver, estaré encantado de guiarles.

—Tranquilo, ya nos guiamos solos —contestó Ruiz, agarrándole por un brazo—. Vamos a dar una vuelta a ver qué encontramos.

Dos horas después, Carlos y Gus volvieron hasta la entrada, sintiéndose cansados y abatidos. No habían encontrado ni rastro de Natalia por ningún sitio. Gus incluso se había atrevido a preguntar por ella a alguno de sus antiguos compañeros de barracón, pero lo único que habían podido decirle fue que la vieron entrar en la casa grande la misma noche que él se marchó y que no habían vuelto a saber nada de ella.

—¿Qué hacemos ahora? —preguntó Carlos mientras se encendía un cigarrillo.

—No lo sé. Creo que ya lo hemos mirado todo. Parece que se la han llevado.

—Piensa un poco. ¿No hay ningún edificio que nos falte por mirar?

—¿Hemos revisado la enfermería? A lo mejor se encontraba mal y la tienen allí.

—Creo que un par de agentes se pasaron por allí, pero no perdemos nada por mirar. Todavía queda un rato hasta que Ruiz y Garay se cansen de confiscar papeles.

Se dirigieron hacia la enfermería, un edificio blanco adornado por una enorme cruz roja situado al fondo, cerca de los barracones. La puerta estaba cerrada, pero Carlos ni siquiera llamó. Probó suerte con el picaporte y la puerta se abrió. Una mujer de unos cincuenta años, con el pelo negro surcado por amplios mechones del color del acero, les interceptó con cara de pocos amigos.

—¿Qué hacen aquí? Hay enfermos recuperándose. No se puede entrar.

—Lo siento, señora, pero tenemos una orden de registro que afecta a todos los edificios de esta propiedad.

—Ya han pasado un par de amigos suyos hace un rato. No van a encontrar nada sospechoso aquí.

—Eso será mejor que lo decida yo —Carlos dio un paso adelante para obligarla a apartarse.

La mujer fue siguiéndoles de estancia en estancia, con los brazos cruzados frente al pecho y un gesto de desagrado en la cara. Gus y Carlos la ignoraron y, a pesar de que pronto comprobaron que no había rastro de Natalia por allí, decidieron seguir curioseando. Al llegar al almacén en el que guardaban los medicamentos, Carlos se fijó en una caja blanca con letras azules y la sacó de su estante para enseñársela a la mujer.

—¿Rohypnol? ¿Sabe que esta droga se utiliza para anular la voluntad de la gente y cometer robos y violaciones?

—Claro que lo sé. Soy médico —la mujer alzó la cabeza, orgullosa—. ¿Sabe usted que en Europa es legal como tratamiento de problemas del sueño?

—¿Y para qué la utiliza usted? —Carlos abrió la caja y sacó un blíster, al que le faltaban varias pastillas.

—Sara, la encargada del almacén, suele tener insomnio. Dice que se va a la cama y no puede parar de repasar listas hasta estar segura de que tiene

todos los suministros en orden. Cuando lleva varios días durmiendo mal y se encuentra agotada, suele venir a que le dé una pastilla.

—Déjalo, Carlos —le susurró Gus—. No vamos a conseguir nada. Esta gente tiene respuesta para todo.

Carlos devolvió la caja a su estante y, seguido de Gus, abandonó la enfermería. A lo lejos vieron que Ruiz y Garay estaban guardando varias cajas con documentos y un par de ordenadores en el maletero de su coche. Parecía que ya habían acabado.

—Mierda, nos vamos a tener que ir sin saber dónde está Natalia. Tiene que estar aquí, en algún sitio.

—Yo creo que ya no está aquí —dijo Gus, pensativo—. ¿Sabes a quién no hemos vuelto a ver? A Diego, el tío de seguridad, el de la túnica roja que nos ha atendido cuando hemos llegado. Creo que, cuando ha ido a avisar a Gabriel, éste le ha ordenado que se la lleve.

—¿A dónde?

—Ni idea, pero me da que ha sido culpa mía. Si no me hubiera visto, no habría pensado que veníamos a por ella.

—No te culpes. La encontraremos —Carlos se acercó al coche de Ruiz y Garay y les ayudó a meter las últimas cajas—. ¿Habéis terminado? ¿Nos vamos ya?

—Casi. Estamos esperando al jefe de este sitio, que va a acompañarnos a la central para contestar a un montón de preguntas —Garay dio un par de golpes en la tapa de una de las cajas, feliz—. No te imaginas las cosas que hemos encontrado. ¿Y vosotros que tal? ¿Ni rastro de Natalia?

—Nada, parece que se la ha tragado la Tierra.

—Lo siento, tío.

—¿Podrías dejármelo un rato para ver si puedo sacarle algo?

—Primero déjanoslo a nosotros un par de horas —contestó Ruiz,

mientras cerraba el maletero—. Te lo ablandaremos un poco.

Carlos asintió, aunque no estuviese muy conforme. En dos o tres horas podrían llevarse a Natalia a cualquier lugar del país, pero tendría que esperar. Era un caso de delitos económicos. No podía exigir que le dejaran hacer el primer interrogatorio.

Un murmullo le hizo girarse hacia Nuevo Edén. Gabriel caminaba hacia la salida, escoltado por dos agentes. Había cambiado su túnica blanca por un elegante traje de color gris y una camisa azul y se había recogido su larga cabellera en una coleta baja. En unos minutos había pasado de ser un Mesías en la Tierra a un elegante ejecutivo hipster, pero seguía siendo igual de atractivo. La gente se arrodillaba a su paso y lloraba, rogando para que no se lo llevaran. Gabriel sonreía a unos, posaba sus manos sobre las cabezas de otros, ofrecía palabras de consuelo...

—Joder, ahora sé lo que sintieron los arcángeles al expulsar a Adán y Eva del paraíso —bromeó Garay—. Me siento culpable.

Gabriel llegó frente a ellos y extendió sus manos, como si estuviera preparado para que le esposaran. Ruiz negó con la cabeza, le puso la mano en la espalda y le guió hasta su coche.

—Tengo derecho a una llamada, ¿verdad?

—Tú has visto muchas películas americanas. Tienes derecho a decirnos a quién quieres que avisemos de que estás detenido, pero con toda la gente que hay aquí mirando, no creo que vaya a hacerte falta —contestó Carlos, abriendo la puerta de atrás del coche de Ruiz y Garay para que estos le metieran dentro—. Además, sabemos lo que puedes hacer con una llamada de teléfono. Vas a estar sin ver un móvil durante una temporada.

Gabriel le miró y arqueó una ceja, desconcertado, como si no supiera de qué le estaba hablando. Ruiz cerró la puerta y caminó hasta el asiento del copiloto.

—Lo tendrás a tu disposición en dos o tres horas.

Carlos asintió y se dirigió hacia su coche, seguido de Gus. Entraron y, cuando todos los demás coches hubieron arrancado, se colocaron al final de la comitiva. Carlos se dio cuenta de que Gus volvía a estar callado y pensativo.

—¿Qué te pasa? ¿Sigues sintiéndote culpable de la desaparición de Natalia?

—Sí, bastante, pero no es eso. Es sólo que me muero de sueño.

—Duerme un poco. Ya has oído a Ruiz. No podré acceder a Gabriel hasta dentro de unas tres horas, así que hasta ese momento no tenemos nada que hacer.

—¿Y tú qué vas a hacer mientras tanto?

—De momento volver a casa y sacar a Art. Cuando Natalia vuelva, no quiero que se lo encuentre todo lleno de pis y caca de perro.

—¿Estás seguro de que la encontraremos?

—Por supuesto. ¿Crees que si pensara que no iba a volver me preocuparía un solo segundo de que se llenase la casa de mierda? La encontraremos. Ahora duerme.

CAPÍTULO NUEVE

Natalia consiguió incorporarse y echar una mirada al lugar en el que Irene la había dejado. Aquella habitación no tenía nada que ver con el lujo al que la habían acostumbrado en la casa grande de Nuevo Edén. Todo el cuarto estaba sumido en las tinieblas. Tan sólo unos débiles rayos de sol conseguían colarse a través de las grietas en la madera de las contraventanas.

No había mucho que ver en la habitación. Un camastro con un delgado colchón y una vieja manta, un pupitre que debían haber robado en algún colegio abandonado y, casi oculto en una esquina, un orinal. Aquello era lo más cercano a una pesadilla que pudiera imaginarse. Esperaba que fuera algo temporal o se volvería loca.

Sacó las piernas de la cama con mucho cuidado y se quedó sentada mientras esperaba a que su cabeza dejase de girar. Seguía sintiéndose confusa y mareada, pero parecía que su cuerpo comenzaba a responder. Se levantó y, apoyándose en la pared, se dirigió a la ventana para tratar de abrirla. Quizá desde allí podría ver a alguien a quien pedir ayuda o, si eso no era posible, al menos podría conseguir algo más de luz. Sus esperanzas se desvanecieron en cuanto consiguió llegar a la ventana. Las contraventanas estaban cerradas con un grueso candado de acero. Era imposible abrirlo.

Volvió a apoyarse en la pared y recorrió la habitación hasta la pared de enfrente, en la que se veía una puerta de madera que parecía resistente. Accionó el picaporte y, tal como temía, la puerta no se movió. La habían cerrado desde fuera. Dio un par de débiles golpes en la puerta, tratando de pedir ayuda. No era capaz de nada más. Sus músculos aún se negaban a obedecerla y se sentía muy débil y cansada.

Con mucho esfuerzo, logró regresar a la cama y tumbarse. Se tapó con la raída manta y se abrazó a sí misma. El lugar estaba tan frío que veía

formarse una nubecilla de vaho cada vez que respiraba. Además, olía a cerrado y a humedad. ¿Qué clase de sitio era aquél? ¿Por qué la habían encerrado allí? ¿Sería su castigo por no haber superado la prueba?

Trató de recordar qué había sucedido durante la prueba, pero sólo encontró un enorme hueco en su memoria. Recordaba vagamente las delirantes explicaciones de Gabriel acerca de la búsqueda de la elegida que solucionaría milagrosamente sus problemas de erección y después... Nada, el vacío más absoluto. ¿Qué habría pasado? ¿Habían descubierto que no era la elegida que estaban buscando y la habían abandonado allí? No era eso lo que suponía que sucedía con las elegidas que fallaban la prueba.

Se encogió aún más sobre sí misma, tratando de entrar en calor. Tenía que descansar y recuperarse. Estaba claro que la habían drogado y que eso hacía que no pudiera pensar bien, pero, cuando el efecto de la droga pasase, se levantaría y buscaría la manera de salir de allí. No podía quedarse quieta, compadeciéndose a sí misma y esperando a que alguien llegara para salvarla. Nadie sabía que estaba allí. Incluso era posible, tal y como se había portado con Carlos y Gus, que nadie estuviera buscándola. Tendría que conseguir escapar por sí misma.

Carlos salió del coche, dejando a Gus dormido dentro. El chaval estaba agotado y necesitaba descansar. Además, no tenía ni idea del tiempo que tardaría en poder interrogar a Gabriel. Gus no pintaba nada allí dentro y allí estaría a salvo. No se le ocurrían muchos sitios más seguros para dormir que el aparcamiento de la central de la Ertzaintza.

Entró en el edificio y preguntó por la sala en la que estaban interrogando a Gabriel. Se metió en la sala de al lado, desde la que se podía ver el interrogatorio a través de un cristal. Aguirre estaba allí sentado, observando cómo trabajaban Ruiz y Garay. Había otro hombre sentado al

lado de Gabriel, un tío alto que seguía siendo apuesto a pesar de rondar los sesenta años y que llevaba un traje que debía costar lo que ganaba Carlos en un año.

—¿Ya ha llegado su abogado? ¡Qué eficacia!

—Sí, todavía estábamos preparando la sala para el interrogatorio y ya estaba aquí. Le conozco. Es uno de los mejores abogados del País Vasco en cuanto a delitos económicos. El tío es un hueso. No deja que Gabriel responda a nada. Ruiz y Garay llevan una hora tratando de sacar algo y lo único que consiguen son protestas del abogado diciendo que tal pregunta no es pertinente o que no hay indicios para acusar a su cliente de tal otra. Así no vamos a conseguir nada.

—¿Cuándo podré interrogarle yo?

—Creo que les pediré que te dejen entrar en unos diez minutos. Así podrán descansar un rato. Veo a Ruiz demasiado nervioso como para seguir aguantando a ese chupatintas durante mucho más tiempo sin reventarle el hoyito que tiene en la barbilla. Además, puede que tú, con tus acusaciones, les desconcentres. Es posible que Gabriel se encuentre mucho más predispuesto a hablar sobre sus delitos económicos después de que tú le acuses de asesinato.

Carlos asintió y se sentó al lado de Aguirre, esperando a que llegase su turno. Ruiz y Garay seguían preguntando sobre sociedades pantalla, testaferros, desvíos de capitales y un montón de conceptos que Carlos no entendía. Gabriel se mantenía en silencio, limitándose a negar las acusaciones una y otra vez, bajo la atenta mirada de su abogado.

—Venga, Carlos. Te toca —Aguirre accionó un botón que le permitía comunicarse con el interior de la habitación—. Ruiz, Garay, diez minutos de descanso. Va a entrar Vega.

Ruiz y Garay asintieron y recogieron sus papeles. Ruiz salió de la

habitación mirando hacia atrás, lanzándole una mirada de odio al abogado de Gabriel, que ni siquiera se inmutó. Carlos respiró hondo y entró en el cuarto.

—Buenos días, soy el inspector Vega, de la Unidad de Homicidios.

—¿Homicidios? —Gabriel reaccionó por fin, mirando a Carlos con sorpresa.

—A ver qué nueva tontería se les ha ocurrido ahora —dijo el abogado, levantándose para estrechar la mano de Carlos—. Alejandro Varela. Encantado.

Carlos le dio la mano y él otro se la apretó de forma enérgica y profesional mientras le dedicaba una sonrisa ensayada que no le llegaba a los ojos. A Carlos le cayó mal de inmediato, pero trató de disimularlo y le devolvió la sonrisa antes de sentarse frente a ellos.

—¿Podría decirnos en qué podemos ayudar a un inspector de homicidios? —preguntó el abogado, relajado como si estuvieran en el salón de su casa y Carlos fuera el invitado—. Pensaba que se había traído aquí a mi cliente acusado de delitos económicos.

—Así es, pero creo que podría ayudarnos con un caso. Estamos investigando las muertes de cuatro mujeres —Carlos abrió la carpeta que había llevado con él y empezó a colocar las fotos de las chicas sobre la mesa para que Gabriel pudiese verlas—. Andrea Eguizabal, Carmen Alzola, Estefanía Ortega y Leticia Gómez. ¿Las conoce, verdad?

Gabriel había levantado la mirada de la mesa al escuchar los nombres y miraba las fotos, sorprendido. Extendió una mano sobre la mesa y fue tocando las fotos, una a una. Parecía ido, como si se preguntase a sí mismo si todo aquello era real.

—¿Las reconoce?

—¿Por qué debería reconocerlas? —interrumpió el abogado.

—Porque, según lo que hemos investigado, todas estas chicas pasaron

una temporada en esa especie de retiro de locos que tiene montado su cliente.

—Le ruego que hable con más respeto a mi cliente. Nuevo Edén es una congregación religiosa.

—Como quiera... El caso es que esas cuatro chicas pasaron allí una temporada y ahora están muertas. ¿No tiene nada que decir?

Gabriel apartó la mirada de las fotografías para clavarla en Carlos. Abrió la boca, dispuesto a hablar, pero su abogado le puso una mano en el pecho, deteniéndole.

—No, no tiene nada que decir. ¿Esas chicas murieron dentro de Nuevo Edén?

—No.

—¿Tienen alguna prueba que relacione a mi cliente con las escenas del crimen? ¿Hay al menos algún móvil que indique que esos crímenes han podido ser obra de mi cliente? —Carlos iba a responder, pero el abogado ni siquiera le dio la oportunidad—. No tienen nada, porque si lo tuvieran, habrían hecho una acusación formal, así que le ruego que nos deje tranquilos para que podamos acabar con las también infundadas acusaciones de sus compañeros y largarnos de aquí. Tanto mi cliente como yo somos personas muy ocupadas.

—Si su cliente no tiene nada que ocultar, ¿por qué no le deja contestar a mis preguntas?

—Claro. ¿Por qué no le acusan de todos los crímenes sin resolver que tengan en sus archivos? Si no tiene ninguna prueba firme contra mi cliente, esta conversación ha terminado.

Carlos se levantó, sintiendo que la ira hervía en su interior. Sabía que Gabriel tenía las respuestas que necesitaba y que, si pudiera estar con él a solas cinco minutos, podría conseguir que hablase. Fue recogiendo las fotografías que había extendido sobre la mesa, mientras Gabriel las seguía

con la mirada. Parecía perdido, confuso.

—Esas chicas no están muertas —susurró—. Cuando se marcharon de Nuevo Edén estaban bien.

—No diga una sola palabra más— le ordenó su abogado—. Tan sólo están intentando confundirle.

—Están muertas. Todas ellas. Si usted no ha tenido nada que ver, ayúdeme a descubrir quién lo ha hecho.

—No están muertas. No pueden estar muertas...

—He dicho que la conversación ha terminado —gritó el abogado, levantándose y plantando las palmas de las manos sobre la mesa con tanta fuerza que Gabriel saltó en su silla, asustado—. Si sigue interrogando a mi cliente sobre ese caso sin tener ninguna prueba, presentaré una demanda por acoso...

—Inspector Vega, por favor, salga de la sala —la voz de Aguirre llegó a través del altavoz, sobresaltándoles a todos.

Carlos recogió las fotos y salió de la habitación, cerrando de un portazo detrás de él. Aguirre se levantó de su silla y le dio un par de palmadas en la espalda para tratar de calmarle.

—Vamos a dejar que Ruiz y Garay continúen con su interrogatorio. Te dejaré probar de nuevo a la tarde. Quizá haya suerte y después de comer su abogado esté de mejor humor.

—Joder, Aguirre... Tú le has visto. Podría hacer saltar a Gabriel con un par de minutos a solas. ¡Putos abogados! ¡Cómo los odio!

—Ve a tomarte un café y tranquilízate. No te preocupes. Conseguiremos que hable.

Carlos asintió mientras expulsaba el aire, tratando de echar también la mala leche que le quemaba por dentro. Salió de la habitación y recorrió el pasillo hacia la máquina de café. Mientras esperaba su turno, se quedó

mirando las puertas de los ascensores. Volvió a guardar las monedas en el bolsillo, entró en uno de los ascensores y pulsó el botón que le llevaría al piso de abajo: a la zona de la morgue.

A las dos de la tarde, la puerta de la sala de interrogatorios se abrió. Carlos dejó de darle vueltas al portafolios que le había dado Marta, la forense, saltó de la silla en la que había estado esperando y se dirigió al encuentro del grupo que se acercaba.

Aguirre abría la marcha, con cara de pocos amigos. Detrás de él, caminaba Gabriel, escoltado por Ruiz y Garay. Parecía que había conseguido recuperar su aplomo y serenidad habituales y caminaba por el pasillo con la presencia de un rey o una estrella del rock, atrayendo todas las miradas. Cerrando el grupo estaba Varela, el abogado. Por la media sonrisa dibujada en su cara, parecía que consideraba que los interrogatorios de la mañana estaban saliendo conforme a sus planes.

Carlos se interpuso en su camino, esquivó a Aguirre, abrió la carpeta y sacó una de las fotos, poniéndola frente a los ojos de Gabriel, a apenas cinco centímetros de su cara.

—¿Puede seguir negando que estás chicas están muertas? Ésta es Andrea, en la mesa de autopsias, después de haberse arrojado desde el Puente de la Salve. Puede que le cueste reconocerla porque la gente tiene mucho mejor aspecto estando viva, pero si se fija, verá que le digo la verdad.

—Carlos, ¿se puede saber qué estás haciendo? —preguntó Aguirre, enfadado.

—Tan sólo le estoy mostrando la verdad. Ésta es Leticia, tras saltar desde la azotea de su edificio. El cadáver no quedó muy mal, es la más reconocible de todas —Carlos sacó otras dos fotos más—. Con éstas tendrá algo más de dificultad. Sé que ni siquiera parecen seres humanos, pero son

Carmen y Estefanía, después de ser arrolladas por un camión y un tren.

—Ya basta —Varela dio un par de pasos adelante y golpeó la mano de Carlos, haciendo que soltase las fotografías—. Mi cliente no tiene nada que ver con estos hechos. Si sigue acosándolo de este modo, tendré que demandarles.

—No le estoy acusando de nada. Tan sólo necesito que me ayude.

Gabriel no contestó. Se había quedado paralizado, recorriendo con la mirada las fotografías que ahora yacían esparcidas por el suelo del pasillo. Tenía los ojos muy abiertos y la mandíbula caída. Ya no parecía un ídolo de masas, sino un loco con la conciencia perdida.

—Yo le creo, Gabriel. Creo que no tiene nada que ver con las muertes de esas chicas —le dijo Carlos, acercándose para obligarle a fijar su mirada en él—. Créame usted a mí también. Esas chicas están muertas y, si usted no es el culpable, hay un asesino en su organización. Ayúdeme a atraparlo.

—Le prohíbo que conteste a las preguntas de este hombre —Varela trataba de aparentar tranquilidad, pero la rabia se veía claramente reflejada en sus ojos. Se giró hacia Carlos, amenazante—. Se lo digo por última vez: apártese y deje en paz a mi cliente o le pondré tal cantidad de demandas que tendrá que quedarse a vivir en los juzgados.

—Carlos, déjalo ya —le pidió Aguirre, poniéndole una mano en el pecho para que se apartara. Se separaron unos pasos del grupo, para que no pudieran escucharlos—. Continuaremos con los interrogatorios a la tarde. Déjame que hable yo primero con su abogado. Creo que puedo conseguir que colaboren.

Carlos asintió y les dejó pasar, aunque sentía que aquello no estaba bien. Natalia podía estar en peligro. Quizá no disponía del tiempo que Aguirre le estaba pidiendo. Dejó que se alejaran unos metros, mordiéndose la lengua para no decir nada más, pero, antes de que desaparecieran, perdió la

batalla contra su autocontrol. Recogió las fotos del suelo y volvió a salir tras ellos.

—Natalia puede ser la siguiente —dijo, volviendo a mover las fotos delante del rostro de Gabriel—. Dentro de poco una foto suya podría unirse a esta colección y, si eso sucede, será responsabilidad suya.

—¡Llévense a este hombre! Me niego a que siga acosando a mi cliente con acusaciones infundadas —gritó Varela, fuera de sí.

—Carlos, ya basta. Nos vas a joder el caso —Ruiz le empujó del pecho, quitándole de su camino.

—Sólo necesito que me diga dónde está Natalia —insistió Carlos, desesperado—. No puede permitir que muera.

El grupo se alejó un par de pasos antes de que Gabriel se detuviese, girase sobre sí mismo y mirase a Carlos. A pesar de que Ruiz y Garay le agarraron por los brazos para obligarle a continuar, él se revolvió y se resistió a seguir su camino.

—Está en la casa de la playa.

—Si dice usted una sola palabra más, renunciaré a llevar la defensa de su caso. Y ustedes, ¿qué hacen ahí parados? Si siguen permitiendo que este hombre acose a mi cliente, solicitaré el sobreseimiento del caso.

Ruiz y Garay reaccionaron, hicieron que Gabriel se diese la vuelta y se lo llevaron casi en volandas, seguidos por las protestas y amenazas de su abogado. Carlos se quedó mirando cómo se iban, preguntándose si sería suficiente con el dato que Gabriel le había dado para encontrar a Natalia o si debería tratar de presionar a Gabriel un poco más. Las amenazas de Varela no le daban ningún miedo. Por él, podía ponerle demandas hasta que se aburriese, pero no quería sobrepasar la paciencia de Aguirre otra vez más.

Tendría que trabajar con lo que tenía. No sabía por qué, pero confiaba en Gabriel y en que él no tenía nada que ver con las muertes de las chicas. Su

sexto sentido le decía que era inocente y que no había sabido nada de todo aquello hasta que él se lo había dicho. Así que, si le había dado aquel dato sobre una casa en la playa, sin decirle nada más, debía de ser porque consideraba que ya le estaba ayudando bastante con eso.

Regresó a su despacho y buscó las páginas con las direcciones de las propiedades de las empresas de Nuevo Edén con las que Gus había estado trabajando. Gabriel había hablado de la casa de la playa como si su emplazamiento fuera obvio, como uno hablaría de la plaza o del bar de su pueblo, sabiendo que los demás sabrían a cuál se refería. Eso le hacía pensar que el lugar que le había indicado era muy familiar para él, muy cercano.

Empezó a revisar las direcciones, buscando una que estuviera en el mismo municipio en el que se encontraba Nuevo Edén. Al cabo de unos pocos minutos, lo encontró. Salió de su despacho con el papel en la mano y entró en el primer despacho que encontró abierto. Un joven con más espinillas en la cara que pelos en el bigote se irguió en su asiento de un salto al verle entrar a la carrera. Carlos se sorprendió por su juventud y su aspecto de friki inadaptado. ¿Dónde hacía la Ertzaintza sus procesos de selección? ¿En los clubs de rol de los institutos? Decidió dejar aquellas cuestiones para más adelante. Aquel chico tenía el aspecto de alguien que sabría contestar a las preguntas que realmente le importaban en aquel momento.

—Disculpa, chaval. ¿Sabes utilizar Google Maps?

—Claro, como todo el mundo. ¿Hay alguien en este planeta que no sepa?

Carlos decidió ignorar la sonrisa de prepotencia del chaval. Cualquiera diría que le había preguntado cómo usar la taza del wáter. Negó con la cabeza, se mordió la lengua y le puso delante la dirección que le interesaba.

—¿Podrías buscar este sitio? Es una emergencia.

El chaval asintió, tecleó durante unos segundos en su ordenador y le mostró una vista aérea del lugar. Era una casa rodeada de un amplio terreno de prados verdes. Frente a la fachada principal, se veía un acantilado con un estrecho camino blanco que llevaba hasta una playa. Por la parte trasera, más allá de las vallas que cercaban la propiedad, se divisaba un frondoso bosque. Era aquel sitio, estaba seguro. Le dio un par de palmadas de agradecimiento al chico y salió del despacho mientras sacaba su móvil del bolsillo.

—Aguirre, creo que la he encontrado. Necesitamos otra orden de registro... Sí, ésta es la dirección. Apunta.

CAPÍTULO DIEZ

El cielo encapotado anunciaba otra tarde de lluvia cuando Carlos salió de la central camino de su coche. Había conseguido la orden para investigar aquella nueva propiedad, pero para ello habían tenido que alegar que estaban buscando más pistas para probar los delitos de Gabriel, por lo que Ruiz y Garay volvían a estar al mando. Otros cuatro agentes, especializados en delitos económicos, completaban el grupo.

Al acercarse a su coche, Carlos vio a Gus aún dormido en el asiento del copiloto. Se había olvidado por completo de él y no le había preguntado a Aguirre si el chico podía acompañarles. Si tenía que entrar de nuevo a la central para hablar con Aguirre, los demás se iban a enfadar. Pensó en despertar a Gus y decirle que no podía ir con ellos, pero, con lo cabezota que era el chaval, podían estar discutiendo hasta que se hiciera de noche.

Llamó a Ruiz y Garay, que ya se dirigían a su vehículo, intercambió unas palabras con ellos y después caminó hasta su coche y entró. El ruido de la puerta al cerrarse despertó a Gus, que se incorporó en su asiento, sobresaltado.

—¿Qué pasa? ¿Ya has sacado a Art a hacer pis?

—Le he sacado hace horas, hemos vuelto a la central, he estado interrogando a Gabriel... Llevas dormido toda la mañana.

—Joder, me duele todo —Gus trató de estirarse en el asiento—. ¿Y qué ha pasado? ¿Habéis conseguido algo?

—Sí, Gabriel nos ha dicho que tienen a Natalia en una casa en la playa. Creemos que es una casa a unos dos kilómetros de Nuevo Edén. Tenemos la orden para registrarla y ahora mismo vamos para allí.

—Estupendo. Lamento no haber estado muy operativo.

—No hay problema, ya has ayudado suficiente.

Mientras hablaban, ya habían salido de la central y circulaban detrás del coche de Ruiz y Garay, seguidos por otros dos coches patrulla. Gus parecía todavía medio dormido y sin ganas de hablar. Se limitó a encender un cigarrillo y observar por la ventanilla del coche las nubes, cada vez más negras, que traía el viento.

Al cabo de un rato los coches abandonaron la autopista, siguieron por una carretera comarcal y, finalmente, se internaron por una estrecha senda forestal que ascendía por una colina. Al girar una curva, Carlos encendió las largas varias veces para indicar al coche que les precedía que debían parar. Cuando lo hicieron, Carlos aparcó su coche en la cuneta y se quitó el cinturón de seguridad.

—¿Dónde vamos? —preguntó Gus.

—Tú a ninguna parte. Te quedas aquí —Carlos le señaló el paisaje que se veía desde lo alto. Muchos metros más abajo se divisaba una casa sobre un acantilado, al lado de una playa—. Creemos que es ahí donde tienen a Natalia. Voy a ir con los demás a registrar la casa, pero tú no puedes venir.

—¿Y eso?

—Se me olvidó comentarle a Aguirre que venías y no tengo su permiso.

—Joder... ¿Y ahora tengo que pagar yo por tu despiste?

—A Ruiz y Garay tampoco les hace ninguna gracia tener a un civil metiendo las narices en su caso. Ni siquiera les hago gracia yo. ¿Tú sabes la que nos podrías liar si te pasara cualquier cosa? Lo mejor es que esperes en mi coche a que volvamos. Además, desde aquí vas a tener una vista privilegiada de toda la operación.

—Está bien —Gus cruzó los brazos frente al pecho y frunció el ceño, como un crío enfadado—, pero deja las llaves puestas para que pueda poner la radio y la calefacción o me encontrarás muerto de frío y de aburrimiento

cuando vuelvas.

—Como quieras, pero no se te ocurra mover el coche ni medio centímetro.

—Pues claro. ¿Dónde iba a ir?

—Júramelo.

—Joder, qué manía con los juramentos. Que sí, pesado.

Carlos salió y montó en el asiento trasero del coche de Ruiz y Garay. En unos segundos, los tres vehículos arrancaron, dejando a Gus solo en mitad de aquel bosque. Por suerte, tal y como había dicho Carlos, disfrutaba de una visión privilegiada desde allí arriba, así que pudo ir siguiendo su avance hasta la verja de la casa. Cuando se bajaron y llamaron al timbre, sintió que su respiración se alteraba. No sabía si las corazonadas de Carlos serían contagiosas, pero en aquel momento sentía que las cosas no iban a salir como ellos esperaban.

Diego corrió hacia la ventana de la cocina al escuchar los ruidos de varios motores acercándose por el camino. Movi6 un poco la cortina y comprobó que sus miedos quedaban confirmados. Un par de coches patrulla estaban aparcando al otro lado de la verja. De otro coche se bajaron tres hombres a los que reconoció de inmediato. Había estado hablando con ellos cuando llegaron a registrar Nuevo Edén. Les habían encontrado muy pronto y era posible que viniesen buscando a Natalia. No podía permitir que se la llevaran.

En un par de zancadas se plantó en el salón, donde Irene se entretenía leyendo un libro frente a la chimenea. La tomó de un brazo y la obligó a levantarse.

—Me haces daño. ¿Qué quieres?

—La policía está fuera. Tienes que llevarte a Natalia en el todoterreno. Yo les entretendré.

—¿Llevármela adónde?

—No lo sé. Me da igual adónde, pero tienes que sacarla de aquí — insistió Diego, mientras la empujaba fuera del salón.

—Diego, espera... —Irene se revolvió y se plantó frente a él—. Si quieren a la chica, lo mejor será entregársela. ¿Qué nos importa que se la lleven?

—Es la elegida.

—Hubo más elegidas antes y habrá más después.

—No, no lo entiendes —Diego la sujetó por los brazos, emocionado—. Es realmente la elegida, la que estábamos esperando. Gabriel me lo dijo. La prueba estuvo a punto de funcionar, pero le interrumpieron. Debemos mantenerla con nosotros hasta que Gabriel vuelva y la convierta para siempre en su compañera, su esposa, la madre de nuestro salvador...

Un fuerte timbrazo resonó en la casa, haciendo que sus corazones enloquecieran. Diego volvió a mirar a Irene, preguntándose si ésta había entendido la importancia de su misión. Irene asintió y se dirigió hacia la habitación en la que tenían encerrada a Natalia.

—Sal por la parte de atrás de la casa, por el camino del bosque — mientras hablaba, Diego abrió un armario del salón, sacó un rifle y una caja de municiones y comprobó que estaba cargado—. Yo os daré todo el tiempo que pueda.

Con el rifle en la mano, Diego volvió a la cocina para contestar al portero. Tomó aire un par de veces, descolgó el telefonillo y respondió intentando aparentar toda la calma posible.

—¿Quién es?

—Grupo de investigación de delitos económicos de la Ertzaintza. Tenemos una orden de registro. Abra, por favor.

—La puerta sólo se abre de manera manual —mintió Diego—. Estaré

con ustedes en un minuto.

Tras colgar el telefonillo, se acercó a la ventana con el rifle en la mano y espió a los agentes, que paseaban inquietos frente a la verja. Eran siete hombres y seguramente todos ellos estarían armados. Demasiados para cumplir con la misión que le había encargado Gabriel y escapar ileso. Con una sonrisa en la cara, pensó que, aunque aquel podía ser su último día en la Tierra, no le importaba. Sabía que tenía un sitio reservado en el paraíso.

La puerta de la habitación se abrió con tal fuerza que rebotó contra la pared. Natalia trató de sentarse en la cama y defenderse, pero seguía estando demasiado confusa y torpe y tan sólo pudo incorporarse con esfuerzo. Irene se acercó a la cama y la ayudó a levantarse.

—Vamos, Natalia. Nos marchamos de aquí.

—¿A dónde vamos? ¿Por qué me estáis haciendo esto?

—No te preocupes. No te pasará nada malo. Acompáñame y todo esto acabará pronto.

Irene pasó uno de los brazos de Natalia sobre sus hombros mientras la agarraba por la cintura. Ella consiguió levantarse de la cama y caminar, aunque su cabeza daba vueltas, seguía viéndolo todo borroso y le costaba mantenerse en pie. Irene fue animándola mientras recorrían el pasillo hacia la puerta de la calle, consolándola con susurros, diciéndole que todo iba a ir bien, que iba a regresar con los suyos, que todo se solucionaría.

Al abrir la puerta, le sorprendió una fuerte ráfaga de viento con olor a sal. Hacía mucho frío y estaba empezando a llover. Irene tiró de ella y la guió hacia un todoterreno negro que estaba aparcado a pocos metros de la casa. Cuando llegaron, la dejó apoyada en el lateral del coche mientras abría la puerta del copiloto, la ayudó a entrar y le abrochó el cinturón de seguridad. Natalia le sonrió agradecida. No habría podido hacer todo aquello ella sola.

Todavía no sabía dónde la llevaba, pero parecía que Irene la estaba liberando de su encierro. La mujer le acarició la mejilla con ternura, confirmándole que estaba a salvo y que todo iba a salir bien, antes de cerrar la puerta del copiloto y dar la vuelta al coche para entrar y sentarse en el asiento del conductor. En aquel momento, el sonido de una fuerte detonación rompió el silencio.

—Tranquila, Natalia. Eso no tiene nada que ver contigo. Te pondré a salvo.

Cuando Carlos escuchó el primer disparo, sintió que el corazón se le paraba en el pecho. No podían haberle disparado a Natalia. Un vacío enorme invadió su alma. No iba a poder volver a verla, no iba a poder pedirle perdón por lo mucho que la había cagado, no iba a poder decirle cuánto la había echado de menos ni cuánto la quería, ni que se había dado cuenta de que no podía vivir sin ella... Por eso, cuando un segundo disparo impactó en el tronco de un árbol, situado a cinco centímetros de su cabeza, lo que sintió fue un alivio absoluto.

—Nos están disparando. ¡A cubierto! —gritó Garay.

Todos se escondieron detrás de árboles o rocas. Habría sido mejor esconderse detrás de los coches, pero los habían dejado aparcados a unos cinco metros y llegar hasta ellos bajo la lluvia de disparos que venía desde la casa parecía toda una hazaña.

Sacaron sus pistolas y dispararon, sin apuntar siquiera, tratando de que quien les estuviera disparando supiera que ellos eran más y que podían jugar al mismo juego. Carlos chistó un par de veces para llamar la atención de Ruiz.

—¿Qué vamos a hacer?

—Pedir refuerzos y esperar —contestó Ruiz—. No podemos hacer otra cosa.

—Podríamos intentar asaltar la casa. Sabemos que tienen a Natalia retenida dentro y deberíamos salvarla.

—Vega, comprendo que quieras salvar a tu chica, pero... ¿cómo te diría esto? Somos de delitos económicos. ¿Crees que estamos muy acostumbrados a que nos reciban a tiros y a tomar propiedades al asalto?

Una nueva ráfaga de disparos llegó desde la casa, haciendo que volviesen a ocultarse. Carlos se dio cuenta de que, además de las detonaciones, se escuchaba algo: el ruido de un motor que se alejaba. ¿Sería alguien escapando de la casa? Ni siquiera podía sacar la cabeza de detrás del árbol para comprobarlo.

Mientras escuchaba como Garay informaba de la situación a la central y pedía refuerzos, tuvo que controlarse para no salir de detrás del árbol, disparar como si estuviera enloquecido y tratar de saltar aquella verja. Se quedó allí, quieto, sintiendo como el miedo y la rabia le consumían por dentro. Natalia estaba tan cerca y a la vez tan lejos... No podía permitir que se la llevaran otra vez.

En cuanto escuchó el ruido del primer disparo, Gus se incorporó en el asiento y miró a través del cristal. Desde donde estaba tenía una vista perfecta de toda la propiedad. En la parte delantera, vio los coches patrulla y a varios hombres corriendo para ponerse a cubierto, mientras nuevas ráfagas de disparos trataban de freírlos. Por suerte, no le pareció que ninguno de ellos hubiese resultado herido.

Algo en la parte trasera de la casa llamó su atención. Una mujer morena estaba cerrando la puerta del copiloto y rodeaba el coche a la carrera para entrar en el asiento del conductor y marcharse de allí. Aunque estaba bastante lejos, le pareció reconocer a Irene. Cuando el coche maniobró para enfilear la carretera de salida, vio que el asiento del copiloto estaba ocupado.

Había una mujer rubia allí sentada. Tenía que ser Natalia. Se la llevaban de nuevo.

Gus sintió que empezaba a hiperventilar. Carlos no podía ayudarle en aquel momento. Para cuando consiguiera llegar a alguno de los coches, esquivando la lluvia de balas que salía de la casa, rodear la propiedad y llegar a la carretera, Irene y Natalia estarían muy lejos. Sin embargo, el camino que habían tomado enlazaba unos cientos de metros más adelante con aquel en el que se encontraba él. Podía seguirlas y ver a dónde se dirigían.

A pesar de que una parte de su mente le recordaba el juramento que le había hecho a Carlos y le advertía de que no sabía conducir, otra parte de su mente le decía que no tenía más opción. No había nadie en aquellos caminos, ni stops, ni cedas, ni rotondas... Tan sólo tenía que ponerse detrás del coche de Irene y seguirla. Podía hacerlo.

Se puso el cinturón de seguridad, accionó el contacto y luchó durante unos segundos para girar el coche en aquel camino de cabras. Cuando consiguió enderezarlo, ya tenía el cuerpo cubierto de sudor. Observó el avance del coche de Irene. Ya casi estaba en la intersección que le unía a la senda en la que estaba Gus. Piso el acelerador y se puso en marcha. El camino estaba rodeado de frondosos bosques y lleno de curvas que impedían la visión. Debía darse prisa si no quería perderlas de vista.

Aunque le daba miedo soltar el volante un solo segundo, utilizó su mano derecha para sacar el móvil del bolsillo y llamar a Carlos. Luego puso el manos libres y arrojó el móvil sobre el asiento del copiloto para poder volver a agarrar con fuerza el volante.

Carlos sintió la vibración de su móvil en el bolsillo del abrigo. Estaba bastante liado en aquel momento, pero pensó que podía ser importante, así que lo sacó y miró la pantalla. La llamada era de Gus, así que su primer

impulso fue no responder. Seguramente le llamaba para preguntarle qué tal iban o para quejarse de que se aburría. Sin embargo, cuando iba a volver a guardárselo en el bolsillo, sintió que debía contestar:

—Más vale que sea importante. Tenemos un poco de follón aquí abajo.

—Irene se ha escapado por la parte de atrás con un coche y se lleva a Natalia —gritó Gus, histérico—. Las estoy siguiendo.

—¿Que las estás siguiendo? ¿Cómo?

—Corriendo, no te jode... Con tu coche. ¿Cómo va a ser?

—Pero si no sabes conducir. ¿Dónde estás?

—Voy por el camino por el que llegamos aquí, de vuelta hacia la autopista.

—Para el coche ahora mismo. Voy a buscarte.

—Lo siento, Carlos. Se oye fatal.

La llamada se cortó. Carlos pasó unos segundos con el teléfono aún en la oreja, maldiciendo a Gus y a todos sus antepasados, generación tras generación. ¿Es que aquel chico no era capaz de hacer caso a una orden tan sencilla como “no muevas el coche”? Pensó en llamarle otra vez, pero prefirió no arriesgarse. Bastante difícil sería para Gus mantenerse dentro del camino, como para tenerle discutiendo por el móvil al mismo tiempo. Se giró hacia el escondite de Ruiz y Garay y volvió a chistarles para atraer su atención.

—Sé que no es el momento para dejaros tirados, pero tengo que irme. ¿Me dejáis alguno de los coches?

Gus luchaba contra los mandos del coche, que parecía empeñado en pasar sobre cada bache, roca o tronco del camino. Seguía viendo a Irene delante, pero cada vez le sacaba más distancia. Mientras ella iba en un todoterreno, perfecto para transitar por aquel tipo de senderos, el coche de Carlos parecía

sugerirle un “no me fuerces o me desmonto” cada vez que intentaba acelerar. Si seguían así, las perdería en cuestión de minutos. Además, la lluvia estaba arreciando, convirtiendo el camino en un barrizal impracticable, dificultando la visibilidad y poniéndole de los nervios.

Al cabo de un par de minutos, sucedió lo que había estado temiendo. Al pasar sobre un enorme charco de barro, las ruedas patinaron y el coche se quedó atascado. Resistió el impulso de apretar con más fuerza el acelerador. Si algo había aprendido de aquella espantosa primera clase de conducir, era que aquello sólo empeoraría la situación. Tomó aire, mientras veía como el coche de Irene se perdía tras la primera curva, y trató de tranquilizarse y recordar las instrucciones que, entre gritos, le había dado su profesor de autoescuela aquel primer día.

Cuando Carlos les explicó la situación a Ruiz y Garay, estos estuvieron de acuerdo en que lo mejor que podía hacer era tratar de rescatar a Natalia o, al menos, alcanzar a Gus e impedir que se acabara matando con el coche. Ruiz metió la mano en su bolsillo y le arrojó el llavero.

—Ve a por ellos. Te cubriremos.

Carlos asintió y les dirigió una sonrisa de agradecimiento. Después, asomó un poco la cabeza para mirar hacia la casa. Hacía rato que no llegaba ningún disparo. A lo mejor tenía suerte y se habían quedado sin munición allí adentro. Se agachó y corrió hacia el coche.

El ruido de los disparos le informó de que sus esperanzas eran vanas. El tío que les disparaba apretaba el gatillo con generosidad, como si quedarse sin balas fuera la menor de sus preocupaciones. Una de ellas rebotó en el suelo, al lado del pie izquierdo de Carlos, levantando una nube de polvo. El muy cabrón tiraba a dar. Parecía que no quería matarle, pero que haría todo lo posible para que no pudiera llegar hasta el coche.

Sus compañeros reaccionaron y empezaron a disparar hacia la ventana de la que salían los disparos, tratando de darle algo de tiempo para llegar al coche. Carlos corrió agachado, tratando de moverse en zigzag para no ofrecer un blanco fácil. Levantó un poco la cabeza y le pareció que el coche seguía a la misma distancia. No se había sentido tan indefenso en toda su vida, corriendo de espaldas a alguien que podía estar tomándose su tiempo para apuntar con precisión y reventarle la cabeza.

Una nueva ráfaga de disparos surgió de la casa, pero esta vez no iban dirigidos hacia él, sino hacia el coche en el que pretendía montarse. Una línea de agujeros se dibujó en el lateral de la carrocería. Carlos trató de encontrarle una interpretación positiva a aquel cambio de objetivo. Parecía que el tirador, fuese quien fuese, no quería unir a su lista de delitos el matar a un poli, pero que para él era tremendamente importante que no se movieran de allí y saliesen en persecución del coche que había escapado. Rezó para que aquello significase que allí iba Natalia.

Cuando consiguió llegar hasta el coche, saltó por encima del capó y se ocultó al otro lado. Las ráfagas de disparos se recrudecieron. A pesar de que sus compañeros seguían disparando hacia la casa, el tirador no parecía dispuesto a asustarse y permanecer oculto. Carlos continuó agachado mientras abría la puerta del conductor y se colaba dentro. Mientras un par de nuevos disparos impactaban en el coche, haciéndolo sonar como un gigantesco tambor, consiguió arrancarlo. Estuvo rezando todo lo que sabía para que ningún disparo impactase en las ruedas o en el depósito de combustible. Esta vez sus ruegos fueron escuchados y consiguió sacar el coche de aquella explanada y meterlo por el camino, dejando el sonido de los disparos cada vez más lejos.

Irene miró por el espejo retrovisor para asegurarse de que el coche que las

había estado persiguiendo ya no estaba detrás de ellas. Era el momento ideal, no tendría una oportunidad mejor. Se metió por una bifurcación a la derecha, dejando atrás una granja de vacas y un par de casas de pueblo y detuvo el coche. El camino se hacía cada vez más estrecho y descendía hacia una pequeña cala.

—Tú te bajas aquí —le dijo a Natalia.

—¿Yo? ¿Por qué?

—Te dejo libre. Puedes volver con los tuyos —Irene rebuscó en su bolso y le tendió un teléfono móvil—. Estoy harta de todo esto. Esta gente está mucho más loca de lo que yo pensaba y no quiero seguir siendo su cómplice. Con este teléfono no puedes hacer llamadas, pero sí recibirlas. Cuando esté lo bastante lejos para sentirme a salvo, yo misma llamaré a la policía y les daré tu número para que puedan venir a buscarte. Hasta entonces, baja a esa playa y espera a que te llamen. ¿Harás eso por mí? ¿Me dejarás escapar como yo te estoy dejando?

Natalia miró durante unos segundos el teléfono, como si no entendiera. Seguía estando bajo los efectos del rohypnol y, aunque podía moverse y ya no estaba tan adormilada, seguía sintiéndose confusa. Finalmente, consiguió comprender, asintió, cogió el teléfono que Irene le ofrecía y bajó del coche. La lluvia caía con fuerza y su ligera túnica se empapó en segundos. Irene, desde dentro del coche, le señaló el camino a la playa, urgiéndola a avanzar.

Natalia comenzó a caminar, abrazándose para mitigar la sensación de frío y luchando contra el fuerte viento que parecía empeñado en arrancarle la ropa. El camino hacia la playa estaba cubierto de pequeños guijarros, que se clavaban en sus pies descalzos. En aquel momento se sintió muy pequeña y sola. Tenía ganas de dejarse caer al suelo, hacerse un ovillo y ponerse a llorar, pero la esperanza le dio fuerzas para seguir adelante. La iban a liberar,

cuando menos lo esperaba, cuando pensaba que estaba todo perdido y que nunca podría regresar a casa.

A sus espaldas escuchó como Irene volvía a poner el coche en marcha y se marchaba. Ni siquiera se giró. Simplemente siguió caminando hacia la playa, buscando algún lugar en el que refugiarse hasta que la llamaran. Avanzó hasta la orilla sin encontrar nada. No había ninguna construcción en aquella pequeña cala. Sólo estaban ella y el mar gris y encrespado. Se quedó quieta, agarrada a aquel móvil como un naufrago se agarraría a una tabla, esperando que sonase y que aquella pesadilla terminase de una vez.

Gus metió la marcha atrás y aceleró despacio. Frente a él parecía que había menos barro y que, si conseguía que el coche pillara tracción, sería fácil sacarlo apretando el acelerador, pero sabía que ésa no era la solución. Si el coche se hundía más, tardaría muchísimo en sacarlo y para entonces Irene y Natalia se habrían marchado ya muy lejos. Tenía que sacarlo a la primera y para eso debía estar muy tranquilo y no cometer ningún error.

Notó que todo su cuerpo temblaba y que tenía la respiración tan acelerada como si hubiera ido corriendo todo el camino. Habría que olvidarse de lo de estar tranquilo y concentrarse en no cometer errores. Fue soltando el freno poco a poco y el coche empezó a recular, liberando las ruedas del barro que las había aprisionado.

Soltó un grito de alegría cuando consiguió poner el coche en terreno firme. Ya estaba. Ahora sólo tenía que cruzar aquel obstáculo de barro sin volver a quedarse atascado. Miró la cuneta del camino. El terreno parecía bastante regular y había bastante hierba, lo que hacía que no hubiese tanto barro. Enfiló el coche hacia allí y, muy despacio, consiguió dejar atrás el enorme charco que le había atrapado. Una vez lo hubo pasado, aceleró de nuevo para salir en persecución del coche de Irene.

No sabía cuánto tiempo había tardado en sacar el coche del barro, pero a él se le había hecho eterno. Era posible que Irene ya hubiese llegado a la autopista y que la hubiese perdido para siempre. Mientras maldecía su mala suerte, el pésimo estado del coche de Carlos y sus nulas habilidades para conducir, aceleró aún más, decidido a no dar nada por perdido. Y entonces, al girar una curva, lo vio. El coche de Irene estaba a menos de cien metros.

No era posible que la tuviese tan cerca. ¿Quizá ella también se había quedado atascada en el barro? No, no podía ser. Llevaba el coche perfecto para caminar por sitios como aquel sin tener problemas. ¿Entonces por qué no le sacaba ya kilómetros de ventaja? La única explicación era que se hubiese parado a hacer algo.

Miró el paisaje por el que pasaba. Había una granja de vacas, algunas casas desperdigadas y un camino que parecía bajar hasta una playa. ¿Qué podría haber hecho que Irene se detuviese allí?

La respuesta le llegó un par de minutos después. El coche de Irene tomó una curva hacia la derecha, permitiéndole ver el asiento del copiloto. Estaba vacío. Natalia ya no estaba allí. Gus notó que el corazón se le detenía durante un segundo. ¿Qué había pasado? ¿Qué le había hecho aquella zorra a Natalia?

Mientras trataba de mantener la vista fija en la carretera, Gus volvió a marcar el número de Carlos y conectó el manos libres. Un par de segundos después, Carlos cogió su llamada.

—Dime que no sigues conduciendo...

—Carlos, calla y escúchame... Natalia ya no está en el coche de Irene. La ha debido de bajar en algún sitio. Vas a ver un camino a la derecha, que baja hasta una playa, al lado de una granja de vacas. Tiene que haberla dejado allí. No sé si estará sola o si le habrá hecho daño...

—Tranquilo, voy para allá. Tú detén el coche y párate a esperarme. No merece la pena que te la juegues por atrapar a Irene. Ya la cogemos.

Gus colgó el teléfono y siguió conduciendo. No pensaba detenerse y dejar que Irene se escapase. Si le había hecho daño a Natalia, iba a hacérselo pagar. Apretó los dientes y aceleró aún más.

Natalia sintió que el móvil que sostenía en las manos empezaba a vibrar. La pantalla mostraba una llamada entrante. Descolgó y se lo llevó a la oreja mientras sonreía.

—Diga.

—Escorpión. Rojo. Estambul.

El paisaje a su alrededor cambió en un instante, para convertirse en la escena relajante que Irene y ella habían practicado tantas veces. Seguía estando en una playa, pero el sol lucía con fuerza y calentaba su piel, brillando en un cielo azul sin nubes. Podía escuchar el rumor de las olas lamiendo la arena y el agudo grito de las gaviotas. Una brisa suave y cálida acariciaba su piel mientras contemplaba el paisaje: la arena bajo sus pies, las tranquilas olas a lo lejos, un antiguo faro dominándolo todo desde el acantilado...

—Estás en la playa de siempre, disfrutando del paisaje —la voz de Irene era suave y calmada, como el arrullo de una madre—. Te sientes tranquila y feliz, especialmente feliz. Sabes que hoy vas a encontrarte con Carlos. Tú aún no le ves, pero está en medio del mar, esperándote en una barca. Cuando llegues junto a él, te dirá que siente mucho todo lo que sucedió en el pasado y que quiere que volváis a estar juntos. Sólo tienes que nadar hasta él para que todo quede olvidado y podáis volver a ser felices.

Natalia comenzó a caminar hacia la orilla, manteniendo el móvil pegado a su oreja, escuchando aquellas palabras que le prometían que todo

iba a ir bien. Al entrar en el mar, ni siquiera notó el frío del agua. Para ella el día era cálido y agradable.

—Puede que tardes en encontrarle. Su barca está lejos y tendrás que nadar durante mucho tiempo para poder llegar hasta él, pero no debes rendirte. Cuanto más te cueste, mayor será la recompensa. Debes nadar y nadar hasta llegar a su lado, sin detenerte. Aunque te canses, aunque pienses que será imposible, debes recordar la recompensa que te espera porque, cuando llegues hasta él, seréis felices para siempre.

Natalia asintió y siguió caminando. Cuando el agua ya le llegaba hasta la cintura, soltó el teléfono móvil y empezó a nadar con una sonrisa iluminando su cara. Llegaría hasta Carlos, costase lo que costase, y, cuando le alcanzase, ya todo estaría bien. Daría lo que fuese por volver a estar entre sus brazos.

Carlos seguía conduciendo a toda velocidad por aquel camino enfangado, sorprendido de que Gus hubiese conseguido avanzar toda aquella distancia sin empotrar su coche contra algún árbol. Le parecía que ya llevaba demasiado tiempo conduciendo sin encontrar el lugar que Gus le había indicado. Ya empezaba a temer que se lo hubiese pasado sin darse cuenta y estaba planteándose si debería dar media vuelta cuando lo vio: la granja de vacas y un sendero estrecho que bajaba hasta una playa.

Se internó por el sendero, dejando detrás varias casas viejas que parecían abandonadas. El camino se volvía impracticable para seguir con el coche pocos metros más adelante. En cuanto abrió la puerta, una fuerte ráfaga de viento le golpeó. Tuvo que luchar para poder abrir la puerta del todo, como si una fuerza invisible tratara de mantenerle dentro del vehículo.

La lluvia era cada vez más fuerte y las nubes eran tan grises y espesas que ocultaban por completo el sol, oscureciendo el paisaje como si ya fuera

de noche. Carlos miró alrededor. Había luces en las ventanas de algunas casas, desmintiendo que estuvieran abandonadas a pesar de su lúgubre aspecto. Pensó en llamar a alguna de ellas para preguntar si habían visto algo, pero el ladrido furioso de los perros le hizo desistir. Además, le daba la impresión de que no conseguiría nada aparte de perder un tiempo que podía ser precioso. Algo en su interior le decía que debía darse prisa y bajar a la playa.

Sacó la pistola y empezó a descender el sendero. No sabía quién podía estar con Natalia ni cómo le recibirían. Tras avanzar algunos metros, volvió a guardar la pistola. No había nadie allí. El único movimiento era el de las furiosas y encrespadas olas golpeando contra la orilla. Caminó hacia allí, sintiéndose perdido. ¿Dónde estaba Natalia? ¿Se habría equivocado de lugar?

Un pequeño objeto de color negro en la orilla llamó su atención. Se agachó a recogerlo. Era un teléfono móvil. Probó a encenderlo, pero el agua salada lo había estropeado. ¿A quién podía pertenecer aquello? La verdad se abrió paso en su mente como si un rayo le hubiese golpeado. Las muertes de todas las chicas habían ido precedidas siempre por una llamada. Sintió que el terror más profundo le invadía mientras miraba hacia todos lados, buscando a Natalia con desesperación.

Entonces la vio. Alguien nadaba en aquel mar encrespado, muchos metros por delante de él. Nada más ver aquella silueta que luchaba por seguir avanzando entre las olas supo que era ella y que, si no conseguía alcanzarla, la perdería para siempre. Se quitó los zapatos, arrojó su abrigo a la arena y se lanzó al mar sin pensarlo un segundo.

El coche de Irene seguía delante y cada vez lo tenía más cerca. Gus empezó a preguntarse qué haría una vez la alcanzase. Lo ideal habría sido poder adelantarla y cruzar el coche en la carretera delante de ella para obligarla a

frenar, pero el camino era demasiado estrecho como para hacer eso y, además, estaba seguro de que no tenía la destreza suficiente para realizar aquella maniobra. Decidió no pensarlo y concentrarse en seguir apretando el acelerador mientras luchaba por mantener el coche dentro del camino.

Levantó la mirada hacia el horizonte por un segundo y sintió que el desánimo le invadía. A menos de medio kilómetro, el camino se unía con una carretera. Sabía que, apenas un kilómetro después, llegarían a la autopista. Si Irene conseguía llegar hasta allí, la perdería sin remedio. Para él poner cuarta velocidad ya suponía un auténtico desafío. Nunca conseguiría seguirla a toda velocidad en una carretera llena de tráfico. Si no la paraba antes de que saliera de aquel camino, la habría perdido para siempre.

Irene frenó para tomar la siguiente curva. Gus pensó que aquella podía ser su última oportunidad. Era una locura y Carlos le mataría cuando se enterara, pero no le quedaban más opciones si quería detenerla. Era posible que aquella mujer fuese la única que conociese el paradero de Natalia. Y también era posible que le hubiera hecho daño, que estuviese herida o muerta en alguna cuneta. No debía pensar eso. Natalia tenía que estar bien. Lo único importante en aquel momento era conseguir que Irene no escapase, aunque para ello tuviese que romper otro de los juramentos que le había hecho a Carlos. Sin pensarlo más, pisó el acelerador como si no hubiera un mañana, se tapó los ojos con los brazos y se lanzó en plan kamikaze contra el coche de Irene.

Natalia seguía nadando, tratando de mantener un ritmo regular. No entendía por qué se sentía tan cansada, por qué cada brazada le costaba tanto esfuerzo. El mar estaba en calma, sin apenas olas. En realidad, era casi como nadar en una piscina. Sin embargo, le daba la impresión de que le costaba avanzar.

Le parecía que ya llevaba nadando mucho tiempo, pero la barca en la

que Carlos la esperaba seguía sin aparecer. Cada vez que sacaba la cabeza para respirar, trataba de verla. Debería haber sido visible desde muchos metros de distancia en un día tan luminoso y en un mar tan apacible, pero seguía sin haber rastro de ella.

Decidió no preocuparse y seguir adelante. No importaba cuanto costase. Cuando le encontrase, cuando por fin pudiese abrazarle, todos los sacrificios habrían merecido la pena. Se esforzó en no pensar, en no dejarse vencer por el cansancio y el desánimo. Sólo debía concentrarse en seguir avanzando, en seguir recorriendo aquel mar que empezaba a parecer infinito. Sin embargo, a cada minuto que pasaba las piernas le pesaban más, los brazos le dolían, su respiración iba haciéndose más y más trabajosa... Se paró unos segundos y se quedó flotando, girando sobre sí misma para tratar de ver la barca o de orientarse. La orilla estaba ya tan lejos que ni siquiera se veía y seguía sin haber rastro de la barca. No importaba. Tenía que estar más adelante. Era lo único en el mundo de lo que no tenía dudas. Un esfuerzo más y le alcanzaría.

Volvió a nadar, aunque cada movimiento supusiese un triunfo. Ya casi no podía moverse. Los músculos le dolían muchísimo y su respiración se había convertido en un estertor agónico. Estaba agotada, no podría nadar mucho tiempo más, pero tampoco podía detenerse y dudar. Tenía que tener fe, sabía que le encontraría.

Dio un par de brazadas más y sacó la cabeza para volver a buscar la barca. No estaba, seguía sin aparecer. ¿Qué había pasado? ¿Dónde estaba Carlos? Trató de nadar de nuevo, pero sus músculos ya no le respondieron. Estaba tan agotada que ya no podía moverse. Sintió que su conciencia la abandonaba y su cuerpo se hundió en las oscuras aguas.

El coche de Gus chocó contra el lateral del de Irene, provocando un

estruendo de hierros chirriantes y cristales rotos. Durante unos segundos, Gus no supo qué era lo que estaba sucediendo. Todo daba vueltas a su alrededor, mientras una lluvia de cristales llovía sobre su cuerpo. Sintió que le zarandeaban de un lado a otro, como un muñeco en las manos de un niño malévolo. Después llegó un dolor agudo, lacerante, algo que se le clavaba en lo más hondo y le impedía respirar.

Durante unos segundos el mundo se volvió negro. El estruendo que lo había inundado todo desapareció para ser sustituido por un silencio absoluto, tan antinatural que llegó a pensar que se había muerto. Agitó la cabeza, resistiéndose a perder la consciencia. Su vida podía depender de mantenerse despierto.

La luz y el sonido regresaron. En un primer momento se encontró tan confuso que no supo interpretar qué era lo que había pasado. Poco a poco fue comprendiendo su situación. El coche de Carlos estaba de lado sobre la puerta del conductor, tumbado como un enorme insecto muerto. Él seguía agarrado al asiento gracias al cinturón de seguridad. Pensó en soltarse y tratar de trepar hasta la puerta del copiloto para salir por allí, pero en cuanto movió un brazo se dio cuenta de que no sería capaz. Un aullido de animal agonizante surgió de sus labios, mientras el rostro se le cubría de cálidas lágrimas.

Todo el cuerpo le dolía. Seguro que tenía más de un hueso roto, pero aquello no era lo peor. Nunca en su vida había experimentado un dolor tan agudo como el que le atravesaba el pecho con cada respiración. Cualquier movimiento multiplicaba aquel dolor por mil. Tenía algo importante roto allí dentro y no podía arriesgarse a que empeorase.

Escuchó un ruido frente a él, a su izquierda. El coche de Irene estaba empotrado contra un árbol y había dado una vuelta de campana, pero la puerta del conductor se estaba abriendo. Irene se deslizó fuera del vehículo y

cayó al suelo. Durante unos segundos se quedó tan quieta que Gus pensó que la había matado, pero entonces se estremeció, como si hubiera recuperado la conciencia, se incorporó sobre los brazos y, poco a poco, empezó a arrastrarse, alejándose del coche.

Gus la miró, tratando de adivinar a dónde iba. Sin vehículo y en el estado en el que se encontraba, no iba a conseguir escapar de la policía. Entonces, ¿a qué venía aquella urgencia por alejarse de aquel lugar a pesar de que se veía que cada movimiento le dolía?

La respuesta le llegó con su siguiente respiración. Su cerebro fue capaz de procesar algo más por encima del dolor y el esfuerzo que le costaba meter aire en sus pulmones. Olía a humo. Uno de los coches se estaba quemando.

A pesar de que el cansancio hacía cada brazada más difícil, Carlos seguía nadando tan rápido como podía. Al comenzar a nadar, había pensado que jamás alcanzaría a Natalia. Ella era muy buena nadadora, al igual que era asquerosamente buena en otro millón de cosas. Él era un nadador mediocre, jamás la habría alcanzado en una competición. A pesar de creer eso, se había lanzado tras ella, esperando un milagro, y el milagro se había presentado. Natalia no estaba nadando bien. Sus brazadas eran torpes, desalojaba mucha agua y avanzaba muy poco. Mientras trataba de alcanzarla, Carlos se preguntaba qué le estaría sucediendo. La caja de pastillas de rohypnol que habían encontrado en la enfermería de Nuevo Edén podía ser la respuesta. Al pensar que podían haberla drogado, sintió que la ira se desbocaba en su interior. Le habría gustado volver allí y hacerles tragar todas las pastillas, una tras otra, pero en aquel momento tenía cosas más importantes en las que pensar. Debía alcanzar a Natalia y el hecho de que estuviese drogada estaba

siendo de una gran ayuda. Al final tendría que ir a Nuevo Edén a darles las gracias.

Cuando ya estaba a menos de veinte metros de ella, empezó a llamarla entre brazada y brazada. Estaba seguro de que le estaba oyendo. Estaban solos en medio de la soledad más absoluta. Ni siquiera se veía la costa ni llegaban ruidos desde ella. Sólo estaban ellos dos flotando en aquel mar negro e infinito. Carlos decidió no plantearse la inmensidad del agua, ni los animales que podían estar nadando por debajo. Si se ponía a pensar en ello, le entraría el pánico, así que lo mejor sería seguir nadando. Siguió tras ella, cada vez más cerca, llamándola por su nombre una y otra vez, pero no consiguió ninguna respuesta.

Natalia se detuvo un momento, mirando a su alrededor como si buscase algo. Durante un instante, pasó su mirada sobre Carlos, que seguía nadando, tratando de aprovechar que ella se había detenido para alcanzarla, pero le ignoró, como si mirase a través de él, antes de volver a nadar, con brazadas aún más torpes y descoordinadas.

Carlos estaba ya tan cerca que podía oír el chapoteo del agua que levantaba, su respiración agónica... Estaba agotada, no aguantaría mucho más. Carlos hizo un último esfuerzo. Sólo necesitaba acercarse un poco más y podría tocarla. Y entonces ella se hundió y desapareció de su vista.

Carlos la llamó una última vez. Su grito desesperado rasgó el silencio de la noche, pero no recibió ninguna respuesta. Sin pensarlo un segundo, se sumergió, tratando de calcular la trayectoria que seguiría el cuerpo de Natalia mientras se hundía. Sabía que en aquel mar oscuro e inmenso no podría verla y que, si no la encontraba en cuestión de segundos, la perdería para siempre.

Al instante se vio rodeado por las negras aguas y por un silencio absoluto y sobrecogedor. Mientras trataba de bucear a toda velocidad, pensó que así debía de ser la muerte: una oscuridad y un silencio infinitos y eternos,

una desesperación inmensa y un frío que helaba el alma.

Continuó sumergiéndose, sin pensar en nada más que en encontrarla, sin importarle si tendría oxígeno para regresar a la superficie. Y entonces la vio, unos metros por debajo de él. Natalia flotaba, con los brazos extendidos a ambos del cuerpo, el pelo rubio flotando como si lo moviera un fuerte viento y su túnica blanca revoloteando a su alrededor. Ya tenía otra cosa que agradecer a la gente de Nuevo Edén: si no la hubieran vestido de blanco, no habría podido encontrarla nunca. Se lanzó a por ella, la rodeó con sus brazos y nadó hacia arriba tan rápido como pudo. Ya no le quedaba mucho aire. Sentía que el pecho le iba a explotar y que su cuerpo le urgía a respirar, a abrir la boca en busca de oxígeno. Carlos pataleó tan fuerte como pudo, luchando por llegar a la superficie lo antes posible. Las aguas se fueron aclarando y, en pocos segundos, consiguió sacar la cabeza fuera del mar.

Se mantuvo a flote sin moverse del sitio, abrazado a Natalia, esperando que ella reaccionara, que tomara una bocanada de aire, que abriese los ojos... Sin embargo, ella no hizo nada de eso. Estaba pálida, inmóvil y fría, como una muñeca de porcelana. Carlos la llamó una y otra vez, pero no consiguió nada. Tenían que llegar a la costa y buscar ayuda.

Empezó a nadar, pero cuando llevaba unos metros, se dio cuenta de que estaba totalmente desorientado. Al sumergirse había perdido todos sus puntos de referencia y en aquel momento no sabía si estaba nadando hacia la costa o alejándose de ella. Intentó encontrar cualquier luz que pudiera guiarle, pero no vio nada. Era como si el resto del mundo hubiese desaparecido y sólo quedasen ellos dos, solos y perdidos.

El ambiente era cada vez más asfixiante. Gus intentaba respirar, pero el humo y el dolor en su pecho se lo estaban poniendo muy difícil. Se limitaba a inspirar de forma rápida y continua, casi como si estuviera jadeando, pero

sabía que no podría resistir mucho más así. Se sentía agotado, su visión se iba nublando y su mente parecía empeñada en desconectarse. Si no conseguía salir de aquel maldito coche, moriría asfixiado en cuestión de minutos, siempre que el coche no explotara y le hiciera volar por los aires antes.

Apretó los dientes para soportar el dolor y movió su brazo izquierdo hacia el costado derecho para soltar el anclaje del cinturón de seguridad. Aquel movimiento le provocó un lanzazo de dolor que subió desde el centro de su pecho hasta explotar en su cabeza, llenándola de estallidos de luz blanca. Iba a desmayarse, estaba seguro. Trató de librarse de aquel dolor soltando un grito y, haciendo un último esfuerzo, consiguió soltar el cinturón.

Al liberarse, su cuerpo cayó hacia el lateral del coche. El golpe en el costado hizo que todo el dolor anterior le pareciese insignificante. Durante unos segundos se quedó paralizado, gimiendo mientras las lágrimas le surcaban la cara. Su cuerpo decidió tomar el control. No podía dejarse morir allí, tenía que conseguir salir de ese coche. Ya tendría tiempo para quejarse cuando estuviera a salvo.

Trató de trepar hacia el otro lado del coche. Tan sólo tenía que apoyarse en los asientos para ponerse de pie, abrir la puerta del copiloto, trepar para sacar su cuerpo del habitáculo y dejarse caer. Si después del golpe conseguía mantenerse aún consciente, sólo tendría que reptar unos metros para ponerse a salvo de una posible explosión. Una vez conseguido eso, se permitiría desmayarse y estar inconsciente todo el tiempo que le diese la gana.

Trató de estirarse, apoyándose en el asiento del copiloto para poder ponerse de pie y llegar a la puerta, pero volvió a sentir un fuerte pinchazo en el pecho que le impedía respirar. Se dobló sobre sí mismo, tratando de mitigar el dolor, y todo su cuerpo se estremeció por la tos. Cuando separó la mano que se había puesto frente a la boca, la encontró manchada de sangre.

Se quedó mirándola durante unos segundos. Era tan roja y brillante que no parecía sangre real. Mierda, estaba jodido de verdad.

Decidió no rendirse. Cada vez había más humo y el ambiente dentro del coche empezaba a ser irrespirable. Se estiró de nuevo y de inmediato volvió a quedarse sin aire y a toser. Cada vez que tosía, su pecho parecía a punto de partirse en dos. Se recostó de medio lado en el asiento, tratando de recuperarse y de respirar más despacio para reducir el dolor, mientras miraba con anhelo la puerta del copiloto, a tan sólo unos centímetros sobre su cabeza. Parecía muy cercana, pero en aquellos momentos era tan inaccesible para él como la cumbre del Everest. Se sintió tan agotado que cerró unos segundos los ojos. Cada vez estaba más confuso y adormilado. Pensó que debía ser el humo y que, si no conseguía moverse, se quedaría dormido y moriría. Entre la bruma que inundaba su mente aquel pensamiento parecía muy lejano y poco importante, como si alguien se lo estuviera susurrando. Sólo quería descansar un momento y volvería a intentarlo.

Los párpados le pesaban cada vez más. Trató de luchar para mantenerse despierto, pero los ojos se le cerraban. En uno de aquellos parpadeos le pareció percibir más luz. Pensó que quizá eran las llamas que tanto había temido y que debería hacer algo para salvarse antes de que fuera demasiado tarde, pero se sintió incapaz de moverse. Entonces se dio cuenta de algo extraño. La luz no era rojiza, sino azulada. Aquello no eran llamas, eran las luces de un coche de la policía.

En unos segundos, todo el paisaje se llenó de luces. Escuchó el sonido de las sirenas, voces, gritos y carreras. Tuvo la fuerza suficiente para sonreír. Contra todo pronóstico, iba a salir vivo de aquella.

Vio unas sombras acercarse por la ladera por la que habían caído los dos coches. Unas sombras al otro lado del cristal delantero, ya resquebrajado, empezaron a golpearlo. Después sintió como varias personas se abalanzaban

sobre él y le liberaban. A pesar de que trataban de no moverle mucho, Gus se dio cuenta de que actuaban con urgencia, como si tuvieran prisa por algo. Le colocaron en una camilla y volvieron a ascender la ladera, tan rápido como les permitían las piernas.

Gus escuchó una explosión a su espalda. En el primer momento, pensó que era el trueno más potente que había escuchado en su vida, pero, al girar la cabeza, vio que los dos coches estaban envueltos en llamas. Estuvo a punto de desmayarse al ver lo cerca que había estado de la muerte.

Cuando llegaron a la carretera, varios sanitarios con chalecos reflectantes le rodearon y empezaron a manipular su cuerpo. Le ataron a la camilla para inmovilizarle, le colocaron un collarín, empezaron a tomar sus constantes vitales... Gus les dejó hacer, mientras observaba lo que sucedía a su alrededor. Reconoció a Ruiz y a Garay al lado de la ambulancia en la que estaban atendiendo a Irene. Ella estaba sentada y esposada, así que su estado no debía ser tan grave.

—Necesito hablar con ellos —consiguió susurrar Gus a uno de los sanitarios—. Es muy urgente.

El chico le miró unos segundos, como si se plantease si debería sedarle para que no les molestase, pero debió de captar algo en los ojos de Gus que le impulsó a hacerle caso. Corrió hacia los dos policías y les pidió que se acercaran.

—¿Qué pasa, chico? —le saludó Ruiz, tratando de animarle—. Hay que ver la que has liado.

—Sí, Carlos me matará cuando sepa lo de su coche. ¿Habéis encontrado a Carlos y a Natalia?

—No. ¿Tú sabes dónde están? —preguntó Garay.

—En una playa, unos dos kilómetros más atrás. Hay una granja a la entrada del camino. Creo que pueden estar en peligro.

—Tranquilo, chaval. Les encontraremos.

Los dos inspectores se separaron de él, gritaron unas órdenes y, en unos segundos, varios coches se pusieron en marcha de camino a la playa. Gus se permitió respirar más tranquilo. El sanitario con el que había hablado volvió a acercarse a él, le miró como si le pidiera permiso y, cuando Gus asintió, le clavó una aguja en el brazo. En pocos segundos, Gus se dejó llevar a la inconsciencia con una sonrisa, dejando atrás todo dolor.

Frío, oscuridad y silencio... Eso era todo lo que Carlos podía sentir mientras trataba de seguir nadando, tirando del cuerpo inerte de Natalia. Su mente se empeñaba en decirle que no lo conseguiría, que él nunca había sido un buen nadador, que estaba agotado y congelado, que no aguantaría mucho tiempo más, que su única oportunidad de salvarse era soltar a Natalia y dejarla ir, que ella ya estaba muerta y era inútil seguir luchando...

Carlos hacía oídos sordos a todos aquellos argumentos. No iba a soltarla. Le daba igual el dolor de sus miembros y el frío que iba paralizándole. De hecho, consideraba aquel frío como una bendición. Recordaba una clase de primeros auxilios en la academia en la que les habían contado que la hipotermia ralentizaba todas las constantes vitales, de manera que era posible reanimar a una persona hasta media hora después de que se hubiera ahogado sin que sufriese daños cerebrales. Aquellas palabras eran el único resquicio de esperanza al que podía aferrarse y continuaría luchando por ello aunque perdiese la vida en el intento.

Siguió nadando en la oscuridad, preguntándose a cada segundo si estaba acercándose a la costa o condenándose más con cada metro que avanzaba. Era inútil preguntárselo. No podía girar y empezar a nadar en otra dirección y volver a preguntarse lo mismo. Había tomado una decisión y seguiría adelante, rezando para no haberse equivocado. Le pareció ver algo,

un destello lejano. Se quedó flotando, abrazando a Natalia, tratando de volver a verlo. Sí, había algo mucho más adelante, un destello azulado. Volvió a nadar con fuerzas renovadas y un par de minutos después pudo distinguir lo que había visto. Al primer destello se habían unido unos cuantos más. Parecían las luces azules de los coches de la policía. Estaban buscándoles. Si conseguía aguantar un rato más, quizá podría gritar para que les oyeran y acudieran a rescatarles.

Intentó volver a nadar, pero cada vez le resultaba más difícil. Tenía calambres por todo el cuerpo y le parecía que cada uno de sus miembros pesaba una tonelada. Además, se daba cuenta de que, por mucho que se esforzase, las luces no parecían estar más cerca. Apenas avanzaba y cada vez se cansaba más. Sintió una rabia inmensa estallando en su pecho. La salvación estaba tan cerca... No podía rendirse.

Siguió nadando y nadando. Cada poco tiempo, se paraba a descansar y a respirar un poco y aprovechaba para comprobar la distancia a la que estaban las luces. Casi parecía que no se había movido del sitio. Nunca llegaría a la orilla llevando a Natalia.

Se giró hacia ella, que continuaba inmóvil en sus brazos. Seguía sin reaccionar. Ni un suspiro, ni un gemido, ni un leve pestañeo. Su parte racional volvió a gritarle que estaba muerta, que ya no había nada que pudiese hacer por ella, que debía dejarla y tratar de salvarse. Carlos la abrazó con fuerza y depositó un beso en sus labios azulados.

—Juntos hasta el final, Natalia. No te dejaré, mi niña.

Trató de nadar un poco más, pero cada vez se sentía más torpe. Se sorprendió de no sentirse triste ni desesperado. Lo único que sentía era rabia por terminar así, por no poder salvar a Natalia, por no ser capaz de hacer nada más. Desistió de nadar y se quedó flotando, abrazado a ella, esperando un milagro. Y el milagro llegó. Escuchó algo, el ruido de un motor que se

acercaba desde la orilla. El sonido era cada vez más fuerte. Una potente luz le deslumbró por completo, mientras intentaba divisar qué era lo que se acercaba.

—Es un helicóptero. Vienen a salvarnos. Aguanta un poco más — susurró al oído de Natalia.

Pocos segundos después, el helicóptero se situó sobre ellos y escuchó el ruido de dos personas lanzándose al agua. En cuanto el primer hombre llegó junto a ellos, le pasó el cuerpo inerte de Natalia para que pudiera ponerle el arnés e izarla.

—Está en parada cardiorrespiratoria —gritó para hacerse oír por encima del ruido de las aspas—. Tenéis que salvarla.

El hombre asintió y se la llevó. Mientras terminaban de subirla, Carlos se quedó en el agua. Cuando desapareció de su vista, el otro socorrista le ayudó a ponerse el arnés y ambos subieron al helicóptero.

En cuanto estuvo a bordo, Carlos desenganchó su arnés y se lanzó de rodillas al lado del cuerpo de Natalia, intentando ayudar de alguna manera. El socorrista que le había rescatado puso una mano en su hombro para pedirle que se retirara. Carlos se sacudió para liberarse y se giró para lanzarle una mirada de furia.

—Déjales trabajar. Son unos profesionales. Harán todo lo posible para salvarla.

Carlos se separó un par de pasos para no estorbarles y aceptó la manta térmica que el hombre le tendía, sin apartar un segundo la mirada de Natalia. Su rostro estaba pálido, casi azulado. Parecía tan débil y tan pequeña... Los dos hombres que trataban de reanimarla se turnaban para insuflarle aire y hacerle un masaje cardiaco, pero Natalia no reaccionaba. Carlos vio como, durante unos segundos, los dos hombres se miraban. Uno de ellos negó con la cabeza, apesadumbrado.

—Tenéis que seguir. No podéis rendiros ahora.

Los dos hombres continuaron, aunque por las tristes miradas que le dedicaron, Carlos comprendió que no tenían ninguna esperanza de que fuera a servir para algo. Se negó a aceptar aquello. Haría lo que fuera necesario para que siguiesen tratando de salvarla, aunque tuviera que gritarles, amenazarles o golpearles. No podían dejarlo. Natalia no podía estar muerta.

El tiempo parecía transcurrir a cámara lenta. Ya ni siquiera escuchaba el estruendo de las aspas del helicóptero. Sólo escuchaba a uno de los hombres contando hasta treinta mientras presionaba una y otra vez el pecho de Natalia.

—Vamos, mi vida —su voz era una mezcla de susurro y rezo—. Puedes hacerlo.

El cuerpo de Natalia se estremeció y un chorro de agua salió de su boca. Uno de los socorristas la ayudó a incorporarse para que pudiera expulsar el agua que había tragado, mientras ella se debatía entre toses, tratando de volver a llevar aire a sus pulmones. Carlos se contuvo hasta que ella paró de toser y después se arrojó de rodillas a su lado y la abrazó con fuerza, a pesar de las protestas de los dos socorristas. Mientras la mantenía tan pegada a su cuerpo que podía sentir los latidos que había creído extinguidos de su corazón, se acercó a su oído para susurrarle:

—Joder, Natalia... No vuelvas a hacerme esto en tu puta vida.

CAPÍTULO ONCE

Los pasillos del hospital de Cruces eran un hervidero de visitas, médicos haciendo la ronda, auxiliares con carritos... Carlos pasó entre todos ellos buscando la habitación que le habían indicado. Abrió la puerta sin llamar y se encontró con una familia que rodeaba a un hombre muy mayor que roncaba apaciblemente. Los familiares cotorreaban a su alrededor, ignorando al anciano. Carlos se planteó que era una manera muy curiosa de dejar reposar a los enfermos, convirtiendo la habitación de un hospital en un centro social. Se quedó parado en la puerta, preguntándose si le habrían indicado mal el número de la habitación, mientras aquellas personas cesaban en sus conversaciones para mirarle.

—Disculpen, creo que me he equivocado de habitación.

—Carlos, ¿eres tú? —la voz de Gus llegó desde el otro lado de una cortina.

Carlos se despidió de la familia con un gesto de la cabeza y se dirigió al fondo de la habitación. Gus estaba recostado en la cama y ofrecía un aspecto penoso. Le habían puesto un collarín, tenía el brazo izquierdo en cabestrillo y lucía un aparatoso vendaje que le cubría todo el pecho.

—Joder, estás hecho una mierda —le dijo Carlos.

—No eres el más apropiado para hablar. ¿Tú has visto la pinta que llevas?

Carlos se miró y se encogió de hombros. A pesar de haber pasado toda la noche ingresado en el hospital en observación, cuando le habían liberado su ropa continuaba empapada. Además, había perdido el abrigo y los zapatos, así que se había encontrado sin nada que ponerse. Por suerte, Garay llevaba en su coche la mochila del gimnasio y usaban más o menos la misma talla, así que ahora mismo lucía una camiseta de color amarillo flúor, unas

mallas de runner y unas zapatillas dos números más grandes.

—Sí, cuando atrapamos a Caronte, perdí mi abrigo. Ahora he perdido el abrigo y los zapatos. Si sigo resolviendo casos con vosotros, en el próximo acabaré en bolas.

—No me hagas reír que me duele —Gus se llevó la mano al costado.

—¿Qué tal estás?

—Mucho mejor de lo que esperaba. El collarín es sólo por precaución. Tengo el hombro dislocado y una costilla fracturada que me estaba perforando el pulmón, pero dicen que la perforación es pequeña y que curará por sí misma.

—Me alegro. Espero que esto te enseñe a no conducir como loco si no sabes. ¿En qué estabas pensando?

—¿Cómo que en qué estaba pensando? Pues en el puto airbag. Pensé que saltaría y que no me haría nada, pero debería haber pensado que en la prehistoria, cuando se construyó tu coche, el airbag no era ni siquiera un proyecto.

—¿Cómo que pensaste que saltaría el airbag? ¿Te chocaste adrede?

—Claro, no había otra manera de detenerla.

—Estás loco, chaval. Debería darte una paliza, por gilipollas.

—Guarda las ansias asesinas para cuando veas cómo ha quedado tu coche.

—Ya me han dicho Ruiz y Garay que es siniestro total, pero no es eso lo que me importa. ¿No entiendes que podrías haberte matado?

—Te preocupas más por mí que por tu coche —Gus fingió que se le quebraba la voz por la emoción—. Es lo más bonito que me has dicho nunca.

—Gilipollas.

—Joder, que no me hagas reír —Gus volvió a agarrarse el costado mientras hacía una mueca de dolor—. Y hablando de otra cosa, ¿cómo está

Natalia?

—Mejor, van a tenerla un par de días en observación, pero no le van a quedar secuelas. He estado con ella y sigue atontada y con lagunas de memoria, pero se recuperará.

—Me alegro mucho. ¿E Irene?

—Sólo tenía algunos cortes y magulladuras. En nada le darán el alta y me avisarán para que la llevemos a comisaría y la interroguemos.

—¿Sabes ya por qué lo hacía?

—No y de momento no ha dicho una palabra. Espero que en la sala de interrogatorios se muestre más cooperativa.

Un par de golpes en la puerta hicieron que volviera a cesar la fiesta que tenían en la cama de al lado. La puerta se abrió y se escucharon unos pasos entrando en la habitación.

—Carlos, ¿estás ahí?—preguntó la voz de Garay.

—Sí, estoy aquí —contestó Carlos, asomándose.

—Ya le han dado el alta a Irene. Cuando quieras, podemos llevármola.

—Perfecto. Muchas gracias —Carlos volvió a girarse hacia la cama de Gus—. Bueno, cuídate mucho y recupérate. Vendremos a visitarte.

—Genial. Exprime a esa arpía por mí y sácale toda la verdad.

Carlos le guiñó un ojo y le dio un par de palmaditas en un hombro, tan suaves como pudo. Aún así, Gus hizo un gesto de dolor, pero se esforzó por convertirlo en una sonrisa.

Carlos salió de la habitación y acompañó a Garay hacia la salida. Trató de concentrarse en mantenerse tranquilo y controlado. En unos minutos tendría delante a la mujer que había estado a punto de matar a Natalia, así que tendría que hacer un esfuerzo para comportarse de manera profesional y no estrangularla.

Llevaba ya más de media hora en la central, esperando en un pasillo para poder interrogar a Irene. Aguirre se había empeñado en meterla en una habitación y retrasar el interrogatorio sin explicarle por qué.

Carlos sacó otro café de la máquina y volvió a sentarse en su silla. Por el pasillo vio que Aguirre se acercaba. Se levantó y se dirigió hacia él, esperando que le diese una explicación. Aguirre se acercó, le sonrió y le indicó que volviera a tomar asiento.

—Buenos días. ¿Qué tal te encuentras, Carlos?

—Bien, estoy perfectamente. ¿Cuándo podré interrogar a Irene?

Aguirre se quedó en silencio unos segundos. Carlos temió que fuese a decirle que no podría continuar con el caso. En realidad, sabía que se encontraba demasiado implicado emocionalmente como para poder actuar de una forma profesional, pero tenía que permitirle hablar con Irene. Tenía que poder mirarla a los ojos y saber por qué había matado a todas aquellas chicas, por qué había estado a punto de arrebatarle a Natalia para siempre. Sin embargo, cuando vio la sonrisa traviesa que adornaba la cara de Aguirre, sus miedos se disiparon. El viejo zorro estaba tramando algo.

—¿Qué es lo que sucede? ¿Por qué no me has dejado hablar con ella?

—¿Ves ese despacho de ahí? —Aguirre le señaló una puerta mientras sacaba el móvil de su bolsillo—. Dentro está Gabriel, con su abogado, firmando los documentos de la fianza. Y en ese otro despacho está Irene. Cuando Gabriel vaya a salir, me mandarán un mensaje.

—Y tú avisarás para que saquen a Irene. Quieres que se crucen.

—Sí, creo que quizá podamos sacar alguna información de ello —el teléfono de Aguirre vibró en su mano. Él leyó el mensaje, buscó un número en sus contactos e hizo una llamada perdida—. Ya van a salir.

La puerta del primer despacho se abrió. Gabriel apareció, acompañado de su abogado. Los dos iban tan bien vestidos y tenían una

presencia tan imponente como si fueran altos ejecutivos que acabaran de salir de una reunión importante. Según vieron a Carlos, el abogado le puso una mano en el brazo a Gabriel y le susurró algo al oído. Carlos supuso que le estaba diciendo que le ignorara y que no hablara con él.

Otra puerta se abrió al otro lado del pasillo. Irene salió, esposada y con la cabeza baja, escoltada por dos agentes. Carlos y Aguirre se mantuvieron expectantes mientras los dos grupos se aproximaban. Irene levantó por un momento la cabeza, vio a Gabriel acercándose a ella y volvió a desviar la mirada.

El abogado de Gabriel seguía con la mano en su brazo, intentando guiarle hacia la salida sin que hablase con nadie. Los dos grupos se cruzaron y, por un momento, Carlos pensó que no iba a suceder nada, que ni siquiera se mirarían, como si no se conocieran, pero entonces Gabriel se detuvo. Su abogado le puso la mano en la espalda, animándole a continuar, pero Gabriel se separó de él y retrocedió.

—Irene —la llamó—, ¿por qué lo has hecho?

Ella se detuvo, se giró hacia él y elevó la cabeza, mostrando su rostro empapado de lágrimas.

—¿Por qué siempre a ellas? ¿Por qué nunca me elegiste a mí?

Art se coló entre las piernas de Natalia, salió corriendo de la cocina hacia la puerta de casa y empezó a ladrar. Unos segundos después sonó el timbre. Natalia fue hasta allí, tranquilizó al perro, le hizo sentarse y abrió. Gus estaba en la puerta, con una amplia sonrisa en la cara y una botella de champán en la mano. Según le vio, Art olvidó la orden de permanecer sentado y se lanzó contra él para babearle la cara.

—Perro endemoniado, me vas a tirar —Gus le pasó a Natalia la botella

para poder acariciar al perro con las dos manos.

—¿Y esta botella? —preguntó Natalia.

—Tenemos mucho que celebrar. El viernes aprobé el examen de conducir.

—Felicidades —Natalia se acercó a él, esquivando al perro, y le dio un beso en la mejilla.

—No hagas eso o el neandertal de tu novio me arreará, que me tiene ganas. Por cierto, ¿dónde está?

—No lo sé. Ha dicho que tenía que salir y que era una sorpresa. Estaba de lo más misterioso.

Natalia guió a Gus a la cocina para guardar el champán en la nevera y seguir haciendo la comida. Mientras ella terminaba de preparar una paella, Gus puso la mesa y se dedicó a enseñarle trucos al perro, dándole cachos de pan como premio.

—No vas a dejar pan para la comida.

—Lo sé, pero es que me mira con unos ojos... No puedo resistirme.

El móvil de Natalia vibró. Ella lo sacó de su bolsillo y leyó el mensaje que le había llegado.

—Es Carlos. Dice que está en el garaje y que baje.

—¿Te acompaño o me quedo aquí con Art?

—Vamos todos. A Art le encanta bajar al garaje. No sé por qué, pero se pone a pegar saltos, a gruñirme y a perseguirme como si me estuviera cazando. Creo que el olor a gasolina le despierta sus instintos de lobo.

—Joder, pues no sé si bajar. A ver si nos va a comer.

Bajaron en el ascensor y se dirigieron a la plaza de garaje de Carlos. Él estaba de espaldas, contemplando el coche aparcado allí. Cuando oyó los ladridos de Art, se giró hacia ellos con una enorme sonrisa dibujada en su cara.

—Os presento mi nuevo coche.

—Pero si es exactamente igual al que tenías. ¿Has conseguido arreglarlo? —preguntó Gus, boquiabierto.

—¿Tú viste como había quedado? No había manera de arreglar aquello. He encontrado este por Internet: mismo modelo, mismo color, mismo año...

—Misma mierda —le cortó Gus—. ¿Te has gastado el dinero del seguro en comprar una antigualla exacta a la que tenías?

—Me gusta este coche. ¿Qué pasa? No sé por qué tengo que darte explicaciones a ti. Ni siquiera sé por qué demonios estás aquí.

—Te dije que le había invitado a comer el domingo. ¿No te acuerdas? —intervino Natalia.

—Pues no me acordaba —Carlos se quedó unos segundos pensativo, como si no supiera qué hacer—. ¡Qué demonios! Voy a hacerlo de todos modos, aunque estés aquí.

Se acercó a Natalia y se puso frente a ella. Se aclaró la garganta, se rascó la nuca y después miró a todos lados como si estuviera perdido antes de empezar a hablar.

—Sé que discutimos mucho en los últimos tiempos. Bueno, sé que en realidad siempre discutimos mucho, pero si hay alguien en el mundo con quien quiero discutir es contigo. Sé que muchas veces me porto como un gilipollas y me parece increíble que me soportes, pero si hay alguien por quien quiero luchar para dejar de ser tan imbécil es por ti. Estuve a punto de perderte y eso me ha servido para darme cuenta de que no quiero pasar ni un solo día de mi vida lejos de ti —se metió una mano en el bolsillo, sacó una cajita y la abrió, mostrando un anillo con un pequeño diamante—. ¿Quieres casarte conmigo?

—¿Me estás pidiendo que me case contigo en un garaje, con Gus y Art mirándonos?

—Bueno, sí... Sé que debería ser más romántico...

—No.

—¿Me estás diciendo que no quieres casarte conmigo?

—No, te estoy diciendo que no deberías ser más romántico. Tú eres como eres y estoy enamorada de ti —Natalia se acercó aún más y le rodeó el cuello con los brazos—. Claro que quiero casarme contigo.

Gus empezó a aplaudir mientras Art saltaba y ladraba a su lado moviendo la cola, como si hubiera entendido algo. Carlos decidió ignorarlos, le puso el anillo a Natalia en el dedo, la abrazó y le dio un largo beso.

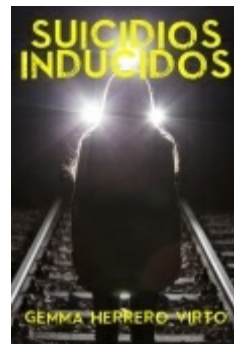
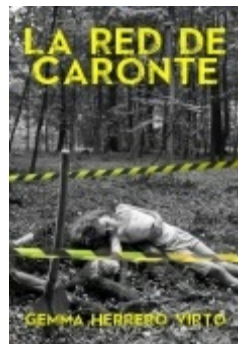
—Muchas felicidades, tío. Te llevas una joya —Gus se acercó y le dio un par de palmadas en la espalda—. En cuanto a ti, Natalia, no me queda otra que darte mi más sentido pésame.

—¿Tú no tienes casa? En serio, ¿qué pintas aquí? —Carlos intentó parecer enfadado, pero la sonrisa no se le borraba de la cara.

—Arreglar un poco tu desastre de declaración. He traído champán. Vamos a casa a celebrarlo.

Gemma Herrero Virto
Portugalete, 17 de Diciembre de 2016

OBRAS DE LA AUTORA



Si quieres ponerte en contacto conmigo, pues hacerlo a través de:

Facebook: <https://www.facebook.com/gemmaherrerovirto2>

Twitter: @Idaeen

Blog: <https://idaean.wordpress.com/>

Página web: www.gemmaherrerovirto.es

Gracias por valorar mi obra y dejar tu opinión. Un abrazo,

Gemma Herrero Virto